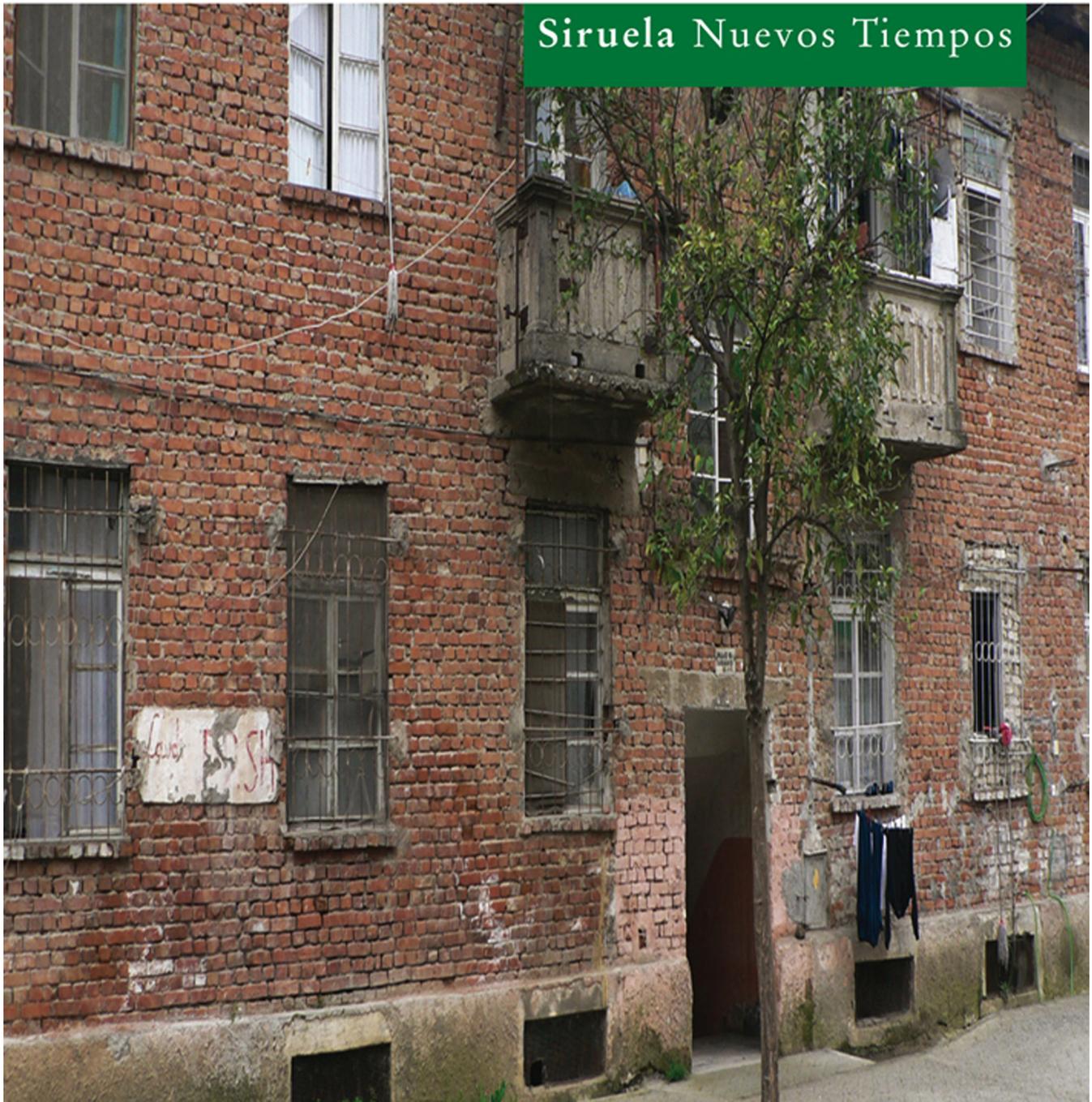


La vida en una
caja de cerillas

FATOS KONGOLI



FATOS KONGOLI

**La vida en una caja
de cerillas**



Ediciones Siruela

Fatos Kongoli

La vida en una caja de cerillas

Traducción del albanés de
Ramón Sánchez Lizarralde

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

Índice

La vida en una caja de cerillas

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16

Notas

Créditos

La vida en una caja de cerillas

Cuando sonó el timbre de la puerta de la calle, él se encontraba junto a la mesa. Con una botella de Jack Daniel's consumida más allá de la mitad y un vaso vacío. El timbrazo, como temeroso, fue seguido por un pesado silencio y él creyó que se lo había inventado. Pero el timbrazo se repitió de la misma manera, como temeroso. Pensó en Dina, una de las camareras del bar situado en la planta baja del edificio, sobre cuya entrada aparecía escrito: La gaviota.

Desde hacía seis meses, justo el tiempo que llevaba instalado en el apartamento, bajaba a ese bar con regularidad para tomar el café de la mañana, en ocasiones también una copa por las tardes. Algunas veces permanecía allí largo rato, siempre en la zona donde servía Dina, en una mesa junto a la fachada de cristal. Al principio se sentaba en aquel lugar sin ninguna intención precisa, simplemente porque desde allí podía contemplar los movimientos de la calle. Al comienzo no sabía siquiera que la mesa donde se situaba correspondiera a la zona de Dina, cuyo nombre aún no conocía. Luego llegó un momento en que, por fuerza, se enteró de cómo se llamaba. En esa ocasión no se sorprendió al constatar que la otra sabía bastantes cosas acerca de él. Conocía, por ejemplo, el nombre de su esposa, tan célebre como su propio retrato: trabajaba en la cadena de televisión Sirius y entrevistaba a políticos y personalidades de altos vuelos. Según se cuenta, se atrevió a aventurar Dina, se han separado y ahora vive usted solo.

No le sorprendió que la camarera, de apenas veintidós años, estuviera al corriente de tantos pormenores acerca de su persona: él era el propietario del local donde estaba situado el bar, por cuyo alquiler obtenía una suma mensual de dos mil euros, detalle este al que Dina, suponiendo que lo conociera, no aludió. Partiendo del particular celo que ella ponía en servirle y del hecho de que se turbara leve pero invariablemente cuando él le dirigía la palabra, encontró natural invitarla a tomar una copa juntos. No en el café mismo. La invitó a que la tomaran en su casa, cinco plantas más arriba, invitación que la señorita, curiosa, aceptó. Una tarde le avisó de que subía por medio del portero automático. En cuanto oyó su voz, él se apresuró a abrirla la puerta de entrada al portal y a dejar abierta la de su piso, donde ella apareció al poco con una camiseta verde, una falda vaquera corta y su leve turbación habitual.

Antes de trasladarse a la cama de matrimonio del dormitorio, que aún no había estrenado ninguna mujer, mientras tomaban un whisky –pues a la señorita le gustaba el whisky–, él consideró necesario precisar que la entrevistadora de políticos y personalidades de altos vuelos no había sido su esposa en sentido estricto. Ellos se habían limitado a compartir el mismo lecho durante alrededor de dos años, hasta que un

buen día a ella se le metió en la cabeza poner fin a su libre convivencia.

Dina no comprendió por qué el otro había considerado necesario hacerle aquella aclaración. En el gran salón, mientras tomaban whisky, sus ojos se toparon por todas partes, tanto en las paredes como sobre el televisor, con fotografías en diferentes poses de la mujer acerca de la que él afirmaba con insistencia que no había sido su esposa en sentido estricto. Una pregunta acudió de forma natural a la punta de su lengua. Si las cosas eran así, ¿por qué continuaba manteniendo por todas partes su retrato? La intuición femenina le aconsejó mantener la boca cerrada. Si las conserva, se dijo, significa que necesita conservarlas. Y como yo estoy aquí sólo para pasar la tarde, no tengo por qué meterme donde no me llaman.

Pasó la tarde allí buen número de veces. En ocasiones, alguna noche. El retrato omnipresente de la mujer –se encontraba incluso sobre la mesilla de noche del dormitorio, junto al lecho donde hacían el amor– no la incomodaba. Sin embargo un día, después de que hubieran hecho el amor, sus ojos se detuvieron en aquella efigie. Era una rubia de unos treinta años, con gafas graduadas y una mirada brumosa. Pensó que a la rubia de la fotografía le sentaban extraordinariamente bien las gafas. Tal vez por eso las lleva, argumentó a continuación, porque le sientan bien. Puede que también ella, si le sentaran bien, llevara unas, por pura cuestión de estética, sin graduar. No era tan descerebrada como una amiga suya que, porque alguien le había dicho que las gafas le quedarían muy bien, se compró unas, graduadas, de esas que se venden por los mercadillos, las llevó puestas durante un tiempo para hacerse la interesante y no sólo se convirtió en objeto de burla sino que estuvo a punto de quedarse ciega.

Debes de haberla querido mucho, le dijo al hombre mientras se encontraba aún tendida, con la cabeza apoyada en la almohada, contemplando a la rubia de la fotografía. Siguió un silencio y se arrepintió de haber pronunciado aquellas palabras. Él le dio la vuelta hacia sí. Hacerlo contigo es cien veces más bonito, observó. Ella no sabía follar. Fingía excitarse, pero en vano. Era de mármol, ¿cómo se puede hacer el amor con una estatua?

Se levantó y comenzó a vestirse. Ella permaneció en la cama, con un leve sudor, confundida. Más que nada con el fin de recuperar el control después de aquella vulgaridad inesperada de su pareja, fue al baño y permaneció bajo la ducha durante largo rato. Al salir, vestida y más tranquila, lo encontró en el salón, con la botella de whisky delante. Habrás pensado que estoy loco, se dirigió a ella de pronto. Ella se quedó helada. Percibió un destello extraño en los ojos de él. No es verdad, se apresuró a responder. No mientas, insistió el otro, has pensado que soy un loco. Ella, señaló con la mano el retrato de la rubia, me decía a menudo que estoy loco... La camarera, desconcertada e incómoda, se esforzó por darle a la conversación un tono desenfadado. No tengo razones para pensar de ese modo sólo porque, según acabas de decir, tu ex esposa... perdón... la mujer con la que has convivido unos dos años, no sabía follar, mientras que yo sí sé hacerlo. Me agrada el elogio. Y no es por devolverte el cumplido, pero tú también lo haces muy bien.

Poco más tarde, fuera del apartamento, esperando el ascensor para bajar, resolvió no

volver más por allí. Aquel hombre guardaba en su interior algo febril, que la atemorizaba. No, no volvería más a su casa, independientemente de que, como había declarado con toda sinceridad, follaba muy bien, con una energía incontenible. Tal vez por esa razón incumplió su decisión al día siguiente. Mientras tomaba el café de la mañana, que ella le sirvió en su mesa habitual, él le dijo que, si quería, la esperaba por la tarde. Y ella aceptó.

El sonido del timbre se repitió por tercera vez, siempre apocado, como temeroso. Consultó el reloj: las doce y veinte minutos. Descartó la posibilidad de que se tratara de Dina. Ella lo visitaba raramente a aquella hora. Y nunca subía a su casa estando de servicio en el café. Cuando lo hacía, le avisaba por medio del portero automático.

Cogió la botella, llenó el vaso y se bebió la mitad de un trago. Con el vaso en la mano se dirigió hacia la puerta. Cuando la abrió se sintió decepcionado al encontrarse con una gitana. No esperaba a nadie, pero mucho menos a una gitana. Casi irritado, sintió deseos de quitarse de encima a aquella visitante, inusual en su edificio, cerrándole la puerta. En el último momento cambió de opinión. Le echó una mirada de la cabeza a los pies y dijo para sí: ¿Y por qué no? ¡Ven!, se dirigió a ella, ¡entra!

La otra no entendió de inmediato la invitación. Era joven, dieciocho o diecinueve años. Llevaba puesta una blusa abierta en el pecho, donde le colgaba una pequeña cruz. Aquel día de julio hacía calor, era natural que llevara la blusa desabotonada, sin preocuparse porque sus pechos atrajeran las miradas de los hombres. A ella no le inquietaban las miradas de los hombres. Pero nunca le había ocurrido encontrarse así, a solas frente a un payo, cuya mirada de pies a cabeza había sentido hasta en las profundidades de sus entrañas. Encima, el tipo la invitaba a entrar. Interpretando la invitación por su cuenta, le replicó: ¡Quita hombre, qué más quisieras tú!

Él no repitió la invitación dos veces. Nada más formular la muchacha su respuesta, le cerró la puerta, se la estampó en las narices. Luego fue a sentarse en el sillón, junto a la mesa. Una lástima, murmuró clavando los ojos en el retrato de la rubia con gafas de la fotografía situada delante, sobre el aparato de televisión. Practicaría el sexo aquí, en el sofá, para que me vieras desde todas tus posiciones. Con una gitana... ¿Qué te parece con una gitana? No estaba tan mal...

Por cuarta vez, el sonido del timbre interrumpió el discurrir de sus pensamientos. Contempló una vez más el retrato. Parece que ha cambiado de opinión, se dijo, y fue a abrir la puerta. La muchacha dio unos cuantos pasos indecisos hacia el interior. Él creyó entenderla, se encontraba por primera vez en un ambiente que le resultaba ajeno. Se le acercó y la invitó a que tomara asiento en uno de los sillones. Ella no aceptó. Quiso saber por qué la había invitado a entrar, qué quería de ella. Él fue directo al grano. Para que lo hagamos, le dijo. Si tú quieres, añadió al observar que el rostro de ella se fruncía un tanto, si es que te apetece. Yo sólo follo cuando se me antoja, le replicó la otra, no soy de las que lo hacen por dinero. No te estoy pidiendo que follemos a cambio de dinero, precisó él. Podemos hacerlo por placer. ¡Si no tienes ganas pídemelo lo que quieras, lo que se te antoje, y lárgate de una vez!

La muchacha comenzó a deambular por el salón contemplando el retrato omnipresente

de la rubia con gafas sin hacer el menor comentario, ni una sola pregunta. Fue él quien le preguntó: ¿Cómo has llegado hasta aquí arriba?, le dijo, ¿quién te ha abierto la puerta? Nadie, le respondió ella, la encontré abierta. He llamado una por una a todas las puertas, de piso en piso, pero no había nadie. Aparte de ti. Y resulta que tú quieres que nos acostemos. ¿Sabes que estoy comprometida y que, si mi novio se entera, se presenta aquí y nos mata a los dos?

Él dio un trago al vaso de whisky. El cuerpo de la muchacha emitía un fuerte olor, el olor de quien lleva largo tiempo sin lavarse. Le invadió la repugnancia, sin embargo insistió: Tu novio no nos ve ni tiene por qué enterarse. Ahora elige: te quedas o te largas antes de que te tenga que sacar yo... ¡Venga, hombre!, le cortó ella, ¡que me vas a asustar...! Prueba sólo a tocarme con la mano y me pongo a dar alaridos. Y tras decir esto se instaló en uno de los sillones.

Por un instante, él recuperó la sobriedad. Esto se está convirtiendo en una locura, se dijo. Tengo que echarla de aquí antes de que sea tarde. Entretanto la otra, arrellanada en el sillón, lo contemplaba con gesto retador. ¿Qué, vamos, por qué no me follas? ¿O es que tienes miedo de que me ponga a gritar? No, le replicó él, no tengo miedo de que grites. Aquí puedes gritar tanto como quieras, no te va a oír nadie. No me acuesto contigo porque estás mugrienta, hueles mal. ¿Cuánto hace que no te lavas?

¡Chúpame el culo!, exclamó la muchacha y se puso en pie. Él creyó que, tal como estaban yendo las cosas, intentaría marcharse. No sucedió así. La joven comenzó de nuevo a deambular por el salón, deteniéndose unos instantes ante cada fotografía de la rubia con gafas. También esta vez se abstuvo de hacer el menor comentario, tampoco le dirigió ninguna pregunta. Al final de la inspección expresó una petición inesperada. Enséñame donde está el cuarto de baño, le dijo. Quiero lavarme. Tu baño debe de ser como los de las películas, con ducha y con bañera. Él le respondió que su cuarto de baño era como los de las películas. Si lo deseaba, podía entrar en aquel mismo momento y lavarse cuanto quisiera. La joven se apresuró a replicarle con su expresión acostumbrada: ¡No, hombre, qué más quisieras tú! Luego, la idea de un hombre payo le gustó. Al menos eso es lo que le pareció a él.

La tomó de la mano y la arrastró hacia el baño. Ella lo siguió sin dar muestras de resistencia. El cuarto de baño estaba bien provisto, con todos los aparatos necesarios, de producción italiana, blancos; en cuanto al suelo y las paredes, aparecían recubiertos de azulejos de color azul. Bajo el efecto del whisky, ya no percibía su fuerte olor. Y le poseyó un deseo ciego de practicar el sexo con ella, en la bañera, con independencia de que el omnipresente retrato pudiera verlo o no. Con ademanes febriles, reguló el grifo del agua. La bañera comenzó a llenarse y él derramó en ella una porción de gel. La muchacha continuaba de pie, observando cómo crecía la espuma. Mientras la bañera se llenaba y la espuma crecía, percibió de nuevo el fuerte olor de la otra. Estoy loco, se dijo. Yo estoy loco; tengo que echar de aquí a este ser apestoso. En lugar de eso, cuando la pileta se llenó del todo, le pidió que se desnudara. Ella le respondió que sólo se desnudaría si él salía del cuarto de baño. Pronunció esta frase con su acento gitano característico, en el que él siempre creía percibir algo de incitante. Se echó a reír, la otra

estaba coqueteando.

Salió del baño, caminó hasta la mesa y se terminó el whisky que quedaba en el vaso. Desde allí se dirigió al dormitorio. Se desnudó, sacó de la cómoda un albornoz, se envolvió en él y regresó de nuevo al salón. Los retratos omnipresentes de la rubia con gafas lo contemplaron en silencio. Un silencio despectivo, según le pareció. Los eludió y, sin esperar a más, se dirigió al cuarto de baño.

La muchacha acogió su aparición con un grito. Si se hubiera encontrado en estado normal, habría podido comprender que aquel grito no incluía el menor deje de coquetería. Pero sus sentidos interpretaron el mensaje erróneamente. De modo que se quitó el albornoz, lo colgó de una percha de la pared y, exponiendo ante la gitana sus genitales, se introdujo en la bañera situándose frente a ella. Nada más sentir el contacto de las piernas del hombre bajo el agua, la muchacha se acurrucó en el otro extremo. ¡Ni se te ocurra acercarte!, le dijo en tono amenazador, ¡no te atrevas, te digo! Y trató al mismo tiempo de cubrirse los pechos con las manos. Unos pechos redondos. Un rostro casi bonito. El cerebro de él, sometido al imperio de los sentidos, recibió de ella una imagen extraordinariamente hermosa. Y muy sensual además. Cegado por el deseo, no fue capaz de percibir un destello salvaje en los ojos negros de la muchacha, desprovisto del menor rastro de coquetería. La ceguera se hizo completa cuando la muchacha trató de ponerse en pie: saltó sobre ella con el instinto de un depredador que se abalanza sobre su presa para impedir que se le escape. Durante unos instantes consiguió retenerla entre sus brazos. Sintió su cuerpo cálido estremecerse, sus piernas abiertas, sus pechos suaves rozando el suyo y, cuando creía que, con su contacto, ella se dejaría por fin llevar, dejó escapar un aullido de dolor: le había clavado los dientes en la tetilla izquierda.

Instintivamente la golpeó. Sin calcular la fuerza. No pretendía más que librarse del dolor de la mordedura en el pecho izquierdo, donde ahora sangraba una herida. ¡Estúpida!, le gritó gimiente, ¡imbécil! Y ofuscado por el dolor necesitó un buen rato para comprender lo que había sucedido: el cuerpo de la muchacha yacía fuera de la bañera en una posición aterradora.

Le recorrió un estremecimiento. La otra estaba tendida de espaldas con los ojos abiertos, uno de sus brazos extendido como si pretendiera cubrirse el sexo, el otro doblado sobre los pechos. Su cabeza aparecía apoyada sobre el bidé. Salió de la bañera y se aproximó a ella. Sin atreverse a tocarla le suplicó que se dejara de bromas. ¡Levántate!, le dijo, ¡deja ya de fingir! No obtuvo respuesta. Ella continuaba en la misma postura espeluznante, con la mirada clavada en alguna parte. Se inclinó entonces sobre ella, le alzó la cabeza con las dos manos y se quedó aterrado. Sus manos chorreaban sangre. El borde del bidé también estaba ensangrentado. Una mancha de sangre se iba extendiendo por las baldosas del suelo. ¡Dios mío!, balbució, ¡Dios mío! Y sintió náuseas. Abandonó a la muchacha y dio un salto hasta la taza del WC, donde los vómitos se desencadenaron brutalmente hasta que no le quedó otra cosa que arrojar que las tripas mismas. La primera idea que acudió a su cerebro fue correr hacia el pasillo para telefonar al servicio de urgencias, pedir ayuda, en su apartamento acababa de producirse un accidente. Eso es lo que hizo. Salió del cuarto de baño, llegó junto al teléfono colgado

de la pared, levantó el receptor y, en el último momento, cuando se disponía a marcar el número de urgencias, quedó paralizado. Justo enfrente, muy cerca de él, su mirada se topó con uno de los retratos de la rubia con gafas. Te lo tengo dicho, le reprendió ella. Tú estás loco. ¡Completamente loco!

Bajó los ojos tratando de evitarla y reparó entonces en que estaba desnudo. Se encontraba ante la rubia completamente desnudo, mojado, cubierto a trechos de espuma y con las manos ensangrentadas. Está muerta, es inútil que llames a urgencias. No hay equipo de urgencias que la devuelva a la vida. Levantó la cabeza para averiguar si estas palabras procedían del retrato o habían surgido de su fuero interno. Regresó al cuarto de baño con la esperanza de un milagro. Tal vez la muchacha simplemente había perdido el conocimiento, y de un instante a otro volvería en sí. Toda esperanza se desvaneció nada más penetrar en el cuarto de baño: la otra continuaba allí en idéntica postura, con los ojos abiertos, la mirada fija en alguna parte. Le vencieron los sollozos. Luego comenzó a rogarle a la muchacha que despertara. En cuanto lo hiciera, él saldría del cuarto de baño. Ella tomaría su baño a su gusto y luego él le daría lo que se le antojara. Todo había sido un simple antojo repentino, ella no podía castigarle tan severamente sólo por causa de un antojo.

La joven continuaba inmóvil. Sin embargo él no cesaba de llorar y de suplicarle. Cuando ya no tuvo fuerzas para una cosa ni para la otra, le asaltó una especie de iluminación. Avisaré a la policía, pensó. Ellos se ocuparán del resto. Un tanto sosegado por esta decisión, vació la bañera de agua para darse una ducha, mientras el cadáver permanecía tendido junto al bidé. El esmero en lavarse le llevó un largo rato. Nunca utilizaba champú para el pelo ni gel de baño para el cuerpo. Usaba únicamente jabón Palmolive para ambos usos. Fiel a una costumbre heredada de la infancia, se enjabonaba tres veces la cabeza y dos veces el cuerpo con ayuda de una esponja. Era incapaz de decir por qué razón enjabonarse tres veces la cabeza y dos el cuerpo constituía la norma obligatoria para considerarse limpio. Pero esta vez le pareció insuficiente. Tenía la fuerte impresión de que, por mucho que se frotara el cuerpo y las manos, las manchas de sangre de la joven permanecerían allí. Por supuesto, no era más que una impresión y, finalmente, salió de la bañera. Para dirigirse al salón se vio obligado a pasar por encima del cuerpo de la muchacha, y no pudo evitar que sus ojos se cruzaran con los de ella, desencajados, con el sello del pavor. La calma ilusoria de pocos momentos antes le abandonó y cayó nuevamente presa de una negra angustia.

Envuelto en el albornoz, en lugar de dirigirse al teléfono para avisar a la policía, se derrumbó en el sillón situado junto a la mesa. De forma automática, su mano fue a parar a la botella. La cogió, llenó el vaso vacío y se lo bebió como si fuera un vaso de agua... Ya que no eres capaz de llamar a la policía, concluyó, el resultado de esta historia es fácil de imaginar: ¡te pudrirás en la cárcel!

No supo de dónde procedían estas palabras. En todo caso, no del teléfono colgado de la pared, cuyo timbre sonó justo en ese momento. Sintió una sacudida. Alarmado, se aplastó contra el respaldo del sillón, con los ojos fijos en la botella y el vaso situados sobre la mesa, ambos vacíos. El timbre continuó sonando, cinco, diez, mil veces, tantas

que se sintió tentado de abalanzarse sobre el aparato, arrancarlo de la pared y estrellarlo contra el suelo. Consiguió hacer algo más razonable: se apresuró a coger el móvil colocado encima de la mesa y, por miedo a que también se pusiera a sonar, lo silenció. Luego, la calma lo invadió todo. Él continuó hundido en el sillón, frente al vacío de la botella y del vaso, incapaz de moverse, incapaz de razonar, de encontrar una solución más conveniente que llamar a la policía.

Al cabo de dos o tres minutos, puede que dos o tres horas, salió del aturdimiento. Tras él, al lado contrario del salón, más allá de la estantería que ocupaba buena parte de la superficie de la pared, se encontraba el mueble bar. En una de sus repisas, como por todas partes, se encontraba el retrato de la rubia con gafas. Escogió una botella, de Jack Daniel's por supuesto, y antes de que la rubia le hablara se apresuró a escabullirse. Necesitaba beber, recuperar la claridad de ideas. Librarse de aquella negra angustia. Y en cierto modo lo consiguió. Tras dejar la botella a la mitad se sintió tranquilo. Tan tranquilo que se quedó dormido. Hasta que, en cierto momento, lo despertó una suerte de estruendo.

Abrió los ojos casi aterrado. Sobre todo sorprendido: lo envolvía una profunda oscuridad. A través de las tinieblas llegaba a sus oídos el rumor de la lluvia. Se movió con apatía en el sillón, percibiendo el choque arrebatado de la lluvia sobre los cristales. ¡Habría sido maravilloso no despertar!, se dijo, ¡quedarse para siempre en las tinieblas de la nada! ¡Como esa estúpida gitana!

Un relámpago rasgó la oscuridad, seguido rápidamente de un nuevo estruendo. Se estremeció. Todo el salón apestaba. Se preguntó si todo el apartamento conservaba el fuerte olor del cuerpo de la gitana o si su cuerpo tendido en el suelo del cuarto de baño – no sabría precisar cuánto tiempo llevaba allí– se estaba ya descomponiendo por efecto del calor del día que había cedido su lugar a una noche tormentosa. Sin encender ninguna de las luces, abrió las ventanas. Con el albornoz sobre los hombros, se dirigió al dormitorio, abrió también allí la ventana, se puso un polo, unos pantalones vaqueros y encendió unos segundos la lámpara de la mesilla de noche. Aprovechó esos segundos para mirar el reloj: las diez y media. Sólo me queda una solución, se dijo, hacer desaparecer el cuerpo.

Apagó la lámpara y regresó al salón. Por las ventanas abiertas penetraba el aire fresco y húmedo, que había expulsado el hedor. Es imposible que el cuerpo humano se descomponga con tanta rapidez, pensó. Y comprendió que al fin era capaz de razonar. La cuestión se planteaba de forma bien sencilla: con un poco de cuidado, con un poco de suerte asimismo –la tormenta de aquella noche parecía de buen augurio para él–, lo conseguiría. Si lograba bajar el cuerpo de la gitana sin ser visto –había dejado su coche en el aparcamiento situado delante del edificio–, el asunto podría considerarse arreglado. La muchacha había llegado hasta su casa por casualidad. De acuerdo con sus propias palabras, nadie la había visto colarse en el edificio, subir las escaleras y llamar a su puerta. Ellos no se conocían de nada. Comoquiera que fueran las cosas, si él conseguía sacarla de su casa y dejarla en cualquier parte, a nadie se le ocurriría establecer un

vínculo entre el cadáver y él. Sabía de montones de casos de cadáveres encontrados en fosas y otros parajes, en elevado estado de descomposición, arrojados allí por asesinos desconocidos y nunca identificados. También yo, se dijo, puede que acabe incluyéndome en la categoría de los asesinos sin identificar.

Quiso confiarle esta idea a la rubia con gafas, pero no podía verla a causa de la oscuridad. Se dirigió entonces a la gitana. Si consigo meterte en el maletero de mi coche sin que nadie me vea, quedaré incluido en la categoría de los asesinos sin identificar. En lo que se refiere a ti, pobre imbécil, te proporcionaré la oportunidad de convertirte en una celebridad. A título póstumo, según se dice, después de muerta. Eso te lo garantizo. Yo soy periodista, ya sabes. Más exactamente, lo he sido hasta hace unos meses, antes de romper con la rubia de las fotografías.

Se esforzó desesperadamente por vestir a la víctima con sus propias ropas. Tarea no precisamente fácil. En vano probó a cerrarle los ojos. En vano intentó estirarle los brazos, enderezar su cuerpo doblado, alzarle la cabeza caída sobre el bidé. Por fortuna, no tenía mucha ropa que ponerle. La encontró toda arrojada en un rincón del cuarto de baño: unos pantalones de chándal de color azul con bandas blancas a los costados, una blusa roja de tres botones. Zapatillas de deporte blancas. Calcetines de color gris. Bragas negras. Las piernas le habían quedado tan abiertas que probablemente no conseguiría calzarle bien las bragas.

Mientras comenzaba por ponerle los calcetines, su mirada se topó con una de las manos que la joven había extendido hacia su sexo, se diría que intentando cubrirlo, lo mismo que parecía haber intentado taparse los pechos con la otra. Imbécil, le dijo, ni siquiera has llegado a decirme tu nombre. Tus ancestros puede que procedieran de la India, pero tú llevas una cruz, de modo que eres cristiana. ¿O tal vez la llevas porque sí, sin ningún motivo religioso? Voy a bautizarte. Te llamaré Jade. Puede que ya te lo hayan dicho, pero te pareces a la Jade de la serie de televisión. A la rubia con gafas de las fotos le encantaba. Y a estas alturas es ya un nombre de moda en todo el país. ¿Cómo se te ocurrió venir a mi casa?

Intentó una vez más ponerle las bragas, pero esta vez conformándose con una solución de compromiso: se las metió por una sola pierna. Consiguió enfundarle los pantalones y subírselos hasta arriba, casi a la altura del ombligo. Luego, las zapatillas. Hasta aquí, la gitana no había presentado gran resistencia. Pero cuando se afanó en ponerle la blusa, se opuso decididamente. Pese a todos sus esfuerzos, se negó a flexionar siquiera un poco los brazos, de modo que se vio obligado nuevamente a recurrir a una solución de compromiso. Con una mano le levantó la cabeza y con la otra le pasó la blusa por el cuello, al revés. El resultado era bastante satisfactorio, pues tanto la cara como los pechos quedaban relativamente cubiertos, pero ya fuera porque tenía sangre en las manos, ya por el fuerte hedor que invadía el cuarto de baño, vomitó por segunda vez. Expulsó una mezcla de bilis y whisky. Aunque eso no le impidió llevar a término la primera fase de su plan. Salió del cuarto de baño, siempre sin encender ninguna luz, fue al dormitorio y allí, de un maletero, extrajo una manta que extendió sobre el suelo, junto a la puerta del baño, de donde extrajo el cuerpo de la joven arrastrándolo por los pies. Lo

colocó sobre la manta y a continuación lo envolvió formando un rulo. La contemplación del resultado le pareció decepcionante: era lo mismo que ocultar un minarete en un cesto.

El ruido de la tormenta le recordó que, en todo caso, tenía un aliado en aquella noche negra: la lluvia. A intervalos, tras breves momentos de calma, volvía a desencadenarse con violencia, como si pretendiera desalojar las calles de gente y de ese modo ofrecerle la oportunidad de consagrarse con mayor determinación a la segunda fase de su plan, sacar el cadáver del apartamento.

La primera trampa le esperaba en el pasillo, que debía recorrer para llegar al ascensor. Podía salvarla vigilando primero desde la puerta, para salir a continuación con su carga sólo tras haberse asegurado de no tener algún encuentro inesperado. Una vez en el pasillo, llegaría al ascensor en cuestión de segundos. Con la gitana en brazos, se entiende, que no debía de pesar más de cincuenta kilos y, como su cuerpo estaba encogido, podría echárselo a la espalda con facilidad. Incluso si pesara algo más, pongamos sesenta kilos, no le resultaría demasiado dificultoso cargarla hasta el ascensor, luego hasta la planta baja, y desde allí a la calle, para introducirla en el maletero del coche. A fin de contar con el máximo de posibilidades a su favor, debía ingeniárselas para que la cabina del ascensor estuviera en su planta cuando él saliera; en cuanto al coche, debía encontrárselo dispuesto en la calle, al borde de la acera.

Hacia las dos de la madrugada tuvo la certeza de que había llegado por fin el momento adecuado para sacar el cadáver. Se encontraba en el balcón, pegado al muro, vigilando los movimientos de la calle. Entretanto se había dado ya una segunda ducha: había vuelto a mancharse de sangre durante la operación de vestir y luego envolver el cuerpo en la manta. Y tenía la persistente sensación de que su propio cuerpo apestaba a podredumbre.

Abandonó el rincón de su balcón y, sin encender una sola luz tampoco ahora, trató de situar el cadáver envuelto en la manta en posición vertical. Ésta resultó ser una maniobra un tanto costosa. Jade, se quejó, pareces de plomo. Seguro que tienes los huesos bien sólidos.

En un segundo tiempo, se cargó el cuerpo a la espalda. Lo siento mucho por ti, le susurró. Pero según parece era algo que estaba escrito, y no hay nada que se pueda hacer contra lo que ya está escrito. Mirándolo bien, tú eres la más beneficiada, has saldado tus cuentas y no le debes nada a nadie. A la vida que llevabas, tengo la impresión, no podía llamársele vida. En todo caso, no era mi intención arrebatártela, no tenía necesidad. No sé qué hacer siquiera con la mía...

Si en ese momento hubiera aparecido alguien en el descansillo de la planta (uno de sus vecinos o cualquier otra persona que pasara por casualidad), se habría abandonado al capricho del destino. Incluso con cierta especie de alivio. Pero, al parecer, aquella noche, el destino estaba decididamente de su lado, pues no quiso que se cruzara con nadie. No tuvo, pues, otra opción que dirigirse hacia el ascensor. La cabina era un tanto estrecha y hubo de penetrar de costado junto con su carga.

Ya en la planta baja, salió con calma del ascensor y, con la misma calma, abrió la puerta de entrada del portal para encontrarse acto seguido sobre la acera. La lluvia lavaba

la calle desierta al mismo tiempo que su coche, un Mercedes de color negro. No se tomó siquiera la molestia de mirar a su alrededor. A través de la intensa lluvia llegó hasta el coche, abrió el maletero y, con gran delicadeza, depositó la carga en el interior. Aquí estarás bien, le dijo, no te mojarás.

Permaneció durante un rato en pie, bajo la lluvia, a la espera de que surgiera alguien y le dijera: «Señor mío, su juego ha terminado». Nadie apareció. Solamente el rótulo de La gaviota, en lo alto de la fachada, iluminaba pálidamente aquella zona de la calle. Tal vez por esta razón aún tenía dificultades en creer que podía sentarse al volante y arrancar. En realidad, así lo hizo, se sentó ante el volante, pero no arrancó de inmediato. Sintió que le invadía una inmensa fatiga. Y apoyando la cabeza sobre el volante, murmuró: Jade, ¿qué voy a hacer contigo ahora? ¿Adónde te llevo?

¡Pobres padres míos! Continúan viviendo en la casa donde yo nací, hace treinta y dos años, un piso en la tercera planta de un edificio con tejado situado en una zona antaño entre las más codiciadas de la capital. Se encuentra no muy lejos del bloque, con unas cuantas callejuelas tranquilas y llenas de verdor donde llamaban la atención los ejemplares de mimosa, que nadie osaba tocar ni siquiera cuando florecían. Los activistas del barrio las protegían de los malhechores con la misma diligencia que mostraban en descubrir sobre los tejados de los edificios alguna antena de televisión orientada de modo que pudiera captar las ondas de la RAI o de alguna cadena de televisión yugoslava.

Mis padres no eran activistas. Eran ciudadanos normales, obedientes. No salían con el grupo de activistas a controlar las antenas sobre los tejados de los edificios o en otras misiones de tipo parecido, pero cumplían con escrúpulo ejemplar la totalidad de las instrucciones. Por poner un ejemplo, todos los domingos por la mañana iban a limpiar las callejuelas en torno a nuestro edificio. En ocasiones, para dejar testimonio de su celo, se llevaban consigo a Anila, mi hermana, para las labores de limpieza, hasta que ella se hartó y les hizo una escena. Les amenazó con tirarse al lago si la obligaban a salir los domingos de trabajo voluntario en la recogida de basuras. Mis padres no debieron de creerse que fuera a cumplir su amenaza, sin embargo se asustaron. Por aquellas fechas se había ahogado en el lago una muchacha del barrio, nunca se supo por qué motivo, circularon toda clase de versiones. De cualquier modo, la causa de su ahogamiento no debía de estar relacionada con la obligación de desperdiciar con trabajos voluntarios la mañana del único día de descanso de la semana. Si vosotros habéis decidido haceros viejos siendo unos esclavos, lo siento mucho, no depende de mí, pero a mí dejadme tranquila, zanjó así la escenita amenazadora Anila. Después de este bombazo, mi padre y mi madre se miraron el uno al otro. La palabra «esclavos» debió de hacerles estremecer hasta el tuétano de los huesos. No volvieron a obligar a Anila a salir de trabajo voluntario los domingos. Ella no habría vacilado en arrojarles de nuevo a la cara aquella temible palabra, «esclavos», y como, según se creía, hasta las paredes oían, la peligrosa palabra podía ser trasladada más allá, llegar hasta los oídos de los activistas del barrio, y de éstos todavía más lejos, y eso era lo mismo que jugar con fuego.

Mis pobres padres no querían jugar con fuego. Eran ciudadanos honestos, sumisos. Tanto que me dan ganas de llorar.

Entonces, a comienzos de los años ochenta del siglo pasado, yo era pequeño y no comprendía el significado de la expresión «jugar con fuego». Por aquel entonces continuaba durmiendo en la misma habitación que mis padres, en una crujiente cama de

madera situada junto a su lecho matrimonial, del lado de mi madre. De acuerdo con mis cálculos, mis padres me mantuvieron en su dormitorio hasta la edad de ocho años. Tierna edad, pero no tan inocente como para no comprender ciertas cosas. Por ejemplo, cuando ellos hacían el amor y yo fingía dormir.

Con el fin de intentar aclarar un tanto por qué continuaron teniéndome hasta tan tarde en su habitación, en aquella cama de madera donde, antes que yo, había dormido Anila, es preciso describir la casa. Por Dios, diréis vosotros, déjanos en paz con tanta casa. ¿Qué nos vas a contar ahora? Tenéis razón, la casa en la que yo nací no era ningún castillo aristocrático ni palacio principesco de los que merezca la pena hablar. No obstante solicito disculpas y permiso. En aquella casa se inicia y finaliza todo lo relacionado conmigo. Fuera de ella me siento como un caracol que ha salido de su concha, la ha extraviado y se esfuerza en vano por reencontrarla. Un caracol en busca de la concha perdida.

Era un piso estándar, dos habitaciones y cocina-comedor. Habitaciones corrientes, de techos relativamente altos comparados con los de los pisos en los que vivían mis compañeros de otros barrios, en edificios construidos más tarde que los de la zona donde vivía yo, a los que llamaban cajas de cerillas. Si bien las habitaciones eran poco más o menos aceptables, la cocina-comedor era en sentido estricto una caja de cerillas. El pasillo aún más estrecho. Lo mismo que el cuarto de baño. Por no mencionar el sótano. Todos los edificios de nuestra zona, de dos y tres plantas, construidos en ladrillo rojo, sin enfoscar, tenían sótano y cada familia tenía derecho a utilizar el que le correspondía. Como nosotros el nuestro. En la adolescencia yo acudía allí con frecuencia, era mi territorio de escape.

Si el sótano constituía para mí un espacio de libertad, en casa existía un territorio sagrado: la sala. Entonces mis padres no tenían allí un verdadero icono como sí ocurre hoy. Lo digo desde el principio: mis padres son creyentes. De este hecho me enteré tarde, en la época moderna, cuando ellos ya no tenían miedo y dejaron de ocultarlo. Entonces comenzaron a ir a la iglesia, a encender velas y a asistir a las ceremonias, y colocaron en el salón una imagen de la Virgen, reliquia de la familia de mi padre, que habían logrado ocultar durante toda una vida. En la época premoderna o prehistórica, llamada como queráis, para evitar la mirada del maligno –no se excluía la posibilidad de que el maligno consiguiera penetrar en nuestra casa–, en lugar de la Virgen, ellos tenían en el salón el icono oficial.

Al nacer yo, Anila había cumplido ya los ocho años. Con frecuencia me he devanado los sesos tratando de averiguar por qué mis padres me trajeron al mundo tras un descanso de ocho años. Pero al parecer ¡así es como se resuelven las cosas en este mundo! En caso contrario, si en la reproducción de la especie humana se tomara en cuenta la opinión de los llamados a desempeñar un papel posterior, yo no habría aceptado venir al mundo, mucho menos ochos años después de que lo hiciera mi hermana. Me habría opuesto de forma categórica a la idea de mis padres a propósito de mí, si es que tuvieron realmente alguna idea y excluimos una posibilidad tan probable como que mi llegada haya sido accidental, es decir, no proyectada ni deseada. (No lo sé

ni lo sabré nunca: ¿fingía dormir Anila en el momento en que mis padres me gestaban en la oscuridad de la habitación?) Una cosa es segura: a mí no me preguntaron si deseaba o no venir al mundo. Nadie nos pregunta por eso. Nadie ha sido ni será preguntado nunca. Atropellan nuestros derechos ya antes de nacer.

¡Mis pobres padres! Si yo les confiara estas reflexiones se pondrían a rezar por mí.

Con mi arbitraria llegada a este mundo, con la sola excepción de dos noches, Anila continuó durmiendo en la cocina-comedor. ¡Digo cocina! No recuerdo que aquella pequeña estancia fuera utilizada en efecto como tal. Había allí una mesa, dos sillas, una estufa de leña, un caballete sobre el que se apoyaba el televisor y un sofá. La colocación de este último fue posible tras una modificación. Unos meses antes de mi nacimiento, le fue arrebatada al pasillo una extensión de dos palmos. Simultáneamente, el fregadero fue desplazado de la cocina al cuarto de baño, junto al lavabo. El espacio conquistado de este modo trajo consigo una ampliación de la estancia y permitió la colocación del sofá donde, con una pausa de sólo dos noches, Anila durmió hasta el momento de casarse, en que se marchó con su marido. Durante todo este periodo yo dormí en el canapé de la sala, el espacio sagrado de la casa.

Al cumplir los ocho años se me dijo que en adelante dormiría en la cocina, en el diván. A decir verdad, tal notificación no me llegó por sorpresa. Dormir en la misma habitación que mis padres se había convertido para mí en un tormento. Debía de estar en segundo de primaria y, entonces, en las conversaciones con los compañeros de mi edad, yo defendía una tesis divina: todos nosotros habíamos nacido de la axila de nuestras madres. Sólo unos pocos apoyaban mi teoría. La mayoría se burlaban de mí. Por lo que recuerdo, me alteré mucho al tomar conocimiento de un hecho turbador: los niños no salían de la axila de sus madres sino de un órgano cuyo nombre utilizaban los golfillos en sus insultos. Y lo más inquietante era que nuestro padre y nuestra madre debían hacer el amor para que nacióramos nosotros. Los muchachos no decían «hacer el amor»; en lugar de esa expresión utilizaban un verbo considerado sucio y perteneciente una vez más al vocabulario de los golfos de la calle. Esto me atormentaba. Mis padres eran a mis ojos unas criaturas ideales. Los padres de los demás puede que hicieran lo que expresaba aquel verbo indecente, ¡pero no los míos! Ellos no hacían más que dormir juntos en la misma cama, el uno junto al otro, y no podían dedicarse a actos vergonzosos. Hasta que una noche, no sé cómo, me desperté y oí gemidos. Contuve la respiración sin atreverme a hacer un solo movimiento, sin atreverme siquiera a dirigir la mirada más allá de la cama. Los gemidos prosiguieron durante cierto tiempo en la oscuridad, luego todo quedó sumido en el silencio. Ocasiones semejantes se repitieron en adelante. Y una noche ya no pude soportarlo más. Papá, ¿qué le estás haciendo a mamá?, pregunté. Ellos no me respondieron, guardaron silencio durante largo rato. Finalmente, llegaron a mis oídos unos murmullos, una especie de risa y la voz de mi madre: ¡Duérmete ya!, dijo, ¡duérmete!

Mi expulsión de la cama de madera que había en la habitación de mis padres, con traslado al diván de la cocina, se llevó a cabo al día siguiente. Pero sólo después de dos

noches se me comunicó la nueva decisión: pasaría del diván de la cocina a la sala de estar.

No sentí curiosidad por conocer las causas de esta súbita expulsión. Bastaba con no volver a dormir con mis padres.

Además, dormir en la cocina también resultó para mí una especie de tormento: allí estaba el televisor. Anila insistió en llevárselo consigo, pero mis padres no lo consintieron. ¡Los pobres! Si no les hubiera hecho la pregunta fatal, quién sabe durante cuanto tiempo me habrían mantenido en su habitación. Ahora se veían obligados a hacer un sacrificio extraordinario, quebrantar la inviolabilidad del espacio santificado. ¡Y para colmo Anila reclamaba llevarse consigo el televisor! No, ellos no podían consentir tal cosa. El territorio sagrado se degradaría, se convertiría, según expresión de mi padre, en una sala de cine.

Anila no aguantó en la sala de estar más de dos noches. Yo me lo expliqué por la ausencia del aparato de televisión. Cuando mis padres se marchaban después de la última emisión de las noticias, ella trataba de captar alguna cadena extranjera con ayuda de un *bote*¹. Puede que éste fuera uno de los motivos de que mi hermana, por entonces en segundo o tercero de bachillerato, reclamara regresar al mismo lugar donde había dormido durante ocho años seguidos, el diván de la cocina.

Pero yo creo que la principal razón tiene que ser otra. Me refiero a algo bastante especial, al descubrimiento más increíble que he hecho en mi vida: un coro. Yo lo llamaba el Coro de los Gusanos, sin la menor intención metafórica. Mi cerebro era entonces incapaz de construir metáforas y, cuando oí su canto, quedé hipnotizado. Al principio los tomé por gusanos corrientes, de los de tierra, que salen a la superficie después de la lluvia y los pescadores los recogen al borde de los charcos para utilizarlos como cebo. Me equivocaba: eran gusanos de otra clase por completo diferente. Actualmente me continúan interesando mucho pero, por favor, antes de continuar permitidme que abra un paréntesis.

Declaro públicamente que mis padres se casaron por amor. Espero que esta declaración les complazca y que me excusen por haber revelado ciertos detalles íntimos de su vida nocturna, y aun otros, como el hecho de que se vestían y se desvestían en la habitación en mi presencia. En la feliz estrechez de nuestra existencia, esto era algo normal. Tan normal, digo, como guisar el pollo en el baño. Sobre aquellos hornillos de petróleo, tenéis que recordarlos, no ha transcurrido tanto tiempo como para que los hayáis olvidado, instalados, en el mejor de los casos, en un nicho abierto al efecto en el muro, aunque la mayor parte de las veces colocados sobre el suelo, en un rincón del cuarto de baño, no lejos del retrete, por regla general a la turca. Mi madre no tenía de qué quejarse, pues el nicho para el hornillo de petróleo en nuestro baño correspondía al mejor de los casos, yo diría que al perfecto. Se encontraba a una considerable altura, era relativamente profundo, revestido de azulejos blancos, comunicaba con el hueco de la

chimenea, a través del cual se producía la evacuación de los gases. Dos batientes de vidrio grueso, encajados en sendos marcos metálicos inoxidable que podían abrirse y cerrarse, lo aislaban del cuarto de baño. ¡Una obra de arte! Mi madre no desperdiciaba ocasión para mostrárselo con orgullo a los visitantes, desde los vecinos hasta los parientes, lejanos o próximos. En cuanto al resto de los gases emitidos por el WC, eran evacuados al exterior por medio de una minúscula ventana, en correspondencia con las dimensiones propias de la caja de cerillas que era nuestro cuarto de baño. Esta ventana permanecía en todo tiempo abierta. De tal modo que nuestro cuarto de baño nunca olía a orines ni a guisotes. La combinación baño-cocina era por tanto perfecta en nuestra casa, las amas de casa albanesas podían tomarla como modelo que imitar, la más lograda innovación con vistas a la explotación racional del espacio doméstico destinado a esta doble función.

Una historia ya pasada. Lamento haberla evocado. Había comenzado por hablaros del matrimonio por amor de mis padres, y me desvían de mi camino semejantes asuntos triviales. Además, el Señor os proteja, podrían herir, si no el vuestro, el amor propio de alguien. Trataré de elevar el nivel, como merece el vínculo amoroso entre mis padres, y haceros partícipes de otro descubrimiento mío de la época, esta vez ni fatal ni metafórico.

Cuando vagabundeaba con mis amigos más allá de nuestro barrio, pasaba a veces ante una vieja construcción de dos plantas con cubierta de tejas, fachada deteriorada y una arquitectura diferente de las construcciones circundantes, de cierto estilo gótico, con un patio en el que siempre se veía ropa secándose en el tendedero. Con parecida frecuencia pasaba ante otro edificio, de mayor tamaño y más elevado, cuya planta baja sirvió hasta muy tarde de farmacia. No sabía que el destino de mi familia descansaba sobre los cimientos de ambos. Un buen día nos encontramos como propietarios de aquellos edificios leprosos, de pronto transformados en piedras preciosas en el corazón de la capital: habían pertenecido a la familia de mi padre y fueron expropiados tras la Segunda Guerra Mundial del siglo pasado. Mi abuelo paterno, un comerciante rico, que murió por lo que he oído en la época de lo que se llamaron impuestos extraordinarios, resultaba ser propietario de los edificios en cuestión. Y de otras posesiones. En consecuencia, todo ello pertenecía a sus herederos. Y a los herederos de sus herederos. Aunque tampoco este episodio, pese a no carecer de importancia, ya se comprende, aporta nada de romántico al vínculo sentimental entre mis padres. Vayamos pues a algo un poco más romántico.

Imagino a mi padre con su eterno casquete, sus bigotes igualmente eternos, en un pueblo donde todo el mundo sabía que pertenecía a la categoría de los desclasados. Al tiempo que mi padre, alto y delgado, casi bello, desempeñaba las funciones de veterinario en una aldea donde todos sabían que era un desclasado, mi madre trabajaba en la misma aldea como maestra de primaria. Ella no pertenecía a la misma categoría social, sino a otra para la que ignoro si existe un calificativo definitorio. Si, de todas maneras, buscamos formalmente una analogía con los términos políticos difundidos en la actualidad, diré que mi madre pertenecía a la categoría que se designa mediante la estúpida fórmula *con posición*. Por eso yo siempre he pensado que la relación amorosa

entre mis padres debió de tener algo de romántica. Lo confirma otro hecho que, al igual que la existencia de los iconos familiares, he conocido bastante tarde. Mi padre ha escrito versos durante toda su vida. Es un poeta. Y mi madre ha sido su única lectora.

Le recuerdo leyendo –en nuestra sala de visitas, contra una de las paredes, había una pesada biblioteca, con cajones y compartimentos repletos de libros– y a menudo sentado junto a la mesa, escribiendo. Yo ignoraba qué escribía. Que escribía versos lo supe por casualidad, cuando era estudiante, en el primer año de la facultad, hurgando un día en los cajones de la biblioteca. En uno de ellos encontré un día los cuadernos por entregas de un viejo libro, en formato relativamente grande, con ilustraciones en blanco y negro: *El conde de Montecristo*. Entre los fascículos descubrí un poema, escrito en una hoja suelta, el primero y el último que yo he leído de todo lo suyo. Contenía cuatro estrofas. E iba firmado por Kiço Terziu, con fecha de 1957. Mi padre se llama Kiço Terziu. Como había nacido en 1934, resulta que en el momento de componerlo tenía veintitrés años. Le pregunté si era verdaderamente el autor de ese poema. Majaderías, me respondió.

¡Ahora lo recuerdo! Mi madre pertenecía a la categoría de familia con mártir de la nación. Un hermano suyo, el mayor de los varones, una escuela lleva su nombre, falleció a la edad de catorce años, poco antes del término de la Segunda Guerra Mundial del siglo pasado. En el círculo familiar de mi madre hay además otros mártires. Una joven en su situación cometía una grave falta si se enamoraba de un joven de la condición de mi padre, incluso si éste era casi bello y escribía poemas.

En fin, ¿qué vamos a conseguir dándole vueltas a esta vieja historia? Corro el riesgo de meterme en caminos sin salida. Peor aún: podría reabrir heridas ya cicatrizadas. Yo no pretendo abrir cicatrices ya cerradas ni impedir que se cierren heridas aún recientes. ¡Pobres padres míos! Hasta los familiares más próximos le dieron la espalda a la oveja negra: mi padre. Pero todo eso son ya cosas superadas. Un buen día las puertas volvieron a abrirse y se permitió a mi madre reintegrarse al rebaño familiar. Junto con la oveja negra. Y su progenie, Anila. Les dejaron penetrar en el redil. Se las arreglaron para instalarlos en Tirana, en el piso donde, como ya he dicho, nací yo hace treinta y dos años. Donde ellos continúan viviendo y yo voy a visitarlos de cuando en cuando. Y cada vez que voy, me parece estar oyendo el coro, aquel Coro de los Gusanos en la sala de visitas.

Comprendí enseguida por qué Anila se había negado a pasar más de dos noches en el espacio sagrado de la casa, que aún se encontraba entonces en su estado inicial: era una habitación corriente que desembocaba en un balcón, de esos que se prolongan hacia el interior, en forma de palco. Cuando me instalaron allí para dormir, el balcón continuaba sirviendo aún de balcón, no había en él más que unas cuantas macetas con flores. En verano, mis padres sacaban sillas y se sentaban a tomar el café. Les gustaba hacerlo al anochecer, para contemplar a los transeúntes y a los vecinos de los edificios de enfrente, de los que nos separaba un campo de hierba, parcialmente cubierto de maleza. Había allí un ciruelo y un montón de cubos de basura. La ventana de la cocina daba asimismo sobre los cubos de basura, y mis pobres padres continúan padeciendo incluso ahora esa

misma situación.

Siempre ha habido –tengo la impresión de que siempre lo habrá– un tarado que les pega fuego a los cubos de la basura. Antaño el pirómano era conocido, era un muchacho de la edad de Anila al que llamaban Lloni. No se detenía ante nadie, era inútil razonar con él para convencerle de que cesara en su obra incendiaria. Obedecía únicamente a los activistas del barrio. No porque éstos le hubieran hecho nada de particular. Si le pegaban, cosa que sucedía a veces, a Lloni le daba igual. Lo que le aterrorizaba eran sus amenazas de meter a su padre en la cárcel si prendía fuego a los cubos. Esto sí tenía su efecto y Lloni se tranquilizaba durante cierto tiempo. Luego, de pronto, una mañana bien temprano, aunque con más frecuencia una tarde, los vecinos de los edificios circundantes maldecían al pirómano: de los cubos de basura se elevaban al cielo densas columnas de humo, y las gentes abandonaban los balcones, cerraban las ventanas. Hoy Lloni ha desaparecido, se marchó a Grecia. Tal vez ejerza su oficio allí, pero aquí los cubos de la basura continúan ardiendo de forma periódica. No se sabe quién les pega fuego.

No tiene la menor importancia, estoy de acuerdo. Además, mis padres ya no salen a sentarse al balcón por la sencilla razón de que no existe hace tiempo. Desde que la sala de visitas dejó de ser un espacio sagrado y, para mí, dejó de ser un territorio mágico.

La primera noche que pasé en el salón oí solamente una voz. Se encontraba muy cerca de mí, oculta en el armazón de madera del canapé. Después de taparme con el cobertor, mi madre me preguntó si tenía miedo de dormir solo, pregunta inútil, pues ya había experimentado esa soledad durante las dos noches seguidas que había pasado en la cocina y no lo había tenido. Ella apagó la luz, salió de la habitación y yo quedé sumergido en la oscuridad. Una vez se acostumbraron mis ojos a ella, comencé a distinguir los objetos: una mesa redonda, baja, en mitad de la habitación. Dos sillones con los muelles casi saltados y con brazos de madera. Un aparador situado enfrente del canapé, un poco hacia un costado, y dos taburetes acolchados. Sin contar la estantería de los libros contra la otra pared. Éste era todo el mobiliario del salón, la totalidad de los asientos tapizados con un paño de color morado, desgastado a trechos.

Tiempo atrás había ocupado otra sala de visitas, en la casa paterna de mi padre. Ahora se encontraba en la nuestra en cuanto único vestigio de un mundo ya enterrado. La noche en que mi madre salió de la habitación después de apagar la luz, yo no era capaz de elevarme a la altura de la abstracción «un mundo ya enterrado». Para mí existía solamente un mundo, con las dimensiones de una caja de cerillas, que se había enriquecido con un nuevo elemento. Escrutaba las tinieblas sin conseguir conciliar el sueño cuando percibí una especie de crujido como el que producen los insectos perforadores. Contuve la respiración, era todo oídos. Yo aún no sabía nada acerca de los gusanos que carcomen la madera. Además, no sabía decir cuándo y por medio de quién averigüé una particularidad suya. Los gusanos de esta especie son el primer signo de la descomposición. Después de cuarenta días en su tumba, dicen, el cuerpo humano comienza a criar gusanos. Aquella noche, cuando sentí el leve crujido tan cerca de mi oído, no me encontraba aún en condiciones de establecer una analogía entre un cadáver humano, devorado por los gusanos en su tumba, y el armazón del mobiliario de nuestra

sala de visitas, al que le estaba sucediendo poco más o menos lo mismo. Todavía menos podía llegar aún más lejos y situarme en el papel de testigo de los estertores trágicos de los vestigios de un mundo ya enterrado.

Durante un buen rato presté atención tratando de localizar el lugar del que procedían los crujidos. No me parecieron estertores ni tenían para mí nada de trágicos. Yo imaginaba simplemente que alguna criatura pretendía establecer contacto conmigo. Comunicarse. Entretanto había logrado determinar su emplazamiento: era la parte de madera del canapé situada por encima de mi cabeza, y extendí la mano para tocarlo. La criatura calló. Comenzó de nuevo a enviarme mensajes en cuanto retiré la mano. Me encontraba de este modo en la oscuridad, esforzándome por dar un sentido a los mensajes, cuando me invadió una especie de entumecimiento. Sumido en ese extravío, comencé a escuchar una melodía. Hoy diría que cantada con voz de tenor. De manera sucesiva, noche tras noche, me dieron a conocer su presencia el gusano barítono, oculto en el brazo de madera de uno de los sillones, el gusano contralto, en el brazo del otro sillón, y finalmente un cuarto, el más peculiar, el castrato situado en algún punto de la parte baja de la estantería. Yo creo que Anila debió de abandonar el salón a causa de ellos. Puede que los cuatro juntos hubieran dado un concierto para ella. Aunque continuó teniendo una duda: ¿Habría escuchado ella realmente su coro? Nunca le hice esta pregunta. Más adelante, yo no le he hablado del Coro de los Gusanos más que a una persona: Veronika.

Durante cuatro días no hubo la menor noticia, ni en los periódicos ni en la televisión. Él no esperaba un silencio tan prolongado. Hasta el punto de que empezó a creer que no había sucedido nada, que todo había sido un mal sueño.

Sufrió terriblemente un solo día, el siguiente. Regresó a casa con la primera luz del amanecer, derrengado, y pasó todo el tiempo bebiendo, sin salir de casa. Lavando y frotando las baldosas del cuarto de baño. Como si las manchas de sangre volvieran a aparecer después de cada pasada. Cerca del crepúsculo consiguió deshacerse de los fantasmas del miedo. En el cuarto de baño no hay ni puede haber manchas de sangre, se dijo. En ninguna parte quedan ya manchas de sangre. Por lógica, estoy a cubierto de toda sospecha, por tanto fuera de peligro.

Este razonamiento le proporcionó una sensación próxima a la superioridad frente al mundo de los mortales. A partir de entonces podía considerarse un criminal. Un asesino al que seguirían la pista tarde o temprano. Daría comienzo la caza, la comunidad haría todo lo posible por descubrirle, por ponerle un nombre. Aunque él, el criminal anónimo, se encontraba muy alto por encima de los demás, sentado en su trono. Desde allí podía contemplar la insensatez y la maldad humanas.

Fue en ese estado como acudió la idea a su cerebro. Genial, diría él. A punto estuvo de salir al balcón para gritarle a la gente: ¡Eh, miserables blandengues! ¡Yo, el criminal escondido, tengo una idea genial!

Por supuesto, no hizo nada semejante. El juego debía desarrollarse con discreción. En la forma de un retorno callado del mundo de los muertos al de los vivos, y la puerta a través de la cual debía hacerlo era Dina.

Al día siguiente por la mañana, los leves sonos de una música lo despertaron a las siete y treinta minutos. Su mirada se topó con el retrato de la rubia situado sobre la mesilla. En vano esperó a que le dijera alguna cosa, la rubia guardó silencio.

Tras darse una rápida ducha, se vistió. Salió del apartamento, tomó el ascensor y a las ocho y quince minutos ocupó su asiento habitual en La gaviota. El cristal ahumado de la fachada frontal tornaba misterioso el brillo de la mañana. Al mismo tiempo le proporcionaba seguridad: no permitía a los transeúntes ver el interior desde la acera, mientras que él era libre de observar sus rostros sin inquietarlos. Eso estuvo haciendo hasta que Dina llegó junto a él y, como de costumbre, le colocó delante su café, su botella de agua mineral sin gas y su vaso de Jack Daniel's. Ayer no apareciste en todo el

día, observó ella. Incluso te llamé por teléfono. ¿No estuviste en casa?

Él levantó la cabeza. Habría deseado contarle algo a propósito de su idea genial, de esas que sólo brotan cuando se tiene la fortuna de regresar a la banalidad del mundo tras un viaje a los confines entre la vida y la muerte. Cuando uno se siente vivo y muerto a la vez, como le ocurría a él en aquellos momentos. En lugar de eso, le dijo simplemente: Hoy estás espléndida, te deseo con locura. Y añadió: Ven, subamos al piso ahora mismo... Ella vaciló. Captó en sus ojos aquel brillo especial que a veces le producía miedo. Ahora es imposible, le replicó. Y enrojeciendo –aquel brillo la excitaba–, murmuró: Si quieres subo por la tarde, cuando acabe el turno aquí... De acuerdo, dijo él; cuando acabes el turno.

La señorita se mostró puntual. Mientras el ascensor la conducía a su apartamento, imaginó lo que sucedería. Cuando él la deseaba «con locura», se comportaba de forma impaciente. En cuanto ella ponía los pies en el piso, la levantaba en sus brazos y la depositaba sobre la cama. Allí la desnudaba como enfebrecido, había llegado incluso a arrancarle los tirantes de la combinación. Ella aceptaba esa brutalidad. No había tenido más que otros tres amantes antes que él, pero ahora comprendía lo que significaba realmente sentirse sexualmente poseída. En este sentido, sus parejas anteriores no le llegaban a la suela del zapato al actual. Aunque no sólo desde este punto de vista, por otra parte. Dejando a un lado su brutalidad sexual, él era un ser dulce y, además, un excelente cocinero. Sabía preparar toda clase de platos y, después de haber soportado su temperamento volcánico en la cama, esto constituía para ella un placer nunca antes experimentado. De modo que, mientras se dirigía ahora hacia el apartamento, se sentía fuertemente estimulada.

El comienzo no resultó demasiado prometedor. Empujó la puerta y se detuvo en el umbral: no sólo no la esperaba para levantarla en sus brazos sino que ni siquiera se encontraba en el salón. Un tanto desengañada, cerró la puerta tras de sí, dio algunos pasos y le llamó: Bledi, ¿dónde te has metido? No recibió respuesta. Semejantes bromas no formaban parte de su comportamiento habitual. ¡Bledi!, gritó de nuevo y de nuevo tuvo el silencio como respuesta. Fue entonces cuando llegó hasta ella el suave repiqueteo del teclado de un ordenador. Debía de encontrarse en su estudio, una estancia pequeña y discreta situada tras un pasillo, al fondo del salón. Había entrado allí una sola vez, sólo para mirar, aunque no había gran cosa que ver: una mesa sobre la que se encontraba el ordenador, algunos otros aparatos, una silla giratoria de cuero negro y, como por todas partes, el retrato de la rubia con gafas. Dos paredes del estudio, del suelo al techo, estaban cubiertas por estanterías repletas de libros. Debió permanecer un buen rato de pie antes de que él volviera la cabeza, se levantara para invitarla a sentarse –no había ningún otro asiento en la habitación– y le preguntara extrañamente si no percibía un mal olor.

De forma instintiva, ella echó una mirada a su alrededor. No, le respondió, yo no noto ningún mal olor. Y habría querido añadir: ¿Por qué tiene que oler mal? Pero las palabras se le quedaron atrancadas. Ya fuera porque le parecieron absurdas, ya porque, justo cuando comenzaba a perder las esperanzas de pasar una tarde volcánica, él se le acercó,

la tomó por los hombros y le reveló un deseo inesperado: Quiero que hagamos el amor en la bañera.

En sus ojos refulgió aquel brillo turbador que ella conocía bien. Ella había tenido no pocas experiencias sexuales en lugares infrecuentes, en plena naturaleza, apoyada contra el tronco de un árbol o tumbada al borde de un zarzal; en un coche, en el asiento de atrás; en una silla, sobre la mesa y por supuesto en la cama, en una habitación de hotel. Pero nunca había practicado el sexo en una bañera.

Debe de ser estupendo, pensó, sentada en el sillón junto a la pequeña mesa del salón, desprovista de sus ropas y envuelta en un albornoz a la espera de que él, tal como le había prometido, preparara el baño. La llamó y cuando ella acudió lo encontró ya dentro del agua. Bien podía haberle hecho un cumplido. Decirle: Eres formidable. Beber champán es una idea maravillosa. Pero él le hizo una pregunta sin la menor relación con la botella de champán y con las dos copas que acababan de descubrir sus ojos sobre la banqueta de plástico colocada junto a él. La misma pregunta idiota de poco antes: ¿De verdad que no notas ningún mal olor?

Ella pensó que se estaba burlando. Pero no creía que fuera esa clase de persona. Según ella, no tenía demasiado desarrollado el sentido del humor. Es la segunda vez que me haces esa pregunta, observó. Si te arrepientes de haberme invitado, me marchó. El otro la miró con gesto ausente. No, le dijo casi suplicante. No me lo tengas en cuenta, te lo ruego. Estoy muy nervioso hoy, ¿comprendes? Ella no entendió nada, pero de todos modos, para demostrarle que no estaba enfadada, se despojó del albornoz, lo colgó de una pequeña percha y, cuidando de no resbalar, se metió en la bañera. Encuentra algo mejor como broma que la historia esa del mal olor, le sugirió.

Él no volvió a mencionar eso que ella había llamado «la historia esa del mal olor». Se sucedieron volando cuatro días, cargados de una espera angustiada y de sesiones de sexo en la bañera. Por las mañanas se despertaba a las siete y treinta minutos. Como tres cuartos de hora más tarde se encontraba abajo, en La gaviota. Esperando a que Dina llegara con el café, el agua mineral y el vaso de whisky, él observaba a los transeúntes al otro lado del cristal azulado y, cuando ella se presentaba ante él, pronunciaba su provocativa declaración: ¡Te deseo con locura! Sus palabras la sumían en una intensa turbación y en vano ciertos clientes –acudían al local por ella– hacían esfuerzos por cortejarla. Su infalible sexto sentido le proporcionaba la información debida: no valían un céntimo comparados con su amante actual.

Aunque, pese a la fatiga sexual de aquellos días, le llamaron la atención ciertos cambios en su comportamiento. Por ejemplo, ya no bebía más que un whisky, el de la mañana. No volvió a encontrárselo en el salón, sentado en el sillón, con la botella delante. Recurría a otra forma de matar el tiempo: se pasaba horas y horas en el estudio, pegado al ordenador. No podía dejar de llamarle la atención otro hecho: comenzó a mostrar un repentino interés por los periódicos y los boletines de noticias de la televisión. Por las mañanas, cuando le servía el café con el whisky, encontraba en su mesa varios periódicos que compraba en el quiosco del cruce cercano. Hasta entonces, las pocas

veces que los mencionaba, él parecía despreciar a los medios de comunicación y la elogiaba a ella por no formar parte de las hordas devoradoras de periódicos, a las que ahora parecía haberse incorporado él.

Un último detalle venía a completar esta serie de transformaciones. Si hubiera sido tan ingenua como su amiga, la que se había estropeado la vista con las gafas graduadas y que le contaba con pormenores cada nueva aventura amorosa, habría descrito la situación poco más o menos de este modo: Me llamó la atención cuando intentó por primera vez que hiciéramos el amor en la bañera. Digo intentó porque resultó un fracaso. Yo no me sentía demasiado animada debido a su actitud, sobre todo por la estúpida pregunta que me hizo varias veces sobre si notaba algún mal olor. Al principio no se lo tomé a mal, pero al ver que lo repetía pensé que se estaba burlando de mí. Un tanto humillada, me metí en la bañera. Él llenó las copas de champán y nos bebimos más de la mitad de la botella, aunque nos la habríamos terminado si él no se hubiera acordado de que no nos encontrábamos allí para beber. En ese momento me pidió que me acercara. Así lo hice, me dejé deslizar por encima de su cuerpo y fue entonces cuando vi sobre su pecho, donde yo había apoyado las manos, una herida, justo encima de la tetilla izquierda. Como si alguien le hubiera dado un mordisco.

Por lo general yo no le hago preguntas. No le gusta que le pregunten, sobre todo en relación con su vida privada. Pero aquella tarde no incluí aquella herida que parecía un mordisco en la categoría de su vida privada. Por el contrario me resultó razonable preguntarle qué era. Fue justo en el momento en que él intentaba penetrarme. Entonces, no consigo explicarme por qué, tuvo un bloqueo, su sexo se vino abajo, se desinfló. Me encontraba encima de él en una situación ridícula. Por primera vez comprendí el significado de la expresión «ni te folla ni te suelta». Él intentó reanimarse, en vano. Su gusano, flácido, pendía inerte. Y me invadió el sentimiento de culpa. Como si yo fuera la responsable de la brusca metamorfosis. Intenté relacionar el hecho con la pregunta que acababa de hacerle sobre la herida de su tetilla izquierda, ¿qué relación podía haber?

La ilusión de que no había sucedido nada, de que todo había sido un mal sueño, se desvaneció la mañana del quinto día. Se despertó como de costumbre a las siete y media. Y, como de costumbre, antes de dirigirse a La gaviota, fue a buscar los periódicos al quiosco de la esquina. Entre la multitud de diarios expuestos uno junto al otro sobre un tablero exterior al quiosco, el vendedor escogió cuatro, los preferidos de su nuevo cliente. Por lo general, él no se tomaba la molestia de retener las caras de los clientes, mucho menos de recordar los periódicos que preferían. Pero el rostro de este se le había quedado grabado en la memoria. Tal vez a causa de su apariencia. Llevaba puestos unos pantalones blancos de verano. Exhibía una abundante cabellera separada por una raya a la izquierda, bigotes negros. Y lo más chocante: sus rasgos descarnados y su mirada febril. Durante varios días acudía a la misma hora, se llevaba los mismos periódicos, sin olvidar dejarle una propina. No era un cliente como los demás, no podía por tanto pasar inadvertido.

El otro no reparó en la solicitud del vendedor para servirle. Tomó los periódicos, se los

colocó bajo el brazo sin desplegarlos y se dirigió hacia La gaviota. Allí tomó asiento en su rincón. Dina no había llegado aún a su mesa cuando en la portada del diario *Epoca* –la casualidad quiso que fuera el primero que ojeaba– leyó: «Joven de dieciocho años desaparecida». Pese a la mala calidad de la foto, reconoció de inmediato el rostro de la joven. Posaba entre otras dos muchachas, también gitanas. Una flecha sobre la cabeza orientaba al lector.

Se puso a mirar a través del cristal ahumado. Tomó el hecho de haberse topado con la noticia leyendo *Epoca* como un signo providencial. Dina lo encontró con el periódico entre las manos y la mirada perdida en la distancia. Él se sobresaltó al descubrirla mientras colocaba sobre su mesa el café, la botella de agua mineral y el whisky, y a duras penas consiguió ocultar su turbación tras una euforia poco natural en él. Pero ella no observó nada artificial en aquella euforia, al contrario. Se sintió impresionada por el infrecuente encanto que irradiaba. De modo que decidió sorprenderle: Hoy tengo un deseo loco de ti, le dijo; subiré a verte cuando acabe aquí. Y se marchó.

Él se quedó sin aliento. Si Dina se hubiera quedado un poco más, habría intentado hacerle cambiar de idea. Rogándole que lo dejaran para otro día, porque, pensándolo bien, no era un buen momento. No sólo porque se sentía cansado, incapaz de responder a su ardor sexual... Pero Dina se había marchado. Y él se permitió beberse el vaso de whisky de un trago.

Según fuentes de la comisaría de policía número 13 de la capital, hace cuatro días, desde el pasado sábado, 3 de julio de 2004, la ciudadana Isabela Demiri ha desaparecido sin dejar rastro. Fue el padre de la joven quien acudió a la mencionada comisaría con el fin de denunciar la desaparición. Después de ese día no ha vuelto a ser vista y nadie es capaz de ofrecer datos precisos al respecto.

Se sabe que el año pasado, en el mes de julio asimismo, se produjo un episodio semejante, pues la muchacha desapareció, aunque sólo durante dos días. Cuando la policía dio inicio a la búsqueda, ella regresó a casa de sus padres tras una escapada a la playa en compañía de su amante, vecino del mismo barrio. De este modo se explica la tardanza de los padres en denunciar esta segunda desaparición, esperando que pudiera tratarse de una aventura semejante a la del año anterior. Sin embargo en esta ocasión, las posibilidades de que todo consista en una escapada a la playa son escasas. Hace varios días, la muchacha fue vista en compañía de un payo desconocido, es decir de un joven de raza blanca. De acuerdo con los testimonios recogidos, esto dio lugar a una violenta disputa entre ella y su amante, quien al parecer la amenazó verbalmente. Según la mencionada fuente, este último, tras ser citado por la policía, ha reconocido las amenazas dirigidas a la muchacha, pero sólo con intención de intimidarla con el fin de que cesara en sus relaciones con el desconocido.

Al objeto de arrojar luz sobre la desaparición de la joven de dieciocho años, la policía ha iniciado la búsqueda del desconocido con intención de identificarlo. Se admite como posible pista el móvil de prostitución. Se ha distribuido una fotografía de la joven a todos los puestos fronterizos y las investigaciones continúan. R. M.

Dejó a un lado el periódico, llamó a la camarera y ésta se presentó al instante. Con cierto aire distraído, colocándose los periódicos bajo el brazo, se puso en pie y le dijo: Discúlpame, hoy por la tarde no podremos vernos. Voy a estar ocupado.

Como quieras, le respondió ella, herida en su amor propio.

Entretanto él, mientras se dirigía hacia el ascensor, pensaba que el juego podía darse por iniciado.

¡Esos gusanos, pobre infeliz, los tienes en la cabeza! Fue Veronika quien me dirigió estas palabras, hace siete meses. Hasta hace siete meses yo trabajaba en el periódico *Lajmi (La noticia)*, y ese día me había peleado con el redactor jefe. La disputa terminó en insultos. Habría resultado peor de no haber estado presentes dos colegas, que nos separaron. Gracias a su intervención se evitó que llegáramos a las manos. El redactor jefe me calificó de maleante. Yo le pagué con la misma moneda, le llamé inmundicia. Tú eres la inmundicia más corrompida de la prensa albanesa de hoy, le dije. Es lo que hizo rebosar el vaso. Inmovilizado por uno de los colegas presentes –el otro sujetaba al director–, me encontré a mí mismo al otro lado de la puerta del despacho. Y al cabo de unas horas, abandonado por Veronika. Ya le habían contado la escena de la bronca con el director, que era uno de sus amigos y uno de mis viejos rivales. Parece que aquello hizo rebosar también el segundo vaso de nuestras relaciones. No recuerdo muy bien cómo acabamos refiriéndonos al Coro de los Gusanos. Poco antes de que cayera la noche, ella se presentó en casa, un apartamento en el que vivíamos juntos desde hacía dos años, recogió una parte de sus cosas, las metió en una maleta y, antes de bajar a la calle para sentarse al volante de su coche, me dijo que los gusanos estaban en mi cabeza. En otras palabras, quiso insistir en algo que me repetía a menudo en los últimos tiempos: yo no estaba bien de la cabeza.

¿Quién es esta Veronika?, preguntaréis vosotros. Y tenéis razón, pero la conocéis, estoy completamente convencido. Es la rubia con gafas que presenta el programa semanal *Caleidoscopio*, del canal televisivo Sirius, al que invita a los notables y las personalidades del país. Los vips, tal como los llaman ahora. Incluso si no tenéis un elevado concepto de ellos y para llenar el tiempo libre encontráis otros procedimientos más inteligentes que seguir la programación televisiva, seguro que habéis visto, al menos una sola vez, el programa *Caleidoscopio*. En consecuencia, también a su presentadora. ¿Que no la habéis visto? Os comprendo. Veronika y su programa no os interesan. En ese caso os pido disculpas. El programa puedo dejarlo a un lado. Pero a Veronika no. De todos modos, para hablar con sinceridad, se me hace imposible creer que no conocéis a Veronika. Lo decís por esnobismo, con el propósito de humillarla. Para demostrarle a ella, puede que también a mí, vuestro desprecio hacia una mujer en la cima del éxito. Porque actualmente a Veronika la requieren de todas partes, la invitan incluso las embajadas más importantes –vosotros sabéis de sobra cuáles son las más importantes– el día de su fiesta nacional, y los cámaras no dejan nunca de enfocarla junto a los hombres de Estado y las personalidades políticas más en boga. Al menos tiene que haberos

llamado la atención en alguno de esos casos. ¿Continuáis sosteniendo que no la conocéis? De acuerdo, no os importuno más. Doy marcha atrás con un movimiento de caracol. En busca de su concha perdida.

Mis pobres padres sufrieron mucho con que yo durmiera en la sala de visitas. En cuanto a mí, los soportaba bastante mal. Habían dejado de ser, a mis ojos, criaturas divinas. Eran indignos. Y su comportamiento, pura hipocresía.

A ese sufrimiento de orden moral, venía a sumársele otro: mi hermana me martirizaba. Anila manifestaba una inclinación persistente a lastimarme, estaba en todo momento dispuesta a amargarme la existencia. Y yo, en compensación, no perdía ocasión de administrarle la misma medicina. En nuestro piso, eso era cosa fácil. A mí me bastaba con ocupar el cuarto de baño cuando ella lo necesitaba con urgencia. Particularmente por la mañana.

Por las mañanas, la utilización del cuarto de baño en nuestra casa se llevaba a cabo con arreglo a un orden preciso. El primero en satisfacer sus necesidades era mi padre. Generalmente se levantaba temprano pues, hasta que se jubiló, continuó trabajando para el Comité Ejecutivo del consejo popular del distrito –más tarde Ayuntamiento– como inspector veterinario, y nuestra casa se encontraba relativamente lejos del mencionado Comité. Él no cogía el autobús, iba a pie, de modo que debía salir pronto para llegar a la hora. Y aunque se esforzaba por hacer sus abluciones matutinas sin ruido, yo me despertaba.

De acuerdo con el orden establecido, después de mi padre, le correspondía el turno a Anila. Si mi padre no asomaba la cabeza a la cocina-comedor y le daba una voz para despertarla, ella podía continuar durmiendo hasta la hora de comer. Él lo sabía. Y debía asomar la cabeza al menos tres veces hasta que su hija decidía por fin levantarse. Este combate épico duraba entre diez y quince minutos. Cuando yo tenía suficientes motivos de peso para vengarme de mi hermana, aprovechaba el intervalo temporal de su indolencia matutina para apresurarme a ocupar el cuarto de baño justo antes que ella.

Mi acción alcanzaba siempre su objetivo. Cuando, una vez en pie, se encontraba con la puerta cerrada, se ponía furiosa. ¡Idiota!, aullaba, ¡más que subnormal, vas a hacer que llegue tarde al instituto! Y además tenía otro motivo para enfurecerse. Llegado a este punto, me veo en la necesidad de revelar una grave tara personal. Os ruego que me perdonéis: mis defecaciones olían muy mal. De acuerdo, las defecaciones humanas no pueden oler más que a lo que ya se sabe. Pero, según parece, ¡hay olores y olores! El hecho es que ninguno de los miembros de mi familia osaba meterse en el baño justo detrás de mí. Era elapestoso de la casa y se me prohibía formalmente salir del cuarto de baño sin haber echado un gran cubo de agua. Sobre todo sin abrir del todo la ventana. Es incluso probable que el olor de mis excrementos haya desempeñado un papel en la frialdad que se instaló gradualmente en mis relaciones con Veronika, hasta conducir a la completa separación.

¡Ya es suficiente!, me diréis vosotros. ¡Hace falta estar enfermo para contar semejantes banalidades! Tal vez tengáis razón, pero ése no es mi problema. Si pertenecéis a la

categoría de los afortunados que no han pasado la mayor parte de su vida en el espacio de las dimensiones de una caja de cerillas, es inútil que me extienda, difícilmente me comprenderéis. Un espacio así os comprime. Incluso si más tarde el azar os conduce a vivir en la opulencia, en espacios amplios, os lo aseguro –sobre esto puedo hablar con conocimiento de causa–, vuestro mundo se habrá quedado para siempre pequeño, tan pequeño como una caja de cerillas. Tendréis tendencia a reducir las dimensiones, a conformaros con las del espacio en que habéis crecido. Pero lo peor de todo es que vuestra noción del tiempo y del espacio perderá su sentido. Vuestros días discurrirán monótonos, el ritmo de vuestra vida estará preestablecido, poco más o menos como el orden de utilización matutina del cuarto de baño.

De cualquier modo, cualquiera que sea la idea que vayáis a haceros de mí, no excluyo la posibilidad, como ya he señalado, de que el olor de mis defecaciones haya desempeñado algún papel en la frialdad que se fue estableciendo en mis relaciones con Veronika, hasta conducir a la separación. Pero como temo que vosotros, de igual modo que ella, podéis poner en duda el estado de mis facultades mentales, renuncio a más especulaciones y me contento con someter a vuestra atención –por utilizar esta expresión que Veronika emplea imitando el habla de las altas personalidades de la política– un acontecimiento que calificaría de prehistórico de acuerdo con mi propia división del tiempo en épocas. Acontecimiento en el curso del cual mi concha perdida alcanzó el cenit de la gloria.

Cierto día, un activista del barrio notificó a mis padres que, con motivo del 5 de mayo, alguien con un elevado puesto acudiría a nuestra casa para una visita conmemorativa. Nunca antes había sucedido nada parecido. Si alguno de mis semejantes, vete a saber, no tiene la menor idea de qué es el 5 de mayo, se lo aclaro: es el día de los Mártires. Por razones entonces poco claras para mí, mis padres se contenían para no dar saltos de alegría. En pleno éxtasis se encontraba también Anila, que aquel año acababa de superar los exámenes de bachillerato. Los preparativos incluyeron darle una mano de pintura a la sala de visitas y al pasillo, comprar una serie de objetos necesarios, o pedirlos prestados, como fue el caso de un bonito servicio de tazas de café que aportó la vecina del piso situado debajo del nuestro.

Con vistas a este extraordinario acontecimiento, mis padres colocaron en el salón, en destacada posición, el icono oficial encuadrado con el debido esmero. Ignoro si se les ocurrió a ellos mismos o fue algún otro quien se lo sugirió. Lo más probable es que se tratara de lo segundo. Porque antes de que la persona importante nos honrara con su visita, a nuestra casa acudió repetidas veces un pariente próximo de mi madre llamado Sotir.

Era éste un hombre de baja estatura, fornido, de vientre voluminoso y escaso de pelo. Mis padres le respetaban: trabajaba en el Comité del Partido del distrito de la capital. Con esto se explica la causa de que su palabra fuera muy tenida en cuenta en nuestra casa y se reclamara su parecer acerca de todo. Incluso varios años más tarde, cuando Anila puso en conocimiento de mis padres que se consideraba comprometida con el hombre al

que amaba y les pidió que lo convirtieran en un hecho consumado, ellos, al menos formalmente, se dirigieron a Sotir en demanda de parecer, quien sólo necesitó unas pocas horas para darles, como era de esperar, una respuesta positiva. El pretendiente, Dhimitër Mikeli, reunía todos los requisitos para ser digno de ella: familia saludable desde el punto de vista político, sin encarcelados, deportados o huidos del país, tampoco había ningún expulsado del Partido entre sus parientes. No era cosa banal, por otra parte, que trabajara en la Fiscalía General tras haber finalizado los estudios en la facultad de Derecho. En cuanto al resto –con esto Sotir aludía al físico, el carácter y la moralidad del individuo en cuestión– la interesada, es decir, mi hermana, debía de estar mejor informada.

La interesada sabía lo que se hacía. Pero no quiero extenderme aquí sobre el esposo de mi hermana. Cuando se produjo el extraordinario acontecimiento, él aún no había hecho su entrada en nuestra vida. Ni había tomado las riendas que, debido a la carencia de espíritu combativo de mis padres, sobre todo de mi padre, llevaba entonces Sotir.

Tengo delante de los ojos la escena de aquel día, se me ha quedado grabada en la memoria como una fotografía en blanco y negro. En el centro de la sala de visitas, la mesa baja y redonda. Sobre la mesa, una bandeja de cristal, repleta de manzanas, *starking*. Rojas, grandes. En el mercado no se encontraban manzanas de ninguna variedad, mucho menos *starking*. Mi madre, provista de una autorización especial emitida con ocasión de la fiesta, las había conseguido en no sé qué almacén. Cinco kilos en total. Toda familia que tuviera un caído y debiera recibir la visita de las autoridades tenía derecho a abastecerse con cinco kilos de manzanas, un litro de *rakí* y dos paquetes de café sin tostar. De pie, en un rincón del salón, cerca de mi padre, yo contemplaba las manzanas. Mi madre no había permitido a ninguno de la familia que las tocara. Tendríamos derecho a hacerlo después de la visita, si es que quedaba alguna. Pero ¿quedarían? En esto pensaba yo al tiempo que la alta autoridad invitada, un hombre de vientre más voluminoso que el de Sotir, más corpulento también, pronunciaba su discurso. Aquel hombre debía de ser en verdad importante porque los presentes, unas quince personas, lo escuchaban en un solemne silencio. Sotir mismo, sentado en otro sillón a su lado, hacía gestos de aprobación balanceando la cabeza.

Yo no estaba pendiente de las palabras de la alta autoridad. La mayor de las manzanas me hacía guiños desde su sitio y entonces recordé que la última vez que había comido manzanas había sido el Fin de Año anterior. Lo mismo que el *bakllava* y el pavo con arroz. En casa, el menú escogido para la noche de Fin de Año –sólo se comía ese día– era pavo guisado con arroz como plato principal y de postre *bakllava*, más raramente *kadaif*. Mi madre prefería el *bakllava*, ella amasaba personalmente la pasta y preparaba el hojaldre, aunque los últimos años Anila la ayudaba, pues la preparación de ese postre, con unas cincuenta capas como lo preparaba mi madre, representaba un trabajo extenuante que se prolongaba de la mañana a la noche.

El pavo con arroz nos duraba dos o tres días. Como regla, a mí me correspondían los muslos. La carne blanca de la pechuga se le adjudicaba a Anila, los contramuslos a mi madre, la parte trasera y las alas a mi padre. El resto se repartía a partes iguales, aunque sólo de palabra: de hecho Anila se quedaba con la parte del león. Yo no me sentía celoso

de sus privilegios pese al trato cruel que me daba. Además, nunca he sido un gran comedor. En cambio Anila era una glotona insaciable. Ella se terminaba rápidamente su ración correspondiente, tanto de pavo como de dulce. Durante los días siguientes no podía ser más amable conmigo. A causa del baklava, naturalmente. A mí me daba igual, la parte que me quedaba se la entregaba a Anila a cambio de las manzanas. Pero aun mostrándose comedida, aquello no le duraba más de tres o cuatro días, y entonces volvía de nuevo los ojos sobre las manzanas que me quedaban; y yo aún le daba alguna, sin pedirle nada a cambio.

Tras la noche de Fin de Año y durante los dos o tres días siguientes, cuando ya no quedaba pavo, ella discutía con mi madre. Como revancha, mi madre rebajaba el nivel, descendía directamente del pavo a las alubias blancas. En nuestra casa se comían alubias de forma regular dos veces a la semana, y éste era, para Anila, un motivo permanente de descontento. Se negaba a comer, y mi madre se esforzaba por satisfacerle los caprichos. Los días de alubias –si se me permite expresarme así– preparaba algún otro plato para mi hermana, particularmente durante los últimos años de mi prehistoria, dicho de otro modo, en la época de las cartillas de racionamiento. Tenéis que recordarlo, no ha pasado tanto tiempo como para que lo hayáis olvidado. Aunque eso ahora no tiene la menor importancia. Y no sabría explicar por qué he acabado rememorando ese periodo.

Sí, fue a causa de la gran manzana en lo alto del montón que se alzaba sobre la bandeja. Una vez finalizado su discurso, volviéndose hacia mi madre, la alta autoridad invitada brindó con rakí en memoria de los mártires. Los demás siguieron su ejemplo. Mi padre se apresuró a rellenar las copas de los que las habían vaciado de un trago. Yo acariciaba la esperanza de que los presentes no tocaran siquiera las manzanas: de hecho, ninguno de ellos había extendido la mano hacia ellas. Esto duró hasta el momento en que el ilustre invitado rompió el hielo. Cogió precisamente la más grande, la que no cesaba de hacerme guiños, y le clavó los dientes. En el momento en que le daba el mordisco me entraron ganas de saltarle al cuello. De modo, barrigón, le dije para mis adentros, que no eres más que un insaciable gusano comedor de manzanas. Tú eres el Gusano de la voz de tenor y has salido del brazo de madera del sofá. Aún no había dado fin a este pensamiento cuando vi a Sotir inclinarse sobre las manzanas. Cogió una y le clavó los dientes con la misma fruición de gusano que el ilustre invitado. Tú debes ser el Gusano Barítono, le dije en silencio, también tú has salido del brazo de madera de un sillón. Entretanto, todos los visitantes habían extendido las manos hacia las manzanas, la bandeja quedó vacía y yo me eché a reír. Los ansiosos devoradores de manzanas se me antojaron gusanos vestidos con traje y corbata.

Debí de reírme de una manera un tanto extraña, porque todos ellos volvieron la cabeza hacia mí, sorprendidos. Y cuanto más crecía su sorpresa más incontenible se tornaba mi risa: tenía ante mí a todo un coro de gusanos de traje y corbata. Emperifollados para un día de fiesta. Los Gusanos del Día de los Mártires. Mi padre se vio entonces obligado a cogerme de la mano y hacerme salir. ¡Qué vergüenza!, me dijo a modo de reproche en el pasillo, ¿a qué viene esa risa de idiota?

La idea de irme al sótano se me ocurrió cuando, ante la puerta abierta de la sala de

visitas, de donde me llegaba la voz resonante del Gusano Tenor, apareció Anila. No le di tiempo a que descargara sobre mí epítetos como imbécil o subnormal, y a partir de ese día el sótano se convirtió en el refugio de mis escapadas.

En los tiempos modernos de mi convivencia con Veronika, a veces me asaltaba de pronto el deseo de ir a encerrarme allí. Era el único lugar donde podía reflexionar con tranquilidad. Ahora mismo me iría allí, pero ya resulta imposible entrar. La mayor parte del año, a excepción de unas cuantas semanas durante los meses de verano, los sótanos del edificio están inundados de agua.

Mis pobres padres han tenido no pocos quebraderos de cabeza a causa de nuestro sótano. Los del resto de los vecinos de nuestra escalera eran más pequeños que el nuestro, y nunca pudieron ocultar su envidia. Nuestro sótano, que se extendía a lo largo de toda la longitud de la planta del edificio, inicialmente proyectado como lavandería, aunque no funcionó nunca como tal, ocupaba una superficie considerable. Por esta razón, tras la época de las privatizaciones, nos llegaron no pocas ofertas para que lo alquiláramos. Uno pretendía convertirlo en almacén. Otro tenía en mente un proyecto más ambicioso: instalar allí una destilería de bebidas alcohólicas. Éstas y otras proposiciones fueron rechazadas por mis padres. Ignoro por qué. A mediados del año 1994 atravesábamos un periodo muy difícil. Anila y su marido, despedido del trabajo en la Fiscalía General, se encontraban en Grecia. A mis padres los habían jubilado a uno detrás del otro a comienzos de ese mismo año, y en cuanto a mí, me encontraba en el último año de carrera.

Ya que salen a colación los estudios, yo no pertenezco a esa categoría de personas que desde la infancia han estado soñando con la profesión de su vida. La pregunta sobre lo que quería hacer se me planteó por primera vez cuando acabé la enseñanza media y recibí el diploma de bachillerato sin ningún diez, sólo dos nueves, uno en literatura y otro en lengua inglesa, y el resto siete en su mayoría. Un estudiante visiblemente mediocre, con una media en modo alguno competitiva, según se expresó Dhimitër, el esposo de mi hermana. Esa media podía haber resultado todavía más baja de no haber sido por la intervención de Anila a través de sus relaciones. Seguir alguna carrera de ciencias habría sido absurdo; incluso en el caso de que hubiera logrado inscribirme, yo no tenía ninguna inclinación por tales disciplinas. Mi única inclinación, si podemos llamarla así, era la lectura. A partir de este hecho, se consideró que la carrera más adecuada para mí era Lengua y Literatura. Tras rechazar las proposiciones de mi padre y de mi madre (el uno pretendía que me inscribiera en alguna de las especialidades de la Universidad Agrícola, donde la media exigida para entrar era poco más o menos la mía; la otra quería que asistiera a clases de teatro durante el verano con el fin de presentarme a las pruebas de acceso a la Academia de las Artes), me mostré de acuerdo con que Dhimitër interviniera de modo que me aceptaran en la Facultad de Letras.

De modo que, si durante el último año de carrera hubiera insistido para convencer a

mis padres de que alquilaran nuestro sótano, como no dejaban de hacer Anila y su marido por teléfono desde Grecia, es probable que ellos hubieran cedido. Pero no insistí. Al igual que ellos, yo no quería que nadie se instalara allí. Eso habría sido lo mismo que renunciar a una parte de mí mismo. Casi a una historia. Una historia, digamos, de sótano.

En aquella época se podía entrar con facilidad. En la planta baja, unas escaleras situadas a la derecha conducían hacia abajo. Nada más iniciar el descenso, recibías una tufarada de aire viciado, hediondo a orín de gatos. La puerta se encontraba al fondo de un estrecho corredor, siempre oscuro. Para llegar hasta allí era preciso detenerse durante un breve rato, el necesario para que los ojos se acostumbraran a la oscuridad, luego avanzar con prudencia. El pasaje estaba sembrado de toda suerte de objetos y pedazos de tablas, en los que se podía pisar sobre algún clavo de punta. Otro peligro añadido eran las picaduras de escorpión. Pero yo no llegué a encontrarme con ninguno.

A ambos lados de nuestro sótano, situados al nivel del suelo exterior, se abrían sendos respiraderos que permitían cierto grado de ventilación, aunque la iluminación que se filtraba continuaba siendo muy tenue. Para ver mejor, me servía de ayuda una bombilla eléctrica colgada del centro, bajo la cual dispuse un espacio a mi medida: una mesa cuadrada con la marca de una quemadura de plancha sobre el tablero, una silla de madera cuyo asiento había sido sustituido por una plancha de contrachapado; yo coloqué enfrente, al otro lado de la mesa, los restos de un sillón ajado y carcomido. En ocasiones, cuando me hacía alguna visita, Elton se sentaba allí. ¿Quién es Elton?, preguntaréis vosotros, como hicisteis cuando os hablé de Veronika. Os responderé de pasada diciendo que es el único amigo que me queda de la infancia. Pero, por el momento, permitidme que complete el cuadro de mi territorio en el sótano (me habría gustado mucho exponerlo en la Bienal de Tirana).

Las transformaciones esenciales incorporadas a ese cuadro, reflejo de ciertos cambios introducidos en nuestro piso, se produjeron en el umbral de los tiempos modernos, en la época de la boda de Anila. Entonces yo estaba en segundo de bachillerato, y mi hermana llevaba dos años trabajando como contable en la empresa Migjeni, fabricante de productos de artesanía. Las modificaciones con motivo del feliz acontecimiento dieron comienzo al inicio de ese año con la instalación de una vidriera que transformó el balcón de la sala de visitas en veranda. En uno de los rincones de la cámara así creada se montó un armario de tres alturas, del suelo al techo, que dejó fuera de uso y relegó al sótano un viejo ropero y un anaquel con los que se topaba nada más abrirse la puerta cualquiera que penetrara en nuestra casa. Su lugar fue ocupado por un armario de color marrón claro, provisto de un espejo vertical todo a lo alto, cajones y compartimentos donde podían guardarse los zapatos, cuya presencia permanente en el pasillo sacaba de quicio a Anila. Ella no podía admitir que, el día de su boda, los invitados se encontraran en el pasillo con un montón de antiguallas y olor a pies, del mismo modo que no podía hacerles pasar después al salón para recibir sus felicitaciones y cumplidos sin haberse deshecho antes de aquel irritante mobiliario pasado de moda.

Mis padres intentaron en vano hacerle cambiar de opinión acerca de los muebles de la sala de visitas. Podían quedar muy bonitos con una reparación. Anila no podía imaginar

cómo habían sido de bonitos y cómo volverían a serlo nuevamente porque carecía de imaginación. Un día se presentaron los obreros que hacían las veces de mozos y, antes de descargar de un camión sin cubierta los nuevos muebles del salón, fabricados en el combinado de la madera Misto Mame de la capital, trasladaron los muebles viejos al sótano. Previamente yo ya había despejado el espacio bajo la bombilla eléctrica de todas las antiguallas que conformaban hasta entonces mi refugio y las había colocado tras una pila de leña.

Aquella noche no conseguí pegar ojo. Tenía la sensación de habitar en un mundo que no era el mío. Mi mundo se encontraba ahora por entero en el sótano. Junto con el Coro de los Gusanos.

Mientras esperaba el ascensor, se dijo que había llegado el momento de elaborar una estrategia. Aplicar su idea genial. Jugar con la bajeza y la maldad humanas. Pero en cuanto llegó a su apartamento, el profundo silencio que allí imperaba y la mirada de la rubia con gafas lo desalentaron. Incluso puso en duda su idea, que no le pareció en modo alguno genial, lo mismo que la pretendida estrategia. Soy un asesino, pensó. Un criminal que se esconde para salvar el pellejo.

Arrojó los periódicos sobre la mesa y los pies le condujeron hasta el mueble-bar. Allí, ofuscado por un deseo salvaje de beber, no pudo impedir que sus ojos se detuvieran sobre una botella de Jack Daniel's. Sir, dijo dirigiéndose a la botella, lo lamento mucho, hoy no quiero ceder a la tentación. La respuesta llegó al instante: su sed se tornó aún más intensa. Le dio la espalda a la botella y paseó durante un rato por el salón como un tigre enjaulado. Sir, gritó, lo siento mucho, hoy no te obedezco. Para probar su determinación, comenzó a quitarse toda la ropa que le cubría el cuerpo: la camisa, la camiseta, los pantalones, los calzoncillos, y una vez desnudo comenzó a corretear sobre las puntas de los pies.

Se le nubló la vista, los ojos le ardían. Sin duda debido al sudor que le resbalaba por la frente. Aunque quizás también a causa de las lágrimas que se le derramaron de pronto. Se vería obligado a pasar lo que le quedaba de vida en una jaula –que estuviera destinada a una fiera o a un hombre no cambiaba las cosas–. En espera de esa perspectiva –entretanto se le había pasado el ansia salvaje de beber– no le quedaba más que elegir entre dos opciones. Y, en función de ellas, reunirse con dos personas.

La primera de ellas se llamaba Sabit Kurti. Éste era un hombre de elevada estatura, en torno a los cuarenta años, inspector en la Brigada Criminal. Lo conocía desde la época en que trabajaba en el diario *La noticia* como reportero de la sección de sucesos. No les unía ninguna amistad particular, aunque sentía cierta especie de respeto por aquel hombre al que los periodistas se esforzaban por aproximarse y salvar el muro de silencio del que se rodeaba con el fin de obtener alguna información más allá de las que proporcionaba en las conferencias de prensa el portavoz de la Dirección.

La segunda se llamaba Gent Morina, redactor jefe del periódico *Epoca*, el rival de *La noticia*. En torno a los treinta y cinco años, como la mayoría de los redactores jefe o de los directores de los periódicos, éste llevaba una breve barba. Se le podía encontrar por lo común, pasada la medianoche, en Vila Champagne, un edificio de dos plantas con una terraza que daba sobre el jardín y con una sala en el subsuelo, donde se reunían los señores de la prensa. En invierno y en época de lluvia, en el interior. Durante el verano y

con buen tiempo, en una de las mesas que llenaban el jardín cubierto a trechos por enredaderas. Cuando tomó la decisión de abandonar la revista *Eros* para pasar a uno de los diarios independientes más leídos, *La noticia* o *Epoca*, él sentía especial preferencia por este último. Gent Morina le había ofrecido personalmente el puesto de reportero de sucesos. Pero *ella* se había metido por medio. Debido a su insistencia –que dio lugar a un malentendido innecesario entre Gent Morina y él–, había aceptado el mismo empleo, el de reportero de sucesos, aunque en *La noticia*.

Tras recoger la ropa arrojada sobre uno de los sillones, se dirigió al cuarto de baño. Bajo la ducha se le aclararon las ideas. Si decidía entrevistarse primero con el inspector Kurti, las cosas se precipitarían enseguida. Imaginó de qué modo y con qué velocidad lo harían, por lo que estaría ya de más el encuentro con el redactor jefe de *Epoca*. La primera opción era por tanto cortar por lo sano e ir directamente a ver al inspector. Sin embargo en el dormitorio, frente al espejo, un cúmulo fortuito de circunstancias le hizo cambiar de opinión.

Mientras se vestía, a través de la ventana abierta se difundieron por la estancia los sonos de una canción. Oía a menudo aquella música, una mezcla vulgar de motivos balcánicos. El sonido procedía de la radio de un coche, un Toyota negro, cuyo propietario, un tipo con la cabeza rapada, frecuentaba regularmente La gaviota en compañía de muchachas y muchachos tan vulgares, a sus ojos, como la propia canción. Debían de estar todos dentro del coche, apretujados como en una lata de sardinas, fumando cigarrillos y escuchando su canción con el volumen al máximo. Montó en cólera. ¿Cómo era posible que no apareciera algún policía por los contornos?

Finalmente la canción cesó. Se acercó a la ventana y echó un vistazo abajo: el Toyota se había esfumado. Este hecho, sin el menor vínculo con sus dilemas, le sirvió como pretexto para un acto infrecuente: bajar una vez más a La gaviota y sentarse junto a la luna de cristal. Cuando Dina se apresuró a acercarse a él dispuesta a servirle, le dijo que ya no había razón para que no pudieran verse aquella tarde y que, si ella lo deseaba, la esperaba cuando terminara de trabajar. Dina aceptó. Esto le permitió posponer uno o dos días la toma de decisiones.

Resolvió definitivamente dar inicio al juego el domingo 11 de julio de 2004. Tras un silencio a propósito de la desaparición de la joven gitana –se diría que, como él, también ellos habían atravesado una crisis de indecisión–, todos los periódicos que compraba en el quiosco de la esquina ofrecían en sus portadas las novedades del caso. Llamaban la atención dos de ellas: la policía había detenido preventivamente durante veinticuatro horas (ya había sido puesto en libertad) a un tal Gëzim Lumani, ex amante de la joven y principal sospechoso. Por otra parte, habían identificado al individuo con el que la gitana había sido vista recientemente, y que había dado origen a las agrias disputas entre ella y su amante. El tipo en cuestión era un joven de veinticinco años, vecino del barrio de Lapraka, recién salido de la cárcel tras cumplir una condena de dos años por posesión ilegal de armas, sospechoso también de tráfico de seres humanos, y había sido puesto en libertad por falta de pruebas. La policía había dado con su rastro gracias a la colaboración de algunas amigas de la desaparecida. Según ellas, dicho individuo, llamado

Laert Kandari, había intentado convencer a la joven para que se marchara con él a Italia, donde se casaría con ella nada más llegar y le buscaría un trabajo.

Con unas pequeñas tijeras recortó los artículos de los cuatro periódicos. Lo mismo hizo con las fotografías de Gëzim Lumani y de Laert Kandari, que estuvo observando durante un rato. El primero no debía de tener más de veintidós años. Con un pelo abundante y lacio que le caía sobre la frente, tenía mirada de becerro. Los ojos del otro, en cambio, miraban penetrantes y furibundos, como si en el momento de hacerse la fotografía estuviera deseando saltar al cuello del fotógrafo. Si se hubiera encontrado en el lugar del juez de instrucción y tuviera que fiarse de la mirada de cada uno, habría sospechado del payo. El gitano, con sus ojos de idiota, no tenía aspecto de asesino. El otro, por el contrario, se veía de lejos que era un tipo peligroso. A fin de cuentas, las cosas habían resultado más o menos así: el ex amante de la gitana tenía orden de no salir de la ciudad y de presentarse en la comisaría de policía cada veinticuatro horas, y estaba imputado en situación de libertad. El otro se encontraba aún bajo arresto, hasta que el juzgado decidiera si lo procesaba en libertad condicional o lo metía entre rejas por tiempo indefinido.

Colocó los recortes, artículos y fotos juntos, en una carpeta negra sobre cuya cubierta, en una etiqueta, escribió el nombre de la joven gitana: Isabela Demiri. En su interior se encontraban ya artículos precedentes acerca del mismo hecho, aparecidos en los mismos periódicos. Rechazó la idea de cortar por lo sano e ir directamente a ver al inspector. Tengo que empezar de otro modo, pensó. El señor Kurti puede esperar.

Poco después de medianoche, encontró un lugar para aparcar el coche junto a Vila Champagne. Ésta se encontraba en una calle tranquila que enlazaba dos avenidas bastante concurridas. A ambos lados se alineaba una serie de villas –sedes de ONG o residencias de representaciones diplomáticas– con jardines y garajes a cuya entrada estaba prohibido aparcar, y cabinas para los vigilantes. Al fondo, envuelto en la oscuridad, se alzaba el esqueleto de un edificio de quince plantas. No recordaba cuándo había estado en Vila Champagne por última vez, pero una cosa podía afirmar con seguridad: el armazón de aquel edificio gigantesco que dominaba sobre el resto de las construcciones de los contornos, la más alta de las cuales no pasaba de las dos plantas, lo veía por primera vez.

No se atrevía a bajar del coche: aquello era otro mundo. Él ya no pertenecía a ese mundo. ¿Qué hago aquí?, se preguntó, ¿qué ando buscando? En ese instante reconoció a una pareja que entraba en el establecimiento. No podía dejar de conocerlos, pese a tener la impresión de que no los veía desde hacía un siglo. No habían cambiado nada, excepto una leve transformación en la estampa. Ella continuaba llevando las mismas gafas graduadas, la misma montura. Únicamente ya no llevaba el cabello rubio –dudó si era su tono natural o se lo había teñido– separado con una raya al medio. Su cuerpo bronceado –el ligero vestido relativamente corto y asimismo relativamente escotado realzaba todas sus formas– daba a entender que había pasado unos días en la playa, tal vez en Ulqin, en el hotel Albatros, donde se habían alojado juntos hacía un año. El mismo tono de piel de su acompañante –su viejo rival y redactor jefe de *La noticia*– evidenciaba que también él

había pasado varios días en la playa, probablemente en Ulqin, en el hotel Albatros, lo que indicaba que ahora disfrutaba sobre aquella mujer que admiraban tantos televidentes de los mismos derechos que, en un mundo al que ya no pertenecía, había gozado él. Ese hombre, con la barba característica de los mandarines de la prensa, ostentaba un apellido especial: Xhindi². Se llamaba Ilir Xhindi.

Descendió del coche tras comprobar que la pareja había penetrado en la villa. No esperaba conmoverse tanto al verlos y hubo de detenerse durante un rato en mitad de la calle para reponerse y recordar por qué había venido. Tal como habían acordado en el curso de una conversación telefónica sostenida alrededor de las once de lo que ya podía considerarse el día anterior, Gent Morina debía esperarlo en uno de los salones de Vila Champagne. Nos vemos hacia la medianoche, le había dicho el otro, sin preguntarle para qué quería que se vieran.

Lo encontró en la terraza lateral, cuyas dos únicas mesas, instaladas en una suerte de palco, estaban habitualmente reservadas por ministros o funcionarios de rango inferior, con menos frecuencia por diplomáticos extranjeros. La ventaja de aquella balconada era doble: desde allí se podía observar la terraza de abajo, que ocupaba la mayor parte del jardín con sus numerosas mesas cubiertas por el emparrado —el cual, suavemente iluminado desde abajo, abrazaba el muro circundante en toda su longitud—, al mismo tiempo que todo el mundo reparaba en quién estaba sentado allí. No le agradaba entrevistarse con el redactor jefe en aquel lugar. No sentía ningún deseo de ver a los clientes de la platea, como tampoco de atraer sus miradas.

A aquella hora y en aquel lugar, no podía esperar que encontraría solo en su mesa a un personaje tan solicitado como Gent Morina. No le habría extrañado encontrarlo en compañía de algún miembro del gobierno o cualquier hombre de negocios, aunque no esperaba verlo junto a una mujer, que más que nada era una vedette. Fue entonces cuando comprendió por qué Gent había reservado aquella noche una de las mesas del palco. A decir verdad, su acompañante no tenía demasiada necesidad de exhibirse de aquel modo. Tras haber conquistado la corona de Miss Albania en una de las ediciones del concurso algunos años atrás y presentar en la actualidad una emisión televisiva diaria titulada *Buenos días*, formaba parte ya de la categoría de los vips. Parecía probable que Gent Morina, soltero reputado por su inclinación hacia el bello sexo, quisiera preparar a la opinión pública para una eventual relación con aquella mujer. En caso contrario, ¿por qué se iba a exponer de forma tan ostensible?

Todavía rumiando estas especulaciones, tomó asiento junto a la vedette. El otro no se tomó siquiera la molestia de presentarle, y él lo encontró natural. Durante un rato se debatió frente a un dilema: ¿debía ir directamente al grano, explicarle por qué le había pedido aquella entrevista, o esperar hasta que él propiciara la conversación? Como se prolongara la incertidumbre, sintió que lo invadía una sensación desagradable. Como si estuviera desnudo ante los ojos de la platea.

Ella debe de haber visto que estoy aquí, pensó. Y sintió el impulso de volver la cabeza. Su reaparición en aquel ambiente, tras una ausencia tan prolongada, debía forzosamente

suscitar comentarios. La casualidad había querido reunir, con mano maestra, todos los ingredientes necesarios para componer un enredo galante: Gent Morina con una vedette en el palco. Ilir Xhindi y *ella* en la platea del jardín. Él, en medio de las dos parejas. Lo malo, pensó, es que yo no estoy aquí para alimentar los chismorreos. Estoy aquí para hacer la crónica negra.

Poco más o menos con esta frase como comienzo quiso entablar la conversación con el redactor jefe, pero en lugar de eso le dijo más prudentemente: Hace unos tres años me hiciste una proposición a la que, por razones que no es preciso recordar, yo no respondí. Ahora, desde hace varios meses, estoy libre. No sé si tu proposición continúa en pie, pero a mí me interesa mucho.

Cuando apareció el camarero, el redactor jefe le preguntó qué quería tomar y él respondió: Agua mineral sin gas. El otro no disimuló su sorpresa: No habría sido capaz de imaginarte bebiendo agua mineral, le dijo, pero, al fin y al cabo es asunto tuyo. Cuando tú bebías whisky, yo bebía agua mineral, y ahora que tú te has pasado al agua mineral, yo no bebo más que whisky. Siento curiosidad por saber una cosa y quiero que me respondas con sinceridad: ¿Es verdad que hace unos meses le rompiste un diente a Ilir Xhindi? ¡No vuelvas la cabeza, está en la terraza del jardín y no para de mirarnos!

Él esperaba una respuesta de Gent Morina, no una pregunta. Mucho menos una pregunta semejante. E hizo lo contrario de lo que Gent Morina le había aconsejado: volvió la cabeza hacia el jardín. Allí, bajo la enredadera, se tenía noticia de todo. Se confeccionaban los títulos de las primeras páginas de los periódicos con los escándalos de turno, financieros o eróticos. Se vilipendiaba a las personalidades de todos los niveles, incluidas las increíbles aventuras amorosas de los diplomáticos extranjeros con bellezas albanesas. Se pronosticaban hipotéticas reorganizaciones gubernamentales, la longevidad de los políticos en función de la frecuencia de su uso de la viagra para satisfacer, fuera del lecho conyugal, los requerimientos de sus amantes. Se sabía dónde pasaban o tenían intención de pasar los vips sus vacaciones veraniegas, incluso las escapadas improvisadas fuera de temporada para las categorías más especiales. Así pues, ¿qué importancia tiene si es hoy o mañana por la noche cuando se conozca punto por punto mi respuesta bajo la enredadera? Absolutamente ninguna, se dijo. Y en ese instante, ironías del destino, sus miradas se cruzaron. *Ella* no pudo sostener la suya. No la apartó sin embargo su acompañante, Ilir Xhindi, quien lo contempló desde allá abajo retador, se diría que se habían peleado hacía sólo unos minutos. A él no le habría importado ponerse en pie, bajar a la platea, encaminarse a la mesa de la pareja, lanzarse al cuello de Ilir Xhindi y pegarse con él en mitad de Vila Champagne, tanto mejor si al día siguiente los periódicos relataban la pelea en la crónica rosa o en la negra.

No se movió de su sitio. Y después de un momento de vacilación, respondió a la pregunta de Gent Morina. No, le dijo, no es verdad. Habría querido romperle más que un diente, pero por suerte o por desgracia no me lo permitieron. Nosotros los albaneses tenemos una maldita costumbre. Cuando dos individuos deciden pasar a mayores y partirse los dientes el uno al otro, se lo impedimos. Nos metemos por medio sin pararnos a pensar si a los que se pelean les complace o no. Y a menudo, aparte de los guantazos,

cuando entran en juego las armas, nos llevamos una cuchillada o un tiro en las tripas. Gracias a esa maldita costumbre no tuve la satisfacción de partirle un solo diente a su señoría. Solamente le dije que es la inmundicia más corrompida de la prensa albanesa. Esto, creo yo, lo compensa un tanto.

Gent Morina dejó escapar una sonora carcajada. Tan sonora que los clientes del jardín no pudieron evitar dirigir sus miradas hacia ellos. Él se dijo que la risa estruendosa del redactor jefe tenía como destinatario a Ilir Xhindi, su rival en el mercado mediático. Una rivalidad soterrada, aparentemente puesta en sordina, que estallaba con ocasión de encontronazos o crisis políticas. Aquella risa le hizo pensar que tal vez se encontraban en vísperas de alguna crisis, de un reajuste ministerial, si no peor, en vísperas de elecciones anticipadas, acerca de las cuales se hablaba con creciente frecuencia. Nada de eso le interesaba a él. Era parte de un mundo al que ya no pertenecía. Él se encontraba en aquel palco, junto a una vedette, bajo la mirada de los clientes de la platea, a la espera de una sola cosa: recibir una respuesta de Gent Morina. Luego, desaparecer de inmediato.

El redactor jefe, en una longitud de onda completamente diferente, tal vez bajo el efecto del whisky, comenzó a relatar con jactancia que en los últimos tiempos, dos veces por semana, asistía a clases de karate en un gimnasio. Yo, se apresuró a divulgar la vedette, hace ya un año que recibo clases de karate. Con la cantidad de cosas que se oyen, debe una prepararse para cualquier eventualidad. Cuando por fin creía él haber encontrado el momento de reformular su petición, se vio interrumpido por una ingerencia inesperada. Junto a su mesa apareció una gitana. No tenía más de dieciséis años y llevaba en brazos un bebé adormecido envuelto en unos trapos sucios. Se había plantado allí con un inexpresivo gesto en el rostro, sin decir nada, sin extender siquiera la mano.

Conocía a aquella gitana desde hacía años, cuando, todavía niña, deambulaba de café en café. Entonces se la veía saludable, llevaba la ropa relativamente limpia, tenía unos rasgos hermosos. Dicho de otro modo, era diferente de otros mendigos y mendigas. Se hacía de ese modo acreedora de ciertos privilegios. Aunque no le dieran nada, nadie la trataba con aspereza ni la expulsaban con insultos y amenazas, como ocurría por lo general con los demás. La gente, además, tenía dificultades para creer que aquella atractiva criatura fuera gitana. Y en consecuencia, pedigüeña. Ella era tanto lo uno como lo otro, pero disfrutaba de un estatus especial: los clientes habituales de los cafés donde hacía su recorrido conocían su nombre. Él no había frecuentado nunca de forma regular ningún café, sin embargo, entonces, sabía cómo se llamaba. Intentó recordarlo ahora, pero no lo consiguió. Se acordó sin embargo de que todo el mundo le daba limosna nada más verla entrar en un establecimiento, aunque los mendigos que llegaban después se quedaban sin nada.

Al parecer, la recién llegada no era desconocida para el redactor jefe. Ni para su amiga. Esta última extrajo de su bolso un billete, se lo dio y la reprendió: No está bien que pasees al bebé a estas horas la noche, le dijo. ¿Sabes qué hora es? Y ella misma respondió: Son más de las doce y media.

La otra continuó allí en pie sin la menor reacción. La había visto por última vez cuando estaba embarazada. Enflaquecida. Sucia. Tan enflaquecida y sucia como ahora, con la

diferencia de que el ser que entonces llevaba en el vientre ahora lo paseaba en sus brazos. Quiso seguir el ejemplo de la vedette, darle algún dinero. Pero ella no le dio tiempo: se escabulló antes de que llegara el camarero, que lo hizo apresuradamente y se deshizo en excusas. Me va a buscar un disgusto, se quejó. Un día acabarán echándome del trabajo por su culpa. Anteanoche, no se sabe cómo, se las arregló para llegar hasta aquí. La mesa la había reservado un ministro, y estaba con dos embajadores. Esta desarrapada no quería limosna. Pretendía que el ministro la protegiera del padre de su hijo, que se negaba a reconocer su paternidad y la amenazaba con matarla si presentaba una queja. Todo esto ante los ojos de los embajadores. ¡Maldita raza, te ponen en evidencia ante cualquiera!

Gent Morina consideró oportuno intervenir con un «No te calientes la cabeza» para aquietar el fervor patriótico del camarero. Aunque puede que también para aplacar su temor a que lo despidieran del trabajo, cosa que no podía ser descartada en teoría, aunque nunca se había visto que un camarero de tan sobresaliente fervor patriótico perdiera su empleo.

Él tuvo la sensación de que todo el espacio alrededor apestaba. Y sintió ganas de vomitar. Se disculpó ante sus interlocutores, se apresuró a levantarse, atravesó el salón interior de la Vila Champagne y descendió al sótano donde se encontraban los lavabos. Una vez dentro cerró la puerta y vomitó un instante después. ¡En este momento, ella ya está empezando a pudrirse!, pensó, ¡ya se la están comiendo los gusanos!

Confío en que hayáis abandonado vuestra absurda pretensión de no conocer a Veronika. Y de no haber visto nunca su programa. Comprendedme, yo no puedo impedir hablar de ella, pese a que, como le dije a una conocida común hace unas semanas, ella no pueda ni verme ya. Y está encantada de haberse librado de mí. Y no consigue explicarse cómo pudo convivir durante dos años con un loco como yo.

En lo que me atañe, tengo una explicación, pero no quiero convertirla en objeto de murmuraciones. Sería bajo por mi parte difundir chismes sobre Veronika, aunque ella no se prive de hacerlo. Me humilla saliendo con mi antiguo rival, la inmundicia más corrompida de la prensa albanesa y director del diario *La noticia*, al que estuve vendiendo mi piel durante todo el tiempo que duró mi relación con ella. Es increíble cómo me vendí única y exclusivamente porque así lo quería ella. No voy a establecer hipótesis escasamente dignas de crédito. Ni afirmar, por ejemplo, que el enfriamiento de nuestras relaciones hasta llegar a la ruptura pudiera deberse al olor insoportable de mis deposiciones. Esa lógica no la admito. Por encima de todo, ese hecho no tenía la menor relación con Ilir Xhindi. No podía, por tanto, llevarme al extremo de intentar partirle los dientes.

De acuerdo, banalidades. Pero ya lo he dicho, no puedo impedir hablar de Veronika. Permitidme al menos que os cuente cómo nos conocimos. Es verdaderamente interesante, os lo aseguro, una demostración de la teoría acerca de la función inapelable del azar. ¿Ni siquiera eso queréis saberlo? Ya veo, sentís un desprecio primitivo por Veronika. No me queda otro remedio que volver atrás. De nuevo atrás. Y de nuevo a la velocidad de un caracol. En busca de la concha perdida.

Querría atraer vuestra atención –disculpádmeme, no consigo desprenderme de esta forma de hablar que me legó Veronika– sobre dos personajes pertenecientes a mi prehistoria. Al primero ya lo he mencionado, se llama Elton. La otra, Suela. Ninguno de los dos se encuentra ya en Albania. Elton se marchó hace catorce años, con el éxodo de las embajadas. Ha terminado instalándose en Australia, en Sídney, y no ha vuelto nunca más.

Suela se marchó algunos años más tarde, en el periodo de los disturbios de 1997, y vive en Bari. Según me dijo en una conversación telefónica, el día en que los disturbios alcanzaron su grado máximo ella se encontraba en el café La pèrgola, frente a la embajada italiana, que era frecuentado por los empleados de esa embajada, a algunos de

los cuales conocía como clienta asidua de La pérgola y como periodista de los informativos de la televisión albanesa. Aquel día, era el mes de marzo, mientras los disparos sonaban por todas partes, uno de los italianos le propuso marcharse con él a Italia si se sentía en peligro. Un helicóptero, que se encontraba en ese momento sobre el césped del estadio de las proximidades, debía despegar de un momento al otro llevándose a una parte del personal de la embajada. Me fui sin equipaje, con lo puesto, me dijo ella por teléfono. No tuve tiempo ni de avisar a mi familia.

A Suela la conocí por medio de Elton. A él lo conozco desde que me conozco a mí mismo: éramos vecinos, su familia vivía en el piso situado justo frente al nuestro.

Elton era el único de mi edad entre los niños de nuestro portal. Sin embargo, nunca estudiamos en la misma escuela.

La primaria yo la hice en el colegio Emin Duraku, él en el Sabaudin Gabrani. Luego, yo fui al instituto Petro Nini, y él al Qemal Stafa. Cuando le pregunté una vez por qué buscaba escuelas situadas tan lejos de su casa, me respondió que así lo decidía su padre.

Un argumento incontestable. El padre de Elton era, digamos, un tipo particular. Mis padres tal vez lo habrían calificado de aventurero. Más concretamente lo tratarían de vagabundo, es decir, de persona sin escrúpulos morales, en oposición a sus sagrados principios sobre la familia. Pero yo no les oí nunca hablar mal de él, ellos no criticaban nunca a nadie.

Antaño, en la puerta del apartamento donde vivía Elton, podía leerse, sobre una placa de plexiglás blanco sujeta con dos tornillos, el nombre del jefe de familia: Qenan Dika. Simplemente, sin ningún Dr. o Prof. Si hubiera tenido que indicar su profesión junto al nombre, se habría leído: Qenan Dika, jefe de comedor. Y si se le hubiera exigido especificar también su lugar de trabajo, habría podido saberse que el padre de Elton desempeñaba la envidiable tarea de jefe de comedor en el Taiwán, uno de los más renombrados restaurantes de la capital en aquel tiempo, recientemente reformado tras un periodo de varios años de abandono durante la época moderna. Ciertamente nada de eso aparecía escrito sobre la puerta del apartamento del padre de Elton, pero era bien sabido que sus funciones como jefe de comedor llevaban consigo ciertas ventajas, la principal de ellas consistía en ocuparse del servicio de la salita estrictamente reservada a los altos funcionarios. En ausencia de ellos, sólo una clientela de funcionarios de rango inferior tenía acceso: directores de empresa, jefes de policía, funcionarios del Comité del Partido, del Comité Ejecutivo de la ciudad, médicos, catedráticos universitarios. El padre de Elton no era funcionario, ni alto ni menos alto, sin embargo se atribuía una importancia semejante a la de ellos.

Recuerdo a aquel hombre tal como lo conocí en la época del Coro de los Gusanos. De mediana estatura, con unos bigotes como los de mi padre, aunque algo más finos y más negros. Calculo que debía de ser al menos unos diez años más joven que mi padre. Tenía una bici que dejaba amarrada con un par de gruesas cadenas en el descansillo de la escalera situado entre el piso primero y el segundo al regresar del trabajo. Con una de las cadenas bloqueaba la rueda delantera. La otra, más larga, la pasaba por la rueda trasera,

de allí al hierro de la barandilla de la escalera, de modo que, para robarla, habría sido necesario arrancar la barandilla entera. Un día, ya en tránsito a la época moderna, alguien se la robó sin necesidad de arrancar la barandilla. El ladrón debió de introducirse de noche –entonces aún no había sido instalada la puerta de hierro de la entrada al portal– y, provisto de una herramienta apropiada, es probable que unas tenazas especiales, cortó las cadenas, de modo que, por la mañana, el padre de Elton se encontró los pedazos cortados de las cadenas en lugar de su bicicleta.

Se decía que tenía dos mujeres. La esposa legítima, ya se comprende, era la madre de Elton. Ésta trabajaba como camarera en un café fuera de nuestra barriada. Algunas veces, Elton me proponía que fuéramos, y ella nos invitaba a dulces. Era una mujer hermosa, de ojos y cabello negros. A mí me gustaba mirarla. Me decía que los hombres que abarrotaban el local acudían menos para beber coñac o fernet que para mirarla a ella. En este punto, y antes de continuar adelante, me veo en la obligación de advertir que, a mi manera, también yo me había enamorado de la madre de Elton. Ardía en deseos de verla, de estar cerca de ella.

La segunda mujer vivía también en nuestro edificio, aunque en la otra escalera, en un piso de la planta baja. A diferencia de la madre de Elton, ésta era rubia y llevaba la melena suelta. Su marido, técnico geólogo, se ausentaba todos los años durante periodos de muchos meses. El hecho de que ella trabajara como cajera en el Taiwán alimentaba el rumor de acuerdo con el cual el jefe de camareros, es decir, el padre de Elton, ocupaba el papel del hombre ausente. En toda esta historia había un elemento que yo no alcanzaba comprender, y era la amistad de la madre de Elton con la tan denigrada vecina. Se veían, se hacían visitas la una a la otra. Como si hubieran llegado a un acuerdo. Anila no disimulaba su desprecio por ambas mujeres. Y por el «repelente Don Juan», como calificaba ella al padre de Elton. Apenas si los saludaba. No lo habría hecho en absoluto si mis padres no hubieran intervenido: ¡No puedes juzgar a los demás a partir de lo que se dice por ahí!

Mis pobres padres querían paz. Buscaban la armonía incluso allí donde no existía. Yo me inclinaba a creer los juicios categóricos de mi hermana. Empujado por mi amistad con Elton. Cuando miraba su cara establecía un vínculo directo entre su tristeza permanente y las murmuraciones según las cuales su padre tenía dos mujeres, ellas mismas unidas por un vínculo misterioso.

La nuestra podría ser calificada como amistad de sótano, y se estableció gracias a una gata. Era el tiempo en que estos integrantes de la familia de los felinos reinaban aún en el territorio, antes de que, con la llegada de la época moderna, perdieran terreno ante la proliferación de los perros callejeros. Me encontraba yo en el sótano rodeado por los objetos de mi microuniverso –entonces aún no habían descendido el sofá y los sillones de la sala de visitas–, cuando sentí el crujido de la puerta. Ésta se abrió lentamente y apareció Elton. Ha tenido cinco crías, murmuró con voz ahogada. Pero ella se ha largado y yo no sé qué hacer con los pequeños. Tengo miedo de que se mueran.

Estaba pálido. Permaneció inmóvil en el umbral, a la espera de mi reacción.

Impresionado por su palidez, o tal vez porque no caí de inmediato en lo que pretendía, ni siquiera tuve presencia de ánimo para invitarle a entrar. Mi silencio le obligó a explicarse más claramente y yo acabé comprendiendo de qué se trataba. Una gata salvaje –por aquellos contornos circulaban multitud de gatos sin dueño– había parido cinco crías en su sótano, en el interior de una gran caja de cartón. A continuación, la desconocida vagabunda se había marchado abandonando a las crías a merced del destino, y ahora a él se le partía el corazón al escuchar sus maullidos, le daba mucha pena, eran muy pequeñas y podían morir de hambre.

Le temblaba la voz. Al parecer era la primera vez que tenía ocasión de ver una camada de gatos recién nacidos. Intenté tranquilizarle. La vagabunda regresaría a buen seguro junto a sus cachorros. El mayor peligro que los amenazaba por el momento, le expliqué, no era que murieran de hambre. El mayor peligro podía venirles de que algún gato macho oyera sus gemidos y los atacara al encontrarlos sin defensa. Para matarlos o devorarlos. Yo nunca había visto con mis propios ojos a un gato que matara o se comiera las crías recién nacidas, pero eso decía todo el mundo.

Todavía más aterrizado, Elton me rogó que le siguiera. Me levanté y entramos los dos en su sótano. Allí no había bombilla colgada del techo. Un respiradero enrejado permitía que se filtrara algo de luz. La caja se encontraba en un rincón y cuando nos acercamos para ver a los cachorros, quedamos sorprendidos al encontrar dentro a la gata blanca con pintas grises, tumbada en una postura que le permitía ofrecer sus tetas a los pequeños. Era una gata errante, pero no desconocida. En diferentes épocas del año dormía a menudo ante las puertas de los pisos de nuestra escalera, sobre las alfombrillas. Luego desaparecía. Pero justo cuando ya la habíamos olvidado, reaparecía y, de nuevo, recuperaba su vieja costumbre de echarse a dormir delante de las puertas. Una vez dejamos de verla durante mucho tiempo y pensamos que había muerto aplastada por algún coche.

Nuestra visita no la inquietó. Se limitó a levantar un poco la cabeza, mientras los cachorros, del tamaño de un dedo, se debatían por aferrarse a los pezones. Todos eran moteados, blancos con pintas grises, excepto uno. Este último era negro por completo. Automáticamente me hizo pensar en un gato muy conocido del barrio. Un gato verdaderamente hermoso, grande, bien alimentado, de cola larga y brillante pelambrera, que pertenecía a la supuesta y denigrada amante del padre de Elton, la amiga de su madre. La veía a veces con su majestuoso gato en brazos cuando acudía de visita a casa de la madre de Elton. Sin lugar a dudas, el famoso macho era el padre de los cachorros, me dije.

Nos ocupamos de ellos durante cuatro o cinco días. Nos encargamos de fabricar con alambre de hierro una especie de rejilla para colocarla entre los barrotes del tragaluz con el fin de que los machos no pudieran penetrar en el sótano. Nos cuidamos asimismo de asegurar la puerta del sótano de Elton con el mismo fin. Pero, a pesar de todas nuestras precauciones, un día, las crías desaparecieron. Fue Elton quien me comunicó la noticia, pálido como la cera. No es que algún gato se los hubiera comido. Alguien, enviado por su padre, había penetrado en su sótano y se los había llevado. Los ha debido de tirar al

Lana, se lamentó Elton entre hipidos, o a algún cubo de basura. Imposible, le repliqué, eran cachorros de raza, nadie haría una cosa semejante.

Él me miró con ademán de sospecha. Y quiso saber qué me empujaba a creer en el noble origen racial de las crías. Después de una breve vacilación, le confié mi teoría sobre la paternidad del gato de la vecina. Elton me miró perplejo y de inmediato cambió de conversación. Eso me bastó para convencerme de que debía de estar al corriente de las murmuraciones sobre la relación de su padre con la vecina del piso bajo de la otra escalera. Mientras contemplaba el rostro tan sorprendido como desconcertado de Elton, no conseguía apartar de mi mente la imagen de los dos personajes que nutrían con preferencia la crónica escandalosa de nuestro edificio: el gato negro de la vecina, que corría detrás de todas las gatas del barrio, y el padre de Elton, con los bigotes tan negros como el pelaje del macho desvergonzado.

Durante años continué prisionero de esta imagen. Siempre que veía a la vecina con su gato en brazos, a duras penas reprimía el deseo de decirle que en lugar de llamarle Lusi (Gorrión) debería bautizarlo Qenan (Perrazo). Por otro lado, cada vez que me cruzaba con el padre de Elton aparecía ante mis ojos el gato de la vecina. El jefe de camareros adoptaba los rasgos del gato, su amante, los de una gata, y yo los imaginaba a los dos maullando en la plaza frente al edificio. Los vecinos se asomaban entonces a las ventanas, gritaban y les tiraban lo primero que encontraban a mano, de forma que los felinos escapaban a la carrera y se refugiaban en el sótano. Cuando yo bajaba tenía siempre la impresión de que me los iba a encontrar allí, haciendo el amor como los gatos. Precisamente en esa época fue cuando Elton manifestó su precoz tendencia a fugarse de casa. Yo me decía que él debía de haber sorprendido alguna vez a su padre y a la vecina en una escena semejante. Tenía que haberlos visto o al menos saber algo. En apoyo de esta tesis, me veo obligado a recurrir a un testigo no demasiado creíble, Lloni el pirómano. De modo que lo que sigue puede no tomarse demasiado en serio.

Aquel día, al anochecer, todos sabíamos que Lloni iba a pegarles fuego a los contenedores. Tras una larga ausencia, apareció al fondo de la calle mientras nosotros, un puñado de chavales, estábamos sentados en la hierba junto a una gran mimosa cuyas ramas se extendían hasta por encima de los contenedores. Más tarde, en los albores de la época moderna, poco antes de que Lloni y Elton desaparecieran de la circulación, la mimosa, seca ya a trechos debido a los incendios del pirómano, ardió por entero. Pero en el momento del que hablo todavía se mantenía en pie. Y nosotros estábamos reunidos en torno a ella cuando el idiota de Lloni apareció con aire sosegado y pacífico. Aunque un pequeño detalle traicionó los impulsos de su instinto incendiario: se aproximó a los cubos de basura, les echó un vistazo y fue a sentarse a varios metros de nosotros. Uno de los muchachos intentó provocarle: ¡Lloni!, le gritó, ¡como les pegues fuego a los cubos, protege tu culo!

Lloni se no dignó volver siquiera la cabeza. Pero nosotros no éramos los únicos que habíamos reparado en su presencia. Desde lo alto de un edificio de cinco plantas situado a nuestras espaldas, recientemente construido gracias al trabajo voluntario de sus

habitantes y sobre cuya fachada sin enfoscar podía leerse «Gloria al PTA» en letras formadas con ladrillos de distinto color, alguien gritó: ¡Si les pegas fuego a los cubos me follo a tu madre! Y enseguida otro continuó en tono todavía más salvaje: ¡Maldito subnormal, si le pegas fuego le digo a Tefik que meta a tu padre en el talego!

Tefik, un hombre delgado de mediana edad, era el activista más insufrible de nuestro bloque, al que todos temían debido a sus frecuentes apariciones en público junto al jefe de policía de la zona. Era una especie de ogro peligroso y, en condiciones normales, Lloni habría debido tomar en serio la amenaza de que su padre acabaría en la cárcel si le pegaba fuego a los cubos. Pero había escuchado tantas veces lo mismo que ya no le hacía el menor efecto. De modo que se quedó donde estaba, a varios metros de nosotros, a la espera de que cayera la noche y nosotros regresáramos a nuestras casas. Una vez solo en el solar, entre los edificios, frente a los contenedores de basura, como venía sucediendo siempre, sin ningún testigo excepto quizás la pobre mimosa, la primera en padecer su locura, les pegaría fuego a los desechos valiéndose de una cerilla o un mechero, para desaparecer acto seguido antes de que los vecinos de los inmuebles circundantes salieran a las ventanas, lo insultaran y lo maldijeran, amenazándolo con darle una paliza de muerte.

Descubrí a nuestra rubia vecina, la amante del padre de Elton –ahora lo recuerdo, se llamaba Flora–, viniendo hacia nosotros con su majestuoso gato en brazos, de regreso a casa. Salía a menudo por las tardes para dirigirse a un pequeño jardín situado más allá de nuestro bloque, acompañada la mayor parte de las veces por la madre de Elton. Aquel día iba sola. Flora llegó junto a nosotros dos o tres minutos después de las amenazas proferidas contra el pirómano desde lo alto de la «Gloria al PTA», incluso es probable que las hubiera oído. Y quiso golpear el hierro mientras aún estaba al rojo. Se acercó a Lloni, siempre con el gato negro en brazos, y le dijo que se largara de allí, de lo contrario llamaría a Tefik. De pronto, dejándonos a todos boquiabiertos, Lloni reaccionó: ¡Guarra!, le dijo, ¡te voy a quemar vivo al gato ese! ¡Putade mierda, lesbiana...! ¡Vete con esa amante tuya, vete! ¡Te está esperando. Lesbiana.!

Flora había desaparecido. Lloni, con gesto desencajado y los ojos en el vacío, continuaba repitiendo a gritos como un poseso la palabra «lesbiana». Yo no conocía su significado. La huida apresurada de Flora me hizo pensar que debía tratarse de una palabra gruesa. Me enteré ese mismo día, una vez desapareció Flora, mientras el pirómano esperaba a que acabara de caer la noche y nosotros nos marcháramos a casa. En realidad nos dispersamos enseguida, justo después de que el mayor del grupo, un chico de unos catorce años llamado Artur que no salía con muchachos de su edad, sino únicamente con nosotros, los más pequeños, nos lo explicara, aunque sólo después de hacernos jurar que no diríamos una palabra a nadie.

Artur nos explicó el significado de la palabra «lesbiana» en voz baja, por miedo a que le oyera algún adulto. A nuestro alrededor no había más persona que Lloni. Yo creí que nos estaba mintiendo. Nos quedamos sin aliento cuando, tras explicarnos lo que era una mujer lesbiana, guardó silencio durante un instante y, bajando todavía más la voz, nos hizo saber algo perturbador: Flora, la rubia del gato negro, era lesbiana. Como todas las

lesbianas, tenía una amante. Esta amante era la madre de nuestro compañero Elton. Para permitirnos comprenderlo mejor, añadió que las dos mujeres hacían el acto como un hombre y una mujer, salvo que Flora desempeñaba el papel de hombre. Dijo literalmente: ¡Flora se folla a la madre de Elton!

Yo estaba desconcertado. Miré a mis amigos como cogido en falta. También ellos estaban paralizados. Aquella tarde no había venido Elton. Por supuesto, de lo contrario Artur no se habría atrevido a hablar en su presencia. No pudiendo continuar por más tiempo allí, nos marchamos aturdidos a nuestras casas. En la plaza, junto a los contenedores, quedó solamente Lloni. No recuerdo si les pegó fuego a los cubos aquella noche u otra.

Elton se marchó de casa unos días más tarde. Su fuga no duró mucho, menos de veinticuatro horas. La noche del mismo día regresó por su propio pie.

Antes de huir, parece que dejó una carta. Esto lo supimos por su madre, que llegó a nuestra casa con el rostro demudado. Todos aquellos días, tras lo que Artur nos había contado, yo no era capaz de mirar a Elton a los ojos. Me sentía indigno, desleal con él. Así me sentía cuando mi padre bajó al sótano a verme y me preguntó si sabía dónde estaba Elton, a lo que yo respondí que no, no lo sabía, y él me pidió que subiera con él a casa. Allí, en el salón, en presencia del icono oficial y de mi madre, me encontré a la madre de mi amigo con la cara lívida, con una taza de café en la mano.

Ella me planteó la misma pregunta que ya me había hecho mi padre, y yo le di la misma respuesta, es decir, que no sabía nada. No conseguía comprender por qué todos insistían en preguntarme lo mismo, hasta que mi padre juzgó razonable abordar directamente el asunto conmigo delante. Elton se había fugado de casa. Mi padre no empleó el verbo fugarse, dijo simplemente que Elton se había ido no se sabía adónde. Vi cómo temblaba la taza en la mano de la hermosa mujer. Para acudir en su ayuda, esta vez intervino mi madre. Tú debes saber algo, me dijo. Haces mal si sabes alguna cosa y no lo dices.

Era inútil protestar. Yo realmente sabía algo, era verdad, pero lo que yo sabía tenían que saberlo todos, ya que no era ningún secreto ni siquiera para el pirómano Lloni. Sentí de pronto el impulso insensato de salir en defensa de Elton. En su lugar, yo haría lo mismo. Me marcharía de casa, me esfumaría para no volver nunca más. Aterrado por esta idea, se me saltaron las lágrimas, lo que fue interpretado de manera errónea por mis padres. Con la esperanza de que sacarían alguna cosa de mí, volvieron a insistir con sus preguntas, hasta que los paré en seco. Dejádme tranquilo, les respondí, yo no sé nada. Y nada más decir esto me arrepentí: la hermosa mujer pidió disculpas al tiempo que se levantaba y mis padres la acompañaron hasta la puerta de la calle. Vete a saber por dónde andará vagabundeando, oí la voz de mi madre, ya verás como regresa por sí mismo. En cuanto a esa carta, no debes tomártela tan en serio, son cosas de críos.

El augurio de mi madre se cumplió. Elton regresó a casa ya avanzada la noche, tras el

fracaso de los esfuerzos por dar con él. Todo el mundo se había movilizado, vecinos del edificio, allegados de la familia, policías. Cuando Elton llegó por fin a su casa, yo estaba ya en la cama. En la oscuridad, se alzaron voces y se percibieron pasos en la escalera. Oí salir a mis padres y discutir en el descansillo de nuestra planta. Sentí deseos de salir a ver qué pasaba, pero cambié de idea. Me quedé acostado y al cabo de un rato cesaron los rumores en el exterior, mis padres entraron en casa, cerraron la puerta, se dirigieron a su dormitorio y todo quedó sumido en un profundo silencio.

No hacía más que dar vueltas tratando de imaginar lo que estaban haciendo con Elton. Más tarde, él me contó que en cuanto se encerraron en casa, su padre le había pegado una buena paliza. Le habría matado si su tía y uno de sus tíos no hubieran intervenido, arrancándoselo de las manos. La verdad es que yo había oído un ruido sospechoso, pero no se me ocurrió siquiera que estuvieran pegando a mi amigo. Lo imaginé tumbado en la cama, sin poder conciliar el sueño, y yo le decía: ¡Yo sé por qué te has fugado! Él me miró tristemente. Tú no sabes nada, me replicó, ninguno de vosotros sabe nada. Yo añadí: Tú has visto algo. Ah, ¿y qué es lo que he visto, dime? Es verdad, pensé, ¿qué es lo que habrá visto Elton? ¿Y qué habrá escrito en esa carta?

No lo supe nunca. Su padre lo castigó severamente y le prohibió salir de casa durante una semana. Cuando un día, aprovechando la ausencia de sus padres, que estaban en el trabajo, llamé a su puerta para invitarle a que nos viéramos en el sótano, Elton rehusó. Dijo que estaba castigado, que continuaría encerrado en casa hasta que su padre le levantara el castigo. Y cuando, por fin, recuperó el derecho a salir, me confesó que los odiaba a los dos, tanto a su padre como a su madre. En cuanto se sintiera capaz de vivir por su cuenta, los abandonaría y no volvería a verlos jamás. Debo añadir que, hasta entonces, era hijo único.

La primera fuga de Elton levantó toda una tempestad de murmuraciones. Según algunos, se había fugado de casa después de haber encontrado a su madre y a la amante de su padre, ambas desnudas, en el lecho conyugal de sus progenitores. Esa imagen me ha atormentado durante largo tiempo. Yo era capaz de comprender el odio de Elton hacia su padre, ese hombre era a mis ojos un personaje con menos dignidad que el gato de su amante. En cuanto a esta última, de haber podido, la habría hecho sufrir con toda el alma, incluso perpetrando alguna acción macabra, por ejemplo, quemarle vivo, como había amenazado Lloni el pirómano, a su gato arrogante. Única y exclusivamente a causa de esa imagen, la posesión de la madre de Elton, desnuda.

Otro rumor que circuló entonces pretendía que su familia, junto con la rubia, iba a ser enviada fuera de Tirana. Cuando venía de visita a nuestra casa, Sotir, el primo barrigón de mi madre, alias el Gusano Barítono, nos explicaba que de forma periódica, sobre todo con motivo de celebraciones, el Estado emprendía campañas de depuración en la capital para desembarazarse de los elementos peligrosos, incluyendo a personas moralmente degeneradas. De acuerdo con Artur, que nos hablaba con un léxico menos escogido que el de Sotir, formaban parte de esta última categoría: las putas del Combinado Textil, las del barrio del Pájaro Negro, y todas las putas y puteros dondequiera que se encontrasen. Según se decía, la familia de Elton y la rubia del otro portal pertenecían a esa categoría.

Y su castigo era esperado con regocijo.

Fue en aquel periodo cuando el técnico geólogo, el marido de Flora, apareció por las callejuelas del barrio. Era un hombre de baja estatura, más que su mujer, fornido, de cuello ancho y todo músculo. Se decía que había practicado la lucha en su juventud. Juzgando por su aspecto adusto y su repentina aparición en el momento álgido de los rumores, se creía que iba a hacer algo sonado, que correría la sangre. Pero no pasó nada. Para empezar, la familia de Elton no fue trasladada. Tampoco la rubia. Además, para decepción de todos, sucedió algo sorprendente. Se vio a las dos parejas, el padre y la madre de Elton por un lado, y el antiguo luchador y su mujer por el otro, salir juntas y hacerse visitas. Con esta puesta en escena se dieron por cancelados los rumores.

Al cabo de varios meses, la denostada Flora, junto con el majestuoso gato y con su suegra, una mujer mayor que raramente se dejaba ver junto a su nuera, abandonó nuestro barrio. Fueron a establecerse en otra parte, nunca se supo dónde. Se instaló en su piso la familia de un policía. Justo tras la marcha de Flora, llamó la atención que la madre de Elton comenzara a tener un voluminoso vientre. Pasados unos meses más, dio a luz a una niña. Elton se encontró con una hermana a la edad de doce años. A partir de ese momento comenzamos a vernos cada vez menos.

Bastantes años más tarde, si no me equivoco cuando íbamos a tercero de enseñanza media, él se fugó por segunda vez. La víspera fue cuando conocí a Suela. Por pura casualidad, ante el quiosco de los helados del puente grande del Lana. Elton iba acompañado de una chica que me tendió la mano, dijo que se llamaba Suela, y él me invitó a un helado.

Durante años, Elton me había evitado, como evitaba a todo el mundo. No sería capaz de decir por qué acepté su invitación: a causa de un deje implorante en su voz, o por la atracción magnética que ejerció sobre mí la chica llamada Suela. Es una compañera de clase, aclaró él. Y nos entregó sendos cucuruchos de helado. Mientras chupábamos los helados, me hizo una segunda invitación: si no tenía nada que hacer, podía acompañarlos a dar un paseo por el bulevar.

Aparte de su pecho generoso, Suela no tenía nada de especial. Cuando Elton me invitó a dar con ellos un paseo por el bulevar, mis ojos se deslizaron desde los ojos azules de su compañera hasta su pecho generoso. Y se me planteó un interrogante legítimo: los pechos de Suela, aprisionados bajo la blusa veraniega, ¿impedían respirar a Elton lo mismo que a mí?

Elton se escapó de casa por segunda vez a finales de julio. ¿Quién puede explicarme por qué el cerebro de un ser humano escoge el mes de julio para enloquecer? ¡No me llevéis la contraria! Ahora también estamos en julio. Un julio fétido. Cargado de estímulos sexuales.

Esa vez su madre no acudió a casa de mis padres con lágrimas en los ojos. No circuló ningún rumor sobre su hijo, y yo me pregunté si se había fugado realmente o si alguien había difundido esa versión debido a que no se le había visto por el barrio en tres días, al cabo de los cuales apareció con aspecto debilitado y pálido. Fue esto último lo que

desbocó mi fantasía: su desaparición debía de estar relacionada con la mencionada Suela. Yo contemplaba dos posibles versiones. Elton, pensé, incapaz de contenerse ante la visión de sus pechos, había intentado desabotonarle la blusa y se había llevado un sopapo. Vergonzoso como era, había emprendido la huida con la esperanza de que, sintiendo pena por él, Suela le perdonara y, a ser posible, se desabotonara ella misma la blusa. Pero Elton no me parecía lo suficientemente temerario como para abalanzarse sobre los pechos de Suela, de modo que se me antojaba más verosímil una segunda hipótesis, calcada ésta de la historia de un chico y una chica de mi instituto que habían desaparecido durante dos días con sus noches. La policía los había encontrado al amanecer del tercer día, en una cabaña abandonada al pie del monte Dajti, durmiendo. Esta historia había provocado un escándalo. Ellos dos fueron expulsados del instituto y ningún otro centro de la capital quiso admitirlos en sus aulas, de modo que sus familias respectivas se vieron obligadas a enviarlos a terminar los estudios secundarios a provincias.

Suela, me dije, no habría tenido grandes dificultades en convencer a Elton para que se encerrara con ella en la cabaña abandonada al pie del monte Dajti. Yo mismo habría aceptado sin vacilar una invitación semejante. Poco me importaba si me expulsaban del instituto, si me señalaban con el dedo y si mis padres se veían obligados a enviarme a casa de alguno de mis tíos en provincias. Merecía la pena. Con tal de marcharme con Suela, estar a solas con ella y que me permitiera desabrocharle la blusa, luego que le quitara la ropa del cuerpo, y ver por vez primera a una chica completamente desnuda, y experimentar por primera vez lo que significa hacer el amor con una mujer viva y no imaginada.

Como un mes después de la desaparición y retorno a casa de Elton, se produjo un acontecimiento sensacional: sus padres se habían divorciado.

En aquel tiempo yo era presa de una pasión: aprender a tocar la guitarra. Estaba aún en tercero cuando les supliqué a mis padres que me dieran dinero para comprarme una. Me lo dieron y conseguí una especie de guitarra que me agenciaron unos muchachos del barrio La Aurora. Siguiendo sus consejos, comencé a asistir a clase, dos veces por semana, en casa de un guitarrista renombrado, que mis pobres padres tuvieron a bien pagar con tal de complacerme. Desde la boda de Anila, hacía ya más de un año, no tenían ojos más que para mí.

Me pasaba horas y horas en el sótano. Ahora ya se encontraban allí todos los muebles viejos de la sala de visitas, a excepción del bufé. Por la noche, aunque a veces también durante el día, dormían sobre ellos los gatos callejeros del barrio, lo sabía por los pelos que dejaban. Las dos o tres horas que me pasaba con la guitarra entre las manos no bastaban para hacerme tomar conciencia de que no llegaría jamás a ser un buen guitarrista. Fue solamente a partir del día en que me encontré con Elton en el puente del Lana y él me presentó a Suela, cuando mi pasión por la guitarra comenzó a debilitarse. Incluso dejé de asistir a las clases. No pensaba nada más que en ella. Por las tardes, me incorporaba a la corriente de paseantes frente al hotel Dajti con la esperanza de

encontrármela. Un día la vi pasar al fin; iba con dos amigas. Yo la saludé y ella me devolvió el saludo. Por tanto, se acordaba de mí.

Aunque dejé de asistir a las clases con el guitarrista de renombre, continué ejercitándome en el sótano por inercia, no tenía otra cosa mejor que hacer. Fue allí, una tarde, donde me llegó la noticia de la próxima separación de los padres de Elton, mientras me martirizaba los dedos con las cuerdas de la guitarra, esperando así que pasara el tiempo y llegara el crepúsculo para poder dirigirme al gran bulevar e incorporarme a la corriente de paseantes en busca de Suela.

Se van a separar, me dijo Elton. Acababa de sentarse frente a mí, en uno de los sillones repletos de pelos de gato. No comprendí al principio a qué separación se refería y quiénes eran los que se iban a separar. De todos modos, después de que dijera «se van a separar», dejé la guitarra a un costado. Mis padres se van a separar, repitió él, esta vez con voz ahogada.

Yo no sabía qué decir. Lo siento, articulé por fin. Y tratando de reconfortarle, añadí: Tal vez no lo hagan. He oído decir al marido de mi hermana, que trabaja en la fiscalía y sabe de estas cosas, que las parejas que quieren separarse primero son citadas en el juzgado para un acto de conciliación. Puede que se reconcilien... Me di cuenta de que a mi voz le faltaba naturalidad. No se van a reconciliar, me respondió él. Y antes de haber acabado de arrellanarse en el sillón con pelos de gato se levantó para marcharse. Pregúntale al marido de tu hermana si esas sesiones de conciliación se celebran a puerta cerrada o son públicas. Si se permite la entrada, te invitaré a venir. Te divertirás, ya lo verás.

Elton no me hizo ninguna invitación. Y no sé si se celebró un acto de conciliación para sus padres. Durante muchos días, desde el momento en que salió del sótano dejándome con la amarga sensación de haberme comportado de forma doblemente hipócrita – durante aquellos minutos me abrasaba el deseo de preguntarle por su imaginaria aventura con Suela–, no volví a verle. Entraba y salía de su casa como una sombra. Luego, un día, todo el mundo se enteró de la noticia: sus padres se habían divorciado.

Esa noticia no produjo sorpresa entre los vecinos. El juicio se había celebrado a puerta cerrada, declarando culpables a las dos partes. Entonces escuché de labios de mi padre algo que me pareció sorprendente. Lo peor para ellos, dijo, empieza ahora. En aquel entonces, yo no capté el sentido de esas palabras. ¿Qué otra cosa peor podía sucederles ya?

Por las mañanas, cuando salía de casa para ir al instituto, a veces me cruzaba con alguno de los ex esposos. El jefe de comedor, con sus bigotes negros, siempre de punta en blanco, me saludaba como si no hubiera sucedido nada. Continuaba utilizando su bicicleta, que guardaba como siempre en el descansillo situado entre nuestro piso y el inferior, amarrada con un par de cadenas. La mujer, en cambio, me saludaba con apocamiento. Cuando bajaba las escaleras junto con su hija, entonces de unos cinco años, yo me mostraba dispuesto a ayudarla. Tenía un rostro angelical y yo nunca pude entender por qué Elton la despreciaba tanto como despreciaba a su padre.

Tras su separación oficial, comencé a comprender poco más o menos lo que mi padre había querido decir con sus palabras. Su piso, simétrico al nuestro, tenía dos habitaciones, una cocina-comedor y un cuarto baño, por no mencionar el pasillo. Por decisión judicial, la muchacha, como menor, quedaba bajo la custodia de la madre. En cuanto a Elton, había escogido quedarse también con ella. La nueva configuración de la familia implicaba una redistribución del espacio. El dormitorio de la pareja y la cocina-comedor quedaron para la mujer y los niños. Al hombre se le adjudicó la otra habitación, sin derecho a utilizar la cocina. El cuarto de baño quedaba para uso común.

Yo sentía curiosidad por saber cómo un hombre y una mujer divorciados lograban convivir bajo el mismo techo, después de haber dormido durante tanto tiempo en la misma cama. Me decía que la mujer debía de haberse quedado con el lecho y era sin duda la hija quien ocupaba el lugar del marido. Por su parte, si el hombre, en la otra habitación, un salón idéntico al nuestro y en el que el icono oficial colgaba igualmente de la pared, no dormía en el pequeño y estrecho canapé, debía de haber instalado una cama de campaña, hasta que comprara una de verdad. En cuanto a Elton, que antes del divorcio de sus padres había tenido a su disposición la sala de visitas al igual que yo, su padre lo habría expulsado de allí y ya no tendría derecho a poner siquiera los pies allí dentro. Debe de dormir en la cocina, me decía, en el diván fabricado con tablas que se encontraba en cualquier hogar albanés de entonces y en el que me había tocado sentarme en mis raras visitas a aquella casa. Si las cosas estaban realmente así, Elton debía de estar pasándolo muy mal.

Hasta aquí, mis elucubraciones no estaban muy alejadas de la realidad. Pero había algo que continuaba intrigándome: ¿Cómo se las arreglaban las dos partes para resolver las necesidades matinales en el único lavabo del piso, de uso común? Todos tenían que salir temprano, casi a la misma hora. En mi cabeza, yo calculaba todas las posibles combinaciones, cronometradas, que permitieran la utilización racional del cuarto de baño por las partes. Resultaba que, para llegar a la hora requerida a los destinos respectivos –el jefe de comedor al Taiwán, la mujer a la guardería de la niña y, desde allí, corriendo hasta el café en cuya barra trabajaba, Elton a su instituto antes de que sonara el timbre y se cerrara la puerta de entrada–, al menos uno de ellos debía salir sin haberse lavado siquiera. Pero ¿cuál de ellos tendría que soportarlo? Debe de ser Elton, me decía.

Un enigma más me angustiaba, particularmente por las noches: ¿Por qué debían continuar viviendo bajo el mismo techo? En aquel periodo me desvelaba de forma constante a causa de los sueños eróticos en los que hacía el amor con mujeres a las que no había visto nunca. Pero una noche tuve un sueño, digamos endemoniado, en el que tenía como pareja a la madre de Elton.

Al día siguiente por la mañana me di de bruces con ella en el descansillo. Era el mes de octubre y ella continuaba llevando ropa ligera. Por un instante se inclinó para arreglarle el pelo a la niña. El escote de su blusa permitía entreverle los pechos blancos. En sueños eran de color chocolate. Quise acariciar la cabeza de la niña, pero ella me evitó y la madre se excusó. Yo enrojecí a causa de una idea que se me ocurrió de pronto tras haber visto sus pechos blancos, en sueños de color chocolate. Si Elton no hubiera estado de por

medio, le habría rogado, en su nueva condición de mujer divorciada, que me iniciara en los secretos del sexo. A razón tal vez de dos sesiones de una hora a la semana, algo semejante al curso de guitarra. Claro está, si es que a ella no le planteaba problemas con su ex marido.

Hoy, reflexionando con frialdad y realismo, pienso que dejar a las parejas separadas viviendo bajo el mismo techo por periodos de tiempo indefinidos constituía un método efectivo para impedir la desintegración de la célula básica de la sociedad: la familia. No conozco cuál era en aquella época el índice de divorcios, pero seguramente habría sido mucho más elevado si el Estado se hubiera mostrado generoso con las parejas divorciadas y se hubiera apresurado a proveer de un alojamiento a cada uno después de la separación, fuera esta pacífica o conflictiva, dando de este modo un mensaje equivocado a todos aquellos, hombres y mujeres, que, por satisfacer sus mezquinos caprichos, no vacilarían en destruir los fundamentos de la sociedad destrozando la familia. Además, quién sabía, dos personas separadas sobre el papel, pero viviendo bajo el mismo techo y físicamente próximas, bien podían en cierto momento dejarse arrastrar por el deseo y regresar el uno junto al otro.

Mis interrogantes se resolvieron al cabo de varios meses después de un escándalo. Fue el año clave del tránsito de la prehistoria a la época moderna, de acuerdo con mi división del tiempo. Puede que hayáis adivinado el año al que me refiero. Si no, lo preciso: el año de gracia de 1990. Yo acababa de cumplir dieciocho años. Y estaba a punto de terminar el bachillerato.

Una tarde –yo no me encontraba en casa–, la madre de Elton, de visita en casa de mis padres, se quejó de que su ex marido había adoptado la costumbre de venir a casa todas las tardes con una mujer. Pasaba toda la noche allí, se quedaba hasta por la mañana, y no se cuidaba siquiera de que pudieran verla los niños. A la madre de Elton le traía sin cuidado lo que el otro hiciera ni con quién, pero la presencia de aquella desconocida era una mala influencia para los niños. Cada vez que venía, aquella mujer indigna se comportaba como si estuviera en su propia casa, hacía alarde continuo de su presencia, y lo peor de todo era el largo tiempo que pasaba en el cuarto de baño por la mañana. Un día Elton no se contendría. La echaría a patadas o se pelearía con su padre. Nuestra vecina rogaba a mis padres que la ayudaran. Que intervinieran ante Sotir, el primo de mi madre que trabajaba en el Comité del Partido. Conseguir que éste a su vez interviniera ante el Comité Ejecutivo para encontrarles a ella y a sus hijos otro alojamiento.

Sotir la recibió en su despacho, pero tanto ella como sus hijos permanecieron en el mismo piso que el jefe de comedor. Y la desconocida continuó pasando allí las noches, como en su propia casa. Una vez me crucé con ella en la escalera en compañía del jefe de camareros. Éste me saludó muy amablemente, como si nada. Yo les devolví el saludo y me apresuré a bajar las escaleras llevándome conmigo la imagen de la desconocida: una morena alta y desgarrada, de pelo ralo esparcido y nariz grande, perfecta para espantar a las urracas.

Le resultará más fácil a Elton, pensé mientras bajaba las escaleras, echar a patadas a esa espingarda que pelearse con su padre. El jefe de comedor parece todavía fuerte, su

hijo no podrá con él. Y sentí que, si mi amigo me lo pedía, me apuntaría con gran placer a darle una buena tunda a su progenitor. Pero Elton no me pidió ninguna ayuda y en el piso de enfrente no se produjo ningún drama, al contrario de lo que temían mis padres. Por el contrario, llegó de allí una noticia tranquilizadora. El tarambana dejó de acudir a casa acompañado. O bien se encontraba con la espingarda en otra parte o, lo que parecía más probable, había roto con ella en la expectativa de encontrar una mujer más hermosa. Si hubiera sabido...

Aquella noche del mes de mayo me desperté bruscamente, aunque, por una vez, no a consecuencia de un sueño erótico. Lo mismo que cuando la primera fuga de Elton, oí ruidos, a mis padres que salían del dormitorio al pasillo. Me levanté de un salto y me puse unos pantalones de chándal a toda velocidad cuando oí un grito seguido de una violenta disputa. Una vez en el pasillo, observé que la puerta de nuestro piso estaba abierta. Abierta también la del piso de enfrente. En la escalera, un grupo de vecinos, entre ellos mis padres, los hombres en pijama, las mujeres en camisón, se me antojaron pacientes de un hospital psiquiátrico. La madre de Elton, también ella en camisón, se encontraba allí, entre los demás, mientras se veía al jefe de comedor apoyado en el marco de la puerta de su apartamento. El único al que no pude localizar fue Elton, pero no le di mayor importancia a su ausencia, ya fuera porque estaba demasiado ocupado en tratar de comprender por qué se habían reunido todos los vecinos allí, ya porque andaba preguntándome la causa de que me hicieran pensar en los pacientes de un hospital psiquiátrico. A esto último conseguí darle una respuesta. Los hombres, incluido mi padre y el jefe de comedor, llevaban puesto el mismo tipo de pijama, de franela gris, con listas verticales de color negro, café o azul claro. Por su parte, las mujeres vestían todas el mismo tipo de camisón, asimismo de franela, aunque no con listas verticales ni horizontales, sino con flores.

Es una mentirosa, decía en ese mismo instante el jefe de comedor, no la creáis. Yo no he ido a su habitación, no tengo necesidad de ella. ¡Es ella quien me necesita a mí! Ya le he abierto varias veces la puerta de mi habitación, por lástima, cuando ha venido a despertarme en mitad de la noche. Es una mujer insaciable, que lo sepáis. Se hace pasar por una santa pretendiendo que yo he intentado entrar en su habitación, cuando ella es una devoradora de hombres. Pero yo os diré lo que pretende: me monta un escándalo con la intención de que me vaya del piso. De ese modo podrá traer a sus amantes cuando le apetezca.

Me di media vuelta, no merecía la pena continuar en aquella reunión de locos. Al día siguiente me enteré de que la madre de Elton había pasado el resto de la noche en casa de la vecina del primer piso. Luego, por la mañana, fue a la comisaría para presentar una denuncia contra su ex marido por tentativa de violación. Esta vez, el jefe de comedor no se libraría fácilmente, al menos eso era lo que pronosticaban los vecinos de nuestra escalera. Se esperaba que, como merecía, fuera a parar a la cárcel después de un proceso ejemplar.

El tan esperado juicio ejemplar no se celebró nunca. Para decepción general, el jefe de comedor consiguió quedar impune. Es verdad que se les vio, a él y a su ex mujer, entrar

por separado en la comisaría de policía, situada en el edificio donde antaño se encontraba la Sección de Asuntos Internos. También a Elton se le vio. Dado que la familia estaba siendo interrogada, algo tenía que suceder. Pero no sucedió nada. Por lo que se veía, el jefe de comedor se las había arreglado para salir impune gracias a sus relaciones. Se llegó incluso a especular con que pudiera ser algo más que un jefe de camareros. Que desempeñaba en el Taiwán otros servicios que nada tenían que ver con ese cometido.

Cosa suya, en el fondo no nos importa. La denuncia de su ex esposa por tentativa de violación fue probablemente clasificada como improcedente y después archivada. Pero no porque el acusado fuera algo más que un simple jefe de comedor. El expediente fue archivado, al menos eso pienso yo, y no se produjo ningún procesamiento por una razón más sencilla: todos los protagonistas acabaron por desaparecer de la circulación. Los órganos de justicia no tenían entre las manos más que un expediente sin ningún valor. Un billete caducado. Aquel año clave en el tránsito de la prehistoria a la época moderna. De acuerdo con mi personal división de los tiempos.

La marcha de Elton, el primero en desaparecer de la casa, pasó desapercibida. En el desbarajuste de aquel mes de julio marcado por la irrupción de albaneses en las embajadas, los vecinos de nuestra escalera esperaban el inicio de la causa contra el jefe de comedor y su condena. Elton les importaba poco. Ni su madre ni su padre se tomaron la molestia de hacer saber a sus vecinos que se había refugiado en la embajada alemana. Esto me hizo pensar que, a fin de cuentas, habían estado deseando que se fuera. Su hijo era el único testigo de sus actos. Y no volvería nunca más.

Se presentó como periodista. En este punto no fingió ni mintió: tiempo atrás, no recordaba cuánto, figuraba en la mancheta del diario *Epoca*. Aunque no dijo que estaba encargado de la crónica negra. Corría el riesgo de que su interlocutor, un hombre de cuerpo pequeño, curtido, lo malinterpretara. Que estableciera un vínculo entre el color de su piel y el de los artículos que él escribía. No quiso dar lugar a malas interpretaciones, prefirió poner el acento en el nombre del periódico con la esperanza de suscitar el interés de aquel hombre que lo había esperado bajo un sol de justicia a la entrada de la callejuela, sentado al borde de una zanja, rodeado de una nube de niños. Y de un olor pestilente.

El hombre lo miró desconcertado. Tras una breve vacilación, lo invitó a entrar en la casa. Venga, le dijo, estaremos mejor dentro. No le quedó claro si la invitación se debía a la capacidad de sugestión del nombre del periódico o a que el hombre curtido apenas se sostenía en pie y quería escapar cuanto antes del sol de justicia. Echó a andar tras él, seguido a cierta distancia por el rebaño de niños. Y por el olor nauseabundo.

Era un callejón sin salida. A ambos lados se alineaban las edificaciones de planta baja de la barriada marginal. A la entrada de la callejuela, sobre un tablero, aparecía escrito: Calle Salambó. Casi todos los periódicos habían mencionado este detalle en sus crónicas. Según sus pobladores, aquel cartel se encontraba allí hacía años, desde que habían comenzado a establecerse las primeras familias después de levantar sus barracas de chapa ondulada, como la mayoría de las que podían verse, algunas de las cuales presentaban rastros de muros de ladrillo. Pero nadie sabía por qué la callejuela llevaba un nombre así, quién la había bautizado, y mucho menos quién era el tal Salambó. Mientras caminaba tras el hombre pequeño y raquítico, siempre seguido por el rebaño de niños y el olor pestilente, se inventó la historia de que Salambó debía de haber sido una hermosa gitana. Alguno, loco de amor por ella, le puso a la calle su nombre. Pero ¿por qué? ¿Y no sería más razonable que el viejo cartel fuera arrancado y en su lugar pusieran uno nuevo sobre el que pudiera leerse Calle de Jade? En este momento, se dijo, Jade resulta mucho más familiar para la gente que Salambó, lo conoce todo el mundo, payos y gitanos juntos.

Bajo el cielo abrasador, el hombrecillo raquítico avanzó hasta el fondo del callejón ciego. Allí se detuvo. Se detuvo también él. A cierta distancia de ellos, se detuvieron también los niños. Incluso el olor pestilente. El viejo les dijo a los críos que se marcharan. No es de la televisión, les aclaró, no vale la pena que os quedéis. Habló sin convicción, de modo que ninguno de los niños se marchó. Continuaron junto a una valla

hecha de barras de hierro y alambre que señalaba los límites de la vivienda.

Al otro lado de la cerca ya se esperaba su llegada. Una mujer obesa, vestida con ropas de color oscuro, se dirigió hacia ellos. Mi mujer, la presentó el hombrecillo raquítico. Él extendió la mano. Ella hizo lo mismo con la suya. Él percibió el tacto de una mano fofa. Los brazos de la mujer eran gruesos y, debido a su cuerpo hinchado, le colgaban arqueados sobre los flancos. Todo en ella hacía pensar en una foca: la cara grasienta, el cuello (será bocio, pensó él), los grandes pechos colgantes bajo la ropa oscura, el trasero, las piernas elefantiásicas que movía dificultosamente para que ascendieran los tres escalones de madera que la separaban del umbral de lo que el hombre había calificado de casa. Temió que los tablones se partieran bajo su peso, pero aguantaron. Siguió a la mujer y se encontró en una reducida estancia. Allí le invitaron a sentarse en un diván. Hombre y mujer tomaron asiento frente a él.

A sus espaldas, a través de la puerta abierta, sus ojos distinguieron a la chiquillería que continuaba junto a la cerca bajo el sol de justicia. El hombre le explicó que le habían seguido con la esperanza de que los sacara en la televisión. Estos días han venido todas por aquí, observó. Pero tú no eres de la televisión y los críos pierden el tiempo. Es lo que dicen: Arde Estambul, las putas se peinan, completó la mujer la idea de su marido. Son todos unos guarros.

Sus ojos, hasta ese instante apagados, parecieron inflamarse. Él no comprendió si lo decía por los niños o por los visitantes de aquellos días. En caso de que se tratara de lo segundo, eso significaba que también él quedaba incluido entre las putas y los guarros. Le pareció injusto. A él se le podía incluir en cualquier categoría pero no en la de las putas, disfrutaran o no con la desgracia ajena. Escucha, mujer, quiso decirle a la gitana, yo no soy una puta ni un guarro. He venido aquí con una misión diferente, en cumplimiento de una idea genial. No podéis siquiera imaginar lo genial que es mi idea.

Para superar la confusión, sacó la grabadora de la bolsa. Cuando comprobó que funcionaba correctamente, la puso en marcha: «En casa de los padres de Isabela Demiri».

Estaba diciendo que he tenido una idea genial. Vosotros no podéis comprenderlo, si os la revelo me llamaréis hipócrita. Y estaríais en lo cierto. Soy incluso algo peor: tenéis ante vosotros al asesino de vuestra hija. Fue un accidente, yo no quería matarla, no tenía ninguna razón para hacerlo, aunque eso ya no tiene importancia. Además, no he venido aquí para ponerme de rodillas ante vosotros, reconocer mi crimen y pedir os perdón. Por el momento no he decidido si debo admitir mi crimen, cuándo, dónde y ante quién. De modo que conformémonos con vuestra justa calificación de hipócrita.

Os lo digo con toda sinceridad, lo lamento. Esto no tiene nada que ver con mi crimen. Se trata de una pesadumbre, la llamaré metafísica, por vosotros y por mí mismo. Lo lamentaría igualmente si, de manera general, no hubiera cometido ningún crimen y, en particular, no hubiera matado a vuestra hija. La esencia continuaría siendo la misma: vosotros seríais los mismos gitanos que sois, viviendo en el seno de nuestra antigua y legendaria nación. En cuanto a mí, continuaría siendo un payo hipócrita, alimentado con

la grandeza virtuosa y épica de sus ancestros. Nuestros papeles son diferentes y están distribuidos de antemano, somos impotentes para modificarlos y así continuará siendo. Por lo que se refiere a mi idea genial, no me pidáis que os la explique. Comprenderéis algo cuando os enteréis (no sé en qué momento ni en qué mundo, en este o en el otro) de que habéis tenido delante al asesino de vuestra hija y habéis aceptado hablar con él.

Durante un tiempo interminable que rezumaba únicamente pestilencia, nadie vino a molestarlos. La pareja tenía otras cuatro hijas –Dios mío, se dijo, cinco Jades–, más jóvenes que la desaparecida señorita Isabela, como la calificaba en la entrevista para despertar la simpatía de los padres. Pero no se las veía por ninguna parte, tal vez porque no llevaba cámara y, a causa de ello, su visita debía de estar para ellas desprovista de interés. Acabó por encontrarse con una de ellas, justo cuando acababa de preguntar insólitamente si el novio de la señorita Isabela podía acudir allí a conversar con ellos, cosa a la que, contra todo pronóstico, los dos esposos se mostraron dispuestos. Si está en casa, dijo el hombre, vendrá, téngalo por seguro. Vendrá, confirmó la mujer, ¡aunque sea volando! Y nada más decir esto volvió la cabeza hacia la entrada y gritó con fuerza: ¡Amarilda!

Un poco más allá, de entre el grupo de chavales que continuaban junto a la cerca de barras de hierro bajo el sol abrasador, se destacó una chiquilla. Ascendió los escalones, penetró en el interior y se detuvo en mitad de la estancia. Tenía ocho años como mucho, iba descalza y llevaba unos pantalones vaqueros cortos y descoloridos, una camiseta roja y el cabello suelto y enmarañado. Como ocurría con sus padres, no resultaba fácil adivinar cuándo se había lavado por última vez. Corre a buscar a Gëzim, le dijo el padre. Que venga enseguida. Dile que está aquí un periodista, del periódico *Época*, ¡no lo olvides! Dile que quiere hablar con él, que no se ande con cuentos, que sería un majadero si no aprovecha para contar su historia y probar su inocencia; y, si no, que deje de darnos por culo con sus quejas sobre Isabela.

Amarilda no esperó a que le repitieran la orden dos veces. Con sus piernas flacas como dos bastones, echó a correr hacia el exterior y se perdió detrás de la cerca, seguida a la carrera por la mayor parte de los niños. Regresaron un siglo después, un siglo colmado de emanaciones pestilentes, precedidos por un hombre joven. La multitud de críos se detuvo junto a la cerca mientras su cabecilla continuaba avanzando, ascendía los escalones y se detenía a la entrada: Pues ¿qué?, dijo con arrogancia, sin dirigirse a nadie, ¿qué quieren de mí?

Era la misma cara de débil mental que aparecía en los periódicos. No obstante, la pregunta le pareció legítima: ¿Qué quería de él? Nada, sintió deseos de decirle, en realidad, nada... Si no se hubiera sentido agredido con la contemplación del rostro del recién llegado, habría intentado explicarle que sólo se trataba de una entrevista informal. Parte integrante de la puesta en práctica de una idea genial. Pero puso en duda que el otro pudiera llegar a comprender el significado de la expresión «entrevista informal». Mucho menos la naturaleza de su genial idea.

Perdida la paciencia, el recién llegado rompió el silencio y repitió con la misma

arrogancia: ¿Qué quiere de mí? Él se apresuró a intervenir cuando percibió que sus anfitriones, tan seguros de sí mismos hasta poco antes, parecían desconcertados ante tanta insolencia. Para empezar, le dijo, quiero asegurarle que yo creo en su inocencia, es decir, que no tiene parte alguna en la desaparición de la señorita Isabela. Sería de interés para mi artículo y para los lectores de nuestro periódico que me precisara cuándo vio usted a la señorita por última vez. ¿De qué hablaron? Se lo repito, ¡no tengo otro objetivo que ayudarle!

El otro no respondió de inmediato. Compuso una mueca, cruzó los brazos sobre el pecho y se apoyó en el marco de la puerta. Hay una cosa que debes saber, señor mío: no tengo ninguna necesidad de tu ayuda y me importa una mierda lo que tú creas. También me importa una mierda tu periódico, el diablo y su puta madre. Pero como me han dicho que te comprometes a sacar en el periódico todo lo que yo te cuente, publica para empezar las palabras que te acabo de decir. El resto ya se lo he contado a los polis, el día en que me interrogaron y me tuvieron veinticuatro horas sin darme de comer ni de beber. Ahora me veo obligado a no dar un paso fuera de casa, sólo porque a la hija de estos retrasados se le ha antojado hacer la calle quién sabe si en Grecia o en Italia. ¡Y ahora piérdete! Desaparece por donde has venido antes de que se me hinchen las narices. ¡Yo soy un gitano de mierda, no tengo nada que perder!

Nunca habría imaginado que aquel tipo pudiera expresarse con tal claridad. Por un instante sintió deseos de decirle que también él era un payo de mierda y podía bajarle los humos de manera ejemplar e inmediata. Pero se abstuvo. El derecho está de su lado, se dijo. Y calló. Fueron sus anfitriones quienes reaccionaron. Temerosos de alguna acción incontrolada por parte del recién llegado, aunque tal vez más heridos en su amor propio, se pusieron en pie de un salto y lo empujaron más allá de los escalones de la entrada cubriéndolo de insultos. ¡Así te pudras por dentro, que te devore el cáncer!, le dijo la mujer. En cuanto al hombre, con idéntica resolución, le lanzó una advertencia: ¡Escúchame bien, basura!, si vuelves a poner el pie en esta casa. Como no encontró la amenaza adecuada, guardó silencio. El otro, desde el otro lado, esbozando su mueca desvergonzada, se burló: Pues ¿qué?, le gritó, ¿qué vas a hacer? ¿Me la vas a pelar? La mujer aulló de nuevo: ¡Así te devore un cáncer, bujarrón!

Después de esta escena, el periodista juzgó conveniente marcharse. Los esposos le acompañaron hasta la cerca. Allí los abrazó a los dos y se despidió llevándose consigo su olor pestilente. La tropa de niños le persiguió, junto con el olor pestilente. Todos ellos despedían el mismo olor pestilente. Todo aquel lugar.

Atravesó la barriada bajo el mismo sol abrasador. Más allá del cartel donde se leía Calle Salambó, al borde de una zanja de aguas negras donde crecían las cañas, le esperaba su Mercedes. Una vez en el interior, le pareció que se llevaba consigo la pestilencia, y no pensaba ya en otra cosa que en librarse de ella. Por suerte, antes de entrar en la autovía se encontró con una estación de lavado. Se apartó a un lado mientras dos muchachos, ambos gitanos, lavaban su coche con movimientos enérgicos. Estaba dispuesto a pedirles que le enchufaran la manguera del agua también a él.

Dejemos a un lado las bromas y hablemos un poco más seriamente. Soy yo, Gëzim Lumani. No el que has dejado hace un instante, el novio de la señorita Isabela Demiri; aunque no niego haber querido a esa señorita, y si las cosas hubieran tomado otro rumbo, con un poco más de suerte, tal vez un día habría sido el yerno de esos dos pobres idiotas. Digámoslo y que quede entre los dos: te has burlado de ellos todo lo que has querido. Explicame cómo has sabido que calificando a Isabela de señorita ganarías todos los puntos que mis suegros podían darle a un payo como tú. Sobre todo ella, con ese aspecto de foca enferma. ¡Mira que la has engatusado bien!

De modo que soy Gëzim Lumani pero, como te decía, no ese del que te acabas de separar y a causa del que, por tener una conciencia profesional fuera de toda duda, te ves ahora en un dilema. En el artículo que tienes pensado dedicar a la desaparición de la señorita en las páginas del diario *Epoca* –ya ves, me has impuesto la utilización de la palabra «señorita»–, ¿debes atenerte estrictamente a los hechos o no? Por lo que a mí se refiere, considero (disculpa que me atreva a expresar modestamente mis consideraciones en un campo que me es por completo ajeno) que debes atenerte estrictamente a los hechos. Si no lo haces –y existen dos formas de desfigurar las cosas: no informar de los hechos precisos o modificarlos–, eso es ya manipulación.

No es que sea el fin del mundo. A fin de cuentas, yo mismo, quien te habla, soy un hecho manipulado. ¡Pues por ti, hombre de Dios, por quién va a ser! El verdadero Gëzim Lumani, del que te acabas de separar, no ha hecho más que dos o tres años de escuela primaria, y ha olvidado todo lo que aprendió hasta el punto de que no sabe escribir siquiera su propio nombre. En cambio yo, manipulado por ti, soy capaz de formular de manera poco más o menos comprensible lo que él rumia pero no está en condiciones de expresar, operación que adjudica a su rostro el aspecto de un débil mental. En consecuencia, también a mi rostro virtual.

Yo no soy un retrasado, te lo aseguro. Conmigo puedes hablar como con cualquier otra criatura racional. Pero has cometido un error: me has decepcionado haciéndome una pregunta inútil a la que ya había respondido por extenso ante el juez de instrucción. Te has comportado conmigo como un juez de instrucción, pero debes saber que entre nosotros, dondequiera que nos encontremos, los jueces de instrucción, los policías y los magistrados, de manera general todos los que representan a las instituciones del Estado y del gobierno en todas sus formas, a todos los niveles, son vistos, por emplear una expresión delicada, con malos ojos. No quiero hurgar en esa herida, porque, si hurgo, apestará. Y sería mucho peor que la peste que te persigue ahora y de la que pretendes escapar. Vuestro sentido del olfato, payo, no es capaz de distinguir vuestro propio olor a podrido, está acostumbrado a él. Pero los gitanos sí que lo percibimos. Y podéis intentar desprenderos de él con una o varias duchas, como hacéis a menudo, no conseguiréis nada, lo lleváis adherido a la piel. Tiene un nombre poco glorioso: racismo. Vosotros, los payos de nuestra bienamada Albania, sois racistas. Eso lo sé yo mejor que nadie, el representante virtual manipulado de un miserable gitano. Pero ése es un tema embarazoso que a ti te coloca en una postura difícil. A mi gente no le gusta mezclarse en política, de modo que mejor será que volvamos a tu problema.

Créeme, tu idea genial no es más que un agujero en el agua. ¿Cómo eres tan ingenuo? Perdón, quería decir animal. Tienes intención de utilizar el espacio que te han reservado en las páginas de sucesos de tu periódico para burlarte de lo que tú llamas la locura y la maldad humanas. Y pretendes iniciar el juego con un reportaje sobre el barrio de Salambó. Me dan ganas de darte un bofetón. ¿A quién crees que vas a encandilar con una idiotez semejante? Es ya una vieja cantinela, hombre de Dios, manoseada hasta el límite. La gente está loca y es mala, pero eso no te corresponde a ti demostrarlo, mucho menos burlarte. En el mejor de los casos para ti, la comunidad, para tener la conciencia tranquila, hará todo lo posible por encontrar un culpable de la desaparición de Isabela. Escogerá a Gëzim Lumani o a Laert Kandari, a no ser que ya le hayan soltado. Entretanto tú, en tu crónica, pretendes jugar al gato y al ratón con la comunidad porque sabes que ninguno de ellos es culpable. ¿Y qué es lo que va a cambiar con eso? No cambia nada, señor mío, nada. Juega y búrlate cuanto quieras. La comunidad se partirá de risa con tus reportajes sobre el barrio de Salambó, y el único imbécil del que burlarse a fin de cuentas serás precisamente tú.

Doscientos leks, le dijo uno de los gitanos. Bajo el sol abrasador, él comprendió a duras penas que ellos habían terminado de lavar su coche y que debía pagarles lo que le pedían antes de marcharse. Si les hubiera pedido que le enchufaran también a él la manguera, lo habrían hecho, puede que de forma gratuita. Pero desechó esa idea: el agua desprendía el mismo olor pestilente y se sentía mal. Sin demorarse más, se sentó al volante. Entró en la autovía, recorrió los varios kilómetros obligados para dar la vuelta en sentido contrario, en dirección a la capital, sin que la voz de su ente manipulado lo abandonara. Una ciega obstinación le impedía darle la razón. Era verdad que el hedor del barrio de Salambó viajaba con él, pero en cuanto llegara a la capital dejaría el coche delante del portal, bajo el sol abrasador –por todas partes el mismo sol abrasador–, subiría a su apartamento sin pasar por La gaviota; Dina podía entrometerse en sus planes y él no deseaba eso: él deseaba únicamente llegar cuanto antes a casa, meterse en el baño, darse una ducha, librarse del olor pestilente y ponerse de nuevo a trabajar. Sin embargo, circunstancias imprevistas hicieron tambalearse, para acabar desbaratándola por completo, la ciega obstinación de su resistencia.

Todo discurría perfectamente hasta que abrió la puerta de su apartamento: allí, en el salón, sentada en un sillón frente al televisor, lo esperaba Dina. Él se detuvo en la entrada, desconcertado. Incapaz de responder a su sonrisa. Incapaz de ocultar el disgusto que atenazó su garganta, para explotar de inmediato en forma de una pregunta agresiva. ¿Qué haces tú aquí?, le dijo.

A la otra se le congeló la sonrisa en la cara. A petición de él mismo, tenía una llave del apartamento. Como su pareja salía raramente, la utilizaba muy poco. En esos raros casos subía, entraba en el apartamento y se movía por él como en su propia casa, iba de una habitación a otra resolviendo ciertas tareas domésticas pendientes como limpiar el polvo de los muebles, y lo esperaba en el salón, sentada en uno de los sillones, ante el televisor, con un vaso de whisky en la mano –a él le encantaba encontrársela con un vaso de

whisky en la mano—. Su pregunta fuera de lugar, formulada en un tono que a ella le pareció ofensivo, le recordó que en los últimos tiempos le estaba soportando demasiadas cosas. De modo que era la ocasión de reclamar más respeto. Como me pediste por la mañana, le dijo, te he comprado los periódicos del día, ¡ahí los tienes! Y dejándole sumido en la perplejidad —él no recordaba haberla visto aquella mañana, mucho menos haberle hecho ninguna petición—, sin darle tiempo a reaccionar, salió del apartamento y desapareció en el ascensor.

La marcha de la camarera le afectó más de lo que podía imaginar, le irritó incluso. Se dejó caer en el sillón donde ella se encontraba hasta hacía pocos instantes. Cerró los ojos, se masajeó las sienes, luego volvió a abrirlos y se encontró con el retrato de la rubia sobre el televisor. ¿Por qué diablos sois tan posesivas?, le preguntó. Y calló a la espera de alguna respuesta. Ella no respondió. ¿Qué es lo que os hace pensar que sois el ombligo del mundo y el resto de nosotros debemos estar pendientes de vuestro humor? La rubia continuó ocultándose tras de su sonrisa. ¡Es para volverse loco!, explotó él de pronto y se puso en pie de un salto. Ante el vaso de whisky abandonado de la camarera, se sintió como una bestia atrapada en el cepo, presa de un ansia brutal de beber. Se quitó la ropa y comenzó a correr desnudo de un extremo del salón al otro. Cuando vuestro siervo desea hacer cualquier cosa, argumentó, vosotras se lo impedís. Le devoráis el alma. Vuestro cerebro elemental no puede llegar más allá de lo que veis y os desconcertáis en cuanto alguien pretende desvelar el otro lado de las cosas, ese que vosotras no veis, y entonces lo rechazáis. Vosotras os entregáis únicamente a quien satisface todos vuestros caprichos y se somete a todos vuestros antojos, y lo hacéis con una voluptuosidad que no podría siquiera calificar de animal, las pobres bestias son inocentes. Ellas manifiestan a la luz del día su sexualidad, mientras que nosotros venimos ocultando la nuestra desde tiempos inmemoriales, como ocultamos todo lo demás.

Estuvo corriendo por el salón hasta que, empapado en sudor, consiguió olvidarse de la sed. Y del hedor. Agotado, se dirigió al dormitorio. Allí se detuvo ante el espejo vertical de un gran armario ropero y se sintió irritado ante la imagen de su desnudez: si se hubiera comportado de forma más comedida con Dina, en aquellos instantes, como sucedía a menudo cuando él la esperaba tumbado en la cama, ella podría estar posando desnuda para él. Como si pretendiera obtener una opinión, tanto suya como del espejo, acerca de su cuerpo. A Dina le gustaba que halagara su cuerpo. No podía decir lo que pensaba el espejo a ese propósito. En cuanto a él, no perdía ocasión de complacerla. Tenía realmente un cuerpo bonito.

Con torpeza, sacó de la cómoda la ropa interior necesaria y, al tiempo que salía en dirección al cuarto de baño, no pudo evitar dirigir una vez más los ojos hacia el espejo. En lugar del cuerpo de Dina, se topó de nuevo con la imagen de su propio cuerpo y, más allá, con el retrato de la rubia con gafas sobre la mesilla de noche. Ésta solía comportarse con indiferencia, pero ese día le provocó. Tú no volverás a ver nunca más mi cuerpo desnudo en el espejo de ese armario, en todo caso verás tu sexo fracasado como lo estás viendo ahora.

Él no se estaba mirando el sexo sino contemplando su imagen repulsiva, pero tras la

observación de la rubia dirigió la mirada hacia allí. Estuvo de acuerdo con ella en calificarlo de fracasado. En general soy un hombre fracasado, se dijo, y se apresuró a salir para darse una ducha. Debía encerrarse a continuación en el estudio y escribir su crónica para el periódico *Época*. Podía enviar el texto por correo electrónico, pero era preferible que fuera personalmente a la redacción, para distraerse un rato, así le había dicho el redactor jefe, y más tarde irían a festejarlo a Vila Champagne.

Bajo la ducha se sintió vacío. Más tarde calificó esta sensación como «crisis de indecisión». Comprendió vagamente que lo había abandonado su determinación de entrar en el gran juego; había escapado como un perro asustado con el rabo entre las piernas. Hasta aquella mañana, antes de la visita al barrio de Salambó, ese perro, que tanto ladraba unas veces como mostraba los dientes gruñendo otras, le había obligado a mantenerse en permanente estado de alerta, recordándole su extraordinaria misión.

Salió de la bañera, se envolvió en el albornoz y, cuidando de no pisar al perro agazapado junto al bidé, lo llamó. Era un chuchito pequeño, negro, de pelo espeso y enortijado, con un collar rojo en torno al cuello. Mientras lo llamaba, le asaltó una duda: ¿era realmente un perro la criatura que veían sus ojos?

Unos diez minutos más tarde, ya vestido, tomó asiento en uno de los sillones del salón. Sobre la mesa, junto a los periódicos, se encontraba el vaso de whisky que Dina había dejado sin terminar. Pudo vencer la tentación de beberse. Pero no la de leer los periódicos, comenzando por *La Noticia*, el rival de *Época*. La foto de Isabela Demiri aparecía en todas las portadas.

Se bebió de un trago el whisky que quedaba en el vaso de Dina después de leer la crónica del corresponsal de *La Noticia*, firmada *re. ni*. Necesitado de aclarar sus ideas, sacó del mueble bar una botella de Jack Daniel's, y llenó hasta el borde el vaso antes de continuar leyendo el resto de los periódicos. Tras cada artículo, se bebía un vaso. Hasta llegar por fin al cuarto y último periódico, que resultó ser *Época*. Se conformó con echar un vistazo al título y al subtítulo. Ya no tenía la curiosidad ni la paciencia de leer lo que contaba *B. Te*. Sin duda este último, o esta última, le daba una y otra vez vueltas a la versión ofrecida por la misma fuente que todos los demás. En torno a las catorce horas del día anterior, dos vecinos de los alrededores que iban de pesca al Erzen, lejos de los bañistas, habían descubierto el cadáver de una mujer en las proximidades de un puente. Pese a encontrarse el cadáver en avanzado estado de descomposición, debido al largo periodo de tiempo que había permanecido en el agua, los expertos no tuvieron dificultad en identificarlo: era el cuerpo de Isabela Demiri, desaparecida hacía diez días en circunstancias misteriosas. Había sido golpeada detrás de la cabeza con un instrumento contundente y su muerte descartaba definitivamente la hipótesis de su marcha, voluntaria o no, al extranjero con el fin de prostituirse. Lo cual, por otra parte, complicaba el problema. ¿Quién y por qué había dado muerte a la joven gitana?

Es verdad, se preguntó él de la manera más inocente, ¿quién la habrá matado y por qué? Aturdido, se apoyó en el respaldo del sillón. Pero aquí hay algo que no encaja, se dijo.

Si el cadáver fue encontrado ayer y los periódicos publican la noticia hoy, ¿cómo se

explica que en el barrio de Salambó no supieran nada? Esta duda le empujó a comprobar la fecha del periódico. Leyó en negro sobre blanco la agorera combinación: martes, 13 de julio de 2004.

¡Imposible!, murmuró, ¡imposible! O los periódicos no llegan al barrio de Salambó y nadie se ha tomado la molestia de comunicar a sus habitantes el hallazgo del cadáver de la gitana, o. Una terrible sospecha le atenazó la garganta. Su mirada se detuvo sobre las iniciales *B. Te.* del artículo publicado en *Época* bajo el título «Una muerte misteriosa» y el subtítulo «Hallado el cadáver de la joven gitana desaparecida». No necesitó leer más que las primeras líneas para convencerse de que el autor no podía ser ningún otro que él mismo. Todo el mundo lo sabía, nadie más que él firmaba con esas iniciales. Incluso admitiendo que algún otro pudiera utilizar las mismas iniciales, el artículo era suyo, lo evidenciaba el estilo, la manera de escribir, en la que se reconocía a sí mismo.

Sin comprender nada, bajo el influjo inquietante de la coincidencia del martes con el día número trece del mes de julio, combinación fatal para él, llenó una vez más el vaso de Dina y se lo bebió de un trago. Entonces, en el extremo contrario del salón, a su espalda, se oyó un ruido, luego ladridos. Volvió la cabeza. Procedían del cuarto de baño. La puerta se abrió y el perrito negro salió seguido por una niña. Era Amarilda, la pequeña gitana vestida con vaqueros cortos y descoloridos. Ahora llevaba el cabello recogido, y cada una de las coletas terminaba en una cinta de color azul cielo.

Se encontraron junto a él casi al mismo tiempo. El perro, sin dejar de ladrar, saltó sobre un sillón. La niña intentó calmarlo, le pidió que no ladrara, aquí no lo insultaría nadie, ni tampoco lo maltratarían. El perro finalmente obedeció, dejó de ladrar. Ella lo tomó en su regazo y comenzó a acariciarlo. Lo habrían matado, dijo. Ellos están allí, en el cuarto de baño, haciendo esas cosas vergonzosas dentro de la bañera. Y beben champán.

No precisó quiénes eran los que se encontraban en el baño, hacían cosas vergonzosas en la bañera y bebían champán. Él se dijo que allí dentro no podía estar nadie más que él mismo. Para confirmarlo, se levantó y fue a mirar. Aunque mientras se dirigía hacia allí oyó ruidos, no encontró a nadie en el interior. Te equivocas, quiso decirle a la pequeña, yo no estoy ahí. Tampoco Dina. Mucho menos cualquier otro. De hecho, he preparado el baño para otra persona, no te digo quién. Ella nos está viendo en este momento y se enfadaría conmigo. Y no quiero que se enfade conmigo. En cuanto a tu perrita, nadie ha intentado matarla. Pero todo esto es un lío del demonio. ¡Hoy todo se me está convirtiendo en un embrollo!

Se detuvo ante la puerta del cuarto de baño. El sillón ocupado hacía un momento por la niña y su perro estaba vacío. Sobre la mesa no se veía más que la botella de whisky. Y, a su lado, el vaso vacío de Dina. Se hundió en el sillón, ante la botella de whisky y el vaso vacío. Déjate de mamarrachadas, le habló por fin la rubia con gafas desde el retrato situado sobre el aparato de televisión. Te lo repito por enésima vez, tu idea genial es una idiotez. No malgastes tu tiempo con el periódico *Época* ni con el charlatán de su redactor jefe. ¡Más vale que vayas a ver al inspector y le cuentes todo! ¡Necesitas confesarte! ¡Tienes que confesar!

¿Por qué, sintió deseos de aullar él, tengo que confesarme? ¿Por qué solamente yo?

Hoy me resulta imposible hablaros de Veronika, incluso si me lo pidierais. No estoy en forma. Para hablaros de ella necesito estar del mejor humor. Rebosante de optimismo. Pero mi humor se encuentra hoy en su punto más bajo. La culpa de que aún no os haya contado prácticamente nada sobre ella es enteramente vuestra. Cuando me he sentido poco más o menos en condiciones para hacerlo, vosotros me lo habéis impedido. Con el pretexto banal de que no la conocéis, de que no seguís su emisión semanal de *Caleidoscopio*. Pero ahora, incluso si vosotros cambiáis por completo de actitud y renunciáis al ofensivo menosprecio que mostráis por ella, el que no quiere soy yo. Ya os lo he dicho, no estoy nada en forma.

Ayer por la mañana, mi padre me llamó por teléfono. Tu madre está muy disgustada, me dijo, no debes torturarla así. Llevas un mes sin venir. Un mes no, le repliqué yo en un esfuerzo por desdramatizar la situación, sólo una semana. Él no flaqueó. Tienes que venir ahora mismo, insistió en forma de ultimátum. Ahora no puedo ir, le respondí, iré por la tarde. Me di cuenta de que mi respuesta no le satisfizo.

Podía haber ido en aquel mismo momento, como me había pedido él. Me habrían bastado veinte minutos, como mucho veinticinco, para recorrer la distancia entre el edificio donde vivo y la casa de mi infancia. Pero cuando sonó el teléfono, después de una noche de pesadillas, me encontraba aún tumbado en la cama y no tenía agallas para levantarme. Temía que mis pies me condujeran derecho hasta el balcón. Y una vez allí, sería el fin. No me sentía con el coraje suficiente como para dejar que mis pies decidieran mi destino y eso me provocaba ganas de llorar. Luego, cuando mi padre, visiblemente descontento, colgó el teléfono, hundí la cabeza en la almohada y me dejé arrastrar por el llanto. En aquel estado no habría sido correcto que fuera a casa de mis padres. También allí, ya fuera por mi falta de valor para dejar que mis pies decidieran mi destino, ya por la lástima que ellos me producen, me habría echado a llorar de nuevo.

Por la tarde estaba más tranquilo. Capaz de fingir, en otras palabras, de representar una pequeña comedia para mis padres. Durante los veinte o veinticinco minutos que necesité para recorrer el trayecto hasta su casa, compuse el escenario. Cuando pulsé el timbre de la puerta, estaba metido de lleno en mi papel, el de un hombre al que le van las cosas del mejor modo posible.

Me abrió la puerta mi madre. ¡Menos mal!, exclamó. Por un instante quedé desconcertado. Estaba pálida. Nunca mi madre me había parecido tan pálida. Tan envejecida. El hombre al que le iban estupendamente las cosas se repuso. Estrechó a mi madre entre sus brazos, la besó en las dos mejillas, incluso se atrevió a hacer una broma

carente de gracia: Hoy estás como una verdadera señorita, le dijo. No vaciló en repetir la misma broma sin gracia en la sala de visitas. En cuanto a mí, conseguí al menos no escapar de allí antes de haber puesto un pie dentro.

En el salón, aparte de mi padre, me encontré con Anila y su marido, Dhimitër Mikeli. Comprendí que su presencia no era fruto de la casualidad: debería enfrentarme al consejo de familia. El escenario que había compuesto se lo llevó el viento. Tuve el impulso de largarme, no estaba en condiciones de soportar a nadie. Fue el momento en que intervino el hombre al que le iban las cosas de maravilla. No te preocupes, me dijo, déjame a mí. Y al instante improvisó un nuevo guión.

Papá, comenzó dirigiéndose a mi padre, no creas que he olvidado tu cumpleaños. El 7 de diciembre de este año cumples los setenta. Lo celebraremos, querido, lo pasaremos bien. ¿Qué dices tú, joven señorita?, se volvió hacia mi madre, lo pasaremos bien, ¿no es verdad?

Mis pobres padres me contemplaron sorprendidos. Al parecer, el hombre al que le marchaban las cosas magníficamente daba muestras de una euforia inapropiada. Eso creía también Anila. No te hagas el gracioso, me dijo, no te va ese papel. No pude contradecirla. Estaba representando un papel, era verdad. Anila captó mi vacilación y decidió pasar al ataque. Te lo juro, dijo, no comprendo lo que te está pasando. Desde que rompiste con Veronika te has convertido en un borracho que no hace más que perder el tiempo. Para ti ya no cuenta nadie, ni tus padres ni nosotros, nadie. ¡No se va hundir el mundo por una Veronika! Hay Veronikas por docenas y, perdóname, bastante más interesantes.

Me asaltó el impulso de pararle los pies. Era verdad, desde hacía varios meses llevaba una vida de parásito. Pero, en lo relativo a Veronika, consideraba necesario hacer una precisión: contrariamente a lo que mi hermana imaginaba, contrariamente a lo que todos los demás imaginaban, Veronika había desempeñado en todo esto –si se me permitía continuar haciendo uso de la palabra «papel», me gustaba esa palabra, era muy expresiva– un papel que nadie excepto yo podía comprender. De modo que mejor la dejábamos al margen de nuestra conversación.

En lugar de rebelarme, elegí capitular; dejé que Anila derramara su hiel. Y lo hizo triunfalmente. Debía renunciar a la bebida. Poner fin a mi vida de parásito. Poner fin al escandaloso derroche del alquiler de La gaviota. Y una última cosa, aunque no por su importancia –así se expresó Anila tras una retahíla de disposiciones de ese mismo estilo, dignas de una presidenta de ONG como ella–, debía encontrar un trabajo. Debía ponerme en movimiento de inmediato. Si no lo conseguía por mí mismo, ellos estaban dispuestos a echarme una mano. ¿No es verdad, Dhimitër?, se dirigió a su esposo.

Hasta ese instante, Dhimitër había guardado silencio. Y habría continuado igual si Anila no le hubiera interpelado. Para no molestar a mis padres, siempre había dado muestras conmigo de una fingida benevolencia, pero de hecho, con independencia de su aptitud para el disimulo, el marido de mi hermana no podía soportarme siquiera.

A Bledi le sobra inteligencia, dijo tras una breve vacilación. La cuestión es si quiere o no quiere trabajar. Si quiere, no me parece a mí que le resulte difícil encontrar empleo en

cualquier periódico. Todo el mundo lo conoce. Después de lo cual sacó un pañuelo del bolsillo y se secó el sudor que le cubría la cara. Afuera oscurecía, el bochorno era asfixiante. Aproveché la oportunidad para cambiar de tema. Aquí hace un calor tremendo, mi dirigí a mi padre, tenéis que instalar un acondicionador.

Mi tentativa de cambiar de conversación fracasó. Ni mi padre ni mi madre dieron muestras del menor interés. En cuanto a mi hermana, me repitió con la mirada: ¡No te hagas el gracioso! Y yo volví a sentir el impulso de rebelarme. Decirle: Yo no me hago el gracioso, hermana querida, no lo he sido nunca. Beber no significa por fuerza ser divertido, pregúntale si quieres a tu marido. Lo importante es que comprendas que no debe meterse en el mismo saco a un gracioso y a un borracho. Además, ni siquiera se plantea esa pregunta. Yo no soy ni gracioso ni borracho, rechazo esos títulos para mi persona. ¿Qué soy yo? Resulta difícil decirlo. Pero aquí está presente todo un señor fiscal que estaría encantado de ponerme él mismo las esposas y yo no tengo intención de proporcionarle esa satisfacción.

Una vez más, mi espíritu rebelde, amedrentado, pareció haberse agazapado en algún rincón. No asomó siquiera la nariz durante las dos horas que duró la sesión del consejo de familia, de forma que el marido de mi hermana, el señor fiscal, no tuvo la satisfacción de colocarme las esposas con sus propias manos. De todos modos, al margen de consideraciones éticas, yo habría querido que mi espíritu rebelde se comportara de modo distinto; eso me habría evitado al menos los penosos esfuerzos que debí de realizar para no dejarme arrastrar por el llanto. ¡Imaginad lo que habría sucedido si me hubiera puesto a sollozar ante los ojos de mis padres!

Dicho en pocas palabras, mi espíritu de rebeldía se escabulló y yo me guardé las lágrimas para mí solo. Si se me permite calificar este comportamiento como algo semejante a una táctica, el caso es que dio sus frutos. El primero en abandonar el consejo de familia fue el señor fiscal. Es preciso reconocer que dio pruebas de una paciencia excepcional. Afrontó el irresistible afán de mi hermana por darme consejos y mi muda indiferencia durante casi dos horas. Hasta que, les complaciera o no a mis padres, decidió marcharse. Seguido por mi hermana, desde luego. Tras su salida de escena, me encontré frente a mis padres, cada uno de ellos sentado en un sillón. A sus espaldas se alzaba la vieja biblioteca. Y hacía un calor sofocante.

Quise llamar en mi ayuda al hombre al que la vida no paraba de sonreírle, pero había desaparecido. Mis padres me rogaron que me quedara esa noche allí. No acepté. Y ellos no insistieron más. Cuando me acompañaron a la puerta, les dije que me ocuparía de que les instalaran un acondicionador. Ellos, de nuevo, no manifestaron el menor interés por mi propuesta. Se conformaron con recomendarme que tuviera cuidado al bajar las escaleras: las bombillas estaban fundidas en todos los rellanos. Les respondí que no debían preocuparse, bajaría con cien ojos. Y fue así, con cien ojos, sujetándome bien a la barandilla, como llegué hasta el rellano de la planta baja. Allí me detuve. A mi izquierda se encontraba la escalera que conducía al sótano. Una tenue luz se encendió en las profundidades de mi cerebro, pero se apagó al poco. ¡Vete de aquí!, me dije, ¡vete!

Durante todo aquel verano ardiente no conseguía hacerme a la idea de que no volvería a ver a Elton. Bajaba al sótano, fatigaba mis dedos en las cuerdas de la guitarra y en cierto momento lo comprendí: Elton había demostrado ser inteligente. Y, desde luego, valiente. Yo no daba muestras de una cosa ni de la otra. Fue en esa época cuando el sótano dejó de ser para mí un espacio de libertad. No era más que un sótano repleto de antiguallas en proceso de putrefacción.

Me volví a encontrar con Suela después de la desaparición de Elton. Cuando mi espacio de libertad ya no era más que un sótano repleto de antiguallas. Cuando me acosaba un único deseo: pedirle a la madre de Elton que me iniciara en los secretos del sexo. De la mañana a la noche me daba ánimos para exponerle a la mujer mi petición. Y me desinflaba cada vez que me encontraba frente a ella: las palabras se me atascaban en la garganta y a duras penas conseguía saludarla. Ella se marchaba sin apercibirse de nada y yo hacía esfuerzos por recobrarme, por cargarme de valor. Para intentar al menos llamarla por su nombre. Se llamaba Merita, pero la llamaban Meri. Yo no conseguía dirigirme a ella por su nombre completo ni por el abreviado. Tenía que dar aquel paso. Y a continuación pedirle rotundamente que viniera a meterse entre mis sábanas. Por la noche soñaba con ello y eyaculaba sin poder impedirlo, no era culpa mía si la deseaba.

A comienzos de septiembre de aquel año me encontré con las dos mujeres en el mismo día. Primero fue Meri. Me dirigía a comprar petróleo de consumo doméstico, cargado con dos bidones, cuando me crucé con ella en nuestro rellano. Iba sin su hija. Yo siempre había imaginado el momento decisivo de hacerle mi declaración en una circunstancia así: solos los dos en el rellano de la escalera. Tuve justo el valor de mirarle a los ojos. Nada más. Ella me sonrió, le sonreí también yo. Y le pregunté por Elton, que no tenía ninguna relación con mis fantasías eróticas. Desde su partida, sólo la había telefoneado una vez. Le había dicho que estaba en Alemania pero no tenía intención de quedarse, que estaba intentando marcharse a Estados Unidos. Después, silencio absoluto. Cuando yo le pregunté qué pensaba hacer él, aunque en aquellos instantes no me interesaba en absoluto lo que tuviera intención de hacer Elton, ella me respondió con sequedad: Nada. A continuación, ella me preguntó a su vez si me proponía continuar estudios universitarios.

Me encogí de hombros. Debido a mi mediocre nota media, estaba fuera de juego. Anila y su marido estaban moviendo todas sus fichas para que yo consiguiera el derecho de acceso a la universidad aprovechando las cuotas suplementarias de las que disponía el gobierno, pero me dio vergüenza reconocerlo. Estoy a la espera, le dije. Y añadí: Envidio a Elton, él consiguió largarse. También tú podías haberlo hecho, me respondió ella. Y se apresuró a marcharse.

Me quedé plantado en el rellano. Durante la conversación, yo no había podido apartar mis ojos de la abertura de su blusa veraniega, que dejaba al descubierto el nacimiento de sus pechos. No conseguía que me obedecieran y dejaran un momento de mirar. Ella ha tenido que darse cuenta, pensé mientras bajaba la escalera, en la que flotaba aún el aroma de su perfume. No debo de resultarle del todo indiferente, ya que no ha podido sostenerme la mirada y se ha marchado corriendo.

El inesperado descubrimiento me envolvió en una sensación de triunfo. En brazos de esa sensación llegué al puesto de venta de petróleo. Estaba situado en una construcción de muros de ladrillo rojo, cubierta por una terraza de cemento. El edificio, rodeado a cierta distancia por casas de viviendas de tres y cuatro plantas, en su mayoría sin enfoscar, se alzaba en mitad de un solar. El objeto más próximo en los alrededores era un refugio antiaéreo subterráneo. Con el paso del tiempo se había convertido en un lugar donde se detenían a hacer sus necesidades los transeúntes ocasionales, tanto de día como noche. Emanaba de él un olor pestilente que, mezclado con el del petróleo, inundaba todo el espacio circundante. Los vecinos de los pisos de alrededor se ponían de cuando en cuando de acuerdo para limpiarlo. Una vez consiguieron bloquear la entrada con una pesada puerta de hierro. Pero los reflejos de los transeúntes eran muy tozudos y llegaba un día en que los vecinos, también nosotros, los clientes del despacho de petróleo, constatábamos que el refugio antiaéreo había vuelto a transformarse en urinario público.

Fue en el quiosco de petróleo donde vi a Suela. Desde hacía dos años yo desempeñaba en casa la tarea de abastecedor de combustible, pero nunca me la había encontrado allí. Coloqué mis bidones de chapa en la cola de los hombres y le dije: No sabía que fuéramos del mismo barrio. Ella me respondió que no vivía en aquel barrio. He venido a visitar a mi tía, me dijo. Y señaló con la mano el edificio donde vivía su tía. Y me preguntó si también yo vivía en alguno de los edificios de alrededor. Le respondí que no, vivía un poco más allá, en otro bloque. Según parece, le hice observar, has olvidado que soy vecino de Elton, pero ella me respondió de nuevo con una negativa, no lo había olvidado, sólo que nunca había sabido dónde vivía Elton.

Estaba apoyada contra la pared de la tienda, con los ojos ocultos por unas gafas de sol de esas de cristales de espejo. Estaba por tanto en disposición de observarme a su antojo sin que yo pudiera saber dónde concentraba su atención. Pues ¡que me observe!, me dije. Continuaba encontrándome en estado de euforia tras el episodio con la madre de Elton, que no había podido resistir la intensidad de mi penetrante mirada, y eso me proporcionó el arrojo y la desvergüenza suficientes para jugar con Suela. La desnudaría con los ojos.

Suela no tenía gran cosa para desvestirla: una blusa de manga corta y una falda negra con lunares blancos que le llegaba un poco por encima de la rodilla. Llevaba la camisa abotonada hasta el cuello, lo que no ofrecía la menor oportunidad de verle el nacimiento de los pechos. Permitía otra cosa, igualmente excitante: como no llevaba camiseta ni combinación bajo la blusa y ésta era muy ajustada, pegada al cuerpo, podía distinguir su sujetador y su piel bronceada (sin duda había estado en la playa).

Para empezar le desabotoné la blusa, la arrojé a un lado, sobre los bidones puestos en fila en la cola de las mujeres. Hice otro tanto con el sujetador. Sus pechos surgieron a la luz del sol, bronceados, lo mismo que los pechos de la madre de Elton tal como se me aparecían en sueños. Me vi entonces asaltado por una antigua duda: ¿Habría tenido Elton la osadía de tocar los pechos de Suela para comprobar si eran realmente duros o no? Esforzándome por ocultar mi turbación, le dije: Creí que te habías ido, que lo habías

dejado todo tirado. Y concentré mi mirada sobre los cristales de espejo de sus gafas en un intento de ver a través de ellos. No pude ver más que mi reflejo deformado. ¿Adónde me iba a ir?, me replicó ella. En julio, con Elton, le dije, a una de las embajadas. Ella se quitó las gafas. ¿Y por qué iba a refugiarme yo en una embajada con Elton?, me preguntó.

No supe qué responder. Ella se volvió a poner las gafas y la comunicación con sus ojos se interrumpió. Quedó igualmente interrumpido mi juego consistente en desnudarla: Suela me evitó. Debo volver a la cola, me dijo, ya viene el camión cisterna. No se veía por ninguna parte el camión cisterna y yo no comprendí por qué Suela dejaba de hablarme. Decepcionado, fui a ocupar mi lugar bajo el sol, justo encima del refugio antiaéreo. Se ha sentido ofendida por mi alusión a Elton, pensé, no debí mencionarle.

El olor infecto del refugio antiaéreo me expulsó de mi lugar. Aunque, pensé mientras me dirigía hacia los bidones alineados de la cola de los hombres, tal vez Elton no tenga nada que ver en esto. La cuestión es más sencilla, me tranquilicé a mí mismo. Mucho más sencilla. Lo mismo que la madre de Elton, Suela no ha podido resistir mi mirada. Ha sentido que la estaba desnudando. Se ha dado cuenta de que mis ojos son capaces de desnudarla.

Entretanto, el camión cisterna llegó realmente. La gente, distribuida por las zonas de sombra, se apresuró a ocupar su sitio en la cola. Perdí de vista a Suela durante el tiempo en que el camión cisterna descargaba su contenido. Volví a verla cuando el vehículo se marchó. Con su máscara de cristales impenetrables desde la que nos observaba a todos. No me impresionas, le dije. ¡Yo puedo desnudarte cuando quiera!

Hacia la caída del sol fui a incorporarme a la multitud de paseantes en el gran bulevar con la esperanza de encontrarla de nuevo. Con la oscuridad no tendría necesidad de las gafas de sol, y si nos encontrábamos no podría ocultarse tras ellos. La desnudaría con mayor facilidad y probaría realmente hasta qué punto era capaz de resistir mi mirada penetrante.

Recorrí la avenida de arriba abajo, desde la facultad de Ingeniería hasta la estación del tren, y luego en sentido inverso, pero no vi a Suela. Me invadió una tristeza irracional. Y una rabia inmensa. La culpable de que no consiguiera encontrarme con Suela aquella noche era la multitud. Aquel monstruo aterrador que llenaba el bulevar tanto en un sentido como en el otro, desplazándose apretado bajo las pálidas luces de neón situadas en dos flujos opuestos. Los chicos y las chicas que discurrían en el mismo flujo se cruzaban con los chicos y las chicas que lo hacían en sentido contrario. Se miraban. Hacían el amor a distancia con las miradas. Mientras vagaba en busca de Suela, imaginaba que toda aquella gente estaba desnuda. Una muchedumbre infinita de hombres desnudos, con el sexo colgando entre las piernas. Y una muchedumbre infinita de mujeres desnudas, con el sexo disimulado por una oscura fragosidad. Las manos de unos se tendían en dirección al sexo de los otros, lo acariciaban, lo friccionaban, lo estrechaban.

Abandoné la corriente de paseantes por miedo a encontrarme de pronto con Suela. A

que se me apareciera también ella como la multitud de mujeres desnudas, con el toisón negro cubriéndoles el sexo, los pechos ahora desprovistos de interés. Veía pechos de mujer por todas partes. Culos femeninos de diferentes formas y tamaños. Ya cerca de casa me asaltó un último temor: cruzarme con la madre de Elton al subir las escaleras. No me encontré con nadie. Cuando apreté el timbre del piso, tenía un único deseo: encerrarme en mi habitación. Escapar de mis visiones.

Me abrió la puerta mi madre. Anila y Dhimitër se acaban de marchar, dijo, no hace ni cinco minutos. Y me abrazó. No comprendí por qué lo hacía. Mi padre permanecía de pie un poco más allá, en mitad del pasillo. El asunto de la universidad ya está resuelto, dijo mi madre, lo ha arreglado Dhimitër; en la Facultad de Letras. Puedes ir a matricularte a partir de mañana mismo, añadió mi padre desde la mitad del pasillo. ¡Enhorabuena!

Mis pobres padres tenían aspecto de ser felices. Hice acopio de todas mis fuerzas para participar de su buen humor. La gran noticia me dejó indiferente. Mi ser planeaba por el aire. En un mundo despojado.

Estoy obligado ahora a atraer vuestra atención sobre un nuevo personaje. Hasta aquí he conseguido evitarlo. Y no lo mencionaría siquiera si me hubiera sentido libre para hablaros de Veronika. Dos años de convivencia no pueden saltarse como si no hubiesen existido, incluso pese a que alguien, ya no recuerdo quién, me dijera al principio de mi relación con ella que me encaminaba hacia mi perdición. Según él, yo era inferior a ella. Desde todo punto de vista.

De acuerdo, no queréis saber nada de eso. Tampoco yo. Además, por dondequiera que vaya, no soy capaz de eludir al personaje del que os hablaba. Se me aparece a todas horas. Si encuentras tiempo para ocuparte del jefe de camareros del Taiwán, me dice con gesto de protesta, ese mamón, ese soplón de la Seguridad del Estado, ¿cómo vas a olvidarte de mí? Prescindiría con gusto de mencionarle si pudiera encontrar un medio más cómodo de completar el vacío dejado por Veronika. Con un movimiento de caracol, en busca de la concha perdida.

Ese tipo, un mortal común y corriente, el vecino más reciente de nuestro portal, se estableció en el piso de la planta baja, en el lado de la derecha, en el año 1985 o 1986 del siglo pasado. En un breve plazo de tiempo consiguió pelearse con la mayoría de los vecinos y ésta es la razón de que no pueda dejar de referirme a él. Intentó, con cierto éxito por otra parte, quebrar el statu quo imperante hasta entonces en nuestro medio. Era, por tanto, un oponente del statu quo. En tales funciones, entró sobre todo en conflicto con el padre de Elton.

El señor –de unos cuarenta años en aquel entonces, maestro de carpintería en una escuela de formación profesional– se llamaba Zyhdi Treni. A diferencia del jefe de camareros, que iba al trabajo en bicicleta, él empleaba una motocicleta. A primera vista, su pequeña motocicleta, de pintura descascarillada y un color indefinible, no tenía nada de impresionante. Mas su propietario era la única persona motorizada de nuestra escalera, lo que le hacía sentirse superior a los demás. Esto se ponía de manifiesto de manera particular cuando montaba en la pequeña y descascarillada motocicleta junto con su esposa, una mujer oronda a la que únicamente recuerdo colgando la ropa en el tendedero y regando la parcela de hierba de un total de tres metros de largo que habían compuesto bajo las ventanas de su piso. Privatizaron esa parcela bastantes años antes de que llegara la época de las verdaderas privatizaciones, lo cual fue calificado por los vecinos como una anexión, que desencadenó odios y disensiones.

El jardincillo existía desde hacía largo tiempo, los había semejantes junto al muro de todos los edificios de la zona por el lado de la calle, sembrados por los vecinos de las plantas bajas y cercados por un seto con el fin de impedir a la gente que pasara junto a las ventanas de sus pisos. A ambos lados de nuestra entrada había sendos jardines semejantes, y también a ambos lados habían plantado antes de nacer yo dos mimosas. Una se partió como resultado de una gran nevada, la otra continúa estando en su sitio.

La primera acción de quiebra del statu quo por parte del nuevo vecino fue cercar el jardín situado bajo su ventana con una red metálica adosada a la parte exterior del seto verde, después de lo cual instaló una portilla de hierro forjado, cuyos dos batientes sujetaba con un candado del que guardaba la llave. Este proceder no fue bien visto por los vecinos de la escalera, pero nadie dijo nada excepto el jefe de camareros. Tú no tienes derecho a comportarte como si estuvieras en la finca de tu padre, parece que le dijo al maestro de carpintería. Esto es propiedad del Estado, es un espacio público. De acuerdo, le respondió el otro, es perder el tiempo que discutamos. ¿Por qué no intercambiamos los pisos? Tú te vienes aquí abajo y yo me traslado al tuyo ahí arriba. ¡Te aseguro que no diré una sola palabra aunque cerques el jardín con un muro de hormigón!

Este incidente señaló el inicio de la hostilidad entre los dos hombres. Y tuvo consecuencias indeseables. En el piso situado frente al del maestro de carpintería vivía una pareja con tres hijas. La mayor de ellas, entonces en torno a los veinte años, mecanógrafa en las oficinas de los servicios municipales, se llamaba Manjola. Ésta era una gruñona y una chismosa terrible; los vecinos rogaban por que encontrara novio cuanto antes, se casara y pudieran desembarazarse de ella. Pero, en aquella época, eso no figuraba entre los planes de Manjola. Se habría dicho que había estado esperando que un tipo como Zyhdi Treni viniera a establecerse en nuestro edificio para apresurarse a seguir su ejemplo y cercar con una barrera el jardincillo situado bajo las ventanas de su piso, aunque, eso sí, sin ponerle candado a la portilla que improvisó para cerrar el contorno.

La siguiente disputa entre el jefe de camareros del hotel Taiwán y el maestro de carpintería estalló un domingo por la mañana. El segundo, sin ser visto, había instalado una antena de televisión en el tejado. Montada sobre un tubo de hierro, se encontraba emplazada justo encima del rellano del último piso. Si alguna de las tejas resultaba dañada, en cuanto lloviera el agua caería sobre las escaleras. Para los habitantes de la planta afectada esto era inadmisibile.

Al principio se pensó en dialogar con Zyhdi Treni, convencerle de que quitara la antena de buen grado. Fue mi padre quien asumió la tarea. En vano. Zyhdi no aceptó. Es obstinado, dijo mi padre, resulta difícil entenderse con él. Luego se pensó en presionarle. Poner en conocimiento de Tefik, el militante más autoritario del barrio, la existencia de la antena, orientada de forma manifiesta hacia el monte Dajti con el fin de captar las emisiones de la RAI. Dada la categórica oposición de Anila, mi padre no se hizo cargo de esta nueva misión. Algún otro lo hizo llegar a oídos de Tefik pero, para sorpresa de todos, éste no hizo el menor gesto de discrepancia. No tengo intención de ocuparme toda

la vida de vuestras antenas, parece que dijo. ¡Resolvedlo por vuestra cuenta, a guantazos si os apetece! Esta indiferencia del activista más devoto del barrio desconcertó a los vecinos. Parecía que Zyhdi Treni, tras haber conseguido anexionarse el jardincillo, estaba en trance de apuntarse una nueva victoria. Temieron entonces que otros siguieran su ejemplo, la primera Manjola, lo cual hacía temer que las tejas de nuestra cubierta quedaran convertidas en puro cascajo. Fue entonces cuando entró en liza el padre de Elton.

El jefe de comedor no escogió la vía de las negociaciones, tampoco la del chantaje. Ese domingo, por la mañana bien temprano –la mayor parte de los vecinos dormían aún–, se encaramó al tejado siguiendo el mismo procedimiento utilizado antes de él por el vecino de la planta baja: una escalera de madera apoyada sobre la pared para alcanzar la claraboya del techo. Una vez sobre la cubierta, desmontó la antena, arrancó el tubo de hierro, arrojó el cable abajo, al jardín de Zyhdi Treni, y tras el cable el tubo y todo lo demás.

Zyhdi se encontró de este modo ante el hecho consumado. Mientras el jefe de camareros se afanaba en el tejado, él dormía plácidamente con los suyos, y para cuando despertó ya era demasiado tarde. No podía hacer otra cosa que disputar en público con el padre de Elton. Los vecinos presenciaron la escena desde las ventanas. Se regodeaban esperando que los dos hombres llegaran a las manos. Que se sacudieran como en un combate de boxeo. Salvo que, a diferencia de los aficionados al boxeo, los espectadores del edificio, entre avispados y lerdos, se mantenían agazapados en sus casas. Nadie quería intervenir, hacer de árbitro, mucho menos de testigo de una pelea, y correr el riesgo así de ser citados más tarde por el juzgado.

Los dos hombres no se pegaron. Se limitaron a hablar, en voz baja, pero jamás se supo lo que se dijeron el uno al otro. Esta vez pudo verse con toda claridad que el jefe de camareros alcanzaba la supremacía. La leyenda según la cual era chivato de la Seguridad del Estado data de ese periodo. De ese modo fue como se interpretó la retirada de Zyhdi Treni, quien no volvió a intentar colocar la antena sobre el tejado.

¿Verdaderamente sería uno de ellos? Yo no pongo la mano en el fuego. Y no siento la menor curiosidad por averiguarlo. Que se ocupe del asunto la comisión encargada de verificar los expedientes relativos a tales personas, si es que al ciudadano Qenan Dika se le antoja un buen día ocupar un alto cargo público o, por ejemplo, presentar su candidatura como diputado. No creo en tal eventualidad, aunque en este mundo todo puede suceder. Con su inveterado atildamiento en la vestimenta, cierta especie de sutileza en el trato, el rostro desprovisto de todo brillo inteligente aunque también de gestos de torpeza, el jefe de camareros del Taiwán habría podido rivalizar sin miedo con cualquiera, un cartel electoral con su retrato llamaría la atención, aunque no en nuestro barrio. En éste siempre se le había mirado mal como esposo infiel, difícilmente le darían algún voto. Tal vez los vecinos de la última planta. Ahora bien, durante el tiempo en que el jefe de camareros vivió en nuestro edificio, pese a la descomposición progresiva del sistema de control de las antenas orientadas para captar la RAI o las cadenas de televisión yugoslava, ninguno de los vecinos se atrevió a colocar su antena en el tejado.

No puede negarse, el mérito por ello corresponde enteramente al padre de Elton.

En las disputas del jefe de camareros con el vecino de la planta baja, yo me sentía de parte de este último. Y así habría continuado ocurriendo si el nuevo vecino, en su ofensiva contra el statu quo, no hubiera vuelto la mirada hacia el subsuelo y comenzara a codiciar mi territorio de libertad: el sótano.

Una tarde, dándome una gran sorpresa, pues yo estaba esperando a Elton, apareció a la entrada de mi habitáculo. Se me acercó con las manos en los bolsillos. Sucedió antes de que Anila se casara: mi territorio subterráneo de libertad no se había enriquecido aún con los muebles viejos de la sala de visitas. Sin decir una palabra, siempre con las manos en los bolsillos, recorrió el sótano de un extremo al otro, se diría que lo estaba midiendo con sus pasos. ¿Quién tenía este sótano antes que vosotros?, preguntó por fin.

Había entrado sin llamar. Sin pedirme permiso. Y se dirigió a mí en un tono como si yo fuera su empleado. Nadie, le repliqué, este sótano ha sido siempre nuestro. Eso lo veremos, dijo. Vosotros vivís en el segundo, en el otro lado de la escalera, yo justo aquí encima, y señaló el techo con el dedo. Y resulta que no tengo derecho, añadió, más que a un cuartucho al otro lado donde no hay sitio ni para la leña. ¿Qué dices tú a eso, te parece justo?

La simpatía que sentía por él se extinguió en el espacio de un instante. En cuanto se marchó, subí a casa y les conté a mis padres la visita. Manjola le hizo coro a Zyhdi Treni en defensa del restablecimiento de la justicia. Estos dos, al menos, habían planteado sus reivindicaciones de forma franca. Mis pobres padres tenían tal pavor a los enredos que estaban dispuestos a renunciar a la mitad de nuestro sótano con tal de que la gente cerrara la boca.

Este incidente proporcionó a mi hermana la ocasión de poner de relieve su espíritu combativo. Sin prestar oídos a mis padres, que reclamaban paz, ella optó por la guerra. Y eligió como víctima a Manjola, su oponente más belicosa. En el curso de una disputa celebrada en público, que tuvo justamente por escenario el lugar donde el jefe de camareros se había peleado con el maestro de carpintería, dio buena cuenta de su adversaria trasladando un mensaje cargado de significación a todos los aspirantes a nuestro sótano: podrían obtener algo cuando consiguieran verse la punta de la oreja sin espejo, o lo que es lo mismo, con ella en la mano. No sabría decir si los aludidos renunciaron a sus pretensiones por miedo a las amenazas de Anila o por el hecho, entonces ya de público dominio, de que su prometido, con quien pronto iba a contraer matrimonio, trabajaba en alguna parte como juez o como fiscal. Funciones impresionantes estas, nadie podía echar en saco roto tal circunstancia. Mucho menos un tipo despierto y práctico como Zyhdi Treni, quien no volvió a visitarme en mi territorio subterráneo. Aunque, cada vez que me cruzaba con él, sentía que ocultaba con dificultad su deseo de darme un sopapo.

En adelante no se produjo ningún cambio. Por no mencionar que justamente cuando yo, gracias al marido de mi hermana, obtuve el derecho a matricularme en la universidad ocupando una de las plazas adicionales reservadas para el gobierno, quedó de manifiesto

un hecho terrible: el inmueble en el que habitábamos había iniciado un proceso de generalizado deterioro. Algunos signos ya habían podido observarse con anterioridad, pero aquel año, el del tránsito de la prehistoria a la época moderna, el hecho se tornó palpable. En cuanto se ponía a llover, el agua se filtraba por la cubierta, llenando de goteras los techos de las habitaciones de la última planta. Un obrero de los servicios comunales del barrio llamado Tahir, después de que hubiera escampado, esperaba a que se secaran las tejas para encaramarse entonces a los tejados de los edificios y tapar los agujeros. Pero ni Tahir ni ningún otro tenía nada que hacer con las avejentadas tuberías de descarga de las aguas fecales. Rezumaban. Y los sótanos se inundaban de un hedor permanente a excrementos. Es preciso cambiar los conductos, decían los obreros de los servicios comunales, están ya casi inutilizables. En otras palabras, que los vecinos no debíamos hacernos ilusiones, nadie tenía la menor intención de ocuparse de los conductos inservibles de las aguas fecales. En cuanto a mí, esto era la última cosa que me interesaba. Vivía en una nube, flotando en un mundo despojado. Entre Meri, a la que no me atrevía a llamar por su nombre, y Suela. En aquella época yo debía resolver una ecuación con dos incógnitas.

Al comienzo, la solución pasaba en parte por el camino que seguía para ir a la facultad. Si el tránsito a través de la zona del bloque hubiera estado permitido, mi itinerario habría sido más corto. Pero el bloque estaba aún vigilado por centinelas armados, de modo que debía rodearlo. Seguía la ronda periférica bordeando el estadio del Dinamo, más allá el palacio de la Presidencia, aún más allá el estadio Qemal Stafa; desde allí salía a la calle de Elbasan y, en pocos minutos, me encontraba a la entrada de la facultad.

A Suela me la encontré una mañana, junto al estadio del Dinamo, por el lado de la maternidad. Era un día de octubre soleado. Ella llevaba las mismas gafas de sol de espejo y tuve la impresión de que acabábamos de separarnos en el puesto de venta de petróleo. ¿Vienes de casa de tu tía?, le pregunté. Me respondió que no, había estado en la maternidad para visitar a una prima ingresada. Y me pidió disculpas, debía apresurarse, correr incluso, de lo contrario no llegaría a clase a la hora. De este modo me dio a entender que estudiaba en la universidad, como supe después, Filología Inglesa.

No le pregunté a qué facultad iba. Ella parecía continuar evitándome, aunque no hice ningún esfuerzo por desnudarla. Tuve prueba de ello un poco más tarde. A paso normal llegué al patio de la facultad antes de que empezaran las clases; ella se encontraba junto a la entrada en compañía de un tipo. Si en ese instante hubiera sabido hasta qué punto ese tipo emponzoñaría mi vida después, probablemente le habría partido un par de dientes en aquel mismo momento. No me gustó su cara, como puede que tampoco le gustara a él la mía. Cuando Suela me lo presentó como su compañero, yo pronuncié mi nombre: Bledi. Él mascullo el suyo arrastrando las sílabas: Ilir. Su apellido lo conocería más tarde: Xhindi. Así pues, Ilir Xhindi, en aquel entonces estudiante de último curso de Lengua y Literatura.

Tras haber asistido a mi primera clase, decidí no continuar con las siguientes. Permanecí durante un rato junto a la entrada de la facultad, a la espera de algo que,

estaba seguro, no sucedería; y sin embargo continuaba allí. Esto me puso nervioso. Esperaba estúpidamente encontrarme con Suela y proponerle un paseo por las colinas de los alrededores. Aquel día, con o sin Suela, habría deseado desaparecer entre las colinas, pero mis piernas no me obedecieron. No sé de dónde recibieron la orden. Comenzaron a descender por la calle de Elbasan y se detuvieron en la acera ante la embajada de Italia – hoy la de Estados Unidos–. Por norma, debían desviarse hacia la izquierda, tomar la calle donde se encontraba la cancillería del embajador de Francia, y desde allí, bordeando el edificio de la Presidencia flanqueado por dos estadios, conducirme a casa. Pero aquel día –sigo sin poder decir de dónde les llegó la orden– no siguieron el itinerario habitual. Continuaron haciéndome descender. Cuando dejaron atrás la plaza de Skanderbeg, se empeñaron en seguir la calle de Kavaja, avanzando por la acera de la Liga de Escritores, aunque yo ignoraba aún en qué dirección. Sólo creí darme cuenta de algo cuando llegamos al cruce de 21 de diciembre y se detuvieron junto a una peluquería de caballeros. Durante esa breve parada adiviné que mis piernas me estaban conduciendo hacia Meri, hacia el bar donde ella trabajaba.

Esta vez fui yo quien se negó a obedecer. ¿Por qué pretendían conducirme hasta Meri? Hacía años que no ponía los pies en aquel local, desde la época en que Elton y yo acudíamos allí para que ella nos invitara a dulces. Les hice esta pregunta a mis piernas: ¿Por qué me lleváis hacia Meri, para que me invite a dulces? Ellas obedecieron una nueva orden de ignorada procedencia, y de pronto me encontré delante del establecimiento.

El bar ocupaba la planta baja de un edificio de viviendas y era todo él acristalado. Distinguí a Meri desde lejos. Me aproximé a la entrada temiendo que ella volviera la cabeza y me viera. Ella no volvió la cabeza y yo entré. Debido a la abundante clientela, todos hombres, eran escasas las posibilidades de que Meri reparara en mi presencia en el rincón donde me aposté. Permanecí inmóvil entre las nubes de humo del tabaco y el ruido. Me sentía como extraviado. Incapaz de rivalizar con todos aquellos hombres. Salí del local con el mismo sigilo con que había entrado para no ser visto por Meri.

Aquella noche ella vino a verme. Se deslizó en mi habitación, cerró la puerta y se tendió a mi lado. ¿Por qué te fuiste?, me susurró, ¿por qué no te acercaste al mostrador? Sus pechos de color chocolate se aplastaron contra mi cuerpo. Le dije que no conocía los secretos del sexo. Ella me rodeó con sus brazos. No hay ningún secreto, me dijo. Y yo tuve una eyaculación.

De este modo superé el otoño de aquel año y me interné en el mes de diciembre. Con unos pantalones vaqueros de color azul y una cazadora de piel, negra. Regalos de mi hermana con motivo de mi cumpleaños. En realidad me los había traído Dhimitër al regreso de un viaje a Francia. Lógicamente, debía considerarlos como regalos de mi cuñado, a quien debía también mi ingreso en la universidad. Sin embargo, cuando me encontraba en su presencia, experimentaba la misma sensación que cuando me cruzaba con Zyhdi Treni, nuestro vecino de la planta baja. Dhimitër reprimía con dificultad sus deseos de darme una paliza. Para él he sido siempre un fardo impuesto.

Vaqueros azules semejantes a los míos circulaban no poco por la facultad. La cazadora negra de piel fue lo que llamó la atención. Y Suela fue la primera en elogiarla. Recorrimos juntos un trecho del camino, desde la cancillería del embajador francés, ante la que nos habíamos encontrado, hasta el patio de la facultad. Ella parecía en forma, me dijo que la cazadora me quedaba bien, se mostró curiosa por saber cómo me la había agenciado y yo le dije la verdad, era un regalo de mi hermana por mi cumpleaños, junto con los pantalones vaqueros, pero en realidad era mi cuñado quien me la había conseguido en París, de donde acababa de regresar. ¡Dios mío!, exclamó ella, ¡incluso hay afortunados que van a París! ¿Cuándo es tu cumpleaños?, cambió de tema. Hoy mismo, le respondí, cumplo dieciocho.

Ella se detuvo en mitad de la calzada. Qué coincidencia, dijo. Hoy, 5 de diciembre de 1990. Quise preguntarle con qué coincidía mi fecha de nacimiento, pero ella se alzó sobre las puntas de los pies para darme un beso en la mejilla. La sombra de Ilir Xhindi comenzó a flotar alrededor. Suela me felicitó deseándome larga vida, y la sombra se esfumó. Tal vez debido a que no llevaba gafas de sol aquel día, no tuve dificultad en sumergirme en sus ojos, y acto seguido, como un chispazo, atravesó mi cerebro la idea de que, una vez desaparecido el espectro de Ilir Xhindi, aquel podía ser un momento prometedor y maravilloso para mí.

Hasta llegar al patio de la facultad, mi cerebro construyó todo un castillo de arena. Pero una vez allí, pese al éxito de la cazadora entre las chicas y los chicos que ya conocía, el castillo se vino abajo. Suela le dio el mismo beso a Ilir Xhindi, quien se lo devolvió en los labios. Más tarde, ella me propuso abandonar las clases y unirme a su grupo. Se iba a celebrar un mitin de protesta contra las malas condiciones de los estudiantes en la ciudad universitaria. Habría música rock.

Era evidente que aquel día Suela y yo esperábamos cosas diferentes. En realidad, yo ya no sabía lo que esperaba, pues mis planes se habían derrumbado en un instante, como un castillo de arena. En aquellas condiciones no existía cosa más fácil y más deseable para mí que boicotear las clases, y así lo hice. Pero no fui al mitin con Suela. Aunque allí habría podido gritar, aullar, si lo deseaba, sin que importara la causa. Yo esperaba algo que, al parecer, no llegaría nunca, y sentía deseos de aullar mi odio contra este mundo injusto, absurdo, simplemente porque era injusto y absurdo, y yo tenía que esperar algo que no sabía lo que era y que no llegaría nunca. De modo que tenía buenos motivos para aullar, con independencia de que aquel día, el de mi cumpleaños, llevara puestos por primera vez en mi vida unos vaqueros azules y una cazadora de cuero negro, comprados para mí en París.

La culpa de que no fuera al mitin fue de Ilir Xhindi. En el momento en que Suela me invitaba a ir con ellos, él le había pasado la mano alrededor de la cintura y la había estrechado entre sus brazos. Puede que ese gesto no tuviera nada que ver conmigo. Puede que sintiera el impulso de estrechar a Suela simplemente porque le apeteció, excitado con la idea de la protesta, sin imaginar siquiera que su ademán tendría en mí el efecto de un *coup de grâce*³. Me sentí como un espantapájaros enfundado en unos tejanos y una cazadora de piel. Durante largo tiempo no volví a usar aquella ropa. Cada

vez que probaba a ponérmela, experimentaba de nuevo la demoledora sensación de ser un espantapájaros. Traspasé el umbral de la época moderna con esa sensación. Y asistí a los acontecimientos que siguieron con sosiego e indiferencia. Con una especie de regocijo de espantapájaros.

Aquel día consideré cerrado el capítulo con Suela y mi ecuación con dos incógnitas quedó a medias resuelta. Quedaba la segunda incógnita, Meri. Una puesta en claro con Meri constituiría al mismo tiempo una revancha sobre Suela. Sin emoción. Sin prisas. Eso significaba en primer lugar que debía encontrar el momento y el lugar adecuados para poner los puntos sobre las íes. Concebí diversas posibilidades. La más adecuada me pareció esperar a la semana en que Meri trabajaba en el segundo turno. Iría a verla por la noche. Me aproximaría al mostrador, le pediría un fernet sencillo, uno doble si era necesario. Había empezado a aficionarme a las bebidas alcohólicas en ciertas ocasiones, y ésta no era una ocasión como todas las demás. Después de una o dos copas de fernet, encontraría el coraje necesario para pedirle que me permitiera acompañarla a casa al terminar el turno, sobre las diez de la noche.

Meri no esperó a que yo me cargara del coraje necesario para llevar a cabo mi proyecto. En marzo del año siguiente, el año I de la época moderna de acuerdo con mi división del tiempo, siguió el ejemplo de su hijo: se marchó al extranjero junto con su hija. Como por entonces las codiciadas embajadas de los países occidentales continuaban siendo inaccesibles, recurrieron a otra solución. Montaron a bordo de un trasatlántico en el puerto de Durres, en compañía de varios miles de personas más, sin considerar necesario avisar a nadie. Su marcha se conoció por puro azar, como se había conocido antes la de Elton. En pleno arrebató de histeria colectiva. Una histeria que no me alcanzó a mí. A mí continuó visitándome la propia Meri durante algún tiempo, como por inercia. Por las noches. Se metía en mi cama y yo eyaculaba.

En el piso de enfrente quedó únicamente una persona: el jefe de camareros. Él me saludaba cuando nos cruzábamos. Como siempre, vestía con impecable atildamiento. Esto se prolongó durante dos años. Después, tal vez con motivo de la degradación del Taiwán, también él se marchó. A Grecia. Con una mujer a la que nadie había visto antes de que se presentara con ella en casa a la luz del día, comportamiento estimado como natural y legítimo ahora. A modo de reliquia, dejó atrás, sobre la puerta, la etiqueta de plexiglás blanco donde aparecía escrito su nombre. Privada de toda significación, esta reliquia no impresionaba ya a nadie. Mucho menos a Zyhdi Treni y a la belicosa Manjola. Nada más saberse del mutis del jefe de camarero, ambos se apresuraron a instalar sus antenas en el tejado. También volvió a salir a la superficie la vieja idea de redistribuir nuestro sótano, pero ya era demasiado tarde. Anila, copropietaria con plenos derechos de nuestro apartamento de dos habitaciones y cocina-comedor, más sótano, había logrado cumplimentar todas las formalidades con vistas a la privatización, conforme a las nuevas reglas en vigor. Si su marido y ella dispusieron del tiempo necesario para ocuparse de dichos trámites, fue debido en particular a que los dos estaban en el paro. Situación esta que constituyó uno de los hechos culminantes de lo

que yo llamaría, para que resulte más cómodo, la serie de pequeñas tragicomedias familiares que acompañaron gozosamente el inicio de mi andadura en la época moderna.

Esta serie de minidramas se inicia con la última visita a nuestra casa del gusano barítono, Sotir, el primo de mi madre. Murió una semana después a consecuencia de un infarto. Mis padres no se han liberado todavía de los remordimientos de conciencia y yo me esfuerzo en vano por convencerlos de que ellos no tuvieron ninguna culpa, de que Sotir, como todos los mortales, había de acabar un día, viniera o no viniera aquella noche a visitarnos.

Llegó sin avisar. Como regla general, llamaba antes. De ese modo yo encontraba siempre un pretexto para ausentarme. Adopté este hábito desde que, estando yo en primero de bachillerato, intervino ante mis padres para que me obligaran a cortarme el pelo, que yo llevaba entonces largo. En señal de protesta, me afeité la cabeza al cero. Sotir me reprendió con aspereza. Consideró mi gesto un ultraje. ¡Pobres padres míos! Nunca les gustó mi cabeza rapada.

Aquella noche, como no nos había anunciado su visita, nos sorprendió su inesperada aparición. Cuando sonó el timbre de la puerta, yo estaba leyendo, sentado ante mi escritorio, en el rincón opuesto a la puerta. Desde allí, cada vez que alzaba la cabeza de mis lecturas, mis ojos iban a parar por sí solos a la pared de enfrente, al marco con el icono oficial. Pero aquella noche éste había sido sustituido por el de la Virgen María. Mis padres consideraron prudente exponerlo a la luz del día justo tras el derribo del enorme monumento oficial en la gran plaza de la capital. Yo no puse ninguna objeción. Ya que había estado durmiendo hasta entonces en compañía de un icono falso, no tenía motivos para no hacerlo en adelante junto a uno verdadero, independientemente de que me sintiera incapaz de adorar cualquier icono, falso o verdadero.

A aquella hora de la noche, mis padres estaban mirando el televisor en la cocina. Mi padre, duro ya de oído, subía mucho el volumen y esa debió de ser la razón de que no oyeran sonar el timbre. Me vi obligado a separarme de la Virgen e ir a abrir la puerta. Sotir apareció ante mí. De creer a mis padres, y yo los creía, él había sido para nuestra familia una especie de ángel de la guarda, no nos deseaba más que el bien. Aquella noche, me dio la impresión de que nuestro ángel de la guarda gordo y ventruado venía de otro planeta: había adelgazado –debe de haber perdido unos diez kilos, me dije al verlo–, pálido, sin corbata –nunca en la vida había tenido ocasión de verle sin ella–, con una barba de varios días. Buenas noches, gusano, sentí deseos de decirle, ¿qué es lo que te ha pasado?

Le invité a entrar, avisé a mis padres y le precedí en dirección al salón. Él entró detrás de mí y tomó asiento en el canapé. Mis padres lo hicieron cada uno en un sillón. Se hizo un prolongado silencio, un silencio tenso que me hizo pensar que aquella noche algo no marchaba entre ellos. Fue mi madre quien rompió el hielo. Se puso en pie. Voy a hacerte un café, le dijo a Sotir. Éste lo rechazó. No quiero café, dijo, ya lo he tomado. Cuando mi madre le propuso una copa de rakí, Sotir le respondió del mismo modo, tampoco quería rakí. Fue entonces cuando comprendí la causa de aquella crisis de comunicación:

el icono de la Virgen María.

Nuestro ángel custodio no podía apartar los ojos del lugar donde hasta entonces se encontraba el icono oficial, una gran fotografía en color desde la que su santo le había saludado con la mano levantada cada vez que venía a nuestra casa, sustituida ahora por María. Mis padres se dieron cuenta y eso les ponía los nervios de punta, eran como dos adolescentes atrapados con las manos en la masa, a la espera de recibir algún castigo. Éste no se hizo esperar. Eres una persona leída, se dirigió Sotir a mi padre, sin apartar los ojos de la Virgen María, imagino que conoces la historia de César y Bruto. Mi padre esbozó una sonrisa. Estás de mal humor esta tarde, le respondió, no te comprendo bien. ¡Oh sí, me comprendes de sobra!, insistió el otro; entiendes perfectamente lo que te digo pero, por lo que se ve, no te conviene.

El silencio se instaló de nuevo en el salón. No se puede escupir tan fácilmente sobre el pan que uno ha comido durante toda su vida, dijo después Sotir con voz ahogada, luego se te atasca en el gaznate. Yo no he comido nunca más que mi propio pan, le replicó mi padre igualmente con voz ahogada. Ya veo, sacudió la cabeza Sotir, que habéis cambiado de camisa con rapidez, no debía haber venido aquí esta noche. Y no se demoró. Se puso en pie y salió de nuestra casa para no volver nunca más. Una semana más tarde murió. Asistimos a su entierro toda la familia.

La muerte de Sotir fue seguida por otro minidrama: Anila y Dhimitër se habían quedado sin trabajo. La noche en que nos enteramos de que a Dhimitër se le había comunicado oficialmente su cese en la Fiscalía General, se revivió en nuestra casa idéntica escena a la protagonizada por Sotir. Mis padres estaban en la cocina viendo la televisión. Yo estaba sentado a mi mesa, preparaba un examen para el día siguiente y, cada vez que interrumpía la lectura, mis ojos iban a parar al icono de la Virgen. Mis padres no debieron de oír el timbre de la puerta por la misma razón que la vez anterior, es decir, a causa del elevado volumen del aparato. Al igual que con Sotir, me vi obligado a abandonar mi mesa y fui a abrir. Mi hermana estaba lívida. No se había maquillado, cosa que sucedía muy raras veces, y eso era muestra de que se había producido lo inevitable: Dhimitër había sido despedido.

Mi cuñado, por el contrario, aunque no llevaba corbata como de costumbre, sino un jersey gris de cuello alto y encima un chaquetón deportivo, parecía encontrarse en forma. Una vez en el salón, tomó asiento en la misma posición, frente a la imagen de la Virgen, que había ocupado Sotir durante su última visita. Y una pregunta, digamos siniestra, me ardía entre los labios. Teniendo en cuenta las nuevas circunstancias –cuando en la gran plaza de la capital había sido derribado el enorme monumento, en nuestra sala de visitas el icono de la Virgen María había sustituido al icono oficial, mi cuñado había sido despedido y podía ser considerado uno más de los hombres corrientes a los que el subsidio no les llegaba ni para comer, con una esposa en el paro debido al cierre de la empresa de artesanía en la que trabajaba, además de dos niños por criar–, en tales circunstancias, pues, y otras que tal vez yo no conociera, ¿iba a sufrir mi cuñado un infarto como le había sucedido antes a Sotir?

Yo mismo me di la respuesta: ¡no! El finado Sotir se tomaba las cosas muy a pecho, con mucha pasión. De este modo se expresó mi padre el día de su entierro, de regreso en casa tras la comida de difuntos, sentados en el salón en compañía de mi madre, frente al icono de la Virgen María, como si requiriéramos de ella una explicación por la inesperada muerte de Sotir. Tal como nos encontrábamos también ahora, frente a la misma imagen, sumidos en un pesado silencio, no lo dudé ni por un instante. Encontré al ex fiscal extremadamente concentrado en la Virgen y me dije para mis adentros: Quién sabe, no tengo derecho a juzgarle, la imagen que tengo de él puede estar equivocada; Dios nos proteja a todos de cualquier catástrofe.

Mi cuñado se encontraba a mil kilómetros de mis especulaciones funestas. Siempre con la mirada fija en la representación de Santa María, formuló una pregunta inesperada: Oye, abuelo –de este modo se dirigía a mi padre, lo mismo que sus hijos–, imagino que habrás conservado las viejas escrituras de propiedad, ¿no es verdad?

Era evidente que el ex fiscal no estaba bromeando. Concentrado en la Virgen, rumiaba asuntos bien terrenales. Esto echó definitivamente por tierra mi funesta especulación acerca de algún posible infarto de mi cuñado. Él no se tomaba demasiado en serio los asuntos celestiales, ya fueran los santos verdaderos o falsos, con tanta pasión como el infortunado Sotir.

Durante los meses que siguieron, Dhimitër, secundado por mi hermana, se ocupó de las propiedades de antaño de la familia de mi padre. Si se daba crédito a los documentos, y los documentos estaban en orden, tanto los que había conservado mi padre como los que descubrió Dhimitër en el catastro y en el Archivo del Estado, nadábamos en millones. En aquel tiempo, la pareja de subsidiados acudía a casa todas las tardes y, en la sala de visitas, en presencia de la Virgen

María, la conversación, cualquiera que fuera su comienzo, acababa derivando en las propiedades. No estoy en condiciones de afirmar que la Virgen llevara la cuenta de las oraciones de mi hermana para que la ayudara a salir de las dificultades existenciales en que se había visto de pronto sumida. Tampoco puedo sostener que el ex fiscal, a escondidas, si no a la Virgen, le rogara al Señor mismo.

Sus oraciones no fueron tenidas en cuenta. El Señor escucha a todos, pero no a todos les ayuda. Una noche, la pareja llegó a nuestra casa en un estado de completo decaimiento. Con un nuevo proyecto sin relación con las posesiones. En la nueva situación, explicó mi cuñado, dado que la supervivencia se tornaba para ellos cada vez más difícil, habían decidido marcharse juntos, trasladarse a Grecia. Anila completó lo dicho por su esposo añadiendo que ya tenían lista toda la documentación, partirían al cabo de dos semanas con intención de establecerse en Atenas, de manera provisional en casa de un amigo de Dhimitër, hasta que se les arreglaran las cosas.

Dos semanas después, en efecto, se marcharon. Por lo que supimos, Anila entró a trabajar en un restaurante, de lavaplatos. Mi cuñado, de pintor de brocha gorda. Siempre que llamaban por teléfono aseguraban a mis padres que ganaban bastante y todo les iba de maravilla.

En retrospectiva, este episodio culminante entre la serie de nuestros ínfimos

minidramas familiares de esa época suscita en mí una auténtica satisfacción estética. Imaginad a un fiscal del Estado que, de repente, se provee como muchos otros del prefijo ex (imagino que también mi padre, en su tiempo, al verse integrado en la categoría de los antiguos propietarios, se proveyó en cierta manera del prefijo ex). De esta forma, mi cuñado se transforma por tanto en ex fiscal. Más tarde, de ex fiscal en pintor de brocha gorda. Y así sucesivamente. Aunque el fiscal que se convirtió en ex fiscal, más tarde en pintor de brocha gorda y así sucesivamente, en la actualidad es de nuevo fiscal. En el mismo despacho del que lo expulsaron tiempo atrás. Una metamorfosis que me adjudica el derecho de hacer la siguiente especulación: si no es hoy, mañana, cabe en lo probable que el fiscal del Estado de antaño, convertido en ex fiscal, más tarde en pintor de brocha gorda y así sucesivamente, y que ahora es de nuevo fiscal del Estado, incluso en el mismo despacho, se vea atrapado en la vieja espiral y todo vuelva comenzar desde el principio. Por favor, respondedme, ¿esta metamorfosis cíclica sui géneris no os proporciona también a vosotros una genuina satisfacción estética?

El inspector Sabit Kurti reconoció al hombre que lo esperaba antes de detener su coche, un Mercedes de color azul de modelo antiguo, a un lado de la calle. No se le ocurrió que el otro, clavado a la entrada de la Dirección General, le estaba esperando precisamente a él. Su cerebro se puso instintivamente en movimiento simplemente porque, de forma inevitable, tendría que saludarlo. Durante el lapso de tiempo que necesitó para descender del coche y situarse sobre la acera pudo recordar el nombre de la persona en cuestión: Bledi Terziu. Luego, la profesión: periodista en el diario *La Noticia*. Entretanto, el otro le salió al paso dándole a entender que se encontraba allí precisamente por él. No se había encontrado con aquel hombre, ni siquiera lo había visto, desde que, no podía decir cuántos meses atrás, el otro había desaparecido de la circulación, según había oído decir tras un escándalo con el director del medio en el que trabajaba.

No demasiado entusiasta, el señor Kurti hizo esfuerzos por ser amable. Le sonrió, le extendió la mano. Quiso decirle: Lo siento mucho, no has encontrado el momento más oportuno para entrevistarte conmigo. Es decir, que lo habría evitado si el otro, anticipándose a su intención, no se hubiera apresurado a tenderle una primera trampa. Por favor, le dijo, necesito que hablemos, sólo cinco minutos, es algo urgente, personal.

El inspector lo miró dubitativo. Aquella mañana estaba verdaderamente ocupado, no podía dedicarle ni cinco minutos. Pero en el último momento se volvió y, en lugar de evitarlo, lo invitó a subir con él a su despacho. Por las escaleras en dirección a la tercera planta, donde se encontraba su oficina, su cerebro extrajo de los cajones de la memoria algunos datos adicionales. Durante cierto tiempo, el inesperado visitante había convivido con una periodista televisiva. Luego se habían separado. Los rumores relacionaban este último hecho con una relación rumoreada entre la periodista, una rubia que llevaba gafas graduadas, y el director del diario en el que trabajaba su pareja. Finalmente, el señor Kurti recordó un pormenor que al instante le trajo a la memoria también el nombre de la periodista. El mes anterior, mientras aguardaba su turno en la peluquería, se había encontrado en la portada de una revista semanal ilustrada con su fotografía, ocupando prácticamente toda ella, acompañada del titular: «Veronika abandona a su fastidiosa pareja».

El inspector invitó al otro a tomar asiento en una silla situada junto a su mesa. Durante un rato, la «fastidiosa pareja» permaneció callada, con la mirada en el suelo. Estaba pálido, con el rostro adelgazado. El cabello espeso, un poco largo, dividido con una raya al medio, la barba sin afeitar, los bigotes negros, le adjudicaban la apariencia de un monje. En lugar de hábito, el monje llevaba puesto un traje de verano de tela blanca,

arrugado, repleto de manchas.

El visitante apartó los ojos del punto del suelo donde los venía manteniendo y los clavó en él. Unos ojos enrojecidos, con un brillo febril. Gracias por recibirme, le dijo, era imprescindible que lo viera. El inspector captó un temblor en las manos del otro. También en su voz. Lo escrutó atentamente tratando de averiguar si, de acuerdo con su impresión, había algo que no marchaba en su interlocutor. Con el fin de ayudarlo a tranquilizarse, le pidió que no lo tratara de usted. Hace tiempo que nos conocemos, le dijo, nunca nos hemos tratado de usted.

Su interlocutor, o bien no prestó atención a sus palabras o no les dio importancia. He decidido venir a verle, prosiguió con lo suyo, con el fin de confiarle un secreto. Hoy en día resulta difícil encontrar un confidente, alguien a quien confiarle un secreto sin el temor de que, nada más separarte de él, tu secreto sea inmediatamente divulgado. El ser humano, como ya han puesto de relieve grandes genios desde Homero hasta nosotros – eso es algo cansinamente repetido–, es un ser incomprensible para los otros. Igualmente imposible le resulta comprenderse a sí mismo. Yo, señor inspector, ni siquiera en este momento acabo de comprender por qué he venido y qué pretendo de usted. Perdóneme la contrariedad, pero ésa es la verdad.

El señor Kurti llegó a la conclusión de que su interlocutor no tenía su mejor día. La primera idea que se le ocurrió mientras escuchaba su perorata fue encontrar la manera de escabullirse. Aquello no le interesaba. Bien podía su visitante acudir a un filósofo o tal vez a un psiquiatra, que hiciera lo que se le antojara con tal de que no le hiciera perder el tiempo tan miserablemente aquella mañana, antes incluso de haber acabado de despertarse. Aunque tampoco el otro, a juzgar por las apariencias, parecía haber pegado ojo aquella noche, y el inspector cedió por segunda vez. En lugar de buscar un modo de deshacerse de él, entró en su juego. Me decías que se trataba de algo personal y urgente, le dijo, de un secreto, ¿no es así?

El monje se pasó la mano por los cabellos. Es verdad, dijo, tengo un secreto. Quiero asegurarle antes de nada que la razón de mi presencia aquí es totalmente honorable, no he venido a verle con intención de confiarle nada que pueda redundar en perjuicio de un tercero. Puede «descartar esa hipótesis», como tienen ustedes costumbre de decir. El asunto, de hecho, es que yo no creo en nada. En el sentido religioso como en el sentido laico del término. Esto complica mi problema, y me coloca en dificultades para tomar una decisión.

Cerró los ojos, se masajeó las sienes con la misma mano y calló de nuevo largo rato con la mirada fija en un punto del suelo. El inspector esperó a escuchar su famoso secreto, pero el otro volvió a escabullirse. Mis padres, dijo continuando con su idea fija, son creyentes. Es cuestión de educación, la religión se recibe con la leche materna. Cuando yo nací, hace treinta y dos años, la leche de mi madre no contenía una sola gota de fe. No he oído hablar de religión o de Dios ni en casa ni en el jardín de infancia, ni en la escuela. Me hablaron de ello a una edad en que ya era demasiado tarde para mí. Una vez probé incluso a entrar en una iglesia, la iglesia ortodoxa de la calle de Kavaja, porque mis padres, como puede que imagine, pertenecen al rito ortodoxo. Entré allí, me mezclé

con la multitud y tuve la impresión de que todos aquellos hombres y mujeres de rostros afligidos, que oraban y encendían cirios, estaban fingiendo. Que nada más volverle la espalda a la casa de Dios, recuperarían su expresión habitual. Sin huella alguna de devoción, sin un punto de misericordia, ni rastro de arrepentimiento. En lo que a mí se refiere, no soy capaz de decir cómo habría sido la vida que llevo hoy, cómo me habría comportado si hubiera tenido la oportunidad de recibir una educación religiosa junto con la leche materna. ¿Sería el mismo que soy u otro distinto? Dígame, se lo ruego, qué es lo que usted piensa.

El inspector comenzó a perder la paciencia. Se le ocurrió pedirle a su interlocutor que resumiera en dos palabras el motivo de su visita o, si no se sentía bien, que se marchara y volviera otro día.

Algo instintivo le empujó a contenerse por tercera vez. Consiguió ahogar su irritación y clavó la mirada en los ojos enrojecidos del otro. ¿Adónde diablos quieres ir a parar?, estuvo a punto de preguntarle. ¿Qué es lo que te atormenta? Pero los ojos enrojecidos esperaban de él una respuesta, no una pregunta. Escucha, le respondió, es una pregunta difícil. Aunque, como se suele decir, no existen preguntas indiscretas, sólo respuestas impertinentes. En cualquiera de los casos, toda tu argumentación se articula alrededor de un «si» condicional. Tendría algún sentido si –ya ves, también yo estoy utilizando un «si»– todo el pasado se borrara y pudiéramos volver al punto de partida. Dado que eso es imposible, deja ya de marear la perdiz: tú has venido a verme con el propósito de confiarme un secreto, pero ahora vacilas. Yo no te obligo a que me lo reveles. Ahora bien, tienes que encontrar a alguien con quien tratarlo.

El otro perdió el control de sí mismo, como alguien a quien están pisando los talones y se ve acorralado en un callejón sin salida, incapaz de encontrar una vía de escape. Yo tengo confianza en usted, dijo con voz ahogada, de lo contrario no habría venido. La cuestión no es si confío en un individuo determinado, aunque, hoy en día, las personas dignas de confianza pueden contarse con los dedos de la mano. La cuestión se plantea de otro modo. ¿Qué valor puede tener para un individuo confiar en algo o en alguien? Ningún valor. Basta con dar un paso en falso y todo se vuelve contra ti. Te colgarán una etiqueta, serás calificado de bufón o de criminal. Cuando los verdaderos bufones y los criminales están a salvo de todo. Me vuelve loco de rabia. Esa categoría de personas están convencidas de que han venido a este mundo para dominar al resto, su arrogancia no conoce límites. Carecen de humanidad, de compasión por el dolor ajeno. Pobre del que se queda sin defensa, del que confía en el triunfo de la justicia. Se encontrará de cara a la corriente y, en el mejor de los casos, esa corriente lo arrastrará, lo despojará de sus cualidades, me refiero a esas cualidades que sólo desde el punto de vista teórico son consideradas como valores morales. En caso contrario, si se empeña en aferrarse a los valores morales teóricamente aceptados, la corriente lo expulsa, lo aniquila, como la multitud presa del pánico aplasta ciegamente bajo sus pies a los infortunados que caen al suelo. Debe de ser terrible encontrarse bajo los pies de una multitud enceguecida, estremece las carnes sólo imaginarlo.

Calló durante un instante y en voz baja añadió: ¡Estremece las carnes, señor inspector,

estremece las carnes!

En apariencia, esta sensación le hizo olvidar el objeto de su visita. Eso pensaba el inspector cuando de pronto el otro se serenó y le pidió disculpas. No le quedó claro si se excusaba por haber abusado tan cruelmente de su tiempo, lo que le parecía poco probable, o si tenía miedo de confiarle su secreto. En todo caso, cuando el periodista, reiterando sus excusas, le rogó que le permitiera marcharse, no hizo el menor esfuerzo por retenerlo. Con cierto alivio lo acompañó hasta abajo, a la entrada del edificio, donde montaba guardia un agente armado. De todos modos, mientras, ya solo, ascendía las escaleras, la estampa de monje atormentado del periodista, sus ojos enrojecidos y su brillo febril continuaban obsesionándole. Lo hacían aún cuando se encerró en su despacho, se instaló ante el escritorio y durante un rato, incapaz de hacer otra cosa, trató de encontrar una explicación para aquella extraña visita. Vaya, se dijo, ahora me arrepiento de no haber deseado otra cosa que quitármelo de encima.

Sintió el impulso de volver a bajar. Si el otro se encontraba todavía por los alrededores, le propondría reanudar la conversación. Pero sólo fue un arranque momentáneo. Inmóvil ante su mesa, el inspector se preguntó: ¿Qué diablos querría confesarme ese hombre?

Esta mañana, jueves 15 de julio de 2004, he cometido un error: he ido a ver al inspector Sabit Kurti. Aunque debo aclarar algo: no considero esa visita como un error en sí mismo. Un día volveré a su oficina, a confesarle mi crimen. Y así terminará esta historia.

Podía haber llegado a su fin hoy mismo si, sentado ante él, no me hubiera acordado de una cuestión esencial. Que la historia de mi crimen no es mi historia. Mi historia no tiene ninguna relación con ese crimen. Es la historia inconclusa de un caracol que, después de haber salido de su concha, la ha perdido y se esfuerza en vano por reencontrarla. Dos historias en una. La de un caracol que se ha quedado sin concha y la de una concha sin caracol. Antes de presentarme ante el señor Kurti debo respetar una obligación contraída conmigo mismo. Llevar a su término la doble historia del caracol y de su concha. Luego, que hagan conmigo lo que quieran.

En este momento en que los días, si no las horas de libertad, están contados para mí y no soy capaz de encontrar el momento de hablaros de Veronika, debo rogaros que seáis comprensivos. Os lo aseguro, Veronika no tiene ninguna relación con la historia del caracol y la concha. En lo que a ella se refiere, se trata más que nada de una historia en el mundo de los vips. Pese a que el apartamento donde nos instalamos al principio no era digno de ese nivel (era de las mismas dimensiones modestas que el piso donde había transcurrido mi infancia, pues ella rechazó mi proposición de vivir en casa de mis padres). Por otro lado, no creo que el hecho de que viviéramos juntos durante dos años en un piso que no alcanzaba el nivel de los vips haya tenido ninguna influencia en el gradual enfriamiento, hasta llegar a la ruptura, de nuestras relaciones, como puede que la tuviera algo que ya he mencionado y que me abstengo de repetir por temor a molestaros. Además, vivíamos allí sólo de manera provisional. Veronika lo sabía, era solamente cuestión de tiempo. Y decidió echarlo todo por la borda justo cuando estábamos a punto de recoger las llaves del nuevo piso, este sí del rango de los vips, concebido de acuerdo con sus deseos.

Me encontré así con este apartamento entre las manos, amueblado de igual modo según sus gustos y deseos. Para elevarme también yo al rango de los vips, vendí mi coche, un pequeño Ford verde, que a mí me gustaba mucho, y compré un Mercedes negro, de esos calificados de presidenciales. Lo compré para nada, ni siquiera Veronika lo llegó a utilizar nunca. Ella tenía, y creo que continúa teniendo, un Peugeot flamante de color azul eléctrico. Nunca comprendí por qué se empeñó en que me deshiciera de mi Ford al tiempo que me separaba de la vieja casa, aunque me plegué a sus deseos sólo

con tal de darle gusto.

Dejémoslo pasar. No tiene la menor importancia para mí cuando mis días, incluso mis horas de libertad, están contados. Al margen de que la palabra libertad tenga un sentido relativo. Yo no creo que vaya a perder gran cosa perdiendo eso que el término designa. Ahora sólo dispongo de una libertad: la de entrar y salir de mi apartamento para vips. Donde aún no ha puesto el pie ningún vip, pues yo no califico de tal a la señorita cuyo retrato ha sido reproducido estos días en las portadas de todos los periódicos. Si no es mañana será cualquier otro día, no creo que tarde, ese retrato volverá a aparecer con el mío al costado. Y en cierto modo, también yo alcanzaré la celebridad, y eso complacerá sin duda a Veronika. Aunque deberá esperar todavía un poco. Justo el tiempo de que yo cumpla con mis obligaciones y lleve a su término la historia del caracol en busca de la concha perdida. Y para eso, llama inevitablemente a mi puerta un último personaje, una criatura ordinaria y carente de relieve. Aunque importante para mí: se trata de mi antigua novia.

Se llamaba Ariana. Desde el principio me dijo que podía llamarla Jana, como la llamaban en su familia y todos sus conocidos. A diferencia de Zyhdi Treni, ella no se sentiría ofendida por que no la mencionara. Se burlaría incluso. Era una persona desprovista de complejos y, si estas notas cayeran en sus manos, sospecho que diría: No sabía que fueras tan idiota.

Había acabado el bachillerato unos dos años antes de que nos conociéramos. A base de mucho aceite lubricante, según ella misma decía. Para que consiguiera acabar y, más tarde, pasara los exámenes de reválida, sus padres, dependientes solidarios en una gran tienda de alimentación, en la actualidad propietarios del susodicho establecimiento, tuvieron que engrasar debidamente a sus profesores. Antaño, me explicó Jana, éstos apreciaban los regalos, pero ahora los regalos no sirven para nada. Quieren dinero contante y sonante, en mano. Después del último examen, regresé directamente a casa, reuní todos los libros de texto y, en lugar de ir a venderlos al peso, como me aconsejó una compañera, los transporté a una explanada situada detrás de nuestro bloque donde los niños tenían costumbre de jugar, y allí los rocié con gasolina y les pegué fuego. Yo habría querido, al mismo tiempo que los libros, quemar vivo al profesor de física. Ese cabrón, no contento con el dinero que le había sacado a mi padre, reclamó de mí un pago adicional, imagino que comprendes lo que quiero decir.

Por supuesto que lo comprendía. No me pareció correcto preguntarle si había satisfecho o no el requerimiento del cabrón de su profesor de física. Eso sí, cuando Jana me describió la ceremonia pública de quema de sus libros, sentí deseos de advertirle que aquello se llamaba un auto de fe. Pero también consideré fuera de lugar esta observación.

Eros, una revista semanal, fue la causa de nuestro primer encuentro. Junto con un charlatán, héroe del día, que, según la publicidad de la televisión estatal, la única que podíamos sintonizar, hacía milagros. De acuerdo con esa publicidad, los ojos y las manos de aquel hombre poseían cualidades sobrenaturales gracias a las cuales él sanaba toda suerte de enfermedades nerviosas. En el verano siguiente a mi penúltimo año de estudios

en la facultad, yo atravesaba un periodo, llamémoslo así, confuso. Me asaltaban fuertes dolores de cabeza, padecía con frecuencia de insomnio. Y se me ocurrió ir a ver al charlatán, ya que era la televisión estatal quien difundía la publicidad y emitía entrevistas con pacientes tratados por él.

El charlatán, que yo no sabía que lo fuera, tenía un apartamento de alquiler situado en la primera planta de un edificio donde pasaba consulta, y cuando entré en una de las habitaciones, que hacía las veces de sala de espera, quedé sorprendido al comprobar que no había más que campesinos. El ambiente estaba cargado de olor a humanidad, y yo me habría marchado si mi atención no se hubiera visto atraída por una criatura encantadora. Era una chica de unos veinte años, en pantalones tejanos y camiseta blanca, con unas zapatillas de deporte también blancas. Una silla vacía junto a ella determinó mi decisión de quedarme. Tomé asiento a su lado. Estaba leyendo lo que me pareció una revista. Entonces la revista *Eros* no se publicaba en su formato actual, en colores y papel cuché. Era semejante a cualquier periódico con la única diferencia de que la cabecera y los principales titulares no estaban impresos en negro sino en rosa. Hasta aquel día, en la sala de espera del charlatán, yo ignoraba la existencia de una revista llamada *Eros*.

Durante un rato, me contenté con observar desde mi asiento las caras de los clientes. Hasta que, un rato después, la joven dejó escapar un suspiro e hizo un rullo con la revista, señal de que no pretendía continuar leyendo. Aprovechando la oportunidad, le pregunté si podía prestármela durante unos minutos. Ella colocó la revista en mi mano, momento en que mi mirada quedó atrapada por los grandes caracteres de color rosa de la cabecera. Justo debajo leí: *Semanario socioerótico*.

Mientras fingía leer, estaba bien lejos de imaginar que más tarde trabajaría en la redacción de aquella revista. Por el momento, mis antenas estaban concentradas en la chica. Cada vez que, a intervalos no menores de quince minutos, salía un cliente del gabinete del charlatán y la secretaria llamaba a otro, ella suspiraba con impaciencia. Era evidente que estaba harta. Había aún cinco personas delante de ella. Calculando un mínimo de quince minutos por cada uno, debería esperara todavía una hora y cuarto. Yo, en consecuencia, una hora y media. Es lo que acabé explicándole.

La chica pareció sorprenderse, ya fuera porque no esperaba que le dirigiera la palabra, ya porque no había hecho ese cálculo. Miró el reloj y a continuación clavó los ojos en mí. Yo le sostuve la mirada, decidido a demostrarle que la mía era invencible, que poseía incluso la facultad de desnudar a la gente. Siempre sin apartar los ojos, ella se inclinó hacia mí. En esta habitación, me dijo en voz baja, yo no veo más que idiotas; cada cara me parece más idiota que la otra. Si tú no te consideras un idiota, te propongo que nos vayamos. Y continuó manteniéndome sujeto con la mirada.

Sus ojos eran castaños. Sobre su cara se veían algunos granos aquí y allá; llevaba el cabello sujeto por detrás, en forma de cola de caballo. No, le respondí, puede que tenga algún tornillo suelto, pero no soy un idiota, vamos, creo yo. Al parecer le gustó mi respuesta. Sin moverse de su asiento y de nuevo en voz baja, añadió: Pues todo el mundo sabe que yo tengo un tornillo suelto. Estoy tranquila así, hago lo que quiero. Y ahora, ¿te vas a quedar o nos vamos?

Sin lugar a dudas, a Jana le faltaba un tornillo. Coloqué en los platillos de la balanza su cara salpicada de granos por un lado y sus pechos por el otro. En el espacio de aquellos dos o tres segundos mis ojos la sometieron a un desnudamiento parcial, suficiente para descubrir que sus pechos no tenían nada que envidiar a los de Suela. Tensaban tanto la camiseta que parecían a punto de reventarla. Creo, sin embargo, que en mi decisión de aceptar su invitación, es decir, que nos marcháramos juntos de la consulta del charlatán, no influyó tanto su abundante pecho. De hecho, sentía deseos de discutir con alguien que reconocía tener un tornillo de menos.

En el bar donde nos sentamos, el primero que nos salió al paso, Jana me explicó la razón de su visita al charlatán. No lo llamó de ese modo, utilizó el término «doctor». Iba a ver al doctor, me dijo, para pedirle que me explicara un sueño que he tenido. No soy epiléptica ni esquizofrénica. Y tú, ¿no padecerás de epilepsia?

No entendí por qué le había parecido que podía ser epiléptico. Le dije que no lo era, aunque esquizofrénico era posible que sí. Es un mal menor, observó ella, es mil veces mejor ser esquizofrénico que epiléptico. Todo el mundo es esquizofrénico. Incluidos mis padres. Ven las noticias de la televisión y se pelean. Mi padre es partidario de Sali⁴, sería capaz de matarte si hablas mal de él. Mi madre todo lo contrario. Discuten a gritos, tanto que seguro que los oye todo el barrio. En el fondo, prosiguió desmintiendo lo que había afirmado un instante antes, yo misma también soy esquizofrénica. No porque sea incondicional de Sali o de cualquier otro. Pero como todos, incluidos mis padres, me dicen que estoy chiflada. En este mundo, las cosas son relativas, habría querido advertir para levantarle el ánimo, entre la sabiduría y la locura media un hilo muy fino. Pero no tuve el valor de formular esta idea. Corría el riesgo de que me tomara por idiota y, como había dejado bien claro con anterioridad, no soportaba a los idiotas.

Quedamos en volver a vernos una semana después, a la misma hora, por lo que recuerdo las once y media, pero no en el mismo bar. Allí donde estábamos sentados sólo había hombres de rostros huraños. De modo que acordamos encontrarnos en un quiosco-bar recién improvisado sobre la acera del Parque de la Juventud llamado Los amigos de Afrodita. Fue ella quien hizo la propuesta y yo acepté sin tener demasiado claro por qué teníamos que esperar toda una semana para volver a vernos, y no hacerlo, pongamos, al día siguiente. En todo caso, una semana después, a las once y media, yo acudí al encuentro en el bar Los amigos de Afrodita con el presentimiento de que ella no vendría.

Presentimiento errado: ella ya estaba allí. Sentada de espaldas a la entrada, no me vio llegar. Tampoco yo la distinguí de forma inmediata. La conservaba en mi imaginación con la camiseta blanca, los cabellos recogidos en cola de caballo, y además no esperaba que llegara antes que yo. De modo que no se me ocurrió siquiera que la chica de la mesa situada en el centro del local, con el pelo suelto, imponente, fuera Jana. Llevaba una fina blusa negra, sin mangas, de cuello alto, que le modelaba el busto y hacía destacar aún más sus pechos. En lugar de los pantalones vaqueros, una minifalda también vaquera que dejaba al descubierto sus piernas fuertes y plenas. Además, se había cuidado de maquillarse y pintarse los labios. Ya se había tomado un café y estaba sumergida en la

lectura de *Eros*.

Tomé asiento frente a ella un tanto desconcertado. Me encontraba ante una chica diferente de la que yo había conocido en la consulta del charlatán, dejando a un lado los granos dispersos en su cara y la revista. Jana captó mi sorpresa. Cuando la camarera se fue después de traerme un café, me preguntó: ¿No te parece que hay algo en mí que no encaja? En absoluto, me apresuré a responder, hoy estás muy guapa, muy sexy. Eso significa que el otro día, en casa del médico, sí había algo que no encajaba, insistió ella. No, tampoco ese día me lo pareció. Tú estás un poco chiflada, es verdad, pero eso me gusta. También yo tengo algún tornillo suelto. Por lo que veo, observé para cambiar de conversación, te gusta leer.

A modo de réplica, me explicó que ella compraba la revista *Eros* únicamente por la sección «Cómo interpretar vuestros sueños». Me tendió la revista. Es el último número, dijo, ha salido hoy. Y me señaló un artículo firmado con las iniciales *Su. Li*. Debe de ser un chino, añadió, escribe cosas interesantes, pero no ha conseguido interpretar un sueño mío que le describí en una carta.

Si hubiera sabido que tras las iniciales *Su. Li* se ocultaba Suela, tal vez me las habría ingeniado para ponerlas en contacto. Pero en ese momento yo no sabía que Suela colaborara en la revista *Eros*, todavía menos que llevara esa sección semanal y tuviera una fiel lectora llamada Jana a la que se le formaba un embrollo en la cabeza con cierta regularidad.

Jana no compraba la revista *Eros* únicamente por la sección «Cómo interpretar vuestros sueños». Leía desde la primera palabra hasta la última. Esto lo reconoció ella misma con cierta timidez, por miedo a que yo pensara de ella quién sabe qué. Sin embargo, yo consideré oportuno seguir su ejemplo: comprar cada número de la revista *Eros* y leerlo de principio a fin. Así que durante todo el tiempo que duró nuestra relación, alrededor de un año, no leí ninguna otra revista ni ningún periódico. Renuncié a la lectura de manera general. Jana y *Eros* me bastaban. Me proporcionaban equilibrio, conmigo mismo y con el mundo.

Nos citábamos cuidando de no ir nunca dos veces seguidas al mismo café. Era Jana quien establecía los lugares donde debíamos encontrarnos, y el continuo cambio me dio a entender que, pese al tornillo de menos que pretendía tener, no carecía de aptitudes para la conspiración. Elegía cafés situados lejos de la barriada donde vivía. Con el tiempo, comenzamos a cambiar también de hotel cada vez que queríamos hacer el amor. Aunque resulta evidente, Jana y yo éramos dos seres anónimos, el peligro de que llamáramos la atención o nos convirtieran en objeto de escándalo era inexistente. De modo que acabamos renunciando a los cambios de hotel. Nos pareció más razonable entablar relaciones de confianza con un mismo recepcionista, beneficiarnos de sus pequeños favores, que pasar de uno a otro.

El hotel al que íbamos con mayor frecuencia se encontraba en algún punto no lejos del centro de la ciudad, al fondo de una callejuela. Con el fin de respetar el anonimato, no voy a dar detalles ni tampoco el nombre. Pero como es preciso adjudicarle uno, lo

llamaré Chapi. El nombre de un perro que formaba parte del decorado. La primera vez nos dio un buen susto: nada más penetrar en el patio se abalanzó sobre nosotros y Jana dio un grito. Guardaos de los perros con dos patas, dijo el recepcionista. Chapi no te va a morder, sólo quiere hacer amigos. En efecto, Chapi se tranquilizó en cuanto Jana se puso a acariciarle la cabeza. A cambio él, en señal de agradecimiento, le metió el hocico entre las piernas, bien arriba, lo que dio lugar a un nuevo grito de Jana.

Íbamos al Chapi dos veces a la semana, siempre por las mañanas. El recepcionista, un chico de nuestra edad, no nos pedía ningún documento de identificación. La bienvenida, en el patio, nos la daba primero Chapi. Jana, que no conseguía acostumbrarse al perro, se situaba detrás de mí y era yo quien afrontaba la gozosa embestida del animal. Era un perro grande, bien alimentado, blanco, con el pelo rojizo en el lomo y una cola hermosa, gruesa, en forma de parábola extendida. Cuando se acercaba, se alzaba sobre las dos patas traseras y yo le permitía que apoyara las zarpas delanteras sobre mi pecho. Su morro me llegaba casi a la altura de la cara. Yo le agarraba la cabeza con las dos manos, le acariciaba el cuello. Él se estremecía de placer, cosa que expresaba tratando de lamerme con su enorme lengua.

La habitación donde nos encerrábamos después de separarnos de Chapi se encontraba en la primera planta. Raramente nos cruzábamos con algún cliente en el pasillo o las escaleras. Por todas partes reinaba un silencio excitante, se diría que el hotel entero estaba a nuestro servicio. Por lo general no nos quedábamos más de dos horas, tiempo suficiente para hacer el amor tantas veces como deseara Jana. Si sentís curiosidad por saber cuántas veces lo deseaba ella a lo largo de dos horas –en ocasiones, cuando no quedaba plenamente satisfecha, se convertían en tres–, no esperéis que lo diga. En lugar de eso os sugeriría que busquéis algunos números de la revista *Eros* de aquella época. Tengo la impresión de que no tendréis muchas dificultades para encontrarlos.

Jana era semejante a la revista: simple, toda ella de color de rosa. No sé si continúa leyéndola todavía hoy, cuando sale en formato reducido, con tapa dura y papel de alta calidad, en cuché. Si así fuera, también Jana debe de haberse sofisticado un tanto, en correspondencia con la evolución de la revista. La sección «Cómo interpretar vuestros sueños», firmada por *Su. Li.*, ya no aparece. *Su. Li.* interrumpió su colaboración en *Eros* poco tiempo después de que yo comenzara a trabajar en ella. Pero otras secciones, por ejemplo, «Cómo excitar a tu pareja», «El rincón del cuento erótico», o «Historias reales», continúan apareciendo. Es posible que «Historias reales», que escribía yo contando cada semana una historia inventada por mí mismo, se haya suspendido. En caso de que Jana, como creo, continúe comprando *Eros* y leyéndola desde la primera palabra a la última, a falta de «Cómo interpretar vuestros sueños», debe preferir «Intimidades de las estrellas», con actores y actrices de cine famosos, extranjeros y nacionales, presentadoras de noticias de la televisión, futbolistas, top-models, extranjeras y del país, y el colmo de los colmos para ella, las cantantes y bailarinas. A Jana le encantaba cantar y bailar. Me decía que ésa habría sido su profesión si, en la infancia, su madre no la hubiera sobrealimentado hasta el punto de que, pese a sus esfuerzos, ahora no conseguía perder peso.

En la época en que nosotros íbamos al Chapi, *Eros* salía con muy pocas ilustraciones y el término vip, tanto para el sexo masculino como para el femenino, todavía no estaba consagrado por el uso. En nuestra habitación, no del nivel vip, con una cama grande y un espejo sobre el lavabo, ella experimentaba conmigo las recetas de los especialistas en sexo que había tomado de la revista. Fue la primera chica con la que hice el amor. Después de esta confesión, suponiendo que os toméis el trabajo de leer algunos números de la revista, resulta innecesario que os hable más acerca de los deseos de Jana. A fin de cuentas, este aspecto puede no interesaros. En nuestro país, las técnicas del sexo ya no son desconocidas ni para los adolescentes.

En marzo del año 1994, varios meses después de que nos conociéramos, ella manifestó su deseo de conocer a mis padres. Tal posibilidad no se me había pasado siquiera por la imaginación, fue completamente inesperada. Nos encontrábamos en La boca del cocodrilo, una disco recién abierta en cuyo ambiente tales ideas sonaban surrealistas. Si Jana me hubiera manifestado ese deseo en nuestra habitación del hotel, antes o después de haber practicado el sexo, no me habría sorprendido tanto. Pero ese día no habíamos estado en el Chapi, sólo íbamos dos veces por semana, y no recuerdo si era uno de los días en que nos absteníamos de ir o si Jana no había querido que fuéramos, juzgando más conveniente exponerme su idea en otro lugar que no fuera la cama.

Bajo la iluminación psicodélica y multicolor de la sala en tinieblas, su rostro me pareció el de una niña, y yo habría sido incapaz de romperle el corazón a una niña. Sin embargo, ignoro por qué no le contesté de inmediato. Tal vez porque yo mismo no esperaba que la idea, que hasta ese momento ni se me había pasado siquiera por la cabeza, se me antojara natural. Pero el hecho es que no le respondí de inmediato. Y Jana me dejó allí plantado para reunirse en la pista con un grupo de colegialas que, a aquella hora de la mañana, debían de haberse fumado las clases. Como había hecho yo con las mías.

Permanecí sentado en el sillón bajo ante una mesa igualmente baja. A un costado, un poco más allá, una pareja se sumergía en un ardiente beso. Rechacé la idea de ir al mostrador y pedir una bebida fuerte, y a cambio opté por quedarme observando a Jana. Disfrutaba bailando a su aire, como la mayoría de los chicos y las chicas. Pero a diferencia de la mayoría, ella no dejaba escapar gritos; no hacía más que moverse al ritmo de la música.

Con un poco más de suerte podía haber sido cantante. Pero no bailarina. Le faltaban hechuras de bailarina. Jana era ancha de caderas, lo que adjudicaba a su cuerpo cierta ausencia de proporción. De la mitad hacia arriba, sin embargo, sus formas rozaban la perfección. Cintura delgada, sobre la que se alzaba un torso que se ensanchaba suavemente en los hombros, cuello delicado. Lo que le habría impedido ser bailarina eran sus senos. Demasiado gruesos y pesados. Comoquiera que fuese, de la cintura para arriba su cuerpo se cimbreaba, creaba la sensación de estremecerse sin cesar. Esta sensación se mudaba en su contraria en cuanto tu mirada descendía por debajo de la cintura: a partir de allí, la fina silueta se ensanchaba, se expandía, se tornaba casi descomunal. Viéndola así, resultaba difícil imaginar cómo aquellas pesadas caderas se

animaban en el lecho, cobraban agresividad. Como estaba sucediendo en aquel instante en que yo la observaba desde mi rincón oscuro y ella danzaba al ritmo de la música. Sentí deseos de levantarme, sacarla de la pista, e irnos a nuestra habitación del Chapi. Pero rechacé también este impulso, lo mismo que había rechazado hacía un instante el deseo de tomarme una copa. En el tiempo transcurrido hasta que Jana decidió abandonar su danza y venir a sentarse a mi lado, yo comprendí que la amaba.

Jana no les gustó a mis padres. Ellos no me lo dijeron, simplemente me alertaron ante cualquier tentación de apresuramiento. No se oponían a mi relación, pero debía tener cuidado de no dar un mal paso. Antes de nada debía terminar los estudios, luego ya se vería. Yo sabía leer entre líneas en sus mensajes. Particularmente cuando subrayaron el hecho de que Jana sólo tenía estudios secundarios y estaba sin trabajo, justo cuando nosotros nos enfrentábamos a una muy difícil situación. Ellos acababan de jubilarse, uno después del otro, y si no hubiera sido porque Anila nos enviaba dinero desde Grecia, no nos habría alcanzado ni para alimentarnos.

Eran sin duda argumentos sólidos. Por no mencionar otros elementos que debieron de influir no poco en su reserva ante mis relaciones con Jana. Mis pobres padres no conseguían acostumbrarse a su forma de comportarse ni a su descuidada vestimenta. Ellos no sabían que estaba un poco chiflada y que yo la quería precisamente por eso. Me importaba un bledo lo que pensarán los vecinos. Según estos, yo me merecería algo mejor, y mis padres, una nuera como es debido. La vecina de la planta baja, la vocinglera Manjola, antigua mecanógrafa en los servicios comunales que, al no haber encontrado aún pareja, no parecía destinada a marcharse a vivir a otra parte, había manifestado en el círculo de mujeres de nuestro edificio que no en vano se decía «tener la suerte de una puta». Esto me lo contó mi madre con voz tímida, pidiéndome que no hiciera locuras, es decir, que no fuera a agarrar a Manjola por el cuello. En lugar de eso, la próxima vez que llevara a Jana a casa, haría bien pidiéndole que se vistiera de modo un poco más adecuado. Era la opinión general de las mujeres de la escalera: la forma de vestirse de Jana, de maquillarse, la hacía parecer una prostituta. Esta idea, creo yo, debió de brotar en la cabeza de aquellas débiles mentales el día en que, debido a que aún hacía frío, Jana apareció con un abrigo negro, largo, muy largo, hasta los tobillos y debajo una minifalda negra de piel, breve, muy breve. Llevaba además el abrigo sin abotonar, exhibiendo de ese modo sus piernas musculosas y plenas enfundadas hasta la rodilla en un par de botas bien ajustadas, igualmente negras. Para completar este atuendo sexy, Jana se había cortado el pelo a lo garçon y se lo había teñido de un negro azabache, lo que hacía destacar la blancura de su cara, desprovista ya de los pequeños granos. Cuando se vestía así y se maquillaba un tanto en exceso, con un lápiz de labios tirando al color café, yo la deseaba como un loco. Pero a los ojos de las imbéciles de nuestra escalera tenía el aspecto de una prostituta. Y se atrevían a decírselo a mi madre.

No merece la pena que me extienda. Lo desearan o no, mis padres tuvieron que aceptar a Jana, pese a la difícil situación por la que atravesábamos y a su vestimenta extravagante. Pero finalmente fue otro quien vino a meterse entre nosotros. Más precisamente, la sombra de otro. De alguien difícil de imaginar, incluso por mí mismo

entonces.

A partir del hecho de que hace unos meses me he separado de Veronika, es posible que os hayáis hecho de mí una idea equivocada. La de un hombre incapaz de establecer relaciones estables con una mujer. Me siento inclinado a no rechazar a priori esa idea pero, en el caso de Jana, creo que no fue culpa mía. Tampoco suya. Pese a que ella reconociera que le faltaba un tornillo y yo admitiera ciertos síntomas de esquizofrenia, tal vez de nacimiento, o puede que vinculados con la epidemia de esquizofrenia propia de la época.

Jana vivía en una barriada compuesta de edificios de una sola planta con cubierta de tejas situados más allá de la Escuela de Ballet. Desde hacía tiempo, sus padres habían sustituido el tejado por una terraza cubierta por una parra. También el patio, parcialmente pavimentado, quedaba cubierto por la parra. En la parte sin pavimentar se alzaban algunos caquis y un ciruelo. Al otro lado se encontraba el porche, solado con baldosas blancas.

Todo en aquella casa demostraba orden. Me llamó la atención desde la primera visita. Mi madre me aconsejó entonces que me pusiera un traje y no acudiera con mi uniforme habitual: los vaqueros y la cazadora de cuero negro, que ya se había convertido para mí en una segunda piel.

Fue la madre de Jana quien nos abrió la puerta de la casa, de dos batientes de hierro, pintada de azul. En otras circunstancias, la habría tomado por su hermana mayor, tan joven parecía y tanto se parecían madre e hija. Pero yo ignoraba que Jana no tenía más que una hermana pequeña, de unos quince años, que nos recibió en compañía de la madre y que, cuando yo le tendí la mano, pronunció su nombre: Mirela. Su madre se llamaba Qefsere. Además de Mirela, Jana tenía un hermano, también menor que ella, que estudiaba en Italia. No tuve oportunidad de conocerle, pero vi su fotografía colocada en la pared del salón, era imposible no reparar en ella. Sin duda debía de ser el orgullo de la familia. Estudiaba Derecho en Roma desde hacía un año, y Mirela tenía esa misma ambición, ir a estudiar a alguna parte fuera del país, a Italia o adonde fuera, como su hermano. Si papá no mueve los hilos por mí, me anunció un día en confianza, como lo hizo por Adi –así se llamaba el muchacho–, armaré una buena. No me quedó claro lo que entendía la señorita con la expresión «armar una buena». Pero durante la primera visita a casa de Jana me quedó bien claro que difícilmente me llevaría bien con su padre.

Ese día, cuando entré en el salón precedido por la madre, ésta le dijo a la colegiala que fuera a dar aviso a su padre. Está en el patio trasero, me explicó Jana, arreglando su moto. Ha decidido venderla para comprarse un coche. Finalmente, al cabo de unos quince minutos, se presentó en el salón vestido con atuendo deportivo. Aquel hombre próximo a los cincuenta años se llamaba Gani, y viéndole tuve la impresión de encontrarme frente a mi vecino Zyhdi Treni, el antiguo profesor de carpintería, empleado entonces en la administración del ayuntamiento. No porque encontrara en ellos ninguna

semejanza física o porque éste tuviera una moto al igual que el otro, sino porque la presencia de aquel hombre me provocaba, si se me permite expresarme así, cierto sentimiento de culpa. Más adelante, cada vez que lo veía experimentaba la misma sensación grotesca que me producía encontrarme con Zyhdi Treni o con mi cuñado, la de que reprimía con dificultad el deseo de darme un sopapo.

Durante mi primera visita a su casa me preguntó con toda naturalidad de dónde eran mis padres. Mi padre, le expliqué, es originario de Korça, pero ha pasado la mayor parte de su vida en Tirana. Mi madre nació en Permet. A continuación quiso saber dónde trabajaban en la actualidad. Le respondí que estaban jubilados, pero que mi padre había trabajado durante toda su vida como inspector veterinario en el Comité Ejecutivo del distrito de Tirana, hoy Ayuntamiento. Mi madre había sido maestra. En la segunda visita me hizo la pregunta que yo menos esperaba. Quiso saber si mis padres eran o habían sido comunistas. Al principio pensé que estaba bromeando. Pero no, hablaba seriamente. Le respondí que no, ninguno de mis padres era ni había sido comunista. Mis padres, añadí, son cristianos, van a la iglesia. Finalmente, durante mi tercera visita, la pregunta que me hizo me puso los nervios de punta: ¿a quién votábamos nosotros en nuestra casa?

¡Sotir!, sentí deseos de decirle, ¡no me toques las narices! Pero, comoquiera que se mirara, incluso como metáfora, habría sido una estupidez. Para empezar, el hombre se sentiría ofendido por mi arrogancia. Luego se preguntaría por qué le llamaba Sotir. Para aclarar el juego de palabras me vería obligado a explicarle quién era Sotir. El infortunado primo de mi madre, antiguo funcionario del Comité del Partido del distrito de la capital, que tenía la perversa costumbre de meter las narices en los asuntos de los demás. Y al que yo detestaba mientras vivió.

Fue su mujer quien me salvó. Si ella no hubiera intervenido, yo habría aprovechado la ocasión para, aparte de lo ya dicho, poner los puntos sobre las íes. Por ejemplo, no me gustaba en absoluto que, cuando acudía de visita, me dejara tan largo tiempo esperando en el salón mientras él se ocupaba de sus asuntos, unas veces la moto, otras la parra, en ocasiones los caquis. Tampoco me gustaba nada que considerara con desprecio mi futuro como maestro en alguna escuela y, en el mejor de los casos, como periodista igualmente pelagatos –en estos términos se había expresado acerca de mis posibilidades de encontrar trabajo después de los estudios: a su juicio eran oficios de pelagatos, con los que no se llegaba a ninguna parte–. Además, me tenía ya hasta las narices con los aires de grandeza que se daba como propietario no sólo de una tienda de alimentación donde ahora, además de su mujer, empleaba a otra vendedora, sino también de bienes inmuebles heredados sobre los que yo, un pelagatos, no tenía la menor idea. En consecuencia, debía felicitarle porque el destino me hubiera colocado delante a Jana. A propósito de esto, habría sido necesario que le aclarara, cosa que no hice, que también yo, por parte de mi padre, heredaría un día propiedades inmobiliarias, con los papeles en regla, de un valor considerable que él no podía siquiera imaginar. De modo que debía felicitarle por la suerte que había tenido su hija al encontrarse conmigo en la clínica de un charlatán promocionado por la televisión estatal. También debería haberle hecho observar que yo

pertenecía a esa categoría de personas para las que la riqueza no tiene el menor valor. Si quería a su hija no era a causa de que su enriquecido padre aspirara a engordar todavía más, sino sencillamente porque ella tenía un tornillo flojo, como me ocurría a mí. Finalmente, sólo a modo de recordatorio: a quién votaba yo era algo que me incumbía únicamente a mí. Si insistía en conocer mis opiniones políticas, se fatigaba en vano. No las tenía. Dicho con mayor claridad: me importaba un bledo la política. Gracias a su hija, leíamos regularmente la revista *Eros*, íbamos dos veces por semana al Chapi y yo me sentía en paz conmigo mismo.

Fue su mujer, como decía, quien me sacó del aprieto. Le sugirió a su marido que cerrara la boca. Literalmente le dijo: ¡Calla la boca de una vez! En un tono tan categórico que el otro quedó desconcertado. ¿Por qué?, dijo, ¿qué hay de malo en lo que digo? No es por nada, pero me importa saber en qué bando se sitúa políticamente mi futuro yerno. ¿Tengo derecho o no? No, no tienes derecho, le replicó la mujer, dispuesta a la pelea por lo que pude comprender. Entonces intervino Jana. Mintió. Tenemos una cita, dijo, nos vamos.

Como veis, cuando se me ofreció la posibilidad de poner algunos puntos sobre las íes, no pude aprovecharla. De este modo, en la cabeza de mi futuro suegro, que no llegó a ser tal, cosa que lamento, debió de engendrarse un malentendido. Sin yo pretenderlo, el malentendido en cuestión me desvalorizó a sus ojos, hizo que pareciera distinto de lo que soy. No sé si me seguís. Porque, cuando su mujer le hizo callar, a decir verdad sin mucho tacto en mi opinión, y yo elegí guardar silencio, el señor probablemente pensó: Este pordiosero no solamente es un pelagatos, además pertenece al bando contrario. Es lo que explica, a mi entender, la fría acogida que me dispensó durante los meses que siguieron, hasta que el capítulo Jana se cerró.

Todavía hoy, por muchos esfuerzos que haga, no consigo comprender por qué se terminó. Más vale que acerca de esto admitamos de mutuo acuerdo una verdad: ciertos capítulos se abren y se cierran porque sí, sin ningún motivo. Como venimos porque sí a este mundo, e igualmente porque sí lo abandonamos, en completa ignorancia. Si no estáis de acuerdo con esta constatación, permitidme entonces que concrete la idea, que utilice la sencilla lógica de la que nos servimos para adjudicar credibilidad a nuestras argumentaciones y os explique las cosas.

No recuerdo cuándo estuve por última vez en casa de Jana. Aquella debió de ser como todas mis visitas anteriores. Habitualmente iba por las tardes, esperando no encontrar a su padre en casa. Cuando me topaba con él, algún domingo, él continuaba dedicándose a sus asuntos, haciéndome esperarlo en el salón. Ya se había comprado un Opel azul y, durante mis visitas, se pasaba todo el tiempo ocupado en su coche. Lo guardaba en el patio, en un espacio reservado específicamente en la zona pavimentada, a la espera de construir un garaje en la otra. Yo no llegué a ver el garaje. Lo que significa que fui por última vez a casa de Jana antes de su construcción. Aparte de este hecho y del conocido menosprecio del dueño de la casa hacia mí, no guardo recuerdo de ningún episodio de especial naturaleza en nuestra difícil relación que pudiera haber contribuido a zanjar de

forma completamente inesperada para mí el capítulo Jana. En aquel tiempo también ella tenía el cerebro absorbido por el coche, asistía a clases para sacarse el carné, y la sección «Cómo interpretar vuestros sueños» ya no le interesaba tanto. Pero yo no había observado nada en su actitud que pudiera anunciar, ni siquiera de lejos, que el final de nuestra relación estuviera próximo. Recuerdo, por supuesto, nuestro último encuentro.

Fue en vísperas de mis exámenes de fin de carrera. Una tarde, ya avanzada, me llamó por teléfono para pedirme que la esperara al día siguiente por la mañana, hacia las diez, a la entrada de la callejuela del Chapi. Una petición así por su parte, a tan avanzada hora de la noche, no tenía nada de extraordinario para mí. Debía de haber visto alguna película con escenas de sexo. O sencillamente se había excitado por su cuenta. En estos casos, no lo niego, también yo me excitaba. Y esperaba con impaciencia a que llegara el día siguiente para presentarme el primero en el punto, a la entrada de la callejuela. Algunas veces llegábamos al mismo tiempo, como sucedió en nuestro último encuentro.

Chapi nos recibió alborozado. Se nos vino encima en cuanto penetramos en el patio, y Jana se ocultó detrás de mí. Se había vestido igual que en nuestro primer encuentro, en la clínica del charlatán: camiseta blanca, pantalones vaqueros, deportivas blancas, aunque su peinado era diferente, pues ahora llevaba el pelo muy corto y teñido de negro como pluma de cuervo. Yo no reparé de inmediato en estos detalles, y aunque lo hubiera hecho, difícilmente habría imaginado que Jana se había ataviado así de forma deliberada. Además, yo tenía la mente en otra parte: estaba sin un céntimo, Jana no me dejaba pagar nunca y cada vez que ella lo hacía resonaba en mis oídos la palabra «pelagatos».

Alzado sobre las patas traseras como un oso, Chapi colocó sus pezuñas delanteras sobre mi pecho, al tiempo que Jana aprovechó la ocasión para adelantarse en dirección al mostrador de la recepción. Chapi resolvió franquearme el paso sólo después de que le diera un beso entre los grandes ojos de color verde oliva mientras él me daba un lametazo. Entretanto, Jana me esperaba ya con la llave de la habitación en la mano. Eso me hizo comprender que había pagado. El recepcionista, muy educado con nosotros, si llegábamos a olvidarlo, no dejaba nunca de recordarnos que debíamos pagar por adelantado. Como de costumbre, en el interior del hotel reinaba un silencio excitante que nos acompañó hasta la habitación, donde comenzamos a desnudarnos cada uno por su cuenta. Nada más tendernos en la cama, Jana llevó su mano a mi sexo. De este modo comprobaba si resultaba necesario poner en aplicación las recetas de los especialistas en sexo de *Eros*.

Como era habitual, durante las dos horas que pasamos juntos no resultó necesario que Jana pusiera en práctica ninguna técnica especial para excitarme y, al fin, tuve la impresión de que ella, por así decirlo, estaba saciada. De que, al cabo de unos minutos, me pediría ayuda únicamente para abrocharse el sujetador. Pero no sucedió de ese modo. Ella continuó tendida en la cama, de pronto extendió la mano, la colocó sobre mi sexo y me susurró al oído: Quedémonos un poco más, he pagado por tres horas.

Era inútil llevarle la contraria, pero yo me sentía agotado; para reanimarme, Jana debió poner en aplicación su técnica preferida. Me da un poco de vergüenza describirlo, aunque no hay en ello nada de extraordinario, podéis imaginar que me estoy refiriendo a

caricias bucogenitales. Os pido disculpas. Mi objetivo no consiste en describir la maestría de Jana en la utilización del mencionado procedimiento. Me veo obligado a mencionar este detalle solamente para dejar claro que nada me empujaba a pensar que aquél sería nuestro último encuentro.

Jana no me hizo la clásica declaración para casos semejantes de que «Algo no funciona ya entre nosotros». Entre nosotros funcionaba. Funcionó también aquel día. Tras una lucha épica entre su boca y mi sexo, se quedó un rato inmóvil, de espaldas, y dejó escapar un suspiro. Mientras permanecíamos tumbados escuchando cada uno la respiración del otro, dijo: Maldita sea, ¿es verdad que tienes un primo que se llama Dhimitër Mikeli? ¡Vaya mierda! ¡Dime que no existe en tu familia un cabrón llamado Dhimitër Mikeli!

Guardé silencio. En aquellos instantes mi mente se encontraba muy lejos del ex fiscal del Estado. Tal vez hubiera sido necesario explicar que el cabrón llamado Dhimitër Mikeli no era simplemente un primo mío. Era ni más ni menos que mi cuñado, es decir, el marido de mi hermana, entonces emigrado a Grecia por motivos económicos. Pero mi buen humor ya estaba agriado. Ya fuera porque en aquel momento mi cuñado era la última persona de la que deseaba hablar, ya porque Jana había utilizado la palabra cabrón, el caso es que me sentí descolocado.

Ella esperó largamente a que yo dijera algo. No pronuncié una sola palabra. Me pareció inútil hablar. Dar explicaciones acerca de una persona a la que, ésa es la verdad, yo no tenía mucho cariño, sin mencionar que, a la viceversa, tampoco él sentía una alegría especial cuando se topaba conmigo. Es posible que, si yo hubiera dado muestras de un poco más de buena voluntad para aclararle a Jana esta circunstancia, nuestro capítulo no se habría cerrado. Al margen de que, como recordaría después, aquel día ella se había vestido como en nuestro primer encuentro, en la antesala de la consulta del charlatán, es decir, camiseta blanca y todo lo demás, cosa que, en cierto modo, debería haberme servido a modo de señal para comportarme con mayor delicadeza. Pero se me antojó torturante darle explicaciones sobre algo en lo que no me apetecía ni pensar.

Luego, para romper mi mutismo, Jana comenzó a contarme una historia. Me anticipó que no la había leído en la revista *Eros*. Y me preguntó si la estaba escuchando. Yo continuaba encerrado en mi mutismo. Ella decidió de todos modos contarme su historia, una historia real, la de un encarcelado, uno de sus allegados. A medida que hablaba, su voz comenzó a temblar. Es posible que tuviera lágrimas en los ojos, no estoy seguro. De lo único que estoy seguro es de que en cierto momento, en mitad del silencio de la habitación, puede que irritada por mi mutismo, ella gritó: Pero ¿por qué demonios ese cabrón que lleva por nombre Dhimitër Mikeli tenía que ser primo tuyo?

Estuve de nuevo tentado de aclararle que Dhimitër Mikeli no era simplemente un primo mío. Era ni más ni menos que mi cuñado. Y precisar que existían circunstancias atenuantes a mi favor, pues no nos teníamos demasiado aprecio el uno al otro. Pero ¿qué importancia tenía que yo y mi cuñado, el cabrón de Dhimitër Mikeli como lo llamaba Jana, no nos tuviéramos demasiado aprecio el uno al otro?

Al fondo de la callejuela la besé en las dos mejillas. Ella hizo lo mismo conmigo. En vano esperé durante la temporada de exámenes que alguna noche me telefonara. No lo hizo. Aunque tal vez viera películas eróticas y se excitara con ello. O simplemente se excitara por su cuenta. En ocasiones me digo que tal vez ella esperaba que yo la llamara primero. Pero tampoco lo hice. Y lo lamento. Jana fue mi última oportunidad perdida.

Por fin, al cabo de dos días de ausencia, reapareció en el bar. Ella lo vio en el momento en que alcanzaba su sitio habitual, en el rincón, con un fajo de periódicos bajo el brazo. Habitualmente, ella se apresuraba a servirle en cuanto tomaba asiento, ya sabía lo que tomaba. Incluso el barman se le adelantó. Éste preparó por tanto un café expreso, llenó una copa sencilla de Jack Daniel's y abrió una botella de agua mineral, sin darse cuenta de que de este modo, en lugar de facilitarle el trabajo, le complicaba las cosas a su colega.

Dina había esperado con impaciencia ese momento. Pretendía dejarle claro a su compañero de cama que tenía sentido de la dignidad y no podía permitirle a nadie comportarse con ella tan brutalmente como lo había hecho él dos días atrás, tras lo cual, ofendida, había salido de su piso decidida a no regresar más. Por tanto, de ahora en adelante le serviría como a cualquier otro cliente. Acudiría a su mesa cuando le llegara el turno, poco le importaba el estatus especial de que disfrutaba. Para empezar, le devolvería las llaves de su apartamento. Por desgracia, la diligencia del barman acababa de dar al traste con sus planes: no le quedaba otra solución que servirle.

Habría podido encontrar cualquier pretexto para no ir hasta allí de forma inmediata. Encerrarse en el lavabo, por ejemplo, el tiempo suficiente para que el otro notara su ausencia. Pero eso le pareció denigrante. Dispuso sobre la bandeja todo lo que el barman había preparado, recorrió sin prisas la distancia entre la barra y la mesa del señor, con idéntica calma colocó delante de él el café, el whisky y la botella de agua mineral, todo ello en un expresivo silencio que no pasó desapercibido. Perdóname si he llegado a ofenderte, le dijo el otro. Ayer no me encontraba nada bien. Ayer, no, rectificó ella, anteayer. De acuerdo, le respondió él, anteayer. Lo siento mucho.

Ella se negó a creerle. Conocía los trucos de los hombres para restablecer la paz con las mujeres. Para comenzar de nuevo cada vez que se les antojaba. ¿Por qué debía aceptar sus disculpas y con ellas sus arrebatos de mal humor? Cambió de conversación. Le preguntó si deseaba alguna otra cosa. Él le respondió que no quería nada más y ella se marchó olvidando lo principal: entregarle la llave. Y llevándose consigo el ademán de confusión que se dibujó en el rostro de él. Esa expresión bastó para que, en el último momento, dudara de su voluntad de ruptura. Pues si lo deseaba, ¿por qué no le había devuelto la llave?

Contrariada, tomó asiento en la mesa situada junto a la barra, desde donde podía controlar la sala. Intentó por centésima vez convencerse a sí misma de que aquel tipo ya no le interesaba. Era a un tiempo caprichoso y neurasténico. Un hombre insoportable. En

buena lógica habría debido regresar a su mesa y, tal como había decidido con anterioridad, depositar la llave sobre el tablero en mitad de un elocuente silencio. Pero no se movió.

Tampoco consiguió impedir que su mirada se volviera hacia él. Lo vio envuelto en una especie de extravío, mirando a través de la cristalera ahumada. Deslizó entonces la mano hasta el bolsillo de su delantal y apretó la llave entre los dedos, tal vez con objeto de encontrar el valor suficiente como para ir hasta allí y dejarla sobre la mesa, o puede que por miedo a que la llave terminara en el bolsillo de otra. Por ejemplo, en el de la rubia con gafas, cuyo retrato vigilaba todos los rincones del apartamento. No era precisa demasiada inteligencia para comprender que la rubia con gafas se encontraba muy por encima de cualquier otra a los ojos de él, por mucho que en una ocasión hubiera intentado convencerla de que, en la cama, Dina era inigualable. Pero ¿qué importancia tenía eso? Vista la situación, por respeto a sí misma, debía actuar. O aceptar el reto de la rubia y retener la llave, o reconocer su derrota y permitir que la susodicha llave terminara, si no en el bolsillo de la rubia, al menos en el de alguna otra.

No tuvo tiempo de tomar una decisión. El otro se puso en pie. Desde hacía algunos días, llevaba el mismo traje de verano, arrugado y plagado de manchas. Salió al exterior y desapareció de su vista. Ella continuó en su puesto hasta convencerse de que el hombre estaba ya lejos. Una vez segura de ello, fue a recoger la mesa que él acaba de abandonar. Había dejado el dinero que debía sobre el tablero. Lo cogió y lo guardó en su billetero, sin contarlo. Le llamaron la atención la copa de whisky sin tocar y los periódicos olvidados sobre la mesa. Sólo se había tomado el café. Echó una mirada al exterior pensando que podría encontrarse por los alrededores y tener intención de volver. Luego contempló el whisky y los periódicos. Si no pensaba regresar, ¿qué explicación podía darle al hecho de que no se hubiese tomado el whisky y sobre todo que hubiera olvidado los periódicos? Es verdad que últimamente no bebía, pero nunca había sucedido que se olvidara los periódicos. Está claro, se dijo. Ha dejado el whisky para engatusarme. Con intención de ablandarme. En cuanto a los periódicos, son un pretexto para que suba a su casa y se los lleve cuando termine mi turno.

Durante toda la jornada estuvo convenciéndose a sí misma de que el otro se había dejado los periódicos para hacerle entender que la estaba esperando arriba. En cuanto ella entrara en el apartamento, la tomaría en sus brazos para llevarla a la cama. Mientras se arreglaba en el lavabo del personal, excitada ante esa perspectiva, se cuidó de estar lo más seductora posible. Sabía que le encantaban los escotes generosos, los encontraba excitantes. Se desabotonó la parte alta de la blusa y, con los periódicos en la mano, se dirigió hacia el ascensor. Unos segundos después, ante su puerta, apretó el botón del timbre, pero del interior no llegó la menor respuesta. Después de insistir nuevamente en vano, introdujo la llave, la hizo girar en la cerradura y penetró en el apartamento. En el salón, donde la esperaba habitualmente, no había nadie.

Se detuvo en el umbral, asaltada por la mirada omnipresente de la rubia con gafas. Acto seguido cerró la puerta detrás de sí, eludió los retratos y la primera idea que se le

ocurrió fue abrir las ventanas o encender el aire acondicionado: el salón olía a cerrado y el aire era pesado y caliente. No hizo ni lo uno ni lo otro. La mudez del piso le hizo preguntarse si no habría interpretado mal su olvido. De todos modos, no perdió la cabeza. Con los periódicos en la mano, siempre bajo la mirada de la rubia de los retratos, se dirigió hacia el estudio, esperando encontrarlo ante su ordenador. Tampoco estaba allí.

Se había equivocado, él no la estaba esperando, sobre eso ya no cabía la menor duda. En su lugar, era la rubia con gafas quien la había estado esperando y la seguía por toda la casa. Ahora la desafiaba desde una gran fotografía en blanco y negro colgada de la pared, encima de la pantalla del ordenador. Por primera vez la recorrió una especie de miedo. No lo comprendía demasiado bien, pero una cosa le quedó clara: debía marcharse de allí a toda prisa. Pero, de todos modos, antes quería demostrarle a la rubia prepotente que no se dejaba impresionar por su mirada. Para demostrarlo, se sentó en la silla giratoria frente a la pantalla y a la foto de la pared. No te tengo miedo, le dijo. Te he desafiado cuantas veces he querido, en la cama. Él lo ha reconocido, ahí tú no vales nada. Insistió en estas últimas palabras y como, evidentemente, no obtuvo ninguna respuesta, experimentó un sentimiento de triunfo. Y su mirada, abandonando los ojos vidriosos y velados de la rubia, se detuvo en una carpeta situada sobre la mesa, en la que, mientras le hablaba a su rival, había apoyado las manos.

Era una carpeta de color negro. Desde el inicio de su relación, unos cinco meses, ella se había cuidado de no entrometerse en lo que no le correspondía. Las carpetas y otros papeles de la misma naturaleza, numerosos en aquel piso repleto de libros, ella los clasificaba en la categoría de las cosas donde no le correspondía meter las narices. Siempre se había atenido a este principio, y también aquel día lo habría hecho si hubiera estado más tranquila. Pero, pese a que había conseguido plantarle cara a la rubia, continuaba atenazándola un temor inexplicable. Tal vez porque el dueño de la casa podía llegar en cualquier momento y pillarla con las manos en la masa. Aunque quizás se tratara del peligro que planeaba en el aire viciado del apartamento y que tomó cuerpo en la forma de una etiqueta blanca pegada sobre la carpeta negra en la que aparecía escrito el nombre de Isabela Demiri.

En la última semana, ese nombre no cesaba de aparecer en los noticiarios de las diferentes cadenas de televisión y en las páginas de los periódicos. Era el de una joven gitana, primero dada por desaparecida, luego encontrada al cabo de unos días en el río, muerta.

La camarera se estremeció. El instinto de supervivencia la ordenaba huir, pero la curiosidad se impuso. Infringiendo su principio de no meter las narices donde no debía, abrió la carpeta. Dentro no había nada de particular. Sólo unos cuantos recortes de periódico, artículos y fotos. Le llamó la atención una de ellas donde aparecían tres jóvenes gitanas. Una pequeña flecha señalaba la que debía de ser Isabela Demiri.

Sintió una sacudida. Hacía una semana como mucho, mientras ponía un poco de orden en el dormitorio de él, había encontrado en un armario empotrado una manta sucia, salpicada de sangre. Acababan de hacer el amor y él estaba en el cuarto de baño. Una manta sucia, con manchas de sangre, no podía pasar desapercibida. Pero ella consideró

inoportuno mencionarlo. Incluyó la manta en la categoría de los objetos de aquella casa sobre los que no debía mostrar curiosidad. Y si le picaba la curiosidad, debía contenerse del mismo modo que lograba fingirse indiferente ante los retratos de la rubia con gafas, absteniéndose de preguntarle por qué se encontraban por todas partes.

Echó un último vistazo a su rival de la pared de enfrente, como si esperara obtener de ella una respuesta. Luego salió del estudio sin olvidar colocar los artículos y las fotos en su lugar, en el orden en que los había encontrado. Algo la impulsó a regresar al dormitorio y comprobar si la manta sucia continuaba estando en el armario. Pero en ese instante oyó ruido de pasos al otro lado de la puerta exterior del piso y se quedó paralizada. Tenía la boca seca. Se sentó en uno de los sillones del salón; en caso de que fuera él, le diría que había venido a traerle los periódicos. Permaneció allí sin moverse, más muerta que viva, hasta que los ruidos dejaron de oírse, luego se puso en pie de un salto. Rechazó definitivamente la idea de ir al dormitorio. Perseguida por la mirada de la rubia con gafas, que no cesaba un momento de vigilarla, salió del piso con el fajo de periódicos bajo el brazo. Se metió en el ascensor sin volver la cabeza. No pasó siquiera por La gaviota. Tenía un solo objetivo: llegar cuanto antes a casa. Vigilante para no darse de bruces con él en alguna calle.

Me siento particularmente en forma. Tal como se dice, bien predispuesto a hablaros de Veronika. Y, por favor, dejémonos de bromas por una vez. Vuestra insistencia en que no la conocéis y no habéis visto nunca su emisión semanal *Caleidoscopio* resulta ridícula. ¿Por qué me siento tan bien? Buena pregunta. Pero me temo que mi respuesta os va a decepcionar: ¡ni yo mismo lo sé! ¿Acaso es estrictamente necesaria una razón para sentirse bien?

Hoy por la mañana, mientras tomaba café, les eché un vistazo a los periódicos: nada que señalar. Luego, mis pies me condujeron hacia el edificio de la Dirección General de la policía. Lo digo con sinceridad, ni siquiera se me había ocurrido ir a ver al inspector Sabit Kurti. Al menos, no hoy. Pero mis pies me llevaban por su cuenta hacia él y tal vez contaban con poner fin a mi interminable pesadilla y proporcionarme un final alegre. No estaba de Dios. Poco antes de llegar a la entrada, sonó mi teléfono móvil desde el interior del bolsillo de mi chaqueta. A modo de información, es un regalo de Veronika. Un Samsung por el que pagó cuatrocientos dólares, y que proporciona una rica gama de melodías. Yo dejé seleccionada la que ella había elegido, un vals de Strauss.

Me encontraba por tanto muy cerca de la entrada de la Dirección General ignorando por qué mis pies me estaban conduciendo allí, cuando las notas del vals emergieron, desde el interior de mi bolsillo, del móvil que llevo allí por la fuerza de la costumbre. Un estremecimiento me recorrió de la cabeza a los pies. Tuve la impresión, completamente injustificada, de que debía ser Veronika. Deseé con toda mi alma que fuera ella. Era Gent Morina. Creí que ibas a venir a verme, me dijo. Todavía guardo la sección de sucesos para ti. ¿Vas a venir a verme o no? Y sin darme tiempo a que me explicara, cortó la conversación: ¡Esta noche, en Vila Champagne!

Si Gent Morina no me hubiese telefonado justo en ese instante –me encontraba a pocos metros de la oficina del inspector–, el día de hoy podía haber adoptado un curso del todo diferente. Y no me encontraría ahora aquí, en mi estudio, en forma óptima para hablaros de Veronika. Tampoco Gent Morina me habría invitado a Vila Champagne, donde me esperará en la terraza que domina del patio, tal vez de nuevo en compañía de la vedette amante del karate.

Pero no tiene sentido que vaya. Decidí dejar a un lado la «opción Gent Morina» y abandonar la idea, que en un momento de estúpida euforia me pareció genial, de burlarme de la maldad y la bajeza humanas en la sección de sucesos del periódico *Epoca*. No existe paradoja mayor que un criminal, y yo lo soy, pretenda asumir el papel de portavoz de la opinión pública. Además, de ese modo habría ofendido a cierta categoría

de individuos elegidos que ostentan meritoriamente el doble y simultáneo estatus de criminales y portavoces de la opinión pública.

No aspiro a ofender a nadie. Después de reflexionar, he llegado a la conclusión de que no soy capaz, tampoco digno, de asumir ese papel, mucho menos de medirme con la maldad y la bajeza humanas, objetivos demasiado ambiciosos para mí. De forma que me encuentro ahora en mi estudio porque Gent Morina, que en vano me esperará en Vila Champagne, me llamó por teléfono justo cuando me encontraba a pocos metros de la oficina del inspector. Y me detuve en la acera dudando entre dejarme llevar adonde me conducían mis pies o, como hice, ordenarles que regresaran. En resumen, que el azar ha cambiado hoy el curso de mi destino.

Me complacería mucho abrir con vosotros un debate acerca de la casualidad. Por ejemplo, también fue por casualidad cómo conocí a Veronika, la noche de Fin de Año de 1999, en el entorno más insólito: los lavabos para mujeres del hotel Tirana. Con el fin de complacer a mis padres, fui al restaurante de ese hotel en compañía de Anila y de mi cuñado Dhimitër Mikeli. Ellos querían que me divirtiera, y yo me divertí. Bebiendo. El alcohol se me subió a la cabeza. Pero no hasta tal extremo que pudiera confundir el lavabo de señoras con el de caballeros. Simplemente no le presté atención al signo convencional correspondiente sobre la puerta, y entré por error en el lavabo de señoras, donde mi aparición no inquietó a nadie; incluso una de ellas, la última de la cola, se echó a reír: esta noche, dijo, en la hora del tránsito de un milenio al otro, todo está permitido. Si quieres, puedes ponerte a la cola detrás de mí. En fin, si eres capaz de soportar los olores femeninos. Aquí solamente hay orina de mujer.

Las presentes rieron a carcajadas. Era evidente que habían bebido, incluida la que se había dirigido a mí. Juzgué oportuno no replicarle. Decirle por ejemplo que para mí no constituía ningún problema esperar detrás de ella. El problema surgiría más tarde, cuando los lavabos apestaran debido al olor nauseabundo de mis ventosidades...

¡De acuerdo, he vuelto a excederme, pido perdón! Creedme, no tenía intención de contrariaros. Y no es culpa mía haberme encontrado con Veronika por primera vez la noche de Fin de Año de 1999 en los lavabos de señoras del hotel Tirana. Porque, como podéis imaginaros, la que quiso burlarse de mí en el lavabo de señoras era Veronika. En aquel entonces ella aún no presentaba el programa *Caleidoscopio*. Y no la conocía ni de nombre ni de vista. Aunque ella sí me conocía, de nombre. ¡Imaginaos: leía mi sección «Historias verdaderas» en el semanario *Eros*! La leía en momentos de aburrimiento, me explicaría más tarde para ponerme de buen humor. Al parecer, ésta fue una de las razones por las que desperté su interés. Veronika debió de encontrarme gracioso. Por lo que a mí concierne, reconozco sin el menor complejo que sufrí un auténtico *coup de foudre*⁵. Aunque, en verdad, el ambiente no se prestaba al romanticismo, al igual que la serie de ingeniosidades escatológicas que acabábamos de intercambiar acerca de los aromas corporales...

Por favor, ¿qué significan esos aspavientos cada vez que me veo obligado a mencionar un detalle íntimo a propósito de Veronika? Ese género de susceptibilidad no va con vosotros. En nuestro ambiente, basta con rascar un poco el barniz para verse asaltado

por alguna especie de hedor. Eso vosotros lo soportáis, lo respiráis a diario, no os impresiona. Y os escandalizáis conmigo porque hoy me siento en plena forma para hablaros de Veronika. ¡Lo sé, no sentís deseos de que lo haga, no hay necesidad de que levantéis la voz! Por supuesto que no estáis obligados a darme explicaciones. Pero tampoco yo estoy obligado, al contrario de lo que vosotros me aconsejáis, a ir a Vila Champagne, donde Gent Morina me estará esperando, tal vez en compañía de la vedette amante del karate.

Yo no deseo discutir con vosotros. Prefiero retroceder un poco de nuevo. Con un movimiento de caracol. En busca de la concha perdida.

Mis pobres padres debieron de sentirse aliviados cuando, pasado el tiempo, observaron que ya no llevaba a Jana a casa. Por miedo a mis reacciones, no osaban siquiera preguntarme por ella. Si me hubieran preguntado, puede que hubiera reaccionado de mala manera: la culpa de que ya no llevara a Jana a casa la tenía un cabrón llamado Dhimitër Mikeli.

Todos los sábados, compraba la revista *Eros* e iba a sentarme en uno de los bares que Jana y yo habíamos frecuentado juntos. Pedía un café y un coñac y me ponía a leer con la esperanza de que ella apareciera. Quizás, pensaba un día, se haya ido con otro y el cabrón llamado Dhimitër Mikeli no fue más que un pretexto. Asediado por los celos, llegué a hacer algo ridículo. Durante varios días mantuve bajo vigilancia, desde un punto discreto, la callejuela que conducía al Chapi. No vi nada especial. Además, incluso si ella se estuviera viendo con otro, ¿por qué iba a ir al Chapi? Abandoné entonces la vigilancia. Dejé de ir también a los cafés donde me había reunido con ella. En cierto modo por la fuerza de las cosas. Después de acabar los estudios, no conseguía encontrar empleo. Esta situación se prolongó durante meses y, en esos meses, estaba sin un céntimo.

La monotonía de aquellos meses sin Jana quedó rota durante unos días por un acontecimiento de alcance. Meri, la madre de Elton, regresó tras más de cuatro años de ausencia. Aprovecho para señalar que en nuestra escalera no se había producido en ese tiempo ningún cambio digno de ser mencionado. El apartamento situado frente al nuestro, vacío desde hacía tiempo, continuaba sin habitar y, sobre la puerta de entrada, condenada con un gran candado además de la cerradura, se encontraba aún la etiqueta de plexiglás blanco con el nombre de Qenan Dika en letras mayúsculas y negras. La única transformación tal vez digna de ser mencionada era la fortificación de las ventanas del edificio con verjas de hierro. Por miedo a los maleantes que rondaban por los alrededores, los vecinos de los pisos bajos fueron los primeros en adoptar medidas de protección. Con el tiempo, su ejemplo fue seguido por los vecinos del primer piso. Nosotros, los del segundo, nos contentamos con enrejear las ventanas de la escalera, por las que un asaltante podía acceder fácilmente a los balcones y, con idéntica facilidad, penetrar en los pisos con objeto de saquearlos.

El jefe de camareros del Taiwán también estaba de regreso. Mi madre se había cruzado con él en el rellano cuando entraba en su apartamento con unas desconocidas. No ha cambiado, dijo con un deje de ironía. Fue suficiente para que yo comprendiera

que el jefe de camareros continuaba exhibiendo el desparpajo de un don Juan.

La pareja divorciada había sido vista almorzando en el restaurante de uno de los hoteles suntuosos construidos recientemente en la capital. Pero no habían regresado por razones sentimentales, todo lo contrario: tenían intención de vender la casa.

Nadie consiguió averiguar detalles sobre la vida del jefe de camareros a partir de su marcha a Grecia. Por el contrario, todo el mundo se enteró de las novedades a propósito de su ex esposa. Vive en Turín y se ha casado con un italiano, dijo mi madre una noche, antes de que ella acudiera a visitarnos. Al comienzo había trabajado como camarera en el restaurante del italiano quien, siendo viudo, había acabado proponiéndole matrimonio. Si yo no quería encontrarme con Meri al día siguiente por la mañana, cuando viniera a vernos, debía ingeniármelas para no estar en casa. No había ninguna razón para que mis padres se extrañaran de mi ausencia y mucho menos para que me pidieran explicaciones. Pero este razonamiento pueril me demostraba que continuaba sintiendo deseos de verla, y el solo hecho me irritaba.

Al día siguiente salí de casa por la mañana temprano. ¡Error táctico! Hasta las diez, momento en que se esperaba su llegada, quedaban cerca de tres horas que no sabía cómo emplear. Me di cuenta de que me resultaría difícil resistir la tentación de ir a ver a aquella mujer. Ni siquiera mi fiel amiga, la revista *Eros*, me sirvió de ninguna ayuda. La compré en el primer quiosco que me salió al paso, lo que significa que era sábado. No recuerdo la fecha exacta. Sé que era el mes de mayo. Fui a sentarme a uno de los bares del Parque de la Juventud, pedí un café (para el coñac no me llegaba el dinero), y eso me proporcionó el derecho a permanecer en el local el tiempo necesario para leer la revista de principio a fin. Sin embargo, el tiempo no pasaba. Y cuando las manecillas señalaron la diez, cedí a la tentación.

Estaba jadeante cuando llegué a casa por miedo a no encontrar a Meri. Intenté hacerme el despistado de modo que mi regreso pareciera no guardar relación con su visita. Todo el mundo estaba en el salón, pero yo, en lugar de dirigirme allí, fui a la cocina y encendí el televisor. Apareció mi padre. La madre de Elton está en la sala, anunció. Ven a saludarla, le gustará verte.

No sabría decir si Meri se alegró de verme. Sonrió, se puso en pie y me tendió la mano. Estás hecho un hombre, observó. Y volvió a sentarse en el sillón frente a la Virgen. No creo haber visto en mi vida una mujer más hermosa que aquella. Ante mí se encontraba la madre de Elton, la ex esposa del jefe de camareros del Taiwán, y al mismo tiempo yo veía a otra mujer, diferente de la que antaño se deslizaba por las noches en mi cama con sus pechos de color chocolate.

Toda una señora, sentenció mi madre. De forma indirecta expresaba de este modo su desprecio por su ex marido el tarambana, que no había sabido apreciarla en su justo valor. Ahora esos valores se imponían; mis padres la trataban casi con reverencia. Se diría que se encontraban ante una desconocida que no solamente era muy bella, sino que además tenía clase: sabía estar, hablar, reír. Seducir. Cuando manifestó su deseo de marcharse –no permaneció mucho tiempo– ellos la acompañaron hasta la puerta de nuestro piso. Luego regresaron junto a mí. Lo que había maravillado a mi madre debía

de ser, también, la dulzura en la mirada de Meri, su cutis impecable. Como lavado con leche, dijo. Yo añadiría los labios sensuales, pintados de un rojo encendido, a los que mis ojos iban a parar una y otra vez. Durante el tiempo que duró su visita, mientras mis padres la rodeaban de una solicitud que me provocaba deseos de llorar, pensé que el italiano viudo –las malas lenguas precisaban que era de una edad un tanto avanzada y Meri había aceptado su proposición de matrimonio para garantizar el futuro de su hija– no podía haber sido insensible al nacimiento de sus pechos, que ella llevaba maduramente al descubierto. Yo me cuidé de no posar mis ojos en ellos para no dar la lamentable sensación de que la estaba desnudando con la mirada. De todos modos se marchó enseguida y yo permanecí en la sala de visitas sumido en una estúpida melancolía: nunca volvería a ver a aquella mujer, ni a su hijo. Ella nos dijo que se encontraba desde hacía tres años en Australia, en Sídney. No sabía gran cosa sobre él excepto que se había convertido a la religión protestante.

La partida de la pareja divorciada trajo consigo ciertos cambios. No transcurrieron muchos días y en el piso situado frente al nuestro se establecieron los nuevos propietarios. No se supo a qué precio lo habían comprado. Según los autoproclamados expertos inmobiliarios de nuestro barrio, el valor de un piso en la zona en que habitábamos, con las calles repletas de charcos malolientes tanto en verano como en invierno, el agua potable mezclada con las aguas fecales, los sótanos inundados debido al atasco de los colectores provocado por las construcciones salvajes, llegaba, como mucho, a los cuatro millones de leks. Sumándole unos quinientos mil por el *aire*, hacían unos cuatro millones y medio. De este modo tuve conocimiento de un fenómeno de la época. Nosotros, los habitantes de la segunda y última planta, en compensación por los sufrimientos provocados por las goteras que inundaban nuestros apartamentos con la más leve lluvia, gozábamos de un privilegio: el *aire* por encima de nuestros techos era nuestro. Dicho de otro modo, podíamos construir una planta suplementaria encima de la nuestra.

Puede que esta perspectiva hubiera atraído a los nuevos vecinos. Nada más instalarse, se apresuraron a quitar la vieja placa con el nombre de Qenan Dika sin sustituirla por otra. Eran marido y mujer con un hijo en edad escolar. Con ellos vivían otros dos hombres, uno en torno a los treinta y el otro algo más joven, hermanos del cabeza de familia. Todos taciturnos, huraños, volvían a casa ya avanzada la noche. A excepción del muchacho, que entraba y salía con la llave colgada del cuello, los veía raramente. Su comportamiento retraído pareció quedar confirmado cuando, en lugar de la existente de madera, instalaron una puerta blindada, siempre sin etiqueta, lo que significaba una especie de fortificación de las fronteras ante las incursiones de los vecinos.

Es verdad que mis pobres padres no eran en exceso invasivos, pero tampoco les gustaban las fronteras fortificadas. A partir de los mencionados hechos, edificaron dos hipótesis. Los nuevos vecinos debían de ser nuevos ricos, que por lo general no les confiaban su dinero a los bancos y lo guardaban en casa, o bien pertenecían a esa clase de personas que, por diferentes motivos, por ejemplo deudas impagadas, enemistades o

conflictos, se mantenían siempre alerta. Una placa con su nombre sobre la puerta serviría de indicio a los eventuales acreedores o enemigos.

Estas hipótesis, con el tiempo, quedaron en entredicho. Justo después de ellos, ciertos pobladores de nuestra escalera se proveyeron también de puertas blindadas. El primero en seguir su ejemplo fue Zyhdi Treni, el vecino de la planta baja. Este instaló una puerta de color marrón oscuro provista de una mirilla y de una aldaba en forma de puño. La imbécil Manjola, sola con sus padres, pues sus dos hermanas ya se habían casado, no podía quedarse atrás. Mandó instalar una puerta blindada casi idéntica a la del vecino de enfrente y muy pronto la mitad de los pisos de la escalera tenían puertas blindadas. Nuestros antiguos vecinos no eran nuevos ricos. Ni estaban endeudados ni tenían enemistades. Se trataba al parecer de una enfermedad contagiosa. Y si nunca se supo quién desató la epidemia de las ventanas fortificadas, al menos sabemos que el virus de las puertas blindadas lo trajeron los nuevos vecinos.

En lo que a mí concierne, durante aquella virulenta temporada, no me sentía nada bien: vivía como un parásito a costa de mis padres. Hacer carrera en el periodismo era algo que ni siquiera imaginaba. Mucho menos en la revista *Eros*. Sin embargo, un día se me ocurrió una de esas ideas mías insensatas, así llamadas geniales: comunicarme con Jana por medio de las páginas de *Eros*. Mis primeros escauceos en el periodismo tienen como punto de partida esa ocurrencia que adoptó la forma de un juego virtual al que contribuyó, además de Jana, un ordenador en el que mataba mi tiempo.

Un regalo de los esposos Mikeli, esta vez comprado en Atenas, no en París, con motivo de mi cumpleaños, el último antes de que ellos regresaran todos juntos de Grecia en vísperas de las Navidades, para quedarse hasta el Año Nuevo. Anila fue franca: No es nuevo, me dijo, lo hemos comprado por casi nada a un amigo griego de Dhimitër. El especialista que vino a instalarlo junto con la impresora no empleó las palabras «no es nuevo», sino «está prácticamente muerto».

En mis esfuerzos por matar el tiempo con aquel ordenador casi difunto, más que nada haciendo solitarios, conseguí escribir algo. Ese texto debía ayudarme a restablecer mis relaciones virtuales con Jana, ya que no las correspondientes a la vida real. Para redactarlo debí releer con ojo crítico cierto número de artículos de la sección «Cómo interpretar vuestros sueños». Fue así como llegué a la conclusión de que *Su. Li.* debía de ser un impostor. Más tarde, Suela me explicaría que aquellos no eran artículos suyos en sentido estricto. Se trataba en realidad de artículos tomados de revistas extranjeras que ella se limitaba a traducir y adaptar. En todo caso, mis esfuerzos por entrar en contacto virtual con Jana me condujeron a establecer una relación real con Suela.

Mi estrategia era de una solemne ingenuidad: esperaba que Jana mordería el cebo que yo le lanzaba. Ella nunca ponía en cuestión las alcahueterías de *Eros*, como consecuencia, no tenía ningún motivo para no creer en la interpretación que yo hacía de su sueño recurrente, acerca del que nadie hasta entonces había emitido un veredicto. De modo que una mañana de septiembre salí de casa con mi artículo terminado en el bolsillo. A decir verdad, no estaba demasiado tranquilo, me sentía incluso un tanto

culpable. Si el texto, que yo había firmado *B. Te.*, se publicaba, Jana lo leería maravillada. Al encontrar explicación para su sueño obsesivo, trataría de entrar en contacto con *B. Te.*, el nuevo especialista en la interpretación de los sueños, sin saber que éste, lo mismo que *Su. Li.*, le estaba tomando el pelo. Porque así se lo había ordenado el cerebro en una época virulenta.

La redacción de *Eros* ocupaba dos habitaciones en un edificio situado en las proximidades de un parque de juegos construido tiempo atrás para los jóvenes. En la época moderna, dos organizaciones no gubernamentales habían establecido allí sus oficinas, además de una fundación y de la revista *Eros*. Para entrar en el edificio, primero había que atravesar una especie de puesto de guardia, una cabina provista de teléfono ante la verja que circundaba el patio, en la que se encontraba un guarda. Éste hacía las veces de intermediario entre los visitantes y el personal del interior. Tenía asimismo como tarea alzar o bajar una barrera de madera cada vez que un coche entraba o salía del recinto.

Yo intenté colarme sin dirigirme al guarda, pero sin resultado. Él dio un grito y yo di media vuelta. Cuando me interrogó acerca del objeto de mi visita, respondí de un modo en absoluto convincente. Buscaba a una persona de la que sólo conocía las iniciales, *Su. Li.* Tal vez sea chino, pensé añadir en broma, aunque esto último no osé mencionarlo siquiera. Así pues, le pedí disculpas y le rogué que me ayudara. No conozco a la persona, le dije. Trabaja en la redacción de *Eros* y firma sus artículos con estas iniciales.

Él me miró con gesto de desconfianza, creyendo tal vez que me estaba burlando. Sin embargo, el sentido de la responsabilidad de aquel hombre parecía ser muy elevado, de modo que telefoneó a alguien y con la mayor seriedad le dijo: Hay aquí un tipo que busca a un tal *Su. Li.* ¿Tenéis a alguien ahí con esas iniciales? Siguió un silencio muy prolongado, pasado el cual el vigilante colgó el teléfono. No puedo dejarte pasar, me comunicó, tendrás que esperar aquí. Me vi obligado a esperar largo rato. Hasta el momento en que, a la entrada del edificio, en lugar del supuesto chino, apareció Suela.

Inicialmente no establecí ningún vínculo entre ella y las iniciales *Su. Li.* Cuando echó a andar en dirección a la cabina del guarda, donde yo permanecía junto a la cerca por su parte exterior, continuaba esperando que apareciera por las escaleras alguien que, poco más o menos, encajara en la imagen que me había hecho de *Su. Li.* Por su parte ella, como me contaría más tarde, pensaba que yo sabía de sobra quién se ocultaba tras aquellas iniciales y que había acudido deliberadamente en su busca. Por lo que vi, le complacía lo que ella interpretaba como un juego, de modo que no la contradije.

Con el fin de que mi visita alcanzara su objetivo, es decir, la publicación del artículo que interpretaba el sueño de Jana, habría sido conveniente que le despejara a Suela nuestras respectivas confusiones. Que la historia de las iniciales no era un juego y que esperaba realmente a otra persona. Pero esta explicación habría requerido aclaraciones complementarias. Habría tenido que contarle a Suela lo que me había empujado a llamar a la puerta de la redacción, lo cual me pareció imposible. Ella parecía contenta de verme, convencida de que el juego con las iniciales lo había inventado para ella. No quise decepcionarla. Y, a mi pesar, me metí en un nuevo juego. Acepté, por supuesto, su

invitación a que fuéramos a tomar un café en un bar allí cerca. Renuncié al juego en el que pretendía comprometer a Jana para entrar en el que me propuso Suela.

Ella eligió un *cappuccino*, yo una copa de coñac. Mientras ambos saboreábamos nuestras bebidas, no lo niego, mi cerebro empezó a fantasear. Durante todo el rato que permanecimos el uno frente al otro, ella sorbiendo su cappuccino, yo mi copa de coñac, más tarde ambos ante los recipientes vacíos, hice lo imposible por refrenar mi imaginación. Pero la única cosa que no llegué a imaginar ese día es que muy pronto formaría parte de la redacción de *Eros*. Gracias a la intercesión de Suela, me propusieron el humilde puesto de corrector.

Aquel olvidado septiembre de 1995, *Eros* continuaba apareciendo en el formato de un periódico cualquiera. Con la cabecera y los titulares principales en color rosa. Al contrario de lo que creía cuando Jana y yo la leíamos juntos, la confeccionaba un pequeño equipo. Contando al director y a la maquetista, sumaban en total cuatro personas. El resto eran colaboradores externos, incluida Suela.

Este hecho algo decepcionante para mí —esperaba algo más impresionante— no me impidió que aquel final de septiembre del olvidado año de 1995 viera las cosas algo así como color de rosa, pues no vacilé en aceptar la proposición que me hicieron. El director y yo cerramos el acuerdo, en su despacho, en presencia de Suela. No con la firma de ningún contrato escrito. Fue una especie de acuerdo entre caballeros, pues me pareció que el director era un hombre de honor: de unos cuarenta años, ligeramente barrigudo y de pelo un tanto escaso. Él me expuso brevemente y con claridad mis deberes y mis derechos. Me aclaró que, a propósito de uno de estos últimos, la remuneración, teniendo en cuenta las dificultades financieras por las que atravesaba la revista —pronunció estas palabras con expresión desolada—, no podía pagarme más que sesenta mil leks viejos al mes, pero estaría asegurado. A mi entender, la expresión «dificultades financieras» contrastaba un tanto con el aspecto lujoso de su despacho, pero reparé de inmediato en que yo me encontraba allí por otro motivo. Y acepté sin reservas su proposición.

La redacción propiamente dicha ocupaba una sala mayor que el despacho del director, en cuyo centro, sobre una mesa redonda, había un ordenador y una máquina de escribir Olivetti. El ordenador estaba a cargo de Nevila, así se llamaba la maquetista, una chica joven de cabello castaño, largo y rizado. También lo utilizaba la jefa de redacción, una señorita también, aunque de más edad que la informática, de cabello negro, muy corto. Se llamaba Moza. Había además un redactor, Faslli, que, como la maquetista y yo, trabajaba a las órdenes de Moza. Este cincuentón había trabajado como redactor en la editorial Naim Frasheri, ya quebrada. Fumaba y bebía, habitualmente coñac, de modo que olía siempre a tabaco y a alcohol. Completaban el cuadro dos escritorios de madera de haya, con sus sillas. En principio, uno estaba destinado a Moza, pero ella no se sentaba nunca allí. Con su consentimiento, comencé a utilizarlo yo. El otro escritorio, situado junto a la ventana, era el de Faslli. A diferencia de Moza, que no acudía a la redacción más que el día en que se paginaba, a Faslli se lo encontraba siempre en su mesa, supervisando. Muy de tarde en tarde visitaba la oficina el director, trayendo un

artículo que alguien debía de haberle entregado en mano y esperando que con su presencia se aceleraría su publicación.

¡Mis pobres padres! No creo haberles dado nunca una noticia más regocijante que la de haber encontrado empleo, aunque, lo comprenderéis, no les complacía mucho que trabajara en una revista así. Con el fin de contentarlos, decidí entregarles regularmente la mitad de mi salario. Ellos no aceptaron más que los regalos que les hice el día en que recibí mi primera paga: un pañuelo para mi madre, una camisa y su correspondiente corbata para mi padre. Los compré en el Mercado de los Çames. Para ser sincero, debo admitir que esta idea no partió de mí sino de Suela.

En aquel entonces ella trabajaba como periodista en la televisión estatal, en la redacción de informativos. Si Suela se hubiera empeñado, como Jana, en conocer a mis padres, su rostro no habría resultado desconocido para ellos. La veían en las noticias de las ocho, hacia el final, cuando le llegaba el turno a la crónica cultural. Si la hubiera llevado a casa, los argumentos con los que ellos habían expresado antaño sus reservas hacia Jana no se habrían sostenido en pie. Tampoco las mujeres del edificio habrían tenido nada que reprocharle. Pero Suela no se planteó siquiera la posibilidad de conocer a mis padres, pese a que la idea de los regalos partiera de ella. Debía de ser un jueves. Estoy seguro de ello porque el jueves a mediodía era cuando ella venía a entregar su rúbrica «Cómo interpretar vuestros sueños». Previamente había aceptado mi medrosa invitación a que comiéramos juntos. Digo medrosa porque aunque mi viejo rival Ilir Xhindi no se encontraba entonces en Albania –asistía a un curso postuniversitario en Roma–, eso no significaba que yo pudiera llenar automáticamente el vacío dejado por su ausencia. En estas condiciones, aunque Suela hubiera aceptado mi tímida invitación, yo me sentía molesto, un tanto acomplejado si queréis.

Ese día –yo la esperaba sentado ante mi escritorio–, después de haber entregado sus textos, vino hacia mí y me cogió de la mano. Antes de ir al restaurante, me dijo, demos una vuelta por el Mercado de los Çames. Por un instante, mis ojos se detuvieron en su mano posada sobre la mía. Era un gesto espontáneo que utilizaba con todo el mundo, pero a mí me causó impresión. La suavidad de su contacto me excitó tanto que me vi asaltado por el deseo insolente de proponerle renunciar por el momento al Mercado de los Çames, también al restaurante, e irnos directamente a otra parte, a un ambiente más íntimo situado a no más de quince minutos a pie. Allí nos daría la bienvenida un perro magnífico llamado Chapi.

No hice nada de eso. No sólo porque mi insolencia podía ser recompensada con un sopapo sino, sobre todo, porque tuve una visión de mi viejo rival. Hizo aparición en cuanto Suela me tocó la mano. Y no se despegó de mí durante todo el camino hasta el Mercado de los Çames, donde compramos el pañuelo para mi madre y la camisa y la corbata para mi padre. Luego, vino con nosotros al restaurante, uno llamado Las Vegas si no me equivoco. Tenéis que recordarlo, continúa estando allí, no ha pasado tanto tiempo. Una edificación de madera levantada en el jardín de la Galería Nacional de las Artes, al borde del gran bulevar. Ilir Xhindi estaba presente cuando Suela y yo nos sentamos el

uno frente al otro. Para desafiarme, se situó en la silla de al lado de mi invitada. Teniendo en cuenta mi objetivo, no puedo considerar mi primera comida en compañía de Suela como un fracaso, de todos modos no recuerdo nada a excepción de un detalle. Me representé a mi rival en la apariencia de un gusano. Vestido con vaqueros, no se apartó de nosotros un solo momento. Tal vez fuera gracias a la presencia del gusano como conseguí refrenar mis impulsos. No revelarles a Suela la existencia de un rincón oculto al que podíamos ir sin temor, aunque, nada más llegar allí, se abalanzaría sobre nosotros un perro magnífico llamado Chapi. De todos modos, nunca fuimos al Chapi, no a causa del perro de apariencia temible –ella amaba a los perros, tenían uno en casa, tan grande y cariñoso como Chapi–, no quiso ir allí sencillamente porque, según me dijo, le parecía un lugar inapropiado.

Prefería otro hotel, sin jardín y sin perro, con el resonante nombre de Excelsior. Pertenece a una categoría visiblemente más elevada que el Chapi y se encontraba prácticamente en el centro. Allí todo el mundo conocía a Suela. Yo no mostré curiosidad por saber qué vínculos la unían a aquel hotel. El problema que se me presentaba a mí era bastante más práctico: el precio de la habitación. No podía permitir que pagara Suela, como había sucedido en el caso de Jana. A este respecto, aunque ahora tenía un sueldo, durante este periodo continué padeciendo una cruel carencia de dinero. Afortunadamente, aunque esto me produjera cierta frustración, contaba con el alivio de que Suela no aceptaba que nos viéramos más de una vez a la semana, el sábado por la mañana.

A las once, la esperaba en la acera no muy lejos de la entrada del hotel. Vestido lo mejor que podía. Nuestros encuentros semanales finalizaban siempre con una comida en un restaurante. Yo tenía a menudo la impresión de que ella encontraba más placer en la comida posterior que en nuestras sesiones en la habitación. En el restaurante, nuestra mesa habitual estaba siempre libre por encontrarse en un rincón, algo apartada de las otras, en general reservadas por personajes conocidos o extranjeros. Ésta era la razón por la que Suela quería que fuera bien vestido. En cierta ocasión, para darle gusto, me puse un traje con camisa y corbata nuevas, que había comprado con ese fin. Nada más verme, Suela me dijo con acento burlón: Eso es producción china, te lo has comprado en el Mercado de los Çames. A partir de ese día, cuando iba a reunirme con ella en el hotel, nunca volví a ponerme nada que hubiera comprado allí.

La habitación donde nos encerrábamos, no más de una hora, se encontraba en la quinta planta. A diferencia de Jana que, ardiendo de impaciencia, nada más entrar se apresuraba a desnudarse ella sola, Suela esperaba a que yo le quitara la ropa. Una vez desnuda, se apoyaba en mí. Eso significaba que debía tomarla en brazos y llevarla a la cama. En el momento de la penetración, Suela emitía un leve gemido. Un gemido igualmente leve emitía en el instante del orgasmo. Con esto, la sesión se daba por finalizada. En raras ocasiones, casi a disgusto, aceptaba hacer el amor una segunda vez, aunque prácticamente sin tomar parte activa. Yo estaba acostumbrado a Jana, y su falta de participación me hacía sufrir. Una vez sosegada, Suela me decía con una olímpica calma: Ahora ya basta, y se levantaba para ir al cuarto de baño.

Las ideas más inteligentes se le ocurrían en el restaurante. Éste se encontraba en la segunda planta del hotel y, para descender, tomábamos el ascensor. Ella delante, yo detrás, atravesábamos la sala. Ahora, yo tenía prisa por acabar de comer cuanto antes. Sin embargo, Suela no comenzaba a sentirse a gusto más que cuando nos sentábamos a la mesa. No daba muestras de apresuramiento y esperaba pacientemente a que el camarero viniera a tomar nota. Si yo le hubiera manifestado alguna vez mi deseo de que subiéramos de nuevo a la habitación para hacer el amor, seguro que no habría aceptado, por lo tanto me abstenía de hacerlo. Así, sexualmente insatisfecho, me esforzaba por mantener la calma. La espera para saciar mi apetito sexual con Suela comenzaba inmediatamente después de que hubiéramos hecho el amor, y aún debería transcurrir una semana entera para encontrarme con ella el sábado siguiente, a las once frente a la entrada del hotel, y puede que fuera ésta la razón de que me mostrara paciente: Suela nunca alcanzaba a saciar el hambre que yo tenía de ella.

Una vez sentada a la mesa, se transformaba; se le ocurrían las ideas más brillantes. Aparecía ante mí una mujer completamente diferente de la que había encontrado en el lecho. Llena de vivacidad, enérgica. Mientras en la cama se dejaba llevar y no conseguía animarla ni poniendo en práctica los métodos recomendados por *Eros*, a la mesa los papeles se invertían, ella se tomaba la revancha. Ahora era yo quien se abandonaba en sus manos. Suela no paraba de hablar, bombardeándome con informaciones y consideraciones acerca de los personajes presentes en el salón, hombres y mujeres, a mis ojos desprovistos de interés. Y degustaba con gran fruición los platos que el camarero le servía.

Durante una de estas sesiones de revancha a la mesa, Suela me manifestó una de sus ideas. Tú no puedes pasarte toda la vida de corrector, me dijo. Debes intentar escribir. De este modo me situó ante el sendero que, por azar, me había conducido hasta ella: el texto falsario que yo había escrito siguiendo el ejemplo del especialista *Su. Li.*, en el que trataba de explicar el sueño obsesivo de Jana. Se lo había entregado durante nuestro primer encuentro en la redacción. El sueño de Jana consistía en lo siguiente: Se veía a sí misma, al crepúsculo, en una ciudad abandonada. Se sentía terriblemente angustiada vagando por unas calles que no conocía pero que le resultaban familiares; por dondequiera que iba, tenía la sensación de que alguien la seguía. Intentaba correr para volver a casa, pero no lograba correr ni encontrar su casa. Cuando su perseguidor se acercaba mucho a ella, lanzaba un alarido y toda su familia despertaba aterrada.

Como puede imaginarse, no le conté a Suela la verdad acerca del texto. Me conformé con decirle que me había servido de sus propios artículos para redactarlo. Puede que esto le gustara más que el texto mismo, y lo publicó en la sección «Cómo interpretar vuestros sueños». Firmado *B. Te*.

En vano esperé que Jana acudiera a la redacción en busca del especialista que, al fin, había logrado desentrañar su sueño. Por lo que se ve, ya no leía *Eros*.

Dina eludió las calles secundarias. Algunas podrían haberla conducido más rápidamente al centro, pero corría el riesgo de encontrarse con él en alguno de los numerosos cafés y restaurantes que las bordeaban. Y su mayor temor en aquellos momentos era enfrentarse a él. Desde que había abandonado el apartamento, le retumbaba en la cabeza una pregunta angustiada: ¿quién era aquel hombre?

Aturdida más por este interrogante que por el intenso sol, acabó llegando al centro de la ciudad. Habitualmente hacía el camino hasta casa a pie. En autobús, no había más que tres paradas en dirección Estudios Cinematográficos, pero ella odiaba los autobuses. Iban apretados como sardinas en lata, se veía obligada a soportar toda clase de alientos y demasiado a menudo a hacer frente además a los obsesos sexuales. Olvidó todo esto mientras se apresuraba bajo el ardiente sol, sin conseguir liberarse del miedo a verle aparecer de pronto. Una vez en la parada —era la hora punta—, se reprochó a sí misma: ¡Mira que eres imbécil! ¡Llevas meses haciendo el amor con un loco!

La llegada del autobús interrumpió sus pensamientos. Siguió a la multitud y los codazos comenzaron aun antes de subir. Sacudida por todos lados, recordó que llevaba el bolso al hombro y se lo apretó fuertemente contra el pecho. Arrastrada por la multitud, se encontró en mitad del autobús, rodeada de hombres. La situación se prolongó mientras el autobús recorrió tres paradas, hasta que, finalmente, descendió asqueada. Entonces, sobre la acera, de nuevo bajo el ardiente sol, la angustia volvió a asfixiarla. Se le apareció el rostro de su amante con los rasgos afilados, el brillo febril en sus ojos. Ya no le quedaba la menor duda: además de loco, era un asesino.

Aterrada por esta conclusión, Dina llegó a su casa, un apartamento de dos habitaciones con cocina-comedor en la primera planta de un edificio ya antiguo, de aquellos en cuya construcción habían participado sin remuneración los vecinos del barrio necesitados de alojamiento. A su madre, que se inquietó al verla, no le dio explicaciones. Le pidió que la dejara tranquila y se encerró en su habitación. Allí se dejó caer sobre la cama, incapaz de razonar, con un nudo en la garganta, a punto de echarse a llorar por lástima de sí misma. En lugar del cuerpo de la gitana, podían haber encontrado en el río su propio cuerpo. En los periódicos, su fotografía. Leer su nombre escrito en grandes titulares y hacer toda clase de especulaciones sobre las causas de su desaparición. Sin descubrir jamás al asesino, como hasta aquel momento no se había descubierto al de la infeliz gitana, muerta en el apartamento al que ella había subido con la expectativa de hacer el amor sólo una hora antes.

No pudo contenerse más y se dejó arrastrar por el llanto. Esto pareció hacerle algún

bien, pues entonces pudo empezar a formular algún razonamiento. Debía necesariamente buscar consejo, confiarse a alguien. Pero ¿a quién? Descartó, por supuesto, a sus padres. Quedaba su hermana mayor, su confidente de toda la vida. Pero se encontraba en Grecia, había emigrado para ganarse la vida junto con su marido y sus hijos. No tenía más hermanos. Es verdad que contaba con su amiga la de las gafas, a la que consideraba como una hermana, aunque era de una imperdonable ingenuidad, y ya la había colocado en demasiadas ocasiones en una situación incómoda convirtiendo en objeto de conversación con terceros ciertos detalles de su vida privada. ¿En quién buscar consejo entonces, a quién confiarse?

Hacia la caída de la noche llegó a la triste conclusión de que, aparte de su hermana, no podía confiarle su secreto a nadie. Y que, para ella, nada volvería a ser ya como antes. Su vida se había complicado de pronto, se sentía amenazada. Debía reaccionar, hacer frente al peligro. De otro modo podía padecer el destino de la gitana. Y el de tantas otras mujeres destrozadas, encontradas en fosas o estanques, descompuestas hasta tal extremo que, en algunos casos, quedaban sin identificar. Con los nervios de punta, recordó una película sobre un maniaco sexual que asesinaba a sus víctimas. Una película terrible, con escenas de violencia, y se estremeció ante la idea de que tal vez también su amante, con el que hacía el amor desde hacía varios meses, no era otra cosa que un asesino en serie.

Esta última aprensión puso fin a sus vacilaciones. Sólo tengo un camino, se dijo: ir mañana por la mañana a la comisaría, denunciarle y pedir protección. Sólo después de haber recibido garantías de que mi nombre permanecerá en el anonimato. Este último detalle le pareció esencial. No cometas la estupidez de soltárselo todo al primer policía que te encuentres, se dijo. Puede costarte la vida. En la comisaría tienes que preguntar por el jefe máximo, y sólo sincerarte después de haberte asegurado de que es él.

Intentó imaginar cómo podía ser ese comisario, que al poco se le apareció en la figura del detective de la película sobre el asesino en serie. Un hombre en torno a los cuarenta, alto y apuesto, con el cabello y los ojos negros, de tez morena, con traje y corbata, la chaqueta sin abotonar dejando ver el revólver enfundado en la cañonera. A continuación se lo imaginó en su despacho, sentado ante una gran mesa sobre la que había dos teléfonos y un ordenador. Entonces, se dijo, te dirigirás hacia él, tomarás asiento en una silla al otro lado de la mesa sólo después de que él te haya invitado a que te sientes. Entonces, como es lógico, él querrá saber qué es lo que te ha empujado a acudir a su oficina y tú entrarás directamente en el asunto. He venido a presentar una denuncia, le dirás. En relación con el asesinato de una joven gitana. Se llama Isabela, según creo. Desde hace diez días su historia aparece en la portada de todos los periódicos, pero no se ha podido encontrar al asesino. Yo estoy en condiciones de contribuir a su captura.

Hasta llegar a este punto, continuó diciéndose a sí misma, él puede que te haya estado escuchando sin prestar demasiada atención. Pero esta afirmación, puedes estar segura, despertará su interés. Te preguntará quién eres, dónde vives, a qué te dedicas. Me llamo Dina Kola, le responderás. Vivo en Tirana, en casa de mis padres. Y le darás tu dirección. Mi madre, le dirás, ha sido cocinera, ahora está jubilada. Mi padre, ex oficial

del ejército, también está jubilado, pero ha encontrado un trabajo como guarda en una empresa de construcción. Es posible que esos detalles no le interesen. En ese caso no te extiendas hablando de tu familia, háblale de ti. Soy camarera en La gaviota, le dirás. Él tiene que saber dónde está La gaviota, es un local famoso y con mucha clientela. Si no lo conoce, explícaselo.

Después de indicarle dónde se encuentra La gaviota, no olvides aclararle tu posición como camarera. Ese trabajo lo has ejercido ya antes en otros locales, es preciso ganarse la vida. Tienes acabado el bachillerato, con nota sólo un poco superior a la media. No es nada del otro mundo, es verdad, pero te lo has ganado a pulso. Mis padres, le dirás, con ingresos modestos, no estuvieron en situación de contribuir a que la nota fuera más alta; él comprenderá a qué te refieres. Más tarde quisiste estudiar Derecho o Económicas, pero cuando se anda escaso de dinero resulta imposible pasar las pruebas de acceso en cualquier facultad. Dile todo esto sin vergüenza ni timidez, para demostrarle que no eres una imbécil y que se tome en serio tu declaración.

Llega entonces el momento más delicado. Puede que tengas la impresión de que te falta el aire, pero debes dar pruebas de carácter. Mira al otro a los ojos y, con voz firme, hazle saber: Señor comisario, me encuentro hoy aquí, ante usted, para denunciar al asesino de la joven gitana llamada Isabela. Tengo plenas razones para sospechar que Bledi Terziu, ex periodista, es ese asesino... Después de esta afirmación, conozca o no conozca a Bledi Terziu, haya escuchado hasta ese momento atentamente o no, el comisario será todo oídos. El signo más revelador, tras el que ya no debes dudar de que te toma en serio, será el magnetofón. Abrirá un cajón de la mesa y sacará de allí el aparato para registrar vuestra conversación. No te asustes, todo lo contrario. A partir de ese instante estarás protegida como testigo principal en un caso de asesinato.

Para descartar cualquier malentendido, debes aclarar desde el comienzo la naturaleza de tus relaciones con Bledi Terziu. En caso de que tú no lo hayas hecho, su primera pregunta puede ser precisamente ésta: ¿Cuáles son sus relaciones con el individuo en cuestión? No debes ocultarle nada. Salvo, quizás, una circunstancia un tanto ajena a la esencia de la cuestión. Y es que tú, aunque comprendiste hace tiempo que tu pareja no estaba demasiado bien de la cabeza, no rompiste con él porque esperabas, aunque en vano, ocupar en su corazón el lugar de una rubia con gafas, periodista de la cadena Sirius y presentadora de *Caleidoscopio*, el programa semanal dedicado a los vips. A decir verdad, te has engañado con esta estúpida ilusión hasta el último momento, sin llegar a sospechar jamás que tu pareja fuera un asesino. Tampoco es tan extraño. Si has tolerado de cuando en cuando que se comportara de forma chocante, eso era porque te ofrecía otras compensaciones y ventajas. Su situación material, por ejemplo. Era propietario del local de La gaviota, por cuyo alquiler obtenía una suma de dos mil euros al mes. Propietario asimismo de un lujoso apartamento en la quinta planta del mismo inmueble. Propietario, en fin, al menos de otro apartamento igualmente lujoso en otro edificio, puesto en alquiler por una suma que tú desconoces porque esos detalles no eran tema de conversación entre vosotros. No existe ninguna razón para que le hables de esto al comisario. Tampoco para decirle que, a fin de cuentas, pese a todas las dudas en cuanto

a su conducta, en la cama era un amante perfecto. Nada de eso es ningún secreto, pero tampoco tiene nada que ver con el asunto; no es necesario por tanto hablar de ello. La cuestión es que lo denuncies como asesino. Puede que un asesino en serie.

Fuera había oscurecido cuando su madre penetró en la habitación. Dina continuaba tendida sobre la cama, con la ventana abierta de par en par debido al calor. Por favor, no enciendas la luz, le dijo a su madre. Ésta se limitó a anunciarle que su padre la esperaba en la cocina para cenar juntos. No me esperéis, le respondió, no tengo hambre. Su madre no insistió. En semejantes casos, ni ella ni su marido querían molestarla. Cerró la puerta y dejó a su hija en la oscuridad.

Dina sintió que se le formaba un nudo en la garganta en cuanto su madre salió y, por segunda vez, se echó a llorar. En esta ocasión, no por sentir lástima de sí misma, sino porque había perdido el aplomo. El comisario ante el que debía acudir para hacer la denuncia bien podía preguntarle: ¿Qué la empuja a pensar que su pareja es un asesino en serie? Si eso fuera verdad, hace tiempo que deberían haber encontrado su cuerpo en alguna zanja o en un remanso del río. Y perdone que le diga, ¿qué relación puede haber mantenido su pareja, una persona de un nivel social superior, con una miserable gitana? El hecho de que haya visto una carpeta con el nombre de la pobre muchacha escrito en la portada, y dentro unos recortes de periódicos relativos al asesinato, no quiere decir nada. Su pareja ha sido periodista, abrir un expediente así forma parte de su trabajo. En cuanto a la manta manchada de sangre y escondida en uno de los armarios del dormitorio, mis dudas no hacen más que aumentar. Que se encontrara en el armario no significa que estuviera escondida. Un asesino no es tan imprudente. Y además, ¿qué le empuja a pensar que las manchas rojas de la manta son manchas de sangre?

Frente a todas estas preguntas, su cerebro fatigado concibió de pronto la idea de entregarle al comisario la carpeta y la manta ensangrentada. Que juzgara él después lo que debía hacer. Excitada por esta perspectiva, se agitó en el lecho durante largo rato. Y decidió ponerse en movimiento en cuanto se convenció de que sus padres dormían. Salió de la casa de puntillas. Las calles estaban desiertas, no circulaban automóviles ni personas. Debido a alguna avería eléctrica o simplemente a un corte del fluido, todo estaba sumido en las tinieblas. El miedo no había dejado un momento de acompañarla cuando llegó por fin al barrio donde se encontraba La gaviota. Y una multitud de cafés abiertos las veinticuatro horas. Sus ojos distinguieron a su compañero de cama en uno de ellos, vestido con su traje blanco de verano, sorprendentemente limpio, casi reluciente, con un doble de whisky delante. En compañía de alguien que no esperaba ver: una mujer. Solamente podía verle la espalda y los cabellos. Rubios, cayéndole sobre los hombros. Es ella, se dijo, la rubia con gafas.

Momento más apropiado no puedo encontrar, se dijo. Y apresuró el paso. Una vez frente a la puerta del piso, sacó la llave del bolsillo de los vaqueros, la hizo girar en la cerradura y abrió la puerta. Las luces del salón estaban apagadas. Esto no le impidió distinguir los objetos, particularmente los retratos de la rubia con gafas. Una verdadera galería de retratos desde los cuales la otra la observaba sin perderla un momento de vista.

La recorrió un escalofrío. Se sustrajo a la mirada de su rival y se dirigió a la habitación del ordenador. También allí, nada más entrar, se topó con su mirada. No vas a encontrar eso que buscas. ¡Eres una mitómana!

Y en verdad, sobre su escritorio, donde se encontraba el ordenador, no había ninguna carpeta. No eres más que una mitómana, repitió la rubia, una mitómana... Su voz se tornó feroz. Se convirtió en un gruñido de pantera, dispuesta a abandonar el marco y saltar sobre ella. Envuelta en sudor frío, abandonó el despacho. Desde allí, se dirigió hacia el dormitorio. Tal vez lo ha escondido en el armario, pensó, junto con la manta. Empujó la puerta y se detuvo en el umbral aterrada: él estaba allí, desnudo sobre la cama. Ven, le dijo, te estaba esperando. ¿Dónde demonios te has metido?

Una voz interior la ordenó huir. Sobre el torso de él, bajo la tetilla izquierda, distinguió una herida sanguinolenta. Como un mordisco. Humano o de perro. No es un mordisco de perro, precisó él. Es un mordisco de mujer. Has sido tú la que me ha mordido, querida, en la cama eres un monstruo. Yo, a las mujeres que muerden haciendo el amor, las hago desaparecer. Y se incorporó de un salto con los ojos centelleantes de furor. Se despertó justo cuando él la atrajo entre sus brazos.

Ya lo entiendo. Vuestra pretensión de no conocer a Veronika es una falsedad. Espero que no seáis tan torpes como para ofenderos, tomar esto como una acusación y radicalizar vuestra actitud desdeñosa hacia mi persona. Aunque, en mis actuales circunstancias, eso no tiene importancia. Ya no me inquieta siquiera el hecho de que podáis pensar que estoy loco, lo mismo que Veronika pretendió, no sin cierto éxito, hacerles creer a todos. Como corresponde a mi posición, estoy obligado a mantener la sangre fría.

Como principio, yo os sugeriría que os comportarais de manera racional y llevarais a cabo vuestra propia investigación. Podéis dirigiros al consultorio de mi barrio, consultar mi expediente sanitario, desde la infancia hasta hoy. No encontraréis nada. Si deseáis llevar aún más lejos vuestras indagaciones, dirigíos al hospital psiquiátrico, pero verificad los hechos, no os fieis de afirmaciones de personas manipuladas que pueden volver negro lo blanco con tal de que se les dé algo bajo mano. Tampoco entonces encontraréis nada, por una razón bien sencilla y terca: no he estado nunca ingresado en un hospital psiquiátrico ni he pasado consulta médica allí.

¡Y sin embargo estoy loco! Pese al mal que me ha hecho Veronika, estoy dispuesto a perdonarla. Es de naturaleza débil, por eso me inspira compasión. Como veis, estoy realmente loco. Precisamente lo que me empujó hacia ella fue que la encontré vulnerable, en un momento en que me pareció tan indefensa. Eso me conmovía. Pero no, estáis equivocados, no hay en todo esto nada relacionado con la locura. Lo recuerdo y no lo niego: la noche del cambio de milenio, cuando me la encontré en el hotel Tirana, en un lugar inadecuado y en circunstancias nada románticas, experimenté un *coup de foudre*. Nada más. No creo que lleguéis a creer que el efecto de ese *coup de foudre* fuera a durar todo un año. Porque no volví a ver a Veronika hasta un año después, en Vila Champagne, que yo comenzaba entonces a frecuentar, y esta vez no estaba tan desconcertado ni tan bebido como para equivocarme de lavabos. Mientras cenaba con dos colegas en la planta superior de la villa me asaltó un fuerte dolor de cabeza. Me disculpé con ellos y me fui. Era una noche de febrero, muy fría. Distinguí a Veronika sentada en la acera, a la salida de Vila Champagne. Al principio no la reconocí. Me causó sorpresa ver a una mujer sentada en la acera, con la cabeza entre las manos, en mitad de aquel frío. No podía marcharme sin preguntarle si podía ayudarla. Ella alzó la cabeza. ¡Pero bueno!, gruñó, ¿es que todavía hay en este mundo personas dispuestas a acudir en ayuda de alguien?

Olía a alcohol y a perfume. A condición de que tú aceptes, le respondí. Y añadí: Yo te

conozco. A mí, todo el mundo me conoce ahora, me replicó ella, mi jeta aparece en la tele todas las semanas. No me refiero a eso, le dije. Hace un año, cuando aún no aparecías en la televisión, quiso la casualidad que nos encontráramos en circunstancias muy particulares. No lo recuerdo, me contestó, no te conozco. Me llamo Bledi Terziu, le dije. Desde hace seis años trabajo en la revista *Eros*. Ella esbozó una sonrisa forzada. El autor de la sección «Hechos reales, ricos en historias inventadas», observó. Y de ciertos escritos en el diario *Epoca*. Leo *Eros* desde que empezó a salir en el nuevo formato. *Época* es una piltrafa. ¿Tienes tiempo de acompañarme a tomar un café?, me preguntó cambiando de conversación. No aquí, en cualquier otro lado.

Con su olor a alcohol y a perfume mezclados, me produjo la impresión de una criatura abandonada. Desprovista del aplomo, del encanto que desplegaba en la emisión de *Caleidoscopio*. Le pregunté si iba a pie o en coche. A pie, me respondió. Entonces la invité a montar en mi coche. Como un buen caballero, la acompañé y le abrí la puerta. En el momento en que me senté al volante, quiso que le recordara dónde y en qué circunstancias nos habíamos visto. Le conté con todo detalle el episodio de los lavabos de señoras. Poco más o menos el mismo ambiente que hoy, observó. Vila Champagne también es una especie de WC.

No me quedó muy claro por qué y en qué sentido calificaba de ese modo a Vila Champagne. Más tarde, durante nuestras peleas, negaría categóricamente haber dicho tal cosa. Lo llamaba invento de mi cerebro enfermo. Gritando con voz histérica cuando, sin intención de ofenderla, yo trataba de refrescarle la memoria. Se encontraba en estado de embriaguez cuando se expresó de ese modo, por eso no lo recordaba. Como no recordaba, por ejemplo, haberme dado su tarjeta de visita cuando la acompañé a casa hacia las dos de la madrugada, lo que me proporcionó el coraje y el derecho de llamarla por teléfono al día siguiente, aunque no bajo el efecto de ningún *coup de foudre*.

No había pegado ojo durante toda aquella noche. Como si el culpable por su lastimoso estado fuera yo. Al día siguiente, recuperada la sobriedad, sufriría. Es lo que me sucedía a mí. Una vez despejado, sentía deseos de desaparecer. También ella sentiría deseos de desaparecer. Y la llamé por teléfono en muestra de solidaridad, sin imaginar siquiera que ése sería el primer paso hacia nuestra posterior historia juntos. Ella apreció el gesto, y también el hecho de que ni al día siguiente ni más tarde diera muestras de curiosidad por conocer las razones de su lamentable estado aquella noche. De la cual sólo ha quedado en mi memoria su lapidaria afirmación sobre Vila Champagne.

Ahora quisiera haceros una pregunta. A partir de lo que llevo dicho hasta el momento, además del olor insoportable de mis ventosidades, ¿creéis que algún otro factor puede haber influido en el deterioro gradual de mis relaciones con Veronika, hasta llegar a la ruptura? Perdonad, no tengo intención de poner a prueba vuestra inteligencia. Mi pregunta y vuestra eventual respuesta tienen una importancia vital para mí. De otro modo, le dejo el campo libre a la leyenda. De naturaleza débil e inconstante, Veronika lo presenta todo bajo la luz que le resulte más favorable. No solamente se niega a reconocer lo que dije acerca de Vila Champagne, sino que me atribuye a mí la autoría. Debéis saber que eso armó mucho escándalo entre los círculos que, todos los medios incluidos,

frecuentan el lugar. Imagino que sabéis a lo que me refiero, no hay necesidad de enumerarlos, desde las altas esferas de la política al mundo de los negocios, pasando por los clanes mediáticos. Yo rechacé la paternidad de la frase por razones de principio. No me gusta que me adjudiquen los logros de los demás. Pero ya que Veronika, bien porque es de carácter débil y asustadizo, bien debido a una amnesia pasajera por efecto del alcohol, niega sus propios méritos, estoy dispuesto a hacerme cargo de dicha autoría. Y proclamo en voz alta: Vila Champagne apesta a kilómetros a la redonda, las ventosidades de las altas esferas de la política, los negocios y los clanes mediáticos corrompen el medio ambiente. Ahora, por favor, ¿podéis responder a mi pregunta? Más concretamente, aparte del olor insoportable de mis ventosidades, ¿puede haber influido en el deterioro progresivo de mis relaciones con Veronika, incluida la ruptura, el hecho de que yo aceptara la paternidad de su lapidaria expresión acerca de la susodicha Vila?

Ya veo, no queréis pronunciaros. Tenéis miedo. Y me tomáis por un loco sin remedio. Vuestro miedo me descorazona. Alentaba la esperanza de que me comprenderíais. De que me concederíais el derecho a hablaros de Veronika, la verdadera. Cruelmente atropellada. Adorada por los fans sin saber que es la criatura más triste del mundo. Una criatura a la que yo perdí por culpa de los gusanos. No de los que salen de la tierra después de la lluvia. Me refiero a los gusanos de la podredumbre. Que roen y se lo tragan todo sin piedad. Que frecuentan Vila Champagne vestidos de frac. Y aparecen en la emisión semanal de *Caleidoscopio*.

Vuestro miedo y vuestra hipocresía me producen estremecimientos. Lo que me consuela, al menos, es saber que queda una solución. Evadirme. Volver atrás, a la casa de mi infancia. Como un caracol. En busca de la concha perdida.

¡Pobres padres míos! Enseguida les llamó la atención el cuidado que comencé a prestar los sábados a mi indumentaria. De igual modo que no se habían atrevido a preguntarme por qué Jana ya no venía a casa, no osaron preguntarme por qué, de pronto, comencé a prestarle atención a mi apariencia. Compraba algunas prendas sin necesitarlas realmente. Me gastaba todo mi salario sin que ellos hicieran el menor comentario. Se mantenían a la espera de que les anunciara una buena nueva, de que llevara a casa a una mujer. De verme comprometido, es decir, casado. No les di esa satisfacción. Esa eventualidad nunca estuvo incluida en el orden del día entre Suela y yo.

Nos vimos por última vez durante la época del hundimiento de las pirámides. No las de Egipto, ya se entiende. Me refiero a las nuestras. Imagino que os acordáis, no ha pasado tanto tiempo como para que lo hayáis olvidado. Ese día esperé a Suela a la entrada del hotel, como de costumbre, y ella, como de costumbre, llegó con diez minutos de retraso.

De manera general, cuando ella llegaba, yo la besaba. Y subíamos a nuestra habitación. Aquel día tardamos en subir a causa de una multitud de gentes exasperadas que agitaban pancartas y gritaban al pasar ante nosotros: «Devolvednos nuestro dinero... Devolvednos nuestro dinero.». Me sacaban de mis casillas. Los manifestantes me habían privado de la satisfacción de besar a Suela. Ellos ignoraban que aquel era un instante que yo esperaba con impaciencia y no tenían derecho a fastidiármelo. Suela se detuvo en la acera, muy

cerca de mí, observando a la multitud hasta que se perdió en un cruce de calles. Ni siquiera se dio cuenta de que yo llevaba una nueva cazadora de cuero marrón que me había comprado con mis ahorros de varios meses en una tienda cara. Y me preguntó: ¿Tú no habrás metido también tu dinero en alguna de esas sociedades piramidales?

Le respondí que no, no lo había metido. El dinero que tenía me lo he gastado en comprar esta cazadora. ¡Oh! ¡Qué bonita es!, exclamó ella entonces, ¡Y te sienta muy bien! Y se estiró hacia mí para darme un beso en la comisura de los labios. En mis oídos continuaban resonando los gritos de la multitud, que me acompañaron hasta nuestra habitación del hotel.

Por lo general, Suela comenzaba a excitarse al tiempo que yo la desvestía. Se quedaba de pie, de cara hacia mí, con los ojos cerrados. Mientras la desnudaba, en su rostro se manifestaban ciertas sacudidas, como ondas sísmicas provocadas por un terremoto cuyo epicentro se encontrara en algún lugar de sus profundidades. Aquel día no observé en su cara señal alguna reveladora de que en su interior se hubiese producido una sacudida tectónica. Aunque me hubiera llevado cierto tiempo desnudarla —era invierno, hacia mediados de febrero, y me veía obligado a intensificar mis esfuerzos, siempre con esmero y dedicación—, aquel día, ya fuera porque mis oídos retenían aún el eco de los gritos furiosos de la multitud, ya porque mi técnica de desnudamiento no estuvo a la altura de las exigencias de Suela, no conseguí provocar en ella las sacudidas del placer. Dejó escapar solamente un gemido, el que yo ya conocía, en el momento de la penetración, y yo, desorientado por su insensibilidad, me derramé con rapidez.

Menos mal que no has metido dinero, dijo después de que yo eyaculara, aunque todavía continuaba encima de ella. No dije nada. No tenía nada que decir. Me encontraba muy lejos de sus preocupaciones. En mi cerebro tomó cuerpo la idea de proponerle una segunda vuelta. Ella debía comprenderlo, aquel día, con los alaridos de la multitud retumbándome aún en los oídos, lo necesitaba. Pero Suela no quiso saber nada. Me empujó con suavidad, y se separó de mí ordenándome con voz cálida: ¡Ya es suficiente!

El sábado siguiente le surgió un compromiso, me lo notificó en el último momento. De modo que no nos vimos hasta el jueves, en la redacción. Ella apareció como siempre para cerrar su sección «Cómo interpretar vuestros sueños». He estado muy ocupada, se lamentó, pero nos veremos, ya te diré cuando. No la volví a ver, ni en jueves ni en sábado. Aunque ella mantuvo su palabra, me llamó por teléfono. Te hablo desde Italia, me dijo, estoy en Bari. ¿Qué pasa por ahí? Su voz me llegaba nítida, como si se encontrara muy cerca de mí, en una de las habitaciones de la casa. Eran las diez de la noche cuando sonó el teléfono en el pasillo, yo estaba sentado ante mi escritorio con un libro que me empeñaba vanamente en leer, más que nada para olvidar los hechos cotidianos. Afuera retumbaban los disparos. Pensé que Suela, al igual que yo, estaría encerrada en casa y estaba gastándome una broma. Deja de burlarte, le dije, hace dos semanas que no nos vemos, puede que más. No me burlo, me replicó, estoy de verdad en Bari, desde hace dos días. La creí, no tenía razones para no creerla. Eres formidable, le dije, imprevisible. ¿Cómo diablos has acabado en Bari? Fue una decisión repentina, me

dijo, pero ¿qué es lo que está pasando por ahí, dime? Nada, le dije yo. Se matan a diario. ¿Tú estás bien?, me preguntó. Estoy bien, le respondí, bajo toque de queda. Dios mío, suspiró ella. ¿Y en la redacción, qué hay de nuevo? Nada, le dije. El director nos ha reunido para notificarnos el cierre provisional de la revista. Eso tiene sentido, apuntó ella, ¿a quién le va a interesar ahora leer la revista *Eros*? No se trata de eso, le repliqué. Te juegas la piel con sólo salir a la calle. Comprendo, dijo Suela, comprendo. Y me deseó buenas noches. Ten cuidado, me aconsejó. Te volveré a llamar. Gracias, le dije.

En aquella época, marcada por el toque de queda, se produjeron también las últimas transformaciones en el medio en el que había transcurrido la mayor parte de mi vida. Yo me pasaba todo el tiempo en casa. Si se me hubiera ocurrido salir, mis padres habrían enfermado de inquietud. Habrían enloquecido de miedo. Como si toda la chusma de las calles no tuviera más que un objetivo: matarme a mí. No fui yo el único en mi escalera que se aisló durante aquel paranoico mes de marzo del horrendo año de 1997. Quedó demostrada entonces la clarividencia de los que habían sido pioneros en la fortificación de las ventanas y más tarde en el blindaje frente a un eventual ataque mediante la sustitución de las puertas de madera de sus pisos por otras de hierro. No obstante, a la vista de los negros rumores que circulaban, estas medidas parecieron insuficientes. Los bandidos armados atacaban a la gente indefensa de noche, irrumpían en sus casas, las saqueaban; se hablaba de muchachas secuestradas, violadas en presencia de sus familiares. En estas condiciones, durante la época del toque de queda, se extendió el último de los virus, el armamento general. Todo el que pudo se procuró un arma.

También yo podía haber conseguido una. A este propósito, me siento en el deber de apreciar el gesto del vecino de la planta baja. Regresaba yo de una tienda de alimentación, cargado con la última compra de aquel día —un saco de harina que nos alcanzaría al menos durante dos semanas si cerraban las tahonas—, cuando me encontré con Zyhdi Treni a la entrada del portal. En alguna parte, a lo lejos, se oían disparos. Si tienes necesidad de un arma, dímelo, yo te la puedo conseguir. Con aquel telón de fondo sonoro, su propuesta me pareció natural. Dejé el saco en el suelo. Sinceramente conmovido. Gracias, le dije. No creo que me fuera de ninguna utilidad. Como quieras, respondió. Hoy todo el mundo tiene un arma en casa, como defensa. Se lo agradecí de nuevo. Yo no veía por qué debía tener un arma en casa: nadie amenazaba mi vida. Sólo tengo una hermana, bromeé, pero está casada y se encuentra en Grecia. En cuanto a los ladrones, no creo que se fijen en mi casa, ¡allí no hay nada que robar! No estés tan seguro de eso, me replicó él bromeando también. Tu padre es heredero de una renombrada familia de comerciantes, de modo que... no llegó a terminar la frase. De todos modos, le entendí. Debía de pensar que mi padre tenía oro.

Yo no me contagié del virus de las armas como la mayor parte de los vecinos de nuestra escalera. Es preciso aclarar que ésta es una conclusión fundada en los disparos que oía de noche, a veces desde un balcón, a veces desde una ventana, otras desde la entrada al portal. Con mis propios ojos sólo vi un arma en manos de Zyhdi Treni. Esto guarda relación con un acontecimiento de la misma naturaleza que la fortificación de las

ventanas y el blindaje de las puertas, y que aceleró el cambio de época en el ambiente en que transcurrió la mayor parte de mi vida: la fortificación y simultáneo blindaje del portal y de los sótanos.

Entonces nuestros sótanos todavía no se inundaban. En caso de grandes lluvias, entraba algo de agua, pero sin acumularse. Esto es lo que, pienso yo, debió de atraer a un grupo de gitanos. En medio del desconcierto general, ellos tenían sus propias preocupaciones. Y su mayor problema era encontrar cobijo. Seguramente no les echaron el ojo a nuestros sótanos por casualidad. Aprovechando el desbarajuste general, comenzarían por reconocer el terreno, como se dice en la jerga militar. Y llegarían a la conclusión de que, entre todos los sótanos de los alrededores, los de nuestro inmueble eran los más adecuados para instalarse: estaban secos, deshabitados, se podía entrar y salir de ellos libremente sin que nadie pusiera obstáculos. Además, supongo que el de mi familia, largo, amplio, con respiraderos por los que penetraba la luz, era el más atrayente. En cuanto al olor de los orines de los gatos, eso no tenía demasiada importancia. A fin de cuentas, podían llegar a un entendimiento con los gatos, dejar a su disposición otros territorios del sótano. Ellos sólo buscaban un lugar donde guarecerse.

La primera en dar la alarma por la invasión gitana fue la estúpida Manjola. Yo no oí sus alaridos. Desde mi habitación, aparte de los estampidos de las armas, yo no percibía los ruidos procedentes del otro lado del edificio. Mi madre entró en la habitación y, por la expresión de su cara, comprendí que algo debía haber pasado. Van a terminar matando a la pobre imbécil, dijo. ¿A quién?, le pregunté, ¿Quién? A Manjola, respondió. ¡Los gitanos! ¡Están aquí, han ocupado los sótanos!

Bajé a mirar. Ya se me había anticipado una parte de los vecinos, hombres y mujeres, todos reunidos en el estrecho paso entre los dos parterres laterales que separaban la planta baja de la calle. No había ningún grupo de gitanos. Eran solo tres, rodeados por los vecinos del inmueble. Cuando yo me incorporé al grupo, el alarmado griterío ya se había calmado, Manjola no estaba allí. Sí estaba su vecino de enfrente, Zyhdi Treni. Éste se esforzaba por entenderse con los gitanos. Les explicaba que cada uno de aquellos sótanos tenía su dueño, que por tanto debían sacar de allí a sus familias y marcharse en paz. Comprendí cómo estaban las cosas. Era verdad que en la superficie sólo había tres gitanos, pero sus familias se encontraban ya bajo tierra, en nuestros sótanos.

Con su tono comedido, Zyhdi Treni no logró persuadir a los gitanos. Si habían hecho frente a la insoportable Manjola, era impensable para ellos retroceder ante un hombre tan ordinario y ante unos payos a los que, era evidente en medio del tumulto, habían conseguido atemorizar. Uno de ellos, el de más edad, pasó al ataque. Nosotros, se dirigió a Zyhdi Treni, no nos vamos por mucho escándalo que montéis. En esos sótanos no vive nadie, nosotros hemos sido los primeros en ocuparlos y aún no ha nacido el hijo de su madre que nos saque de ahí. De modo que todos vosotros podéis largaros con viento fresco. ¡Largaos!, aullaron también los otros dos gitanos, ¡de lo contrario aquí se va a armar una buena!

Esta táctica tuvo éxito en un primer momento. Los vecinos estaban desconcertados, no sabían cómo conducirse con aquella gente. De acuerdo, dijo entonces Zyhdi Treni, como

vosotros queráis. Y se marchó. Los gitanos dieron la partida por ganada. Venga ya, largaos también vosotros, le dijeron al resto de los vecinos del inmueble en tono amenazante. Se me ocurrió intervenir e intentar de nuevo hacerles entrar en razón, pero no tuve tiempo. Mientras todos continuaban aturridos por el estupor, reapareció Zyhdi Treni con un kalashnikov en la mano. La gente se apartó. Él avanzó hacia el gitano que nos había ordenado largarnos y le apoyó el cañón sobre su pecho. Alma de perro, le dijo con ferocidad, ¿quieres que te vuele los sesos? Y bruscamente levantó el arma hacia el cielo y soltó una ráfaga.

Los gitanos palidieron. A todos se nos demudó el semblante. Salvo a Zyhdi Treni. Éste se dirigió al respiradero de nuestro sótano, donde probablemente se habían establecido los ocupantes, y les gritó: Si no habéis salido dentro de un minuto, me cargo a estos fantasmones vuestros como si fueran conejos, ¿me habéis oído? Para convencerles de que no hablaba por hablar, disparó una nueva ráfaga al aire. Del subsuelo llegaron al instante gritos de pánico y lamentaciones. A continuación los invasores, mujeres y niños, sosteniéndose los unos a los otros, salieron a la superficie con un susto de muerte, arrastrando canastos y fardos. Y su fuerte olor lo invadió todo. Los tres patriarcas se incorporaron al tropel y, sin intercambiar una sola palabra, se marcharon, desapareciendo al fondo de la calle entre los edificios. Nosotros permanecemos inmóviles durante un rato, viéndoles marchar. No sé si mis vecinos, como yo, sintieron ganas de llorar.

Ese mismo día, antes de que entrara en vigor el toque de queda, los representantes de las familias de nuestra escalera celebraron un encuentro bajo las ventanas de Zyhdi Treni. Dadas las circunstancias, establecieron un pacto de defensa colectiva. Acudiríamos en ayuda de cualquiera que se sintiera amenazado. Para mayor seguridad, decidieron cotizar para la instalación de un portón metálico a la entrada de la escalera con objeto de evitar que de noche, tras el toque de queda, pudieran introducirse desconocidos. Se decidió asimismo, con el fin de anticiparse a cualquier nuevo intento de ocupación de los sótanos, pagar entre todos la colocación de una nueva puerta de barrotes de hierro a la entrada del sótano. Zyhdi Treni se encargó del cumplimiento de todas estas decisiones. Gracias a sus relaciones, las dos puertas pudieron quedar instaladas en el plazo de unos días. Y cada familia fue provista de las llaves correspondientes. Un detalle: las dos puertas estaban pintadas de negro.

Suela me llamó por teléfono varias noches seguidas. Cada vez se repetía entre nosotros la misma conversación. Ella me preguntaba qué estaba pasando por aquí, yo le respondía que nada, aparte del hecho de que mataban a las personas. Ella quería saber por qué las mataban, yo le respondía que por nada. Una noche me salió por puro automatismo la expresión «porque así me gusta», del anuncio de la cerveza Amstel que la televisión estatal transmitía con regularidad antes y después de la crónica de sucesos. Suela no captó la broma. O entendió mal, es decir: «porque así les gusta». ¡Pero están locos!, exclamó. Yo no la contradije. A fin de cuentas, entre los derechos universales debería figurar también el de estar loco. Recuerdo una cosa: en la última conversación telefónica entre nosotros, que yo ignoraba que sería la última, salió a relucir el hotel Excelsior. Ella

me preguntó si iba alguna vez por allí y yo le respondí que no, no iba, no tenía ninguna razón para ir. No tardaré en volver, me dijo ella, ya te avisaré. Pero esta vez Suela no cumplió su palabra; no me volvió a llamar por teléfono, tampoco regresó.

Los motivos que le impedían regresar debieron de ser más fuertes que los que podrían haberla impulsado a hacerlo. Es probable que nuestros sábados del hotel Excelsior no pesaran en la balanza. Tampoco los jueves en la redacción. En consecuencia, poco más tarde, su sección «Cómo interpretar vuestros sueños» desapareció. Suela no había vuelto y nadie se hizo cargo de ella en su ausencia. Fue el nuevo director de la revista quien lo decidió así. Un tipo desconocido para mí, en torno a los treinta años. Enérgico, autoritario. En nuestra primera reunión previa a la reapertura, dijo que el tiempo de semejantes sandeces en las páginas de *Eros* se había terminado para siempre.

Se estaba ridiculizando a Suela, o eso me pareció. Tuve un impulso de oponerme, pero esta vez cometí yo contra ella una pequeña infidelidad. Durante un breve encuentro aparte conmigo antes de la reunión, el nuevo director me había propuesto que trabajara como reportero, ya que el puesto de corrector literario, a su juicio inútil y absurdo, iba a ser suprimido. Entonces yo podía colocarme sin dificultad como reportero en el diario *Epoca*, donde ya publicaba, pero en la revista me proponían un sueldo tres veces mayor. Nuestro objetivo, dijo el nuevo director, es crear una revista única. Quienes se queden aquí deberán ser, también ellos, únicos y se les pagará en consecuencia.

Ese compromiso me selló la boca. Al nuevo director, nombrado por el nuevo propietario de la revista, un conocido empresario de la construcción, no le gustaban las discusiones. Expuso sus puntos de vista sobre la reestructuración de la revista sin pedir la opinión de nadie. El único que no se adaptó al nuevo espíritu fue el antiguo redactor de la ya quebrada editorial Naim Frasherí. Faslli optó por marcharse.

En adelante, hasta el momento en que encontré a Veronika, no sucedió nada. Aparte tal vez de un episodio banal. Francamente, no quería daros la lata con esto y no lo habría mencionado siquiera si no tuviera relación con un escándalo un tanto desagradable y con la única chica a la que conocí entre Suela y Veronika.

Rovena, así se llamaba, trabajaba como secretaria en una escuela privada de idiomas. Me pareció más cómodo llevarla al Chapi. También a ella se lo pareció. Allí no se habían producido grandes cambios. El perro había engordado, estaba pesado, y era preciso prepararse bien para hacer frente a sus embestidas. En lugar del recepcionista de antaño, hospitalario y sonriente, encontré a otro, no tan hospitalario ni sonriente. Su cara no le gustaba a Rovena, pero, a nuestro entender, ésa no era una razón para dejar de ir a aquel hotel. En vano insistí ante el nuevo recepcionista para que nos diera la misma habitación donde me encerraba con Jana. Estaba continuamente ocupada. Esto me parecía extraño: el hotel continuaba siendo igual de silencioso que antes, no se veía a clientes, apenas se percibía algún ruido en los pasillos. Hasta que, un día, la tranquilidad que acompañaba nuestros encuentros se quebró.

Al principio, ni Rovena ni yo oímos los golpes en la puerta. Luego, los dos nos inquietamos. Quién será, dijo ella. No te asustes, le susurré, deben de haberse equivocado de habitación. Mi suposición se vino abajo. ¡Abrañ!, gritó alguien, ¡policía!

Rovena dio un salto. ¡Mierda!, gritó. ¿Y ahora? No tengas miedo, le dije. Será una broma. Y comencé a vestirme. Pero resultó no ser una broma. Cuando abrí la puerta aparecieron ante nosotros dos policías de uniforme y uno de civil. Este último nos pidió la documentación. Ni Rovena ni yo la llevábamos encima. Sin dudar, el de paisano nos dijo que debíamos acompañarlos a la comisaría. Entonces Rovena se echó a llorar. Por favor, se dirigió al de paisano, déjeme marchar. Le doy mi palabra de que no volveré nunca más aquí. El policía no se dejó impresionar. Si vuelve aquí o no es asunto suyo, señorita, le respondió. Ahora iremos a la comisaría y aclararemos un poco las cosas.

Era inútil protestar. Hacerle saber a aquel individuo que éramos dos criaturas inofensivas, que nos encontrábamos allí por motivos humanos perfectamente comprensibles y él, con su intervención, estaba violando nuestra intimidad. En lugar de eso, me asaltó otra idea, más pragmática. Señor, habría querido decirle, teniendo en cuenta su responsabilidad, debe usted saber quién es Dhimitër Mikeli. Si no lo sabe, puedo decírselo yo. Es fiscal en la Fiscalía General. Y tiene por esposa a mi hermana. Estuvo durante varios años en Grecia como emigrante, por eso puede que no lo conozca, pero en la actualidad ocupa el mismo despacho del que lo echaron hace unos años. Él no tiene una elevada consideración de mi persona ni tampoco yo le aprecio demasiado, detalles estos que probablemente no le interesen ni guardan relación con la esencia de la cuestión, y ésta es: no puede dejarme tirado. Sobre todo ahora que se está ocupando de que mi familia recupere ciertas posesiones inmobiliarias.

No dije nada de todo eso. No podía aceptar la idea de salir de aquella lamentable situación recurriendo al nombre de mi cuñado. Y acabé en la comisaría en compañía de Rovena. Allí fuimos separados e interrogados. Por lo que llegué a comprender, el Chapi, sospechoso de ser un centro de prostitución, se encontraba bajo la vigilancia de la policía. Ese día, Rovena y yo nos encontrábamos en el lugar equivocado a la hora equivocada. Finalmente, la calma olímpica del juez de instrucción y su interrogatorio me dieron a entender que, si no requería la ayuda de mi cuñado, mi amiga y yo pasaríamos largas horas en la comisaría. Tuve por tanto que rendirme a los hechos, y el señor fiscal acudió personalmente en cuanto le avisaron. Gracias a él, los dos fuimos puestos en libertad.

Aquella mañana se dirigió al quiosco de prensa del cruce por pura costumbre. Sabía que no encontraría nada en ningún periódico. Por la fuerza de la costumbre compró los habituales. Se los metió bajo el brazo y, como de costumbre, entró en La gaviota, tomó asiento en su rincón de siempre, junto a la cristalera. Mientras, siempre por la fuerza de la costumbre, les echaba una ojeada a los periódicos, sintió que algo no iba bien, aunque no habría sabido decir qué. Cuando llegó la camarera y le dejó sobre la mesa su café y su Jack Daniel's, estuvo a punto de preguntarle: Señorita, ¿qué es lo que ha cambiado hoy aquí? Apostaría a que hay algo diferente.

No fue necesario que apostara. Se dio cuenta en cuanto la camarera, una muchacha a la que veía por primera vez, se alejó: Dina no estaba. Se quedó mirando la espalda de la camarera, vestida con el uniforme de la empresa: falda negra, blusa de color malva de manga corta en verano, larga en invierno. En invierno las camareras llevaban también medias negras, lo que les adjudicaba un leve aire sexy. Sus ojos siguieron por instinto las piernas desnudas bajo la falda corta. Dina, pensó, las tiene más llenas y más bonitas. ¿Por qué no habrá venido hoy?

Bebió un trago de whisky. Tomó un segundo, luego un tercero, sin tocar el café. Ahora la muchacha se encontraba lejos, junto al mostrador. Ella podía proporcionarle alguna aclaración sobre la ausencia de Dina. Le hizo una seña. Y ella se apresuró a dirigirse hacia él. ¿Desea algo, señor?, le preguntó. Tenía unos hermosos ojos azules. En otras circunstancias, no habría dejado de hacerle el cumplido que merecía. Pero la ausencia de Dina le perturbaba y no estaba de humor para galanterías. A mí siempre me ha servido Dina, le dijo. ¿Por qué no la veo hoy?

La muchacha enrojeció. Hacía dos días que servía a aquel tipo por la mañana, y que la tal Dina, a la cual no conocía, estaba ausente. Y él sólo se daba cuenta de su ausencia ahora. Está de permiso, le respondió sin considerar necesario extenderse. Pero él no se conformó con la respuesta. ¿Cómo que se ha ido de permiso? ¿Desde cuando?, preguntó. ¡No me había dicho que se fuera a ir de vacaciones! Entonces la muchacha se vio obligada a ser más explícita: su preferida estaba de permiso desde hacía tres días. A la espera de su regreso, era ella quien le servía. Pero si él no se sentía satisfecho, podía pedir que le sirviera cualquiera de las otras dos camareras del local. Para zanjar la cuestión, le preguntó si deseaba alguna otra cosa.

Él respondió que no. Aunque una cosa sí deseaba, otro whisky. Habría sido razonable que tranquilizara a la chica, no estaba descontento con ella. Podía continuar sirviéndole los próximos días, hasta que volviera Dina. Y aprovechando la ocasión, hacerle el

cumplido que merecía por sus bonitos ojos azules, pero lo encontró fuera de lugar. La noticia de la marcha de Dina le había perturbado, no esperaba que se fuera de permiso sin avisarle. Y sintió que se le abría un vacío en el pecho.

Con esa sensación subió a su apartamento, arrojó los periódicos sobre la mesa del salón y se hundió en el sillón con un pensamiento obsesivo: dirigirse al mueble bar y buscar la botella de Jack Daniel's. Su necesidad más urgente era llenar el vacío que se había engendrado en su interior ante la noticia de la marcha de Dina. Se puso en pie de un salto con intención de encaminarse al mueble bar, pero en ese instante sonó el teléfono.

¿Quién será?, preguntó a uno de los retratos de la rubia con gafas. ¿Quién quieres tú que sea?, le respondió ella. No me importa quién pueda ser, replicó él. Será alguno de los tuyos, alguien de tu mundo. Yo no pertenezco ya a ese mundo. Eso es asunto tuyo, le replicó la rubia, a quién le importa. Tampoco a mí, aclaró él. Y sin hacer caso del teléfono se dirigió hacia el estudio.

Los periódicos ya no traen ninguna noticia. Eso puede explicarse de diferentes maneras, os lo digo yo. Es posible, por ejemplo, que la fuente que proporcionaba las noticias se haya agotado. Mi experiencia como periodista de sucesos me inclina a suponerlo. Los expertos no hacen públicos los datos de su investigación, a la espera de que su presa cometa algún error. Habitualmente les basta con mantenerse al acecho para acabar atrapando al criminal una vez que él mismo se ha puesto en evidencia. Aunque, en este caso, el criminal soy yo. Por mi experiencia como periodista sé que los expertos no tienen ninguna posibilidad de atraparme. De este modo se explica el silencio mediático sobre el caso Isabela Demiri, después de las múltiples y estúpidas suposiciones de los primeros días. Esto, por así decirlo, por lo que se refiere al aspecto policial del problema.

También puede ser que el silencio mediático esté relacionado con la indiferencia general. Resulta difícil vender un periódico machacando todos los días en lo mismo. Nuestro público es voluble y caprichoso, te vuelve la espalda en ausencia de noticias frescas, sobre todo excitantes. Si debo fiarme de mi experiencia como periodista de sucesos, sería deseable, desde este punto de vista, que todos los días se produjeran acontecimientos dignos de la primera página. Asesinatos o suicidios si es posible. Fenómenos éstos frecuentes en nuestro país como es bien sabido. Si no archivado por los expertos, el caso Isabela Demiri puede considerarse agotado para la opinión pública. He aquí el aspecto moral del problema.

Comoquiera que se mire, tengo motivos para sentirme orgulloso de mi superioridad. Para desafiar a un mundo al que no pertenezco. Para reconocer de buena gana mi crimen. Ésa sí que sería realmente una noticia de primera página, equivalente a un suicidio. De hecho, ¿cuál sería según vosotros el desafío mayor, admitir por propia voluntad el crimen o suicidarse de acuerdo con las reglas?

Soy rehén de mi indecisión. Me encuentro de nuevo ante un dilema supuestamente hamletiano y el simple hecho de tener que decidir me convierte en un gallina, pues el crimen que he cometido es repulsivo. Perdonadme, ¿qué es lo que hay aquí que

comprender? ¿No sabéis nada de mi crimen? ¡Sorprendente! No me digáis ahora que me he olvidado de ponerlos al corriente. De contaros lo que me sucedió en una noche negra, en este mundo al que venimos y del que nos vamos sin enterarnos de nada, como mi víctima, una joven gitana de unos dieciocho años que murió por casualidad entre mis manos con los ojos desencajados por el terror. Aquella noche, mientras el cielo descargaba rayos y centellas, yo vagué de acá para allá con su cadáver en el maletero del coche, sin conseguir encontrar un lugar adecuado donde arrojarla.

De acuerdo, yo deseaba y continuo deseando hablaros de Veronika, pero eso no significa que haya pretendido, con ese pretexto, ocultaros un crimen. A menos que, también en este punto, vosotros me mintáis. Yo os he hablado largo y tendido sobre aquella terrible noche en que vagué de un lado a otro hasta encontrar un buen paraje donde deshacerme del cadáver. Pero sería incapaz de conducirlos una vez más allí si me lo pidierais. No recuerdo nada, ni cómo llegué ni por dónde salí. Recuerdo tan sólo que me encontraba sobre un puente bajo el que corrían turbulentas las aguas de un río; ninguna luz en derredor, ni una sola casa. Saqué el cuerpo de la chica del maletero y lo arrojé a la corriente, que se lo tragó al instante. Yo permanecí bajo el aguacero, apoyado en el pretil del puente. Habría querido lanzarme también yo, los remolinos me habrían tragado con tanta facilidad como a la muchacha, pero no tuve el coraje suficiente. Sin embargo, no podía moverme de allí. Me encontraba en el límite entre la vida y la muerte, indeciso sobre lo que deseaba más: irme al otro lado tras la muchacha o montarme en el coche para regresar de nuevo atrás, al punto del que había partido. Acaricié la loca esperanza de que algún rayo cayera sobre mí. Alcé la cara al cielo, con los ojos cerrados, rogando a no sé qué Dios. Nada. Con el frío metido hasta los huesos, acabé montando en el coche y regresé.

Lo que acabo de contar os habrá ayudado, creo yo, a comprender que entre los dos desafíos a los que me refería yo prefiero el primero, es decir, reconocer voluntariamente mi crimen. Eso significa que debo ir a ver al inspector Sabit Kurti, entregarme a la policía. De lo contrario, el caso Isabela Demiri será archivado. No existe hombre nacido de mujer, incluso con el olfato más entrenado, que consiga dar con mi rastro. Por otro lado, considerando el aspecto moral, nuestro inquieto público se ha desinteresado ya por completo de esta historia, ya no presenta el menor interés. No queda más que un último obstáculo: los esfuerzos que realizarán algunos por privar de valor al desafío de mi confesión.

Me explico. En determinados círculos temen que me entregue. No les interesa que, admitiendo mi crimen, haga pública la existencia del Coro de los Gusanos. No de los que salen de la tierra después de la lluvia y que los aficionados a la pesca recogen para utilizarlos como cebo. Me refiero a otros gusanos. A los voraces, a los gusanos de la putrefacción.

Removerán cielo y tierra para contrarrestar mis planes, para taparme la boca. El primero al que puede que hicieran entrar en el juego sería mi cuñado Dhimitër Mikeli, el fiscal. Este correría al despacho del señor Kurti nada más enterarse de mi confesión, seguida de mi arresto. Puede que mi hermana se uniera a él. Irían juntos los dos a ver al

inspector con un claro propósito: convencerle de que yo no he cometido ningún crimen. No existe ninguna prueba, y eso es verdad, de que yo haya matado a Isabela Demiri. Por el contrario, ellos demostrarán, prefabricando hechos de todo orden, falsificando mi expediente sanitario en el ambulatorio del barrio, recurriendo a manipulaciones en el hospital psiquiátrico, que yo no soy más que un enfermo mental. Dicho más claro, un loco. En caso de que el testimonio de mis allegados no convenciera al señor Kurti, podría entrar en el juego mi viejo rival Ilir Xhindi. Hace varios meses intenté partirle los dientes y él tiene sobrados motivos para declarar que estoy loco. Si el señor Kurti no quedara tampoco convencido con el testimonio de Ilir Xhindi, la inmundicia más corrompida de la prensa albanesa, quedaría por jugar la carta más poderosa: Veronika.

Al margen de lo sucedido entre nosotros, no creo que Veronika vaya a ver al señor Kurti por propia voluntad. La obligarán. Si ofrece resistencia, la amenazarán. Lo siento por ella. Frágil como es, se plegará. Y al igual que los demás adoptará poco más o menos la misma actitud. Contará que, tras haber convivido conmigo durante dos años, se vio obligada a abandonarme. Imagino el argumento que aportará para probar mi locura: mi teoría sobre la existencia del Coro de los Gusanos. Algunos de los cuales –aquellos a los se les permite, de cara a la galería, mostrarse en público– son invitados a su programa semanal *Caleidoscopio*. Afirmará que, durante nuestros dos años de vida en común, yo le he amargado la vida con mi teoría sobre el Coro de los Gusanos, que estoy loco.

Me temo que, pese a su claridad de ideas, el señor Kurti acabará por vacilar. Y yo terminaré en el manicomio sin poder llevar a término mi desafío. Más vale entonces que no descarte demasiado aprisa la segunda opción. En la hipótesis de que me viera obligado a recurrir a ella, debo rogaros que os mostréis indulgentes conmigo. Olvidad vuestros resentimientos con Veronika, permitidme que os hable de ella. Me resulta imprescindible hablaros de ella. Sí, imprescindible.

Un timbrazo en la puerta de entrada lo sacudió. Siguió un momento de silencio y él se dijo que habían sido imaginaciones suyas; no esperaba ninguna visita. Así pues, continuó, os rogaría que os mostrarais indulgentes conmigo. No os costaría nada, es simplemente una historia de convivencia...

El timbrazo se repitió. Esta vez no lo puso en duda: alguien acababa de apretar el botón del timbre. Vaya, se dijo, debe de ser Dina. Le invadió una suerte de ardor. Se apoyó en el respaldo de la silla giratoria y, con los ojos cerrados, la hizo girar. El timbre volvió a sonar. Seguro de que ella insistiría hasta que él abriera, quedó sumido en un estado de vertiginoso extravío. ¿Cómo es posible que la haya olvidado todos estos días?, se preguntó. E hizo entonces el descubrimiento de que Dina era la persona más próxima para él en los últimos meses. Salió del estudio y el tiempo que necesitó para llegar hasta la puerta le bastó para formular la frase con que deseaba recibirla: «Acabo de comprender que tú eres la persona más próxima para mí».

No era Dina sino cierto número de policías, con y sin uniforme, entre los que reconoció al inspector Sabit Kurti. Éste entró, seguido de otros dos. Después de cerrar la puerta le dijo: Le he estado esperando. Dejamos una conversación sin acabar.

Él calló. Permanecieron un momento el uno frente al otro, mientras los dos policías de paisano inspeccionaban el estudio y el dormitorio. No comprendió por qué lo hacían, qué andaban buscando. Se le ocurrió al inspector que tenía pensado ir a verle para acabar su conversación. Pero le pareció algo tan absurdo como excesivo. Esperando el regreso de los dos policías, se sintió desfallecer. Se apoyó en la pared y se le formó un nudo en la garganta.

Mis pobres padres, pensó, mis pobres padres...

FIN

Tirana, 2 de marzo de 2007

Notas

1. Así llamaban en esa época en Albania al artilugio semiautomático, de fabricación casera, del que se servían para captar las emisiones de las cadenas extranjeras de televisión. *(N. del T.)*
2. En albanés, «genio». *(N. del T.)*
3. En el francés original «golpe de gracia». *(N. del T.)*
4. Sali Berisha, dirigente del Partido democrático, antiguo presidente y en la actualidad primer ministro de Albania. *(N. del T.)*
5. En francés en el original, «flechazo». *(N. del T.)*

Créditos

Título original: *Jetë në një kuti shkrepësh*

Edición en formato digital: marzo de 2012

© Fatos Kongoli, 2010

© De la traducción, Ramón Sánchez Lizarralde

© Ediciones Siruela, S. A., 2010, 2012

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-940-5

Conversión a formato digital: El poeta. Editores digitales, S. L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
Índice	3
LA VIDA EN UNA CAJA DE CERILLAS	4
1	5
2	15
3	23
4	29
5	37
6	44
7	59
8	69
9	76
10	88
11	92
12	106
13	110
14	122
15	127
16	136
Notas	141
Créditos	142